

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**



***DOSTOIEVSKI: ÉTICA Y “SUBSUELO”***

**TESIS**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

**JOSÉ ADHEMAR ORTIZ CASTRO**

ASESOR:

MTRO. JOSU LANDA GOYOGANA

CD. UNIVERSITARIA, MÉXICO D. F., FEBRERO DE 2011



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b>	6
<b>I. LA INTELLECTUALIDAD RUSA ENTRE 1825 Y 1864</b>	15
1.1 La represión de los “Decembristas” y la situación política durante el reinado de Nicolás I	16
1.2 La intelectualidad rusa en la década de 1840	20
La influencia de la literatura romántica francesa	20
El surgimiento del realismo social en la literatura rusa	22
La influencia de los hegelianos de izquierda	25
El “Círculo de Petrashevski”	29
1.3 La intelectualidad rusa entre 1850 y 1860 (inclusive).	38
La influencia de Alexander Herzen	38
La Guerra de Crimea y el inicio del reinado de Alejandro II	40
N. G. Chernishevski y los intelectuales <i>raznochintsi</i>	43
La trayectoria intelectual de Chernishevski	44
La labor de Chernishevski en <i>El Contemporáneo</i>	47
Herzen y la intelectualidad <i>raznochinets</i>	53
La obra <i>El principio antropológico de la filosofía</i>	54
1.4 La intelectualidad rusa entre 1861 y 1864	57
La revista <i>El Tiempo</i>	57
La liberación de los siervos y sus consecuencias	59
Los intelectuales frente a la represión del campesinado	61
La rebelión de los estudiantes	63
La novela <i>Padres e hijos</i> y el “nihilismo” ruso	65
<i>La Joven Rusia</i> y el desprestigio de los radicales	71
Las consecuencias de la insurrección en Polonia	74
La publicación de la novela <i>¿Qué hacer?</i>	78
La vida de Dostoievski alrededor de la creación de <i>Memorias del subsuelo</i>	80
Consideraciones finales acerca de los “nihilistas” rusos	83

<b>II. ANÁLISIS DE MEMORIAS DEL SUBSUELO</b>	87
2.1 <i>Memorias del subsuelo</i> y <i>¿Qué hacer?</i> de Chernishevski	88
Interpretaciones críticas de <i>Memorias del subsuelo</i>	88
La estructura general de <i>¿Qué hacer?</i>	91
La negación del autosacrificio y el “cálculo generoso”	93
La representación de la juventud <i>raznochinets</i> en <i>¿Qué hacer?</i>	95
La negación de la voluntad individual	96
Rájmetov: un “hombre extraordinario” al servicio de la revolución	97
Los talleres de costura de Vera Pávlovna	98
La utopía futurista de Chernishevski	99
Dostoievski frente a las concepciones planteadas en <i>¿Qué hacer?</i>	101
2.2 Consideraciones generales sobre las <i>Memorias</i> del “hombre del subsuelo”	106
Las dos partes de <i>Memorias del subsuelo</i>	106
La brecha entre vida y pensamiento	108
El personaje “conciente por excelencia”	110
Acerca del “subsuelo”	112
2.3 Los capítulos I al VI de la primera parte de <i>Memorias del subsuelo</i>	116
Acerca del contenido de los primeros seis capítulos de la obra	116
El “hombre del subsuelo” y los “biliosos”	116
La “conciencia hipertrofiada” y la inacción	119
La voluptuosidad frente a la propia degradación	126
La metáfora de la muralla de piedras	131
La parábola del hombre con dolor de muelas	133
La transición del capítulo VI	135
2.4 Los capítulos VII al XI de la primera parte de <i>Memorias del subsuelo</i>	137
El “interés principal” del hombre	138
El debate con interlocutores imaginarios	141
Las últimas objeciones	145
El capítulo mutilado	147
El cierre de la primera parte	152

2.5 La segunda parte de <i>Memorias del subsuelo</i>	155
El libertinaje y las fantasías sobre “lo bello y lo sublime”	158
Un acto de reivindicación personal en la avenida Nevski	161
La cena en honor de Zviérkov	168
La persecución y el desenlace imaginario	174
El encuentro con Liza	176
¿Vendrá Liza?	181
El criado Apollon	183
La visita de Liza y el “otro camino”	187
Las consideraciones finales del “hombre del subsuelo”	194
<b>CONCLUSIONES</b>	196
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	200

Y, sin embargo, sabedlo: estoy seguro de que a nuestro hermano, el del subsuelo, hay que tirarle de la cuerda. Porque aunque sea capaz de pasarse cuarenta años en su agujero, luego que al fin sale, luego que se escapa, se pone a hablar y hablar y no atina a dar paz a la lengua.

Fedor Dostoievski  
*Memorias del subsuelo*

## Introducción.

### I

*Memorias del subsuelo* condensa aspectos centrales de los planteamientos éticos y políticos de Dostoievski, que fueron desarrollados más extensamente por él en novelas posteriores. La obra fue mal recibida por la crítica de su tiempo, pero no hay duda de que la trayectoria artística de su autor alcanzó un nuevo nivel de profundidad psicológica a partir de su redacción.

El personaje principal de *Memorias del subsuelo* es una de las manifestaciones más claras del tipo de personajes “subterráneos” que Dostoievski aportó a la literatura rusa. Según su propia opinión, estos héroes literarios expresaban la situación cultural de la Rusia de su época, que padecía la brutal represión de las autoridades zaristas y, al mismo tiempo, se encontraba dividida entre los valores y puntos de vista tradicionales del cristianismo ortodoxo y aquellos que provenían de Occidente.

Ya desde su primera novela (*Pobre gente*, 1846) Dostoievski se había esforzado por representar los efectos psicológicos que las condiciones de vida imperantes en la sociedad rusa podían generar en los individuos. De hecho, todos los héroes de las obras que anteceden el encarcelamiento de Dostoievski en Siberia<sup>1</sup> resienten, en diversos grados, la presión asfixiante de su contexto sociocultural, que los condena a la falta de libertad, la sumisión y la pobreza. Por regla general, se trata de personajes carentes de autoestima, que han sido deshumanizados por su incondicional subordinación a los usos y costumbres de la rígida estratificación social.

Por su parte, los personajes principales de la época post-siberiana suelen padecer también condiciones de falta de libertad y marginación, pero Dostoievski ya no representa sus características personales tan sólo como una consecuencia de las condiciones sociales. Las decisiones y los caminos vitales asumidos por estos héroes juegan un papel decisivo en la constitución de su individualidad, pues usualmente han adoptado valores ateos y egoístas

---

<sup>1</sup> Dostoievski estuvo preso en Siberia de enero de 1850 a febrero de 1854. Como parte de su condena, prestó servicios en el Ejército Siberiano, de marzo de 1854 a diciembre de 1859. Entre las obras que escribió antes de ingresar al presidio destacan *Pobre gente*, *El doble*, *El señor Prokharichin*, *La patrona*, *Corazón débil*, *Noches blancas* y *Nietochka Nezvanova*.

(importados de Occidente), que entran en una fuerte contradicción con sus propias inclinaciones fraternas y solidarias (heredadas del cristianismo ortodoxo tradicional).

Durante sus años en presidio, Dostoievski descubrió que el cristianismo instintivo de los reos campesinos era lo único que podía contener (parcialmente) sus fuertes inclinaciones hacia la violencia y la inmoralidad. Asimismo, fue testigo de las consecuencias psíquicas ocasionadas por la privación carcelaria de la libertad y descubrió que expresar la individualidad propia es una necesidad imperiosa e irrenunciable de los seres humanos. Estos hallazgos orientaron las convicciones éticas de Dostoievski y lo llevaron a repudiar las ideas radicales que proliferaron en Rusia, a partir de la década de 1860.

Según las mencionadas ideas, el comportamiento humano es determinado por “leyes de la Naturaleza”, cuyo descubrimiento y manipulación permitiría construir un mundo socialista perfecto, en el que todo estuviera previsto “científicamente”. Dostoievski descalificó esta tendencia socialista atea, por estar orientada hacia la limitación autoritaria de la libertad individual, y en su lugar propuso el tránsito a un socialismo basado en la solidaridad cristiana, tal y como se manifestaba en las comunidades campesinas rusas tradicionales (*obschinas*).

Cuando Dostoievski regresó a San Petersburgo, en diciembre de 1859 (tras haber permanecido nueve años en Siberia), la doctrina del “egoísmo racional” se había convertido en el principal soporte ideológico de la juventud radical. Dicha doctrina, impulsada por N. G. Chernishevski, afirmaba la existencia de un determinismo absoluto —a partir de una concepción mecanicista de la sociedad— y aseguraba que: a) todas las acciones humanas están basadas en el cálculo egoísta; b) los valores cristianos no son más que prejuicios anticuados, y c) los individuos edificarían una economía socialista tan pronto entendieran que eso era lo que más convenía a sus propios intereses.

Dostoievski comenzó a criticar la pretensión de considerar al egoísmo como un valor supremo en *Humillados y ofendidos* (1861), *Memorias de la casa muerta* (1861) y *Notas de invierno sobre impresiones de verano* (1862-63), pero fue en la novela *Memorias del subsuelo* (1864) cuando se enfrentó más clara y directamente con los postulados ideológicos del “egoísmo racional”. Para hacerlo, construyó un personaje que intenta vivir en concordancia con el mandamiento de actuar de manera egoísta y racional, sin tomar en



cuenta sus propios valores morales. Muy pronto, el protagonista de *Memorias del subsuelo* descubre que la pretensión de justificar racionalmente cada uno de sus actos lo incapacita para vivir, y termina estancado en un completo aislamiento social.

Cabe mencionar que Dostoievski no se limita a criticar en *Memorias del subsuelo* las principales ideas de la doctrina del “egoísmo racional” y a exhibir los resultados indeseables a los que ésta podría conducir, ya que toda la segunda parte de la novela se dedica a parodiar a los intelectuales rusos de la década de 1840. En la sección mencionada, el héroe de la obra narra algunas anécdotas de su vida durante los cuarenta, cuando había asumido los ideales románticos del socialismo utópico francés y se esforzaba por convertirse en un magnánimo benefactor de la Humanidad. Desgraciadamente, las pretensiones fantasiosas del personaje se estrellan siempre con su entorno social, pues él no era más que un empleado pobre de la burocracia de San Petersburgo, al que nadie reconocía su presunto talento.

A partir de lo anterior, puede considerarse que Dostoievski utiliza al héroe de *Memorias del subsuelo* para criticar tanto a los intelectuales rusos del decenio de 1860 como a los de la década de 1840. En ambos casos, sus puntos de vista y su carácter se han deformado por una sumisa aceptación de las ideas de Europa Occidental.

Para juzgar las opiniones de Dostoievski es necesario tomar en cuenta que implantar en Rusia las ideas y valores de los países occidentales —donde los principios e instituciones de la democracia capitalista ya se habían asentado— implicaba trasladarlos a una autocracia en la que predominaba el feudalismo y ni siquiera existían los derechos individuales en un sentido liberal. Es un hecho que la falta de libertad imperante en Rusia propiciaba que las ideas y valores importados de Europa se convirtieran en reflejos exagerados y, a menudo, monstruosos, de sus versiones originales. Algunos intelectuales rusos, como V. G. Belinski y N. G. Chernishevski, tenían una gran habilidad para vincular las concepciones occidentales con un furioso radicalismo, debido a que las interpretaban según sus propios objetivos revolucionarios.

## II

En mi opinión, la preocupación central de Dostoievski en *Memorias del subsuelo* es el problema del egoísmo y sus consecuencias individuales y sociales. En el presente trabajo se

emprende el análisis de los puntos de vista de Dostoievski al respecto, tomando como punto de partida las consideraciones siguientes:

1) En *Memorias del subsuelo*, Dostoievski narra el drama de un personaje radicalmente atrapado en su egoísmo, que es incapaz de conseguir el reconocimiento y el afecto de otros, porque éstos sólo existen para él en tanto que posibles instrumentos para satisfacer sus propios intereses.

2) Las anécdotas narradas por dicho personaje ilustran la manera en que el individuo egoísta se encierra en un círculo vicioso. Su incapacidad para considerar a los otros como sus semejantes lo lleva a despreciarlos, y ese mismo desprecio provoca que los otros se alejen de él. Al final, el egoísta cae en un aislamiento del que no puede salir.

3) En el caso del personaje en cuestión, el egoísmo se nutre de su vanidad, y ésta a su vez de actos y méritos fantaseados, que forman parte de un ámbito imaginario en el que los otros no existen. En consecuencia, el personaje exige la admiración y el respeto de los demás, sin haber hecho nada concreto para merecerlos.

4) El estilo de la novela se corresponde con las características del autoencierro en el egoísmo, pues la única relación del personaje principal con otras personas se produce a través de la narración y el análisis de sus propios recuerdos. Durante toda la obra, los vínculos del personaje con los demás solamente se llevan a cabo en el ámbito de su autoconciencia, como meros recuerdos, situaciones imaginarias y pensamientos.

5) El protagonista de *Memorias del subsuelo* es una parodia de la intelectualidad rusa, a la que Dostoievski juzgaba encerrada en su propio egoísmo y, en consecuencia, aislada del pueblo (al que supuestamente pretendía rescatar).

6) A través de las anécdotas de la segunda parte de la novela, Dostoievski plantea que la única manera en que la intelectualidad rusa podía salir de su aislamiento egoísta consistía en vincularse fraternalmente con el pueblo y aprender de sus valores y formas de vida. Al personaje central de *Memorias del subsuelo* se le presenta la oportunidad única de que una joven prostituta lo redima, por medio de la comprensión y del amor, pero él no consigue percatarse de ello.

7) En la novela en cuestión se critica la concepción determinista de la sociedad propuesta por el “egoísmo racional” y se reivindica la importancia de la libertad individual. En la primera parte de la obra, su protagonista realiza una incansable rebelión autodestructiva,

sólo para demostrar que las “leyes de la Naturaleza” (que en teoría determinan las acciones humanas) no pueden impedir que él siga expresando su propia individualidad (aunque sea de manera negativa).

De acuerdo con dichas consideraciones, la hipótesis central de la investigación que aquí se plantea puede formularse como sigue: Dostoievski expone en *Memorias del subsuelo* una perspectiva ética bien sustentada y coherente, que alerta sobre los riesgos implícitos en pretender sustentar la convivencia y la conformidad social en el egoísmo, considera la libertad personal como el bien máspreciado y propone la fraternidad cristiana como el camino más adecuado para superar el individualismo egoísta.

### III

La mayor parte de las interpretaciones críticas de *Memorias del subsuelo* prácticamente no toman en cuenta el contexto sociocultural en el que fue publicada. Dicha situación, aunada a las dificultades inherentes a la forma literaria de la obra, ha propiciado que se le atribuyan diversos puntos de vista, ajenos al objetivo de criticar el “egoísmo racional” y parodiar a la intelectualidad rusa de la época.

Considero que un buen camino para realizar una justa evaluación del contenido y las propuestas éticas de la novela consiste en tratar de estudiarla a partir de su contexto histórico original. Es un hecho que la obra ha sido sometida a una gran cantidad de interpretaciones, que tienden a juzgarla desde la perspectiva de la modernidad europea, haciendo a un lado sus características específicamente rusas.<sup>2</sup>

Para analizar el contenido de *Memorias del subsuelo*, tomando en cuenta su peculiar entorno histórico, me ha parecido indispensable llevar a cabo una síntesis de la historia de la cultura rusa de las décadas de 1840, 1850 y 1860 (hasta 1865). La primera parte del presente trabajo se dedica a dicha empresa. Se trata de un periodo poco estudiado, cuyas particularidades arrojan una valiosa luz sobre los planteamientos éticos de la novela y, además, sobre el surgimiento y la consolidación de las principales consideraciones de Dostoievski acerca del futuro de Rusia.

Si bien la presente investigación está orientada especialmente al análisis de los planteamientos éticos expuestos por Dostoievski en *Memorias del subsuelo*, intenta no

---

<sup>2</sup> Al principio del capítulo 2.1 del presente trabajo, en el apartado “Interpretaciones críticas de *Memorias del subsuelo*”, se mencionan algunas de las interpretaciones más influyentes sobre esta obra.

perder de vista que dichos planteamientos están estrechamente vinculados con las ideas políticas de éste. Con el fin de prevenir posteriores equívocos, me parece conveniente realizar unas breves consideraciones al respecto.

En términos generales, durante la primera mitad del siglo XX, la crítica literaria de la hoy extinta URSS clasificó a Dostoievski (según los parámetros oficiales) como un escritor reaccionario, que supuestamente había realizado considerables esfuerzos para defender al zarismo y el cristianismo ortodoxo y que, además, había descalificado a los revolucionarios de su época, que luchaban por el establecimiento del socialismo. Tales afirmaciones ameritan ser matizadas.

Es cierto que Dostoievski manifestó su arrepentimiento por haber participado en actividades subversivas, así como su respeto a la autoridad del zar, tanto en la correspondencia que escribió cuando formaba parte del Ejército Siberiano como en múltiples ocasiones posteriores. Lo mismo que la mayoría de los intelectuales rusos, recibió con entusiasmo y esperanza la subida al trono de Alejandro II (en 1855) y los proyectos para emancipar a los siervos (que se consumaron finalmente en febrero de 1861). Sin embargo, el mencionado respeto a la autoridad zarista no implicaba que Dostoievski hubiera renunciado a promover transformaciones profundas en las condiciones sociales y políticas de Rusia.

El conocimiento que Dostoievski había adquirido en el presidio sobre las ideas y convicciones de los campesinos rusos, lo había convencido de que en ese momento histórico no era posible movilizar al pueblo para llevar a cabo una revolución. En consecuencia, consideró necesario impulsar una transformación gradual de Rusia, que debía comenzar con la educación masiva del pueblo y culminar con una unión fraternal entre éste y los intelectuales. Una vez consumado ese gran encuentro solidario, ambas fuerzas sociales deberían trabajar juntas para construir un socialismo cristiano, sobre la base del comunitarismo que ya existía en las comunidades rurales. Dostoievski consideraba también que dichas transformaciones deberían ser un ejemplo a seguir por el resto del mundo.

Resulta innegable que los proyectos de Dostoievski eran políticamente ingenuos, en el sentido de que consideraban posible que la unión entre el pueblo y los intelectuales se produjera con el consentimiento (o inclusive el impulso) del zar. Sin embargo, no por ello se le puede acusar de ser un reaccionario, si por esto se entiende que estuviera persiguiendo

la conservación del régimen y los privilegios de clase de la nobleza. De hecho, la idea de que el tránsito hacia el socialismo no era incompatible con la monarquía había sido defendida por varios intelectuales, desde la década de 1840, y partía del supuesto equívoco de que el zar podía liberar a los siervos y entregarles las tierras que cultivaban sin que esto produjera una reacción violenta de la nobleza.<sup>3</sup>

Dostoievski se opuso a los radicales que intentaron promover una revolución social en Rusia a mediados de la década de 1860, porque consideraba que sus proyectos estaban destinados al fracaso y sólo conseguirían un recrudecimiento de la represión política y la censura (lo cual, efectivamente, sucedió), pero también por la violencia y la falta de democracia implícitas en sus ideales y métodos. Sin duda, las convicciones éticas de Dostoievski le impidieron comulgar con el ateísmo y el control autoritario de la sociedad que promovían los revolucionarios de los sesentas.

En concordancia con lo anterior, se puede afirmar que la propuesta de Dostoievski —que básicamente consistía en fomentar un tránsito gradual y pacífico hacia un socialismo basado en la solidaridad y el amor al prójimo— sólo se puede considerar reaccionaria desde el punto de vista de los radicales de los sesentas y sus defensores. Desde mi punto de vista, los críticos de la URSS se esforzaron por catalogar a Dostoievski como “reaccionario” y “enemigo de la revolución” precisamente porque en dicho país se impuso la corriente más autoritaria, represora y antidemocrática, entre todas aquellas que promovían el establecimiento del socialismo.<sup>4</sup>

Durante el seguimiento del contexto sociocultural ruso que se realiza en la primera parte de este trabajo se intenta clarificar cuáles eran los principales puntos de vista políticos de Dostoievski durante la década de 1860, y se muestra que sus críticas al “egoísmo racional” de los radicales de entonces están muy lejos de ser argumentos reaccionarios, que intentaran apuntalar el régimen autocrático de Rusia.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> No hay que perder de vista que el marxismo y su concepción del desarrollo histórico de los modos de producción comenzaron a llegar a Rusia dos décadas después de que Dostoievski enunciara su proyecto de fusionar a los intelectuales y el pueblo. El primer grupo ruso autodenominado marxista se fundó en 1883, en el exilio suizo. Su nombre era “Grupo para la Emancipación del Trabajo” y estaba formado por Paul Axelrod, Leo Deutsch, Vera Zasulich y George Plejanov.

<sup>4</sup> Cfr. Jorge Saborido, *La revolución rusa*, Prólogo y caps. 1 y 2.

<sup>5</sup> Lo mismo se puede afirmar de las críticas de Dostoievski a los radicales del decenio de 1870.

#### IV

Como todos los escritores rusos de su época, Dostoievski utilizó la literatura como un medio para expresar y debatir ideas éticas y políticas, que no podían manifestarse en público de manera directa, debido a las prohibiciones de la censura.

Las cuestiones éticas expuestas por Dostoievski están indisolublemente unidas con su expresión literaria. Sin duda, todas sus obras tienen un contenido ético bien definido, pero resulta imposible analizar éste como si se abordara un estudio de índole teórica. Las características de los personajes, las situaciones narradas, las expresiones que se utilizan, la forma del texto, no pueden ser pasadas por alto, si se aspira a lograr una cabal comprensión de lo que su autor trataba de comunicar.

Tomando en cuenta que los planteamientos éticos que Dostoievski desarrolla en *Memorias del subsuelo* tienen un vínculo esencial con la literatura, su abordaje y estudio requieren un análisis minucioso del contexto artístico en el que son expuestos. En consecuencia, he tenido que realizar un seguimiento puntual de las descripciones relativas a las situaciones, personajes, caracteres y discursos que se presentan en el cuerpo de la novela, utilizando procedimientos de interpretación que no pueden equipararse con el análisis teórico tradicional.

Al abordar la primera parte de *Memorias del subsuelo*, he procurado establecer cuáles son los principales términos y problemas éticos que se desarrollan, para después analizar su significado e importancia. Al hacerlo recurro, como marco de referencia, a las concepciones éticas más generales de Dostoievski, que él mismo desarrolla con claridad en obras inmediatamente anteriores y en su labor periodística.

Para estudiar la segunda parte de la novela (que está escrita con un estilo muy distinto al de la primera), he tenido que seguir paso a paso las anécdotas narradas por el personaje principal, con el fin de encontrar y recoger los contenidos éticos y los mensajes didácticos que aparecen en el texto. Asimismo, he tratado de conservar el vínculo entre la forma literaria y el contenido ético e ideológico, con el propósito de exhibir la estrecha articulación que existe entre las dos dimensiones. En consecuencia, mi resumen e interpretación de las mencionadas anécdotas se intercalan con el análisis de los contenidos éticos e ideológicos que se van revelando, a lo largo del mismo seguimiento de la narración de Dostoievski.

La presente investigación se sirve del análisis de texto y la crítica literaria como herramientas para extraer de *Memorias del subsuelo* la información y referencias textuales útiles para reconstruir las concepciones éticas de su autor. A partir de este procedimiento, aspiro a entender y explicar la fructífera perspectiva ética que Dostoievski expone, de manera extremadamente condensada, encubierta y compleja, en la mencionada novela.

La síntesis del contexto sociocultural ruso del periodo comprendido entre 1840 y 1865, así como los apuntes sobre la vida de Dostoievski, se han desarrollado a partir de la extensa y detallada biografía elaborada por Joseph Frank. La versión de *Memorias del subsuelo* empleada en el presente trabajo corresponde a la edición de las obras completas publicada por Aguilar, con la traducción de Rafael Cansinos Asséns. Dicha traducción utiliza un castellano que en nuestros días resulta anticuado, pero considero que es la más completa y mejor elaborada entre las actualmente disponibles.

**PRIMERA PARTE**  
**La intelectualidad rusa entre 1825 y 1864**



## Capítulo 1.1 La represión de los “Decembristas” y la situación política durante el reinado de Nicolás I.

Si bien Pedro I había realizado considerables esfuerzos para “abrir una ventana a Europa” y fomentar el desarrollo económico de Rusia —entre los que destaca la edificación de San Petersburgo, la nueva capital del Imperio—, las revoluciones burguesas que estallaron en Europa, a partir de 1789, horrorizaron a Catalina La Grande y sus sucesores.<sup>6</sup> El contexto internacional llevo al Estado ruso a reprimir la expansión de las ideas liberales emanadas de la Ilustración, las cuales representaban una verdadera amenaza para un sistema absolutista cimentado en la organización feudal de la economía, la servidumbre, la religión ortodoxa y el control autoritario de la sociedad.

En la última década del siglo XVIII, Catalina había enviado tropas a Italia, Suiza y Holanda para combatir las llamas revolucionarias, pero el papel de Rusia como vanguardia de la contrarrevolución europea alcanzó su máximo nivel histórico, después de la extraordinaria prueba de fuerza constituida por su actuación en las guerras napoleónicas. El Estado ruso era el absolutismo más atrasado de Europa del Este —en términos económicos y sociales—, pero fue el único régimen en todo el continente capaz de resistir política y militarmente la ofensiva de Francia. En opinión de Perry Anderson: “El ataque francés, inicialmente victorioso sobre el campo de batalla, fue arruinado, aparentemente, por el clima y la logística; pero, en realidad, lo fue por la impenetrable resistencia de un medio feudal, excesivamente primitivo para ser vulnerable por la espada de la emancipación y la expansión burguesa occidental”.<sup>7</sup>

Cuando Bonaparte desencadenó la invasión de Rusia, su ejército fue incapaz de aplastar y someter la estructura del Estado zarista. Alejandro I encabezó un levantamiento nacional masivo del pueblo ruso, en 1812, que condujo a la derrota de la *Grande Armée*. La retirada de los franceses de Moscú marcó el final del dominio napoleónico en Europa y dos años más tarde las tropas rusas eran vitoreadas en París. Gracias a ello, el zarismo inició el siglo XIX como un gendarme victorioso de la contrarrevolución europea.

El éxito del levantamiento contra los franceses llevó a toda una generación de militares rusos a las calles de París. Debido a ello, tanto los soldados reclutados entre los

---

<sup>6</sup> Pedro I “El Grande” gobernó Rusia entre 1689 y 1725. Catalina II hizo lo propio entre 1762 y 1796.

<sup>7</sup> Perry Anderson, *El Estado absolutista*, p. 353.

siervos como los nobles y oficiales jóvenes se pusieron en contacto con las formas de vida y las instituciones políticas occidentales. Esto infundió en los veteranos que regresaban de la guerra (los protagonistas de *Guerra y paz*, de Tolstoi) un ferviente deseo de implantar en su propio país diversas reformas democráticas.

Las tropas que retornaron a Rusia se toparon con un panorama social y político estático y desolador. Tras los enormes costos humanos y materiales de la guerra, la vida continuó siendo la misma. Aunque se esperaba que el zar recompensara la lealtad de su pueblo promoviendo importantes cambios sociales, finalmente ni siquiera concedió su libertad a los campesinos movilizados.

Pronto comenzaron a formarse sociedades secretas entre los oficiales más ilustrados y talentosos, algunos de los cuales descendían de las mejores familias de la aristocracia rusa. Tales sociedades aguardaban con impaciencia que el zar realizara algunas reformas —pues se creía que éstas se habían pospuesto para hacer frente a la amenaza francesa— y anhelaban transformar a su país de acuerdo con el modelo de las ideas e instituciones liberales de Europa.

La inesperada muerte de Alejandro I, en noviembre de 1825, ofreció a los miembros de las sociedades secretas una inmejorable oportunidad para sublevarse, aprovechando la inseguridad gubernamental provocada por la sucesión. El 14 de diciembre de 1825, en vísperas de la coronación de Nicolás I, cientos de reformistas de la guardia imperial se congregaron en torno a la estatua de Pedro el Grande, en la Plaza del Senado de San Petersburgo, manifestándose de manera confusa en favor del gran Duque Constantino<sup>8</sup> y de una reforma constitucional. Esta manifestación, que se había concebido como la primera fase de un golpe de Estado liberal, fue disuelta por orden del nuevo zar, después de tan sólo ocho horas.

En realidad, los “Decembristas” no habían podido ponerse de acuerdo para impulsar un programa unificado. Algunos consideraban que lo principal era la Constitución y el imperio de la ley. Otros pensaban que lo más importante era la liberación de los siervos. Un tercer grupo privilegiaba la exigencia del federalismo, a partir de la concesión de su autonomía a Polonia, Lituania y Ucrania. Pero más grave que todas estas divergencias

---

<sup>8</sup> Constantino (quien tenía fama de liberal) era uno de los hermanos de Alejandro I. Había renunciado al trono en favor de Nicolás, el hermano menor de ambos.

resultaba el hecho de que los rebeldes no habían hecho nada para obtener apoyo popular, más allá de sus propios círculos aristocráticos y militares.

La humillación y el martirio de los “Decembristas”, que se realizó mediante ejecuciones, juicios ejemplares, encarcelamientos masivos y destierros de por vida en Siberia, fueron el preludio de treinta años de represión y brutalidad organizada por el gobierno de Nicolás I. La represión de los “Decembristas” marcó el inicio de una profunda separación entre el Estado y la clase culta en Rusia. En un principio, la intelectualidad reaccionó con estupor, sin saber qué actitud tomar, ya que gran parte de sus miembros contaba con amigos o familiares entre los oficiales exiliados o ejecutados. Sin embargo, la persecución y la censura políticas subsecuentes dejaron en claro que cualquier crítica al gobierno sería reprimida de inmediato. Los intelectuales Alexander Herzen y Nicolái Ogárev, por entonces adolescentes, hicieron un “voto de Aníbal” para vengar a los héroes caídos y mantuvieron vivo su recuerdo durante todo el siglo XIX.

Fedor Mijáilovich Dostoievski nació en Moscú el 3 de octubre de 1821, cuatro años antes del aplastamiento de la rebelión Decembrista. Este hecho histórico decisivo marcó el inicio de un intolerable clima de censura y persecución de las ideas progresistas, que después Dostoievski habría de padecer en carne propia.

La contribución más duradera del reinado de Nicolás I (1825-1855) a la historia de su país fue el desarrollo de la tristemente célebre Tercera Sección Secreta de la Cancillería Imperial del Zar, una policía política que se infiltró en todos los estratos y grupos sociales y convirtió a Rusia en un Estado policial arquetípico para la imaginación europea. La Tercera Sección fue concebida como un organismo encargado de la vigilancia y represión de los enemigos políticos, pero también se encargaba de proporcionar al monarca información independiente y detallada sobre el funcionamiento de la administración y el país en general.

Para Nicolás I, la existencia de la Tercera Sección resultaba indispensable para el mantenimiento del orden y el bienestar público. Las noticias relacionadas con las libertades políticas y las instituciones democráticas que avanzaban en Occidente eran un verdadero desafío para una autocracia dispuesta a utilizar todos los recursos a su alcance para sobrevivir. El zar decidió tomar el camino de la represión conservadora, tratando así de sustraer a Rusia de la influencia internacional y de la corriente general de la historia. Su propia perspectiva autoritaria y tradicionalista le impidió realizar algunos cambios políticos

y sociales de manera gradual, lo que agravó la situación. El régimen de Nicolás reprimió cruelmente a los siervos, pues aplastó más de seiscientos levantamientos campesinos; condenó a muerte a miles de personas, a través de juicios arbitrarios y secretos; llenó de espías y confidentes las universidades y colegios, y estableció múltiples niveles de censura.

En tales condiciones de represión política (que empeoraron entre 1848 y 1855), los intelectuales con ideas progresistas prácticamente se convirtieron en enemigos del Estado y fueron tratados como tales. El clima de persecución los orilló a la clandestinidad, el exilio o la cárcel. Si bien ejercían la crítica dentro de los estrechos márgenes que la censura les permitía (estaba prohibido cuestionar de manera explícita el sistema de servidumbre y la carencia de libertades), bastaba con extralimitarse un poco para ser detenido y caer en desgracia. Todo aquello que se publicaba en libros, periódicos y revistas debía ser revisado y aprobado por los censores, quienes a menudo “corregían” o mutilaban el contenido de los textos para que pudieran imprimirse. Sin lugar a dudas, esta prohibición para expresar y discutir libremente las ideas fue uno de los principales factores que condujeron a numerosos intelectuales a radicalizar sus puntos de vista.

De acuerdo con Marshall Berman, lo más distintivo de la represión política durante el gobierno de Nicolás I no fue su intensidad y su alcance (la represión ejercida por el Estado ruso también había sido terrible en periodos anteriores), sino su objetivo:

Pedro el Grande había asesinado y aterrorizado para abrir una ventana a Europa, para abrir el camino al crecimiento y el progreso de Rusia; Nicolás y su policía reprimían y actuaban brutalmente para cerrar esa ventana. [...] Uno de los pilares más firmes de la política zarista, desde Pedro a Catalina la Grande, fue el intento mercantilista de estimular el crecimiento económico e industrial por razones de Estado: para dar un motor al sistema. Bajo Nicolás, esta política fue consciente y decididamente abandonada.<sup>9</sup>

De hecho, Nicolás I y sus ministros creían que era conveniente frenar lo más posible el desarrollo económico de su país, pues éste podía dar origen a nuevas demandas de reformas políticas y engendrar una burguesía capaz de emprender iniciativas opuestas a sus intereses. En tanto que Nicolás insistía en el carácter sagrado de la servidumbre, las economías capitalistas de Europa occidental y Estados Unidos se expandían vertiginosamente. Esta glorificación oficial del retraso económico terminó abruptamente, debido a la derrota de Rusia en la Guerra de Crimea (1854-1856), en la que Inglaterra y Francia doblegaron al gigantesco imperio mediante el uso de armamento moderno.

---

<sup>9</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, p. 193.

## Capítulo 1.2 La intelectualidad rusa en la década de 1840.

### La influencia de la literatura romántica francesa

La generación de 1820 se había interesado vivamente en los graves problemas políticos y sociales de Rusia y manifestó un enorme deseo por emprender reformas liberales, pero la represión de los Decembristas en 1825 y el clima de represión implantado por Nicolás I provocaron un distanciamiento general de la política. En este contexto, el romanticismo alemán y las ideas de Hegel proliferaron con rapidez, en buena medida porque permitían desdeñar los problemas sociales concretos para ocuparse de cuestiones que se consideraban más acordes con la elevada dignidad del espíritu humano (como la búsqueda de los misterios de lo Absoluto en las concepciones metafísicas de los grandes filósofos y en las creaciones artísticas inspiradas en la fe religiosa).

Para mediados del decenio de 1830, la cultura rusa se encontraba en un periodo de transición, ya que la influencia predominante del romanticismo alemán comenzaba a ser desplazada por la literatura romántica francesa. No obstante, no fue sino hasta principios de los cuarenta cuando las ideas igualitarias y el socialismo utópico propios del romanticismo francés tuvieron mayor difusión y se convirtieron en el centro de la atención cultural. Dicho auge se puede explicar en buena medida por la labor periodística del influyente crítico literario Vissarion G. Belinski y sus colaboradores, en la revista *Noticias de la patria*.

Los puntos de vista de Belinski y la violenta exaltación con la que solía promoverlos (sus amigos lo llamaban el “Furioso Vissarion”) dominaron el mundo intelectual ruso durante la década de 1840 y contribuyeron de manera decisiva al surgimiento de las ideas radicales de la década de 1860.

Mientras estudiaba en la Universidad de Moscú, a principios de la década de 1830, Belinski escribió la obra de teatro *Dimitry Kalinin*, en la que protestaba con fervor contra la servidumbre. Sin embargo, su interés por la filosofía idealista y las ideas estéticas del romanticismo alemán lo encaminaron pronto hacia otra dirección. En 1837 cayó bajo la influencia de M. A. Bakunin, quien por entonces predicaba una interpretación de Hegel partidaria de la aceptación indiscutible de la “realidad” y de un total quietismo político. En consecuencia, Belinski publicó entre 1838 y 1840 una serie de artículos en los que proponía

la reconciliación con la vida y defendía tenazmente el “arte por el arte mismo”. Según su opinión, el arte constituía un orden superior, entregado a las “verdades eternas” y aislado de las “pequeñeces” de la vida cotidiana y de los problemas políticos y sociales.

En el invierno de 1839, Belinski se trasladó de Moscú a San Petersburgo. El ambiente más cosmopolita de la capital rusa y un nuevo grupo de amigos influyeron en la rápida transformación de sus ideas. Durante el invierno de 1841, el nuevo círculo de amigos de Belinski se reunía una vez por semana en la casa de I. I. Panaev, para discutir sobre diversos temas. Fue allí donde Belinski entró en contacto con las más recientes ideas del romanticismo francés. Poco tiempo después sus convicciones cambiaron por completo, pasando del absoluto desdén hacia los asuntos políticos a una apasionada e incondicional defensa del socialismo utópico francés.

En 1841 Belinski afirmaba, en una carta dirigida a V. P. Botkin, que la “idea del socialismo” se había convertido para él en “la idea de las ideas, el ser de los seres, la pregunta de las preguntas, el alfa y el omega de la fe y del conocimiento”.<sup>10</sup> Aunque resulta difícil determinar qué entendía Belinski por “socialismo” en ese momento, el contenido de sus posteriores artículos indica que lo que más le impresionó de las teorías francesas era su aspecto apocalíptico y mesiánico, en especial la idea (particularmente fuerte en las obras de George Sand y Pierre Leroux) de que el socialismo era el cumplimiento o la realización final de las verdaderas enseñanzas de Jesucristo.

Cuando P. V. Annenkov (quien se encontraba en Europa durante el periodo hegeliano de Belinski) regresó a San Petersburgo, en 1843, se encontró sorpresivamente con un ambiente intelectual dominado por las mismas obras que él había conocido en París:

El libro de Proudhon, *De la Propriété*, que para entonces estaba casi totalmente fuera de moda, el *Icarie* de Cabet, poco leído en la propia Francia, excepto por un reducido grupo de pobres soñadores obreros, la teoría muchísimo más difundida y popular de Fourier; todas estas obras eran objeto de estudio, de acaloradas discusiones, de preguntas y esperanzas de todo tipo, lo cual era comprensible, porque... grupos enteros de rusos... se sentían llenos de júbilo ante la posibilidad de cambiar ideas abstractas y especulativas sin contenido real por la misma clase de ideas abstractas, pero que ahora parecían tener un contenido real.<sup>11</sup>

En un principio, la efervescencia intelectual descrita por Annenkov tuvo lugar únicamente en el cerrado y reducido grupo de amigos de Belinski, que después se llamó “Pléyade”. Sin embargo, este círculo también estaba formado por miembros de la redacción

<sup>10</sup> Citado en Joseph Frank, *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, p. 160.

<sup>11</sup> Citado en *Ibidem*, pp. 161-162.

de la revista *Noticias de la Patria*, que pronto comenzó a prestar mayor atención a la nueva literatura francesa y, de manera discreta, a su mensaje social subversivo (su interés se centró en la obra de George Sand, pero también en las de Cabet, Fourier, Leroux, Louis Blanc y Saint Simon). A partir de entonces, la combinación de diversos factores impulsó la difusión de las ideas de Belinski, lo mismo que su gran influencia como crítico literario.

La interpretación del socialismo utópico francés promovida por Belinski y sus seguidores inició, de hecho, una nueva etapa en la cultura rusa, que congregó prácticamente a toda la *intelligentsia*<sup>12</sup> en torno a los mismos ideales. Todos los socialistas utópicos rusos que alcanzaron cierto renombre en el decenio de 1840-1849 consideraban a Jesucristo un personaje divino, que llegó al mundo para establecer las leyes que debían gobernar la vida terrenal, y cuyas enseñanzas, luego de haber sido deformadas durante siglos, por fin podrían llevarse a la práctica, creando así una nueva “Edad de Oro” para la humanidad.

El contenido fundamental del socialismo utópico francés bien podría resumirse bajo el título de la última obra de Saint-Simon: *Nouveau Christianisme*. Este “nuevo cristianismo” partía de la oposición entre lo que se consideraba el auténtico mensaje de Cristo —basado en la esperanza, la fe en las capacidades humanas y la caridad divina— y la religión pregonada por la Iglesia, que fomentaba el temor a la condenación eterna, el fatalismo y la desesperanza en lo terrenal.

### **El surgimiento del realismo social en la literatura rusa**

Durante 1843, el mundo literario ruso experimentó una profunda transformación, cuando menos por tres razones principales. La primera fue la publicación de la obra de Gógol *Las almas muertas* (1842) y de su cuento breve *El capote*. La segunda fue la ya mencionada evolución interna de Belinski, que para entonces ya dirigía la sección crítica de *Noticias de la patria*. Un tercer factor fue que el periodismo ruso comenzó a reproducir la nueva moda francesa de publicar bocetos locales sobre la vida urbana y los tipos sociales que proliferaron luego de la Revolución de 1830 (en Rusia estos escritos fueron llamados “bocetos fisiológicos”, a partir del término francés *physiologie*). La combinación de dicho

---

<sup>12</sup> El término *Intelligentsia* se refiere a la intelectualidad rusa (especialmente la del siglo XIX). La palabra suele utilizarse sin traducir, para enfatizar el subdesarrollo y la dependencia de los intelectuales rusos en relación con el pensamiento de Occidente.

factores dio origen a la escuela naturalista de escritores rusos, en la que Dostoievski ocupó un lugar destacado, con su novela *Pobre gente*.

A partir de 1843, Belinski promovió de manera incansable *Las almas muertas* como una exposición de los horrores de la servidumbre y la sociedad rusa, que encontraba más intolerables que nunca. Aunque la censura impedía que se hablara abiertamente de tales asuntos en la prensa, Belinski era todo un maestro en el arte de transmitir sus ideas de forma velada y el público lector ruso tenía una larga experiencia en descifrar los códigos que solían utilizar los escritores y críticos. Así, por ejemplo, todos entendían a qué se refería Belinski cuando afirmaba que *Las almas muertas* era: “una creación absolutamente rusa y nacional, extraída de los recovecos más recónditos de la vida del pueblo..., que sin piedad le arranca la cobertura exterior a la realidad, y que rebosa de un apasionado, impaciente y apremiante amor por el corazón fecundo de la vida rusa [es decir, por el campesino esclavizado]”.<sup>13</sup>

Entre 1843 y 1845, las revistas y periódicos literarios prácticamente sólo hablan de *Las almas muertas*. Belinski se enredó en infatigables y extensas polémicas, que complementaba con exhortaciones generales para que los escritores siguieran el ejemplo de Gógol y buscaran su material en la sociedad contemporánea.

En 1844, al publicar en *Noticias de la patria* una reseña de la literatura rusa del año anterior, Belinski saludó la aparición de una nueva escuela (naturalista) en la literatura rusa. En su opinión, aunque dicha escuela sólo contaba en ese momento con “doce representantes auténticos”, resultaba mucho más fértil y vital que todas las otras, pues: “se ocupa de los problemas más vitales de la existencia, destruye los antiguos prejuicios arraigados y alza su voz indignada en contra de los aspectos deplorables de la moral y las costumbres contemporáneas, exponiendo a la luz en toda su fea y cruel realidad ‘aquello que constantemente está a la vista, pero que los ojos cegados no quieren ver’ ”.<sup>14</sup>

Es durante este viraje de la literatura rusa, del romanticismo alemán al realismo social, cuando aparece la primera novela de F. M. Dostoievski, *Pobre gente*. La obra encajó a la perfección en las pretensiones de Belinski de promover una nueva literatura social en Rusia, lo que granjeó a su joven autor la fervorosa promoción y amistad del poderoso

<sup>13</sup> Citado en J. Frank, *Op. Cit.*, p. 163.

<sup>14</sup> Citado en *Ibidem*, p. 164. La frase entre comillas sencillas proviene de *Las almas muertas*, de Gógol.



crítico. Durante un breve lapso, Dostoievski se convirtió en el autor más festejado de la sociedad culta de San Petersburgo.

Belinski difundió entre sus conocidos el manuscrito de *Pobre gente* a partir de marzo de 1845, pero el libro se publicó finalmente en enero de 1846. La fama repentina, combinada con la vanidad y el carácter nervioso de Dostoievski, provocaron que los miembros de la Pléyade<sup>15</sup> emprendieran una andanada de ataques envidiosos en su contra, que poco después se convirtió en una verdadera campaña de persecución (encabezada por Turgénev y Negrásov). Si bien las relaciones personales de Belinski y Dostoievski no se vieron afectadas directamente por las agresiones e intrigas en el interior de la Pléyade, la amistad entre ambos concluyó de manera definitiva entre enero y abril de 1847.

Varias razones propiciaron el distanciamiento entre Belinski y Dostoievski. En primer lugar, Belinski abandonó la revista *Noticias de la patria* y empezó a colaborar en *El Contemporáneo (Sovremennik)*<sup>16</sup>, cuyo control editorial había sido obtenido por sus amigos Negrásov y Panaev. Dostoievski no pudo seguir el mismo camino, pues tenía deudas con el editor de *Noticias de la patria* y deseaba alejarse de la Pléyade. En segundo término, Belinski comenzó a sentirse defraudado y “traicionado” por Dostoievski, quien se alejaba de los ideales del realismo social. En las tres obras que siguieron a *Pobre Gente (El doble, El señor Prokharchin y La patrona)*, Dostoievski engendró personajes con características psicopatológicas muy definidas, creando así un ambiente fantástico que desagradaba a Belinski. Finalmente, ambos tuvieron serias divergencias sobre cuestiones religiosas y morales, así como en sus opiniones acerca de la función del arte.

Dostoievski aceptó inicialmente los ideales del realismo social que enarbolaba Belinski, pero nunca los llevó a los mismos extremos que él. La concepción del arte de Dostoievski se había formado bajo la influencia del romanticismo alemán y siempre consideró a la creación estética como sagrada e inviolable. En cambio, Belinski consideraba que el arte debía cumplir una función social didáctica y que frente a esa misión todas las consideraciones sobre la belleza de la obra artística resultaban secundarias. En una carta, fechada en diciembre de 1847, Belinski le expone a V. P. Botkin lo siguiente:

---

<sup>15</sup> Entre los miembros de la “Pléyade” de Belinski se encontraban P. V. Annenkov, I. A. Goncharov, D. V. Grigórovich, N. A. Negrásov, I. I. Panaev, I. S. Turgénev y M. E. Saltykov-Shchedrin.

<sup>16</sup> La revista *El Contemporáneo* fue fundada por Pushkin. Estaba al borde de la quiebra cuando Negrásov y Panaev se hicieron cargo de su publicación.

Ya no exijo más poesía y habilidad artística que las estrictamente necesarias para asegurar la verosimilitud del relato [...] Lo principal es que debería provocar preguntas, que tendría que tener una influencia moral sobre la sociedad. Si esto se logra aun careciendo de poesía y de belleza artística, para mí es, *no obstante*, interesante, y no lo leo, sino que lo devoro [...] Sé que asumo una posición parcial, pero no deseo cambiarla y siento compasión y piedad por aquellos que no comparten mi opinión.<sup>17</sup>

Las peores discusiones entre Dostoievski y Belinski surgieron a partir de las violentas críticas de éste hacia la religión, Jesucristo y el libre albedrío. Para 1846, la influencia de los hegelianos de izquierda alemanes ya había transformado de nuevo las ideas del inestable crítico, orientándolo hacia el ateísmo. En un artículo publicado en 1873,<sup>18</sup> Dostoievski recordó cierta ocasión en la que Belinski le expuso a gritos que los miembros de las clases bajas no tienen ninguna responsabilidad moral en sus acciones, pues la organización económica de la sociedad los empuja “naturalmente” a la vida delictiva. En el mismo texto, Dostoievski rememora a Belinski afirmando con desprecio que si Jesucristo hubiera nacido en esa misma época sería una persona común e insignificante, que “desaparecería” frente a la importancia de la ciencia contemporánea.

### **La influencia de los hegelianos de izquierda**

Las críticas a la religión de los hegelianos de izquierda alemanes minaron paulatinamente la credibilidad del socialismo utópico francés. David F. Strauss había afirmado en su obra *Vida de Jesucristo* (1835), que el Nuevo Testamento no era una revelación divina, sino una manifestación mitopoética de las aspiraciones judías. Por su parte, Ludwig Feuerbach aseguró en *La esencia del cristianismo* (1841) que Dios no había creado al hombre a su propia imagen y semejanza, sino que la verdad era exactamente lo contrario. Para Feuerbach, la tarea que la humanidad debería emprender en lo sucesivo consistía en rescatar del orden de lo trascendente todas las cualidades que con justicia le pertenecían, incorporándolas a la vida social.

Las concepciones de Strauss y Feuerbach estallaron como una bomba entre los intelectuales occidentalistas rusos (encabezados por Belinski y su Pléyade), que tenían la suficiente preparación para apreciarlas, debido a su anterior comprensión de Hegel. En

<sup>17</sup> Citado en J. Frank, *Op. Cit.*, pp. 229-230.

<sup>18</sup> Fiodor Dostoyevski, *Diario de un escritor*, en *Obras completas*, t. IV, p. 117 (artículo “Gente vieja”).

1842 llegó a Rusia un ejemplar de *La esencia del cristianismo* y para mediados de los cuarenta la obra ya había sido leída y analizada ampliamente.

A pesar de la influencia de Herzen y V. P. Botkin, Belinski no se rindió a las nuevas ideas fácilmente. Tenía, como él mismo confesaba, una necesidad congénita de religión y todavía discutía sobre Dios con Turguénev en la primavera de 1843. En todo caso, Belinski sustituyó un fanatismo por otro, pues la nueva fe en la razón y el progreso que comenzó a promover fue, desde un principio, una concepción determinista y dogmática.

En 1845 (unos meses antes de conocer a Dostoievski), Belinski le comunicó a Herzen, en una carta, que había llegado a la siguiente conclusión: “en las palabras *Dios* y *religión* sólo veo oscuridad, tinieblas, tristeza, cadenas y el *knut*, y ¡ahora me agradan estas dos palabras tanto como las cuatro siguientes!”.<sup>19</sup> Estas frases indican el momento en que el ateísmo y los ideales socialistas se fundieron en Rusia, formando una alianza que ya jamás se disolvería del todo. El socialismo ateo impulsado por Belinski y su Pléyade terminó desplazando la religiosidad inherente al socialismo utópico francés. Algunos intelectuales occidentalistas se negaron a abandonar sus convicciones cristianas, pero no lograron impedir que el ateísmo se convirtiera en la corriente dominante de la cultura rusa.

Si bien el hegelianismo de izquierda era plenamente antirreligioso, sus primeros representantes sólo atacaban la historicidad y la divinidad de Jesucristo, dejando intactos los valores morales cristianos. En particular, Feuerbach afirmaba que esos valores constituían la esencia auténtica de la naturaleza humana y deseaba verlos realizados en el amor del hombre hacia sus semejantes y no en el amor del hombre hacia Dios. No obstante, en el ambiente represivo de Rusia, tan proclive a la rebelión radical, la negación de la divinidad de Jesús llevó al cuestionamiento de los ideales éticos del cristianismo y a la búsqueda de bases racionales para la construcción de una nueva moral. La obra *El único y su propiedad*, de Max Stirner, contribuyó en buena medida a eso.

Stirner consideraba que la creencia en seres sobrenaturales no era el único impedimento para la libertad del hombre, sino que lo mismo ocurría con la aceptación de cualquier valor moral abstracto o general. En su opinión, lo fundamental para el Yo individual era simplemente la satisfacción de sus propias necesidades, cualesquiera que

---

<sup>19</sup> Citado en J. Frank, *Op. Cit.*, p. 238. El *knut* era un látigo que se usaba castigar a los siervos y los criminales. Había varios tipos de *knut*, pero todos estaban diseñados para desgarrar la piel y causar heridas profundas. El *knut* es un símbolo histórico de la brutalidad del zarismo.

éstas fueran. Por ello, afirmaba que el individuo no se debe someter a ninguna ley o convención social que pueda obstaculizar su interés egoísta, pues cada persona tiene el derecho de llegar a ser todo lo que sus propias fuerzas le permitieran lograr. Puesto que tal exaltación del Yo es extremadamente subjetiva y amoral —además de que concibe al individuo como si no estuviera condicionado por su entorno social y cultural—, con el tiempo vino a encajar a la perfección en las necesidades ideológicas de los radicales rusos de la década de 1860.

De acuerdo con Annenkov, en el verano de 1847, Belinski estaba muy interesado en el libro de Stirner y afirmaba que: “Sería una puerilidad [...] asustarse de la palabra ‘egoísmo’ por sí misma. Se ha demostrado que el hombre siente y piensa y actúa invariablemente de acuerdo con la ley de los instintos egoístas y que, en realidad, no puede tener otro tipo de instintos”.<sup>20</sup> Sin embargo, Belinski no utilizaba el término “egoísmo” exactamente en el mismo sentido que Stirner, pues creía que con el tiempo los individuos llegarían a comprender que: “sus propios intereses egoístas son idénticos a los de la humanidad, en su conjunto”.<sup>21</sup>

En su importante *Manifiesto*, que apareció en el primer número de la nueva época de *El Contemporáneo*, Belinski define la orientación ideológica de la revista y aporta pruebas indiscutibles del cambio operado en sus convicciones. Belinski afirma, bajo la influencia del positivista francés Émile Littré, que: “La Psicología que no se basa en la fisiología es tan incongruente como la fisiología que desconozca la existencia de la anatomía”.<sup>22</sup> Además, al evaluar los futuros triunfos de la ciencia física, predice que llegaría el día en que: “el análisis químico demostrará el misterioso laboratorio de la naturaleza” y que “mediante observaciones del embrión... [se] podrá rastrear el proceso *físico* de la evolución *moral*”.<sup>23</sup>

Resulta evidente que Belinski intentaba alejarse del cristianismo y buscaba fundamentos más “prácticos” y “racionales” para sus valores. En sus artículos de *El Contemporáneo* comenzó a burlarse de importantes figuras del socialismo utópico —como Pierre Leroux, Cabet y Victor Considérant— y elogiaba a Proudhon, quien acababa de

---

<sup>20</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, p. 239

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> Citado en *Ibidem*, p. 240.

<sup>23</sup> *Idem.*

publicar su *Système des contradictions économiques*, por haber abandonado las “fantasías” y dedicarse al estudio de las leyes económicas de la sociedad.

En buena medida, las concepciones que Belinski estaba forjando constituían una reacción al desengaño que él y otros intelectuales rusos habían experimentado frente a los ideales del socialismo utópico francés, que les parecían irrealizables en su contexto social. Además, pensaban que tales ideales podían conducir a una actitud pasiva, de desapego orgulloso y contemplativo de los problemas concretos.

Desde principios de 1847 se había desatado una campaña crítica contra los peligros de la ensoñación y la fantasía, que empezó a considerarse una enfermedad congénita de la intelectualidad rusa. Herzen publicó una serie de ensayos en los que ridiculizaba las “extravagancias amaneradas” de los soñadores románticos en: “esta época bulliciosa, dedicada por completo al progreso material, a los problemas sociales, a las ciencias”.<sup>24</sup> Por su parte, Belinski escribió un artículo en el que se burlaba de las personas que trataban de actuar en consonancia con el ideal del “espíritu hermoso” de Schiller, pero que eran incapaces de reconocer lo “sublime y hermoso” en la vida real, afuera de los libros.

Belinski comenzó a difundir en *El Contemporáneo* la idea de que la sociedad y el comportamiento humano están determinados por leyes susceptibles de ser descubiertas y manipuladas por la ciencia.<sup>25</sup> Dichas opiniones no fueron bien recibidas por numerosos intelectuales, que se negaban a renunciar a los fundamentos éticos y religiosos de sus ideas socialistas. La defensa del libre albedrío y la responsabilidad moral se convirtió en toda una obsesión para quienes consideraban inaceptable el determinismo moral y social.

El nuevo director de la sección crítica de *Noticias de la patria*, Valerian Maikov, publicó una serie de artículos en los que intentaba desmentir la idea de que el hombre es condicionado de forma absoluta por el ambiente. El debate que surgió entre esta revista y *El Contemporáneo* mostró que la *intelligentsia* progresista estaba tomando dos caminos distintos para buscar soluciones a los problemas sociales de Rusia: mientras que un grupo trataba de reinterpretar las propuestas del socialismo utópico francés para adaptarlas a la realidad rusa, otro grupo se dirigía hacia la elaboración de una nueva ideología, que trataba

---

<sup>24</sup> Citado en *Ibidem*, p. 298.

<sup>25</sup> A pesar de ello, en los primeros meses de 1848 los escritos de Belinski comenzaron a oscilar entre el socialismo utópico y el determinismo moral. Tal vez en ello influyó la proximidad de su muerte.

de reemplazar los fundamentos religiosos de la moral cristiana por un determinismo pseudocientífico y un pragmatismo egoísta, inspirado en Bentham y Stirner.

Belinski murió de tuberculosis en mayo de 1848, a los 38 años de edad. Un alto mando de la policía política rusa lo lamentaría después, diciendo que: “Lo habríamos dejado pudrirse en una fortaleza”.

### **El “Círculo de Petrashevski”**

Mijail Butashévich-Petrashevski conoció las ideas de los socialistas utópicos franceses mientras estudiaba derecho en la Universidad de San Petersburgo. Las ideas de Fourier lo impresionaron profundamente y comenzó a difundirlas con verdadera pasión. No compartía la religiosidad de Fourier, debido a la influencia de los hegelianos de izquierda, pero consideraba que la creación de falansterios<sup>26</sup> haría posible que el trabajo dejara de ser una carga, para transformarse en una actividad gozosa y de autorrealización personal.

Petrashevski era un gran lector y coleccionista de libros, que llegó a tener una extensa biblioteca de volúmenes “prohibidos” sobre temas históricos, económicos, políticos y sociales. A pesar de la censura, resultaba relativamente fácil obtener casi todos los libros importantes que se publicaban fuera de Rusia, en sus idiomas originales. Como Petrashevski estaba convencido de que las ideas y la cultura podían generar cambios sociales, anhelaba poner su biblioteca al alcance de otros.

A principios de la década de 1840, Petrashevski comenzó a reunirse con sus anteriores compañeros del Liceo y la Universidad, para analizar libros y conversar. Para 1845 este “círculo” ya se había extendido considerablemente y su anfitrión se había convertido en un importante promotor de la vida cultural de San Petersburgo. El gran éxito de las reuniones que Petrashevski organizaba los viernes se explica porque en ellas era posible discutir abiertamente las cuestiones sociopolíticas de las que no se podía hablar en público. Según D. D. Akhsharumov, dichas tertulias constituían: “un interesante calidoscopio de las opiniones más diversas acerca de los acontecimientos contemporáneos, las decisiones del gobierno, sobre las creaciones de la literatura de ese momento en los

---

<sup>26</sup> Los falansterios son una propuesta teórica de Fourier. Se trata de pequeñas comunidades productivas en las que la organización comunitaria del trabajo y el igualitarismo permitirían un pleno desarrollo de los individuos. *Cfr.* Charles Fourier, *Doctrina social: el falasterio*.

diferentes campos del conocimiento; se comentaban sucesos de la ciudad; de todo se hablaba en voz alta, sin la menor restricción”.<sup>27</sup>

De hecho, los encuentros en casa de Petrashevski no tenían ningún carácter secreto o conspiratorio, como tampoco lo tenían las reuniones de la Pléyade de Belinski. Los miembros del “círculo de Petrashevski” formaban un grupo numeroso y heterogéneo, en el que los asistentes variaban semana a semana.

El 18 de mayo de 1847, Nicolás I afirmó frente a una delegación de nobles que los campesinos no debían considerarse como propiedad privada ni como una mercancía<sup>28</sup> y pidió ayuda a la nobleza para transformar a los siervos en arrendatarios. Las noticias sobre estas palabras se extendieron rápidamente en todo San Petersburgo, creando la expectativa de una inminente liberación. Todos los intelectuales se sentían agobiados por la carencia general de libertades en Rusia, pero la gran mayoría consideraba que la peor injusticia —y la más evidente de todas— era la servidumbre del campesinado.

Si bien Nicolás I enfrentó en algún momento el problema de la servidumbre—e inclusive nombró un comité secreto en 1835 para estudiar el tema—, no se consideraba lo suficientemente independiente y poderoso en relación con la aristocracia como para imponer una solución desde arriba. El zar y sus consejeros creían que una liberación en la que no se entregara la tierra a los campesinos podía originar una revuelta generalizada, pero afectar las posesiones de la nobleza crearía tensiones con la clase social que conformaba el principal soporte del régimen. Por su parte, los nobles podían ejercer una presión política considerable y no estaban dispuestos a renunciar a sus derechos y privilegios sin recibir una compensación.

Los tímidos esfuerzos del zar para negociar la liberación de los siervos con la clase terrateniente se interrumpieron muy pronto. Las revoluciones que comenzaron a surgir en Europa a partir de 1848 provocaron un verdadero pavor entre los grupos dominantes de Rusia. Para prevenir que la simpatía por las causas revolucionarias pudiera generar desórdenes similares en su país, Nicolás I decidió apretar aún más la garra de la censura y la represión. En los últimos años de su reinado se suprimieron las pocas huellas de

---

<sup>27</sup> Citado en J. Frank, *Op. Cit.*, p. 310.

<sup>28</sup> En Rusia los siervos podían venderse por separado de las tierras que cultivaban (no fue sino hasta 1857 que esta práctica fue legalmente prohibida) y sus señores tenían permitido infligirles castigos corporales.

independencia intelectual y cultural que se habían tolerado antes, lo que condujo a los intelectuales a un periodo de aterrorizada inmovilidad.

A partir de 1848, el entusiasmo y el espíritu de rebelión comenzaron a apoderarse de los intelectuales rusos. Las noticias que llegaban de Occidente evidenciaban que el antiguo orden se tambaleaba en Europa, dando la impresión de que se podía derrumbar en cualquier momento. La *intelligentsia* pensaba que, tarde o temprano, la oleada de transformaciones sociales debía llegar a Rusia. Sin embargo, como lo señalaría después Alexander Milyukov, a menudo esta esperanzada agitación desembocaba en una amarga impotencia:

Las reformas inauditas de Pío IX provocaron levantamientos en Milán, Venecia, Nápoles; la embravecida marejada de las ideas liberales surgidas en Alemania causó revueltas en Berlín y en Viena. Al parecer, se estaba produciendo un renacimiento general en todo el mundo europeo. Los cimientos podridos de la vieja reacción se estaban desmoronando, y comenzaba una nueva vida para toda Europa. Pero, al mismo tiempo, el estancamiento más opresivo reinaba en Rusia [...] Prácticamente con cada entrega de correspondencia del exterior, nos enterábamos de que nuevos derechos eran otorgados al pueblo, ya fuera con anuencia o con reticencia, mientras que en la sociedad rusa sólo oíamos rumores de más limitaciones y restricciones. Quien recuerde este periodo sabe cómo todo esto influía en el espíritu de los jóvenes intelectuales.<sup>29</sup>

Uno de los primeros efectos del clima de exaltación sediciosa fue la creciente asistencia de nuevos miembros al círculo de Petrashevski, quienes buscaban un lugar apropiado para discutir los temas que a la prensa amordazada se le prohibía mencionar. Como era natural, la percepción de que las viejas estructuras estaban cayendo en Europa suscitó profundos cuestionamientos y acalorados debates acerca de la retrógrada sociedad rusa, en especial porque los rumores acerca de las intenciones del zar de liberar a los siervos habían cesado por completo. Fue en esta época cuando las reuniones promovidas por Petrashevski se organizaron con mayor formalidad y cuando se inició la costumbre de elegir a un “presidente” todos los viernes, que se encargaba de dirigir las discusiones. Dostoievski solía acudir al círculo de manera esporádica desde la primavera de 1847, pero comenzó a asistir con mayor regularidad a partir del invierno de 1848.

Era inevitable que las tertulias en casa de Petrashevski terminaran llamando la atención de la policía política. El zar encomendó la investigación del caso al ministerio de Asuntos Internos, ya que no estaba satisfecho con el reciente desempeño de la Tercera Sección. Luego de diez meses de investigaciones y vigilancia secreta, se tomó la decisión

---

<sup>29</sup> Citado en J. Frank *Op. Cit.*, p. 314.



de infiltrar en el círculo al agente P. D. Antonelli,<sup>30</sup> quien asistió a las reuniones que se realizaron entre enero y abril de 1849.

En el invierno de 1848-1849 una serie de incidentes en el círculo de Petrashevski evidenciaron que algunos de sus integrantes tenían la necesidad de convertir en acciones concretas sus anhelos de transformación política. El aristócrata Nikolai Speshnev, el siberiano buscador de oro Chernosvitov y el ex oficial Timkovski discutieron en diversas ocasiones acerca de las posibilidades de éxito de una revolución y plantearon estrategias que pudieran acelerar su estallido. Petrashevski solía descalificar todas las pretensiones de organizar una rebelión, argumentando que lo primero que debía exigirse era una amplia reforma del sistema legal.

Tanto Petrashevski como los demás fourieristas del círculo eran partidarios de una adecuación progresiva de los ideales de Fourier a la organización del trabajo en la sociedad rusa. Proponían la organización de grandes haciendas agrícolas comunitarias entre los campesinos, pues creían que a partir de ese momento las ideas socialistas guiarían la transformación de la *obschina*<sup>31</sup> rusa en falansterios.

En la reunión del 15 de abril de 1849, Dostoievski leyó en voz alta la *Carta a Gógol* que Belinski había redactado a principios del año anterior. El texto no podía publicarse, porque condenaba a la servidumbre, pero habían comenzado a circular discretamente a través de copias manuscritas. La lectura del documento produjo un entusiasmo generalizado entre los miembros del círculo, que Antonelli describió como sigue: “Esta carta [de Belinski] provocó un rugido general de aprobación. Ante todos los pasajes que lo sacudían, Yastrzhemski gritaba: ‘¡Eso es! ¡Eso es!’ Aunque no decía nada, Filippov sonreía todo el tiempo, murmurando algo para sí mismo. Balasoglo se puso nerviosísimo, y, en suma, los ánimos del grupo entero se inflamaron”.<sup>32</sup>

La carta era el resultado final de un intercambio epistolar entre Gógol y Belinski, que surgió con la publicación del libro *Pasajes escogidos de la correspondencia con mis amigos*. En esa obra, Gógol había mostrado su tardía conversión a un pietismo religioso, que afirmaba que el único remedio para las injusticias sociales era el esfuerzo interior de

---

<sup>30</sup> Antonelli era hijo de un reconocido pintor de origen italiano. Había estudiado en la Universidad de San Petersburgo y tenía un buen nivel cultural. Ningún miembro del círculo sospechó que se trataba de un espía.

<sup>31</sup> Las *obschinas* eran aldeas campesinas tradicionales, que se caracterizaban por la posesión comunal de la tierra y una organización comunitaria del trabajo.

<sup>32</sup> Citado en J. Frank, *Op. Cit.*, p. 362.

cada cristiano para su perfeccionamiento moral. Por si fuera poco, el autor de *Las almas muertas* se refirió a las estructuras sociopolíticas de Rusia (incluyendo la servidumbre) como si fueran entregadas por Dios y sagradas.

Belinski se encolerizó al leer *Pasajes escogidos*, no sólo por las posibles repercusiones sociales que pudiera tener, sino también porque la consideró una traición a la causa del realismo social, que él mismo había enarbolado después de tomar las primeras obras de Gógol como punto de partida. Belinski no podía criticar la mencionada obra de manera explícita en la prensa, pero luego de recibir un mensaje personal de Gógol, en el que éste se extrañaba por sus críticas, respondió con una carta llena de indignación.

Si bien la famosa *Carta a Gógol* fue escrita con una enfurecida retórica, no es extremista en el sentido ideológico y sus demandas concretas son relativamente moderadas. Se trata de una apasionada protesta democrática contra el despotismo y la servidumbre, que no trasciende los límites del liberalismo político. En uno de sus fragmentos se afirma que:

Lo que Rusia necesita no son sermones (¡tiene suficiente cantidad de ellos!) ni plegarias (¡las ha repetido con demasiada frecuencia!), sino que resucite o despierte en el pueblo ese sentido de su dignidad humana que durante muchos siglos ha perdido, por estar sumergido en el cieno y en la basura; lo que necesita es derechos y leyes que concuerden, no con las prédicas de la Iglesia, sino con el sentido común y con la justicia. En cambio, representa el lamentable espectáculo de constituir un país en el que los hombres trafican con hombres...<sup>33</sup>

Belinski concluye en su carta que las tareas más urgentes en Rusia eran la abolición de la servidumbre y los castigos corporales, así como el cumplimiento estricto de las leyes (al menos de las que ya existían). Estas eran las demandas mínimas que el “Furioso Vissarion” defendía en sus últimos meses de vida.

La última reunión en casa de Petrashevski se llevó a cabo el 22 de abril de 1849. El zar Nicolás I había emitido una orden de arresto el día anterior, luego de revisar un resumen de los informes de Antonelli, elaborado por el conde Orlov, director de la Tercera Sección. Alrededor de 60 miembros del círculo (incluyendo a Dostoievski) fueron detenidos en la madrugada del 23 de abril.

A pesar de que los intelectuales —lo mismo que algunos miembros de la nobleza y la alta burocracia— juzgaron que el círculo de Petrashevski no podía ser considerado una verdadera amenaza para el Estado y que el caso se exageró más allá de toda proporción, resulta evidente que la detención y el castigo de sus miembros formaba parte de los

---

<sup>33</sup> Citado en *Ibidem*, p. 365.

esfuerzos del zar para suprimir inclusive la más mínima expresión de pensamiento independiente. Después de que los acusados recibieron condenas ejemplares, la siguiente medida importante de Nicolás I fue nombrar una Comisión Especial para endurecer la censura. Posteriormente se tomaron algunas medidas para desaparecer la enseñanza de las ideas progresistas en las universidades (como la eliminación de las clases de filosofía y metafísica y la transferencia de los cursos de lógica y psicología a los profesores de teología), se prohibieron los viajes al extranjero y se conminó a los nobles que residían en Europa a volver a Rusia.

El Ministro de Asuntos Internos, I. P. Lipradi, consideraba que el grupo de Petrashevski era, en su conjunto, “una organizada agrupación de propaganda”, que tenía nexos en varias ciudades del país y que preparaba “mentes en todas partes para una insurrección general”.<sup>34</sup> Sin embargo, esta opinión no fue compartida ni siquiera por la Comisión Investigadora encargada del caso.

A pesar de lo anterior, dentro del heterogéneo círculo de Petrashevski existía realmente una pequeña sociedad secreta, dirigida por Nikolai Speshnev, que comenzó a reunirse de manera independiente para planear acciones de propaganda política contra el absolutismo, la iglesia y la servidumbre. Los miembros de este núcleo subversivo eran sólo siete u ocho y entre ellos se encontraban Dostoievski, Grigoriev, Mombelli y Filippov. La conspiración que trató de organizar Speshnev fue cercenada antes de que pudiera iniciar su proyectada labor de propaganda, utilizando una prensa litográfica casera, y permaneció desconocida hasta la década de 1920.

Los miembros del círculo de Petrashevski fueron conducidos a la Fortaleza de Pedro y Pablo mientras se realizaban las investigaciones. Speshnev hizo revelaciones acerca de las actividades y planes del grupo clandestino que dirigía,<sup>35</sup> pero el resto de sus integrantes nunca admitió su existencia. Dostoievski no reveló nada, no mostró arrepentimiento y trató de proteger con sus testimonios a otros, por lo que fue castigado con mayor severidad. Al principio se le acusó de haber leído y hecho circular la *Carta a Gógol* de Belinski y de no denunciar a las autoridades la existencia de una obra subversiva escrita por Grigoriev, pero

---

<sup>34</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años de prueba, 1850-1859*, p. 26.

<sup>35</sup> Este grupo clandestino había pasado desapercibido para el espía Antonelli. Sin la confesión de Speshnev, la policía política no se hubiera enterado de su existencia.

al final del proceso se agregó en su contra que había “tomado parte en deliberaciones sobre la impresión y distribución de obras en contra del gobierno, usando litografía casera”.<sup>36</sup>

Los testimonios de personas cercanas a Dostoievski, así como las declaraciones realizadas por él mismo ante a la Comisión Investigadora, revelan que usualmente se refería a los distintos sistemas del socialismo utópico con escepticismo y con un agudo sentido crítico. En realidad, su mayor preocupación consistía en liberar a los siervos, cuyo sometimiento consideraba inadmisibles e inmorales. Por otra parte, sus ideas sobre la posible evolución de la sociedad rusa resultaban más prácticas que las teorías socialistas utópicas de Occidente, pues tenían como objetivo desarrollar los principios comunitarios ya existentes en el campesinado ruso, como la *obschina* y el *artel*.<sup>37</sup>

Todo indica que Dostoievski decidió colaborar en el grupo de Speshnev porque no encontró ningún plan de acción para liberar al campesinado en el círculo de Petrashevski. Se acercó al radicalismo revolucionario sin renunciar a sus ideales y valores cristianos, desde la perspectiva del socialismo utópico francés. Al parecer, fue la desesperación frente a la servidumbre, combinada en cierta medida con la inestabilidad emocional que por entonces lo aquejaba, lo que llevó a Dostoievski a aliarse con Speshnev. Es muy probable que el joven Dostoievski no se percatara en ese entonces del enorme contraste que existía entre su “socialismo cristiano” y el autoritarismo implícito en los proyectos y métodos del comunismo ateo de Speshnev, pero con el tiempo llegó a analizar y describir esta cuestión con más profundidad y sagacidad que ningún otro de sus contemporáneos.

La Comisión de Investigaciones determinó que 28 integrantes del círculo de Petrashevski habían incurrido en acciones criminales. El 25 de septiembre de 1849, el zar Nicolás I nombró un tribunal mixto (militar y civil) y ordenó que los acusados fueran juzgados conforme a la ley militar. La decisión del tribunal fue entregada el 16 de noviembre. En ella se condenaba a 15 de los procesados —incluyendo a Dostoievski— a la pena de muerte. El resto recibió sentencias que iban desde los trabajos forzados hasta el exilio. Sin embargo, en una decisión sin precedentes legales, la sentencia fue enviada para su revisión al más alto tribunal militar: la Auditoría General. Ésta determinó que se había incurrido en un error judicial, ya que la ley usada por las cortes marciales en campaña

---

<sup>36</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años...*, p. 83.

<sup>37</sup> El *artel* era una cooperativa de trabajadores agrícolas con salario compartido.

indicaba que no se podía hacer distinción entre grados de culpabilidad. En consecuencia, todos los prisioneros debían morir fusilados.

Una vez aplicado todo el rigor de la ley, la Auditoria General solicitó al zar que mostrara clemencia por los acusados y le remitió una lista de sentencias menores. Nicolás aceptó la petición de misericordia, pero confirmó la sentencia de Petrashevski, quien fue condenado al exilio y trabajos forzados de por vida en las minas. El zar en persona suavizó la duración de casi todas las condenas restantes. Gracias a ello, la pena de Dostoievski fue reducida de ocho a cuatro años de trabajos forzados, tras los cuales debería de servir en el ejército ruso por un tiempo indeterminado.

La ley exigía que se realizara un simulacro de ejecución cuando la pena de muerte era conmutada mediante un acto de clemencia imperial. En esta ocasión, Nicolás I dio órdenes precisas para que se informara a los prisioneros que su vida había sido perdonada *después* de que se completaran los preparativos para la ejecución. El 22 de diciembre de 1849, los “petrashevskistas”, plenamente convencidos de que iban a morir, tuvieron que enfrentar un simulacro de fusilamiento en la plaza Semenovski. Los primeros en ser atados y encapuchados frente al pelotón de fusilamiento fueron Petrashevski, Grigoriev y Mombelli. Entre los tres prisioneros que serían ejecutados en el siguiente turno se encontraba Dostoievski... Cuando sólo faltaba la orden para jalar el gatillo, los prisioneros escucharon un redoble de tambores, anunciando la retirada.

Los presos fueron trasladados a distintos lugares para cubrir sus condenas (la mayoría enfrentó la temible *Katorga*).<sup>38</sup> En enero de 1850, Dostoievski y Sergei Durov fueron encarcelados en la prisión de Omsk, en Siberia. Dostoievski fue liberado del presidio el 15 de febrero de 1854 y un mes después se integró al Ejército Siberiano, en la población de Semipalatinsk. En abril de 1857 contrajo matrimonio con la viuda María Dimitrievna. Logró regresar a San Petersburgo en diciembre de 1859, gracias a que se le concedió el retiro del ejército por razones de salud. Durante su estancia en Omsk había comenzado a sufrir ataques epilépticos, que se volvieron más frecuentes y violentos en Semipalatinsk.

Dostoievski experimentó una profunda transformación interior durante su estancia en el presidio, que él mismo llamaría después “la regeneración de mis convicciones”.

---

<sup>38</sup> La *katorga* era un sistema penal. Los condenados eran enviados a presidios muy rudimentarios en la lejana Siberia, en los que cubrían sentencias con trabajos forzados. Las condiciones de vida en esos presidios eran inhumanas y deplorables.

Describió este proceso parcialmente en la obra *Memorias de la casa de los muertos* (1861) y en algunos artículos posteriores. Varias de las observaciones realizadas por Dostoievski sobre las características morales y psicológicas de los prisioneros, así como del pueblo ruso en general, fueron integradas a las concepciones que expuso poco después en *Memorias del subsuelo* (1864).

## Capítulo 1.3 La intelectualidad rusa entre 1850 y 1860 (inclusive).

### La influencia de Alexander Herzen

Los años cuarenta habían sido los más fértiles y productivos en la breve historia de la literatura rusa moderna. Sin embargo, este torrente de creatividad se vio interrumpido muy pronto, ya que las revoluciones que comenzaron a estallar en 1848 en Europa llevaron al zar Nicolás I a imponer la llamada “era del pánico por la censura”, bajo la férrea dirección del conde Buturlin.

Una vez que la censura se volvió más estricta, con la represión del círculo de Petrashevski a la vista y con espías infiltrados en todos los niveles de la vida cultural, pocos escritores se atrevían a publicar algo que pudiera considerarse mínimamente provocador. Debido a ello, las publicaciones periódicas comenzaron a llenarse de traducciones.

A pesar de las condiciones adversas, en la década de 1850 se produjo un importante acercamiento ideológico entre los bandos occidentalista y eslavófilo de la *intelligentsia*, que hasta entonces habían sido acérrimos rivales. La asimilación gradual de las ideas eslavófilas por la clase culta se había iniciado en los últimos años del decenio anterior y se aceleró con la exaltación del nacionalismo que surgió con la Guerra de Crimea. En buena medida, Alexander Herzen fue el responsable de integrar de manera definitiva los puntos de vista de ambas corrientes, al concebir y propagar una concepción que fue ampliamente aceptada por la mayoría de los intelectuales y generó enormes expectativas en el futuro de Rusia.

Belinski había encabezado por años los ataques de los occidentalistas contra la idealización eslavófila del campesinado ruso y sus virtudes, pero comenzó a modificar su punto de vista a partir del artículo “Panorama de la literatura rusa en 1846”.<sup>39</sup> En éste, Belinski aseguró que sobre el tema de la nacionalidad se sentía más inclinado a tomar partido por los eslavófilos que por los “cosmopolitas humanistas”. Semejante declaración, en apariencia insólita, provenía del creciente fastidio de los intelectuales progresistas frente a la aceptación irreflexiva de las teorías europeas. En su artículo, Belinski criticaba la “imitación maquinal y humillante de la cultura europea” y afirmaba que, si bien Europa se encontraba enfrascada en la búsqueda de soluciones a nuevos y grandes problemas: “sería

---

<sup>39</sup> Publicado en *El Contemporáneo*, a finales de 1846.

absolutamente vano e inútil que nos ocupáramos de esos problemas como si fueran propios... Nosotros, por nuestra propia cuenta, en nuestro interior y a nuestro alrededor... deberíamos buscar tanto los problemas como sus soluciones”.<sup>40</sup>

Durante la década de los cincuenta, Herzen ocupó el papel predominante en la cultura rusa que antes había desempeñado Belinski. Herzen decidió radicar a Europa en 1847, atraído por la expectativa de inminentes revoluciones, que efectivamente estallaron un año después. Después de contemplar con entusiasmo los triunfos iniciales de los revolucionarios en Italia y en Francia, quedó horrorizado frente a la brutal represión que sufrieron los trabajadores franceses en junio de 1848, a manos del gobierno burgués de la nueva República. Herzen expresó su desilusión y su repugnancia en la obra *Desde la otra orilla*, en la que afirmó que Europa Occidental jamás podría realizar la anhelada transición hacia el socialismo, pues los principios de la propiedad privada, el centralismo monárquico y la obediencia a la autoridad civil estaban profundamente arraigados en su carácter y sus tradiciones.

En los años siguientes Herzen pasó de la negación y el pesimismo a la afirmación exaltada, al plantear en diversos escritos<sup>41</sup> que la subdesarrollada Rusia estaba destinada a ser un instrumento histórico, que debía guiar a la humanidad en su transición al nuevo mundo socialista, precisamente porque había permanecido al margen de la corriente general del desarrollo europeo.

Para sostener sus entusiastas predicciones sobre el futuro de Rusia, Herzen rescató algunas ideas de los pensadores eslavófilos de su país. Al igual que éstos, aseguró que la comunidad aldeana rusa (la *obschina*) podía considerarse una forma embrionaria de la organización social igualitaria del futuro, que el pueblo ruso no había sido afectado por las ideas individualistas sobre las relaciones de propiedad que surgieron con el derecho romano y que la religión ortodoxa era mucho más fiel a las enseñanzas de los evangelios que el catolicismo. Herzen consideraba que el aislamiento religioso de Rusia le había permitido eludir la corrupción moral que imperaba en Europa y que las virtudes evangélicas del pueblo ruso eran un modelo a seguir para toda la humanidad.

---

<sup>40</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, p. 275.

<sup>41</sup> Entre ellos, *El pueblo ruso y el socialismo* y *Sobre la evolución de las ideas revolucionarias en Rusia*.



La integración de concepciones esclavófilas en la visión de Herzen resultó muy atractiva para todos los grupos de la *intelligentsia* (con excepción de algunos occidentalistas recalcitrantes). No era para menos: pues al sostener que Rusia se encontraba en una posición privilegiada, moralmente superior a la decadencia de Occidente, Herzen hizo posible que el retraso social ruso se comenzara a percibir como una ventaja y una promesa para el futuro.

Herzen se estableció en Londres en 1852 y fundó allí la primera prensa rusa libre en el exilio. Comenzó a editar sus propias obras y creó varias publicaciones periódicas, entre las que destacan la revista *La estrella polar (Poliarnaya Svezda)* y, en 1857, el influyente periódico *La campana (Kolokol)*.

En febrero de 1853, Herzen publicó un llamado con el título *A los hermanos de Rusia*, en el que exhortaba a la intelectualidad rusa a que rompiera el cerco del miedo y del silencio y continuara pensando y escribiendo. Argumentaba que si bien la constante amenaza de represión había logrado suprimir la crítica, en realidad no se podía hablar de una auténtica persecución política, ya que ningún intelectual había sido encarcelado o deportado desde 1848.

Al principio, el llamado de Herzen no obtuvo respuesta alguna. La *intelligentsia* se encontraba atrincherada, defendiendo de la censura una actividad literaria cada vez más restringida. Sin embargo, el inicio de la Guerra de Crimea le otorgó un respiro, pues el Estado zarista concentró todos sus esfuerzos y atención en el desarrollo del conflicto. Durante la guerra comenzaron a circular algunos manuscritos en los que se discutían los grandes problemas de Rusia y se proponían reformas para el futuro. A partir de entonces, la participación crítica de los intelectuales se fue renovando paulatinamente.

## **La Guerra de Crimea y el inicio del reinado de Alejandro II**

Rusia le declaró la guerra a Turquía en 1853, con la finalidad de obtener una sólida hegemonía en el Oriente Próximo. En marzo de 1854, Inglaterra y Francia formaron una alianza con Turquía, para frenar la expansión del Imperio zarista. La capacidad técnica de los ejércitos europeos superó desde un principio las posibilidades militares del Estado ruso.

Los combates decisivos se desarrollaron en Crimea y la caída de Sebastopol<sup>42</sup> señaló la derrota final de Rusia. Si bien las acciones del ejército ruso estaban bien planificadas, las enormes pérdidas de material bélico —que no podían reponerse debido a la carencia de una red ferroviaria adecuada— minaron gradualmente todas sus posibilidades.

La guerra terminó en 1856. La “Paz de París” neutralizó el mar Negro para todos los barcos de guerra. Dicha resolución sólo afectó a Rusia, que también fue obligada a retirarse de la desembocadura del Danubio y padeció por años un bloqueo económico encabezado por Inglaterra. Descontando tales medidas, el gigantesco territorio ruso permaneció intacto. El rápido final de la guerra impidió que se concretaran las medidas que el gobierno británico había planteado inicialmente: la restauración de Polonia, la devolución de Finlandia a Suecia y la reintegración de Georgia y Crimea a Turquía.

Aunque la Guerra de Crimea incrementó los sentimientos nacionalistas y patrióticos entre la intelectualidad rusa, luego de un tiempo, la incompetencia y la corrupción exhibidas por el régimen de Nicolás I resultaron decepcionantes. Durante el último año de la contienda, muchos intelectuales (tanto occidentalistas como eslavófilos) consideraban en privado que una derrota podría ser más útil y soportable para Rusia que la continuación del autoritarismo represivo de los años anteriores.

La humillante derrota en la Guerra de Crimea fue una verdadera catástrofe política, económica y militar para Rusia y enfrentó al país con su enorme retraso en comparación con las potencias de Occidente. Nicolás I había hecho lo posible para conservar el poderío militar de su imperio, pero el uso masivo de armamento moderno al que recurrieron sus contrincantes mostró claramente que sus esfuerzos habían sido en vano. Esta situación destrozó anímicamente al zar, quien murió el 18 de febrero de 1855. Todas las esperanzas se cifraron entonces en su hijo, el joven zar Alejandro II, quien gobernó Rusia hasta 1881.

Resultaba evidente que Rusia tenía que experimentar cambios, pero modificar sus bases sociales y políticas no era sencillo. Al subir al poder Alejandro II parecía estar condenado a reproducir la misma inmovilidad que había experimentado su padre, frente a los intereses económicos y políticos de la nobleza. No obstante, tras dos años de vacilaciones, el nuevo zar comprendió que no se podía apoyar ni en la aristocracia ni en el

---

<sup>42</sup> Sebastopol es una ciudad portuaria de Ucrania, ubicada en la península de Crimea, frente al mar Negro. Comenzó siendo una importante base naval artillada, fundada en 1784 por G. A. Potemkin.

campesinado para abolir la servidumbre, por lo que decidió utilizar la opinión pública. La *intelligentsia* (a la que concedió cierta libertad para expresar sus ideas) le aseguró un soporte, compartió con él la responsabilidad inicial y le ayudó a preparar una serie de proyectos, que después fueron la base de las reformas.

Con el cambio de régimen, Herzen consideró que los intelectuales y los sectores liberales de la aristocracia no debían enfrentarse con el zar, pues en ese momento resultaba más importante que sirvieran de guía al Estado para elaborar una reforma que aboliera la servidumbre. Estaba convencido de que las reformas sólo se podrían llevar a cabo desde arriba y que el apoyo de una opinión pública cada vez más activa y libre era indispensable para superar la resistencia reaccionaria de la nobleza. En 1855, Herzen publicó una carta dirigida a Alejandro II, en la que le proponía encaminar sus acciones hacia la libertad de los intelectuales y la concesión de la tierra a los campesinos. Según Franco Venturi: “Esta posición convirtió a Herzen durante cerca de un lustro en una auténtica potencia en Rusia, en el verdadero guía de la opinión pública. Sus escritos se leyeron en el Palacio de Invierno y en las pequeñas ciudades de provincias, en Moscú y en Siberia”.<sup>43</sup>

Alejandro II anuló la prohibición de los viajes al extranjero que había impuesto su antecesor. Esto facilitó la difusión de los escritos de Herzen en Rusia, pues los rusos que visitaban Londres, París y Alemania solían regresar con varias publicaciones de la “Libre tipografía rusa” ocultas en el equipaje. En abril de 1856, el intelectual ruso Nikolai Ogárev se estableció en Londres y comenzó a trabajar con Herzen. En 1857, los dos fundaron el periódico *La Campana*, que se convirtió en un importante medio para denunciar los abusos de las autoridades provinciales rusas.

En una reunión con la aristocracia culta de Moscú, en marzo de 1856, Alejandro II declaró lo siguiente: “Es mejor iniciar desde arriba la abolición de la servidumbre, que aguardar hasta que ésta empiece a abolirse desde abajo”.<sup>44</sup> Después de múltiples preparativos, a finales de 1857 y principios de 1858 se hicieron públicas las primeras medidas concretas que anunciaban la liberación de los siervos. El zar solicitó la reunión de asambleas nobiliarias en distintas provincias de Rusia, para que éstas propusieran un esquema de reformas, sobre la base de algunas reglas generales.

---

<sup>43</sup> Franco Venturi, *El populismo ruso*, tomo 1, p. 230.

<sup>44</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años...*, p. 300.

Como podía esperarse, las asambleas nobiliarias propusieron una liberación “sin tierra”. Frente a esta desalentadora expectativa, Herzen y Ogárev redactaron (en 1858) un detallado proyecto de reforma, en el que proponían que la tierra les fuera entregada a los campesinos mediante el pago de un “rescate” a la nobleza. El documento fue publicado en *La Campana* y en la revista *Voces de Rusia*. Si bien los autores del proyecto pensaban que los campesinos sólo tendrían que pagar una pequeña compensación a cambio de las tierras que cultivaban, al final el enorme poder de la nobleza determinó las decisiones del zar.

De acuerdo con las leyes vigentes, las relaciones de los siervos con sus señores pertenecían al derecho privado. En consecuencia, la emancipación tendría que realizarse a partir de contratos privados entre los terratenientes y sus propios siervos. Esto condicionó el contenido de las reformas y favoreció múltiples abusos en contra de los campesinos, cuando la liberación se produjo.

### **N. G. Chernishevski y los intelectuales *raznochintsi***

La obra de N. G. Chernishevski fue fundamental para la renovación del papel crítico de la *intelligentsia* entre 1855 y 1860. Sus posturas de izquierda, sus críticas a los liberales de clase alta y sus esfuerzos por establecer una ética basada en la racionalidad y la ciencia conformaron una concepción que estaba destinada a convertirse en la ideología dominante de la cultura y la política rusas durante la década de los sesenta.

Chernishevski fue uno de los primeros representantes de la nueva generación de intelectuales *raznochintsi* y el principal artífice de sus convicciones. *Raznochintsi* era un término administrativo que designaba a los “hombres de orígenes y clases diversos”, es decir, a las personas que no tenían ninguna categoría o rango (*chin*) fijo dentro del sistema ruso de castas.<sup>45</sup> Los primeros intelectuales *raznochintsi* eran descendientes de eclesiásticos, pero paulatinamente se les agregaron los hijos de burócratas, militares de bajo rango, comerciantes, artesanos, escribientes y campesinos libres de Siberia.

Alejandro II propició una apertura de la educación superior a círculos cada vez más amplios, al eximir a los estudiantes pobres de las pesadas cargas económicas que tenían que cubrir. Con ello, el zar buscaba atraer el apoyo de la opinión pública y compensar un poco

---

<sup>45</sup> En la sociedad rusa de la época, la palabra *raznochintsi* (plural de *raznochinets*) se usaba para designar a los plebeyos y los comuneros.

la asfixiante represión ejercida por su padre. Las nuevas condiciones de admisión, combinadas con el creciente desarrollo de diversos estratos sociales situados entre la nobleza y los siervos, produjeron verdaderas peregrinaciones de jóvenes *raznochintsi* hacia todas las universidades del país.

Anteriormente sólo las personas que pertenecían a la aristocracia habían tenido acceso a la educación superior. Se suele considerar que durante la década de los cuarenta algunos *raznochintsi* lograron acceder a la universidad —entre los que se encuentran Belinski y Dostoievski—, pero en realidad la mayoría de ellos no carecía por completo de rango, pues eran hijos de servidores del Estado y miembros de la nobleza por servicios.<sup>46</sup>

Sin duda, el ingreso de estudiantes pobres a la educación superior era un avance considerable dentro de la anquilosada estructura feudal rusa, pero no produjo el agradecimiento y la lealtad que el zar intentaba conquistar. Cuando los *raznochintsi* irrumpieron en la vida cultural, lo hicieron con una estridencia desafiante y agresiva, que se enorgullecía de su abierta vulgaridad, su carencia de distinción social, su desprecio hacia lo refinado y elegante. Promovieron una ruptura violenta con el humanismo liberal culto de los intelectuales de la generación de 1840 y se mostraron decididos a emprender acciones orientadas a destruir los cimientos de una sociedad a la que consideraban corrompida y caduca. Sus principales exponentes pusieron en tela de juicio los ideales religiosos en los que se había basado la vida rusa —hasta ese momento— y proclamaron la necesidad de establecer principios morales para construir un mundo nuevo.

### **La trayectoria intelectual de Chernishevski**

Nikolai Gavrilovich Chernishevski nació en 1828 en la lejana ciudad de Saratov, ubicada en los confines orientales del imperio ruso, en los límites con el agreste mundo de los pueblos de Asia central. Sus antecesores habían sido sacerdotes durante generaciones, en algunas aldeas de la región del Volga, pero su padre decidió no obligarlo a proseguir con la carrera eclesiástica cuando terminó el seminario. En vez de eso, lo envió a estudiar filología y literatura eslavas a la Universidad de San Petersburgo.

---

<sup>46</sup> Tal es el caso de Dostoievski y Belinski, que eran hijos de cirujanos militares.

Chernishevski llevó una vida ascética en la capital rusa, tanto por sus limitaciones económicas como por su obediencia a las normas cristianas tradicionales. Su formación filosófica y política fue casi por completo autodidacta, pues Nicolás I había prohibido la difusión de las “ideas de Occidente” en las universidades. Logró leer algunos textos de Hegel y Schelling, pero la obra de Hegel nunca lo llegó a entusiasmar (a diferencia de otros intelectuales, como Herzen, Bakunin y Belinski). En 1849 leyó *La esencia del cristianismo* y le causó una profunda impresión. A partir de entonces se convirtió en un fiel seguidor de Feuerbach. Tras atravesar varias crisis personales, relacionadas con el abandono de sus anteriores creencias religiosas, Chernishevski se consagró a la política con el mismo fervor con el que antes había acatado los preceptos del cristianismo ortodoxo.

Chernishevski era un consumado occidentalista desde los 18 años de edad. Creía que Rusia no valía nada en comparación con Occidente y que en su país era necesario “empezar todo” desde el principio. En 1848 escribía en su diario que su credo político se podía resumir en: “la admiración por Occidente y en la convicción de que los rusos no contamos nada en comparación con ellos. Son hombres y nosotros niños”.<sup>47</sup>

En diciembre de 1848, Chernishevski entabló amistad con A.V. Janykov, un miembro del círculo de Petrashevski. La detención de éste, junto con la mayoría de los miembros del círculo, en abril de 1849, le provocó un gran sufrimiento. En 1850 Chernishevski anhelaba con fervor un estallido revolucionario en Rusia, pero se encontraba solo y aislado. Al terminar sus estudios universitarios regresó a Saratov, en cuyo instituto trabajó como profesor y dónde contrajo matrimonio. Chernishevski tenía muy claro que la única opción que le quedaba para tratar de influir en su época en un sentido revolucionario era un modesto trabajo literario, agobiado por la censura. Finalmente decidió avanzar por ese camino y regresó a San Petersburgo, en mayo de 1853. Durante casi un año vivió de pequeños trabajos literarios, mientras preparaba su tesis. En 1854 empezó a colaborar con cierta regularidad en *El Contemporáneo* y en pocos meses Nekrásov le otorgó responsabilidades editoriales en la revista.

A Chernishevski no le atraían la estética y la crítica literaria, pero comenzó a escribir sobre esos temas porque le permitían expresar sus convicciones, en lenguaje cifrado. Siguiendo las opiniones del último periodo de Belinski, juzgaba el valor del arte

---

<sup>47</sup> Citado en F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 283.

sólo a partir de su posible utilidad moral o política y prefería la literatura que denunciaba la desigualdad y las injusticias sociales.

En su tesis doctoral, titulada *Las relaciones estéticas entre el arte y la realidad*, Chernishevski realizó una agresiva crítica de la concepción hegeliana del arte, a partir de las concepciones de Feuerbach. En opinión de Hegel, la belleza artística es una manifestación sensible de la verdad (una representación de la “idea” que concuerda con su propio “concepto”)<sup>48</sup> y el arte surge del deseo humano de enmendar las imperfecciones de la naturaleza, en nombre de lo ideal. En cambio, Chernishevski consideraba que “la belleza es vida” y que la naturaleza es “infinitamente superior al arte en todos los sentidos”, pues “constituye la única fuente de verdadero placer”.<sup>49</sup> Según su punto de vista, el arte es una satisfacción ficticia e imaginaria, que sólo existe porque el hombre no es capaz de satisfacer la totalidad de sus verdaderas necesidades. En su tesis, Chernishevski aseguraba que: “La imaginación construye castillos en el aire cuando el soñador carece no solamente de una buena casa, sino de una cabaña tolerable”<sup>50</sup> y exhortaba a sus lectores a crearse una mentalidad realista y una “concepción práctica”, en vez de dejarse engañar por “inútiles perfecciones”.<sup>51</sup>

Tras descalificar el importante papel que la estética hegeliana le concedía al arte y los artistas, Chernishevski afirmaba que los creadores están obligados a subordinar su inspiración artística a la “vida” y las “exigencias reales” de ésta (lo que implicaba sugerir que los artistas debían orientar sus esfuerzos hacia la tarea inmediata de obtener justicia social). La tesis en cuestión fue considerada políticamente provocadora desde su defensa pública en la Universidad de San Petersburgo, en 1855. Durante ese mismo año, Chernishevski publicó la obra como libro, seguido de una reseña del mismo (sin firmar) en la revista *El Contemporáneo*.

Las ideas expuestas por Chernishevski provocaron la indignación de la mayoría de los escritores y críticos literarios de la generación anterior, que reverenciaban el arte y se habían formado bajo la influencia de la estética hegeliana y el romanticismo alemán. La prensa rusa pronto se llenó de furiosos ataques contra *Las relaciones estéticas entre el arte*

---

<sup>48</sup> Véase Crescenciano Grave, *Verdad y Belleza. Un ensayo sobre ontología y estética*, p. 86.

<sup>49</sup> Para Feuerbach, el “Espíritu” hegeliano no es más que un nombre que designa a todos los fenómenos históricos y, en última instancia, un nombre para referirse a la Naturaleza, que es la realidad primaria.

<sup>50</sup> Citado en Joseph Frank, *Dostoievski. Los años...*, p. 350.

<sup>51</sup> Véase F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 290.

y *la realidad* y los literatos intercambiaron diversas condenas en su correspondencia. En una carta dirigida a V. P. Botkin y Nekrásov, Turguénev expone el siguiente punto de vista: “En lo que se refiere al libro de Chernishevski, esta es mi principal objeción: según su parecer el arte es, tal como él lo expresa, únicamente un sustituto de la realidad, de la vida, y en esencia sólo es adecuado para gente inmadura... Esto, según mi opinión, es una tontería”.<sup>52</sup> En otra misiva, Turguénev escribe al editor A. A. Kraevski: “Gracias por haber tratado con rudeza el ofensivo libro de Chernishevski. Hace mucho tiempo que no leía algo que me molestara tanto. *Es peor que un libro maligno. Es... una acción maligna*”.<sup>53</sup>

El punto culminante de la polémica que originó el libro de Chernishevski tuvo lugar entre 1855 y 1856, pero las discusiones que surgieron en ese momento establecieron la pauta de los debates sobre el arte y la función social del artista que se llevaron a cabo a lo largo de todo el decenio de los sesenta. Los puntos de vista antagónicos condujeron a los escritores y críticos literarios a agruparse en dos bandos: uno favorable a Gógol y el otro a Pushkin. Los primeros consideraba que la exposición de los males de la sociedad rusa realizada por Gógol constituía el máximo ejemplo de lo que debía ser la literatura, mientras que los segundos veían en Pushkin la encarnación del artista que dedica su inspiración divina al estudio de los “eternos” dilemas de la condición humana.<sup>54</sup>

### **La labor de Chernishevski en *El Contemporáneo***

En 1856, Chernishevski reclutó al joven Nicolái Dobroliubov como su principal colaborador en *El Contemporáneo*. Dobroliubov también provenía de una familia eclesiástica y provinciana (de la ciudad de Novgorod), fue educado en un seminario y estudió en la Universidad de San Petersburgo. Otros periodistas y escritores radicales que se integraron después al trabajo editorial de la revista tenían el mismo origen social, pues eran hijos de sacerdotes, que cursaron estudios universitarios y renegaron de la religión a partir de la influencia de los hegelianos de izquierda. Ellos fueron los primeros intelectuales *raznochintsi*. Es un hecho que Chernishevski y sus colaboradores abrieron camino a las

<sup>52</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años...*, p. 351.

<sup>53</sup> *Idem*.

<sup>54</sup> Dostoievski criticó ambas posturas en el primer número de la revista *El Tiempo* (enero de 1861), afirmando que tanto quienes defendían el “arte por el arte” como quienes aseguraban que éste debía ser moral o políticamente útil, estaban violentando la libertad creadora del artista.



siguientes generaciones de intelectuales que no pertenecían a la clase privilegiada, imprimiéndoles una orientación ideológica indeleble.

Las posturas estéticas y políticas del grupo de Chernishevski engendraron una profunda escisión con los antiguos colaboradores de *El Contemporáneo*. Además de las diferencias ideológicas, los distintos antecedentes sociales de los *raznochintsi* y los escritores que provenían de la aristocracia —como Turguénev, Tolstoi, Panaev y Maikov— o que compartían con ellos las mismas tradiciones culturales, explican en buena medida los desacuerdos y conflictos que comenzaron a surgir. Los literatos de clase alta despreciaban a quienes llamaban despectivamente los “seminaristas”, por su mala educación y su actitud desafiante. Por su parte, Chernishevski y sus seguidores aborrecían las posturas políticas, los modales elegantes, la cultura cosmopolita y la reverencia por el arte de los primeros.

Nekrásov también descendía de la nobleza, pero permitió a Chernishevski desplazar progresivamente a los viejos colaboradores de *El Contemporáneo* porque deseaba que la revista mantuviera el tono radical que le había conferido Belinski y porque no deseaba que ésta se ocupara exclusivamente de temas literarios. Nekrásov mantuvo siempre buenas relaciones con los *raznochintsi* que asumieron el control editorial de *El Contemporáneo*. Con el tiempo, comenzó a referirse a este grupo como su “consistorio”, en alusión a sus orígenes clericales.

Chernishevski y el resto de los “seminaristas” reconocían a Belinski como su único predecesor intelectual y admiraban su intransigente conducta y su abierto desafío al conservadurismo aristocrático. Por ello, el joven conde Tolstoi afirmaba que Chernishevski no era más que un vulgar imitador de Belinski, que copiaba de éste tanto su actitud ofensiva como su orientación ideológica. En opinión de Tolstoi: “Entre nosotros, no sólo entre la crítica, sino en la literatura e incluso simplemente en la sociedad, se ha ido enraizando la opinión de que ser irritables, biliosos y malos es algo encantador. A mi me parece en cambio que es algo pésimo...”<sup>55</sup>

La primera expresión literaria del desagrado que los intelectuales nobles sentían por Chernishevski fue el cuento *La escuela de la hospitalidad*, publicado por D. V. Grigórovich en 1855. En esta obra aparece un periodista de dudosa probidad, llamado Chernushkin, de quien se dice lo siguiente: “Su apariencia llamaba tanto la atención, por su aire venenoso,

---

<sup>55</sup> Citado en F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 307.

que, basándose sólo en esto, un director de revista lo contrató como crítico; el director también contaba, particularmente, con el hecho de que Chernushkin padecía de dolores de hígado y ataques de bilis”.<sup>56</sup> El personaje Chernushkin afirmaba que los escritores que él conocía no se ocupaban en cosas serias y “concluyó comparando, muy ingeniosamente, la literatura con una taza de café después de la comida”.<sup>57</sup>

El personaje de Grigorovich era una obvia parodia de Chernishevski, quien realmente padecía ataques de bilis. Dicha referencia a la enfermedad del hígado aparecerá más tarde en las obras *Los superfluos y los biliosos* (1860), de Herzen, y *Memorias del subsuelo* (1864), de Dostoievski. Cabe destacar que en *La escuela de la hospitalidad* se presentan dos rasgos que en lo sucesivo se atribuirá invariablemente al intelectual *raznochinets*: su actitud ofensiva y su depreciación del arte.

Entre 1856 y 1858 las tensiones entre los dos grupos de colaboradores de *El contemporáneo* se redujeron, pues la expectativa de la futura liberación de los siervos propició una efímera concordia entre todos los sectores de la *intelligentsia*. Los escritores y periodistas se unieron para apoyar la liberación y combatir a los reaccionarios que se oponían a las reformas. Como nunca antes, surgieron coincidencias entre corrientes rivales y se elaboraron entusiastas propuestas para el futuro del país. Incluso el intransigente Chernishevski llegó a declarar en *El Contemporáneo* (en febrero de 1858) que: “la vida nueva que ahora comienza para nosotros será más hermosa, más próspera, más brillante y más feliz, en comparación con la vida anterior, al igual que en Rusia los últimos ciento cincuenta años fueron superiores al siglo XVII”.<sup>58</sup>

A Chernishevski le interesaba la conservación de las *obschinas* tradicionales, pues tenía la esperanza de que éstas se convirtieran después en colectividades agrícolas modernas, que pudieran encaminar a Rusia hacia el socialismo (antes de que el capitalismo pudiera desarrollarse plenamente). Debido a esto, luchó al lado de Herzen y los liberales para conseguir que la emancipación se realizara “con la tierra”, en contra de lo que habían propuesto las asambleas nobiliarias de 1857. Una vez que la presión de los intelectuales persuadió a Alejandro II de que una liberación “sin tierra” provocaría violentos disturbios, Chernishevski comenzó a estudiar la viabilidad económica de las reformas. Aunque sabía

<sup>56</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela de la liberación, 1860-1865*, p. 214.

<sup>57</sup> *Idem*.

<sup>58</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años...*, p. 428.

que el ideal de entregar todas las tierras de manera gratuita a los campesinos era irrealizable, argumentó en varios artículos de *El Contemporáneo* que el peso del “rescate” que se pretendía cobrar a los agricultores con toda seguridad los empobrecería y que era inútil liberar a los siervos si se les arruinaba después.

Chernishevski asumió que había perdido la lucha para defender los intereses del campesinado a partir de 1859, pues la liberación que se estaba planeando los obligaría a pagar las tierras que cultivaban a precios muy altos. Chernishevski y Dobroliubov quedaron aislados frente a la opinión de la *intelligentsia* liberal, que en su conjunto parecía satisfecha con los avances obtenidos. Ambos consideraban que la burocracia estatal había logrado imponer su voluntad, pues la reforma que se iniciaba no afectaría sustancialmente el régimen político de Rusia. El absolutismo y el poder de la nobleza permanecerían intactos, las grandes masas campesinas seguirían sumidas en la pobreza y la censura continuaría vigente (inclusive se había vuelto más rígida, a partir de 1858).

Chernishevski fue uno de los primeros en protestar contra la situación que se estaba gestando. Tenía la esperanza de que el descontento que surgiría con las condiciones de la emancipación podría canalizarse hacia la organización de un movimiento revolucionario en Rusia. Una vez más, tuvo que escribir sobre literatura para exponer sus convicciones políticas. Aprovechó que tenía en sus manos el control editorial de *El Contemporáneo* para iniciar una agresiva campaña contra la intelectualidad liberal de clase alta, a la que consideró reformista y pusilánime. El reto lanzado por Chernishevski a la hegemonía de este grupo intelectual alejó definitivamente de *El Contemporáneo* a los colaboradores que no concordaban con el radicalismo creciente de la publicación e inició una polémica que perduró durante toda la década de 1860.

Para Chernishevski y Dobroliubov, la reverencia por el arte de los liberales cultos “apestaba a iglesia”, pues consideraban que el elevado papel que Hegel le atribuía al arte y los artistas —como intermediarios terrenales entre el hombre y lo Absoluto— únicamente servía para disfrazar las concepciones religiosas que aún estaban presentes en el trasfondo de sus concepciones filosóficas.<sup>59</sup> En consecuencia, intentaron liberar al arte de toda exaltación idealista y se concibieron a sí mismos como unos recalcitrantes “materialistas”,

---

<sup>59</sup> Esta opinión provenía especialmente de Feuerbach, quien afirmaba que el “fantasma” de la teología recorría todo el pensamiento hegeliano. Para Feuerbach, el verdadero principio de la filosofía no es Dios, lo Absoluto ni el ser como predicado de lo Absoluto o la idea, sino lo finito, lo determinado, lo real.

que sólo reconocían el conocimiento científico (en un sentido positivista) como fuente de la verdad y rechazaban por completo las concepciones “sobrenaturales” emanadas de la religión. Estaban convencidos de que era necesario construir una visión del mundo y una ética materialista y científica que impulsara cambios radicales en Rusia y creían firmemente que uno de los mayores obstáculos para reorganizar la personalidad del pueblo ruso y crear “hombres nuevos”, más decididos y enérgicos, era la influencia sociocultural de los “débiles” intelectuales de la generación anterior.

Chernishevski escogió un pequeño relato de Turguénev, titulado *Asya*, para iniciar su agresiva campaña contra los intelectuales nobles, a los que denominó con sarcasmo los “hombres superfluos”.<sup>60</sup> El protagonista de *Asya* es un tipo de personaje común en la literatura rusa (al menos desde *Eugenio Onegin*, de Pushkin): se trata de un aristócrata culto y liberal, que experimenta grandes deseos por ayudar a la humanidad en su conjunto, pero termina retrocediendo frente al enorme peso del retraso social de su país. En la obra, el personaje principal conoce a la joven rusa llamada Asya, durante un viaje por Alemania; ambos se enamoran, pero ella le confiesa que su padre es un aristócrata y su madre una sierva; a él le perturban las dificultades propias de la situación y no sabe qué hacer; cuando finalmente reacciona y comprende que está verdaderamente enamorado de ella, ya es demasiado tarde, pues Asya se ha marchado y no la vuelve a ver jamás.

Chernishevski criticó *Asya* en el artículo “Un ruso en una cita” (1858), haciendo hincapié en la inseguridad y los titubeos del protagonista y comparándolo con otros héroes de Turguénev. Chernishevski subrayó que este tipo de personajes siempre forman parte de la intelectualidad liberal de la pequeña nobleza, para luego afirmar con desprecio que los miembros de ese grupo intelectual actúan de manera igualmente pusilánime siempre que tienen que realizar alguna acción decisiva.<sup>61</sup> En su opinión, cuando dichas personas se enfrentan con el reto de poner en práctica sus exaltadas ideas humanitarias, dudan, se paralizan y terminan cayendo en una patética confusión.

La única respuesta notable a la postura de Chernishevski que se publicó durante la década de 1850 fue el artículo “La persona débil como tipo literario”, de P.V. Annenkov.

---

<sup>60</sup> Turguénev publicó en 1850 el *Diario de un hombre superfluo*. En esta obra, el personaje Chulkaturin describe su penosa sensación de “estar de más” en el mundo y ser un hombre “superfluo” o “sobrante”, después de haber fracasado en el amor y no haber podido encontrar un “lugar” en el mundo.

<sup>61</sup> Al hablar de “acciones decisivas”, Chernishevski seguramente se refería a acciones tales como defender con mayor energía los intereses de los campesinos o, inclusive, promover una revolución social.

En este trabajo, su autor argumenta que los personajes débiles habían adquirido tanta importancia en la literatura rusa porque los escritores consideraban que las personalidades enérgicas exhiben los aspectos más egoístas de la naturaleza humana. Afirma que el héroe débil se desgarró moralmente al tratar de vivir de acuerdo con los valores culturales de la humanidad y la civilización —cuyo peso carga sobre los hombros— y que, lejos de ser reprobable, resulta imprescindible, pues: “La educación le proporcionó muy pronto la capacidad de comprender el sufrimiento en todos sus aspectos, y de experimentar él mismo la desventura e infelicidad de los otros. Por esta razón su papel es el de representante de los desposeídos, de los injustamente ofendidos y de los pisoteados”.<sup>62</sup>

Turguénev no sólo estaba molesto porque sus escritos recientes habían sido blancos de las burlas a los “hombres superfluos”, sino también por la descortesía y rudeza con la que era tratado personalmente por el grupo editorial de *El Contemporáneo*. En particular, Dobroliubov no ocultaba la repugnancia que le producía el refinado escritor. En la primavera de 1860, los problemas llegaron a la confrontación abierta, pues un artículo en el que Dobroliubov hacía referencia a la más reciente novela de Turguénev (*En Vísperas*), se publicó a pesar de las airadas protestas de éste. Dobroliubov mencionó que los reformadores liberales estaban sorprendidos y renuentes frente a la posibilidad de un cambio radical, evidenciando así que: “son unos Quijotes patéticamente ridículos, pese a toda la nobleza de sus anhelos”.<sup>63</sup> Unos meses después, Turguénev encontró otra referencia insultante en un nuevo artículo, por lo que decidió romper todas sus relaciones con *El Contemporáneo*. En octubre del mismo año le notificó esta resolución a Nekrásov.

Turguénev comenzó a trabajar en el plan de la novela *Padres e hijos* en el verano de 1860. Afirmó después que no había escrito la obra inspirado por un deseo de atacar a la nueva generación en general y a Dobroliubov en particular, pero todo parece indicar que comenzó el libro sintiéndose profundamente ultrajado. En el invierno de 1860, Turguénev declaró a un conocido (en París) que los escritos de Dobroliubov eran: “una cocción de bilis que sólo puede gustarle a quienes no tienen gusto ni buen sentido, o cuyo gusto está depravado, como el de una chica anémica que devora yeso y tiza y que ha perdido la

---

<sup>62</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. Los años...*, pp. 358-359.

<sup>63</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 33n. El título del artículo de Dobroliubov era: “¿Cuándo llegará el verdadero día?”.

razón”.<sup>64</sup> Agregó que *El Contemporáneo* estaba en manos de hunos y vándalos, que odiaban todo tipo de civilización.

### **Herzen y la intelectualidad *raznochinet*s**

Los artículos de Chernishevski y Dobroliubov les ocasionaron problemas con el influyente Herzen, debido a sus críticas a la literatura acusatoria (o “publicidad benévola”), que exponía los abusos cometidos por la burocracia y las autoridades menores rusas. En particular, Dobroliubov había ridiculizado con mucha insistencia a los periodistas liberales que exponían las más pequeñas fallas de la burocracia, pero no cuestionaban el sistema político en general ni sugerían la necesidad de transformaciones profundas. En respuesta, Herzen afirmó en el artículo “Very Dangerous!!!” (publicado en *La Campana* del 1° de junio de 1859) que las burlas a la “publicidad benévola” sólo servían para hacerle el juego a la reacción y que los directores de *El Contemporáneo* bien podrían recibir una condecoración de manos del zar.

La mencionada acusación preocupó mucho a los editores de *El contemporáneo*, pues Herzen parecía alinearse con los liberales contra el único núcleo radical que existía en Rusia en ese momento. A instancias de Nekrásov, Chernishevski realizó un viaje secreto a Londres, para dialogar con Herzen y tratar de obtener una retractación pública. La reunión se produjo a finales de junio de 1859 y fue un estrepitoso fracaso. Ninguno de los dos transmitió con exactitud los detalles de sus encuentros, pero Chernishevski calificó el viaje como una “colosal estupidez” y afirmó que Herzen era un “Kavelin<sup>65</sup> al cuadrado”. Por su parte, Herzen expuso sus impresiones en la obra *Los superfluos y los biliosos* (1860).

En *Los superfluos y los biliosos*, Herzen hace referencia a la hostilidad de los *raznochintsi* frente a los intelectuales de la generación anterior. En un pasaje del texto, un “bilioso” contempla a un grupo de “superfluos” aristócratas liberales “como al hueso de un mamut, como un hueso interesante que había sido desenterrado y que correspondía a un sol diferente, a árboles diferentes”.<sup>66</sup> De acuerdo con Herzen, los “biliosos” condenaban sombríamente a todos los hombres que podían cenar “sin rechinar los dientes” y disfrutar

<sup>64</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 215.

<sup>65</sup> K. D. Kavelin era un famoso historiador y el principal exponente de la corriente liberal en San Petersburgo.

<sup>66</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 214.

de la pintura o de la música sin recordar los infortunios del mundo. Asimismo, afirmó lo siguiente: “Lo que me sorprendió de ellos era la facilidad con que desesperaban de todo, la alegría feroz de su negación y su terrible implacabilidad... De ánimo excelente y generosísimos en sus intenciones, nuestros biliosos pueden con su tono inducir a un ángel a la risa y a un santo a la maldición. Lo exageran todo con tal *aplomb*, y no para bromear, sino para amargar, que no hay modo de aguantarlos...”<sup>67</sup>

A pesar de lo anterior, Herzen pensaba que la “vanidad devoradora, irritable y enfermiza” de los “biliosos” tenía su origen en “el rechazo al derecho de cada quien, los insultos, las humillaciones que habían sufrido”.<sup>68</sup> En el ámbito político no fue tan duro con ellos, pues se limitó a declarar que no deseaba sembrar la discordia entre los promotores de la emancipación de los siervos.

### **La obra *El principio antropológico de la filosofía***

Chernishevski publicó *El principio antropológico de la filosofía* en *El Contemporáneo* en 1860. Una vez más, sus provocativas ideas generaron un alud de críticas en la prensa. Las concepciones expuestas por Chernishevski estaban basadas en el materialismo antirreligioso de Feuerbach y el utilitarismo moral de Bentham y Stirner, pero también en el materialismo mecanicista de algunos médicos y científicos de la naturaleza alemanes, como Ludwing Büchner y Karl Vogt.<sup>69</sup>

A mediados del siglo XIX, el desarrollo capitalista de Europa occidental engendró un acelerado florecimiento de las ciencias naturales y una ideología que consideraba posible descubrir científicamente las leyes que regían la Naturaleza. Algunos fisiólogos, químicos y físicos negaron la existencia de cualquier realidad trascendente y aseguraron que el comportamiento humano y la sociedad eran determinados por las mismas leyes que explicaban el movimiento de la materia.<sup>70</sup>

---

<sup>67</sup> Citado en F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 241.

<sup>68</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 214.

<sup>69</sup> Jakob Moleschott y Ernst Haeckel también forman parte de la corriente del materialismo mecanicista, pero sus libros más importantes se publicaron durante la década de 1870.

<sup>70</sup> Entre las principales influencias de esta corriente se encuentran las obras de Diderot (1713-1784) y el Barón de Holbach (1723-1789), así como el cientificismo naturalista de Claude Bernard (1813-1878). *Cfr.* José Ferrater Mora, “Materialismo” en *Diccionario de filosofía*, tomo III, pp. 2323-2327.

El libro *Fuerza y materia* (1855) del médico alemán Büchner tuvo una gran influencia sobre Chernishevski y la intelectualidad *raznochinets*. Dicho autor afirmaba que el progreso científico era innegable y que los avances de la ciencia conducían necesariamente a eliminar toda creencia en la divinidad y en la existencia de una dualidad entre la mente y el cuerpo. Para Büchner, todas las cosas están compuestas de fuerza o de materia, pero no existe ninguna diferencia entre una y otra, pues la fuerza es el movimiento de la materia y, por tanto, ambas son aspectos de la misma realidad. En su opinión, lo que se llama “espíritu”, “mente”, “alma” o “conciencia” se reduce a meras funciones cerebrales. Además, aseguraba que todos los fenómenos (incluyendo los que pertenecen al ámbito social) son gobernados por leyes naturales y están completamente determinados por ellas. En el campo de la ética, el determinismo absoluto de Büchner se complementaba con un relativismo moral, que consideraba que ninguna norma se podía considerar obligatoria.

Por su parte, el zoólogo Karl Vogt fue un apasionado defensor del darwinismo y el materialismo mecanicista, a partir de una concepción monista que afirmaba que todo está contenido en la Naturaleza y es determinado por leyes naturales. Una de sus sentencias más famosas afirmaba que “la relación entre los pensamientos y el cerebro es como la relación entre la bilis y el hígado o la orina y los riñones”.<sup>71</sup>

A partir de las mencionadas ideas, Chernishevski aseguró en *El principio antropológico de la filosofía* que el ser humano y la sociedad están completamente determinados por “leyes de la Naturaleza” y que no existe nada que se pueda llamar “libre albedrío”. Para él, lo que se llamaba albedrío no era un dato objetivo, sino una impresión subjetiva que surgía en la mente a partir de pensamientos, acciones o hechos externos anteriores. En lo que respecta a la ética, rechazaba todos los valores morales tradicionales (cristianos) en favor de un utilitarismo egoísta y aseguraba que el bien y el mal de los actos humanos se debían definir en función de su utilidad (social). En opinión de Chernishevski, el hombre busca primero que nada lo que satisface su interés egoísta y le produce placer,<sup>72</sup> pero la racionalidad y la ciencia lo llevarán a comprender que lo más útil y duradero

---

<sup>71</sup> Citado en José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, tomo IV, p. 3717.

<sup>72</sup> Bentham formuló a mediados de la década de 1820 el “principio del interés”, según el cual el hombre se rige siempre a partir de sus propios intereses, que se manifiestan en buscar el placer y evitar el dolor.



consiste en identificar sus propios intereses con los de la mayoría de sus semejantes.<sup>73</sup> Al percatarse de ello, el individuo ilustrado alcanzaría el nivel de un “egoísmo racional” que, según Chernishevski, constituía la forma más elevada del desarrollo humano.

Las concepciones expuestas en *El principio antropológico de la filosofía* fueron adoptadas inmediatamente por la juventud *raznochinets* como fundamento de una nueva moral, que pretendía sustituir los valores cristianos tradicionales por otros más “científicos” y “racionales”. Chernishevski pretendía aportar las bases éticas necesarias para educar “hombres nuevos”, más “decididos y enérgicos”, que no tuvieran escrúpulos morales para organizar una revolución y liberar al pueblo. En realidad, la doctrina del “egoísmo racional” permitía justificar cualquier acto que tuviera como finalidad última beneficiar a las masas, sin importar que éste pudiera considerarse inmoral desde la perspectiva de los valores cristianos tradicionales. De acuerdo con esta doctrina, los promotores de una revolución podrían matar, robar, engañar, abusar de otros, etc., siempre y cuando sus acciones estuvieran orientadas a obtener el “beneficio de la mayoría”. En consecuencia, no resulta extraño que el “egoísmo racional”, a pesar de su evidente debilidad teórica, tuviera una enorme aceptación entre los jóvenes revolucionarios *raznochintsy* y se convirtiera en el fundamento y la justificación de los radicales rusos durante varias generaciones.

Dostoievski no podía comulgar con el determinismo moral ni con el utilitarismo y comenzó a combatirlos en sus obras.<sup>74</sup> Su dolorosa condena en Siberia lo había convencido de dos verdades fundamentales: la primera era que el ser humano no abandonaría el deseo de afirmar su independencia y su libertad bajo ninguna circunstancia; la segunda era que una moral cristiana, basada en el amor y la abnegación, constituía una necesidad suprema, tanto para el individuo como para la sociedad. La única luz que Dostoievski había encontrado en el mundo de horror moral del campamento penitenciario había sido el cristianismo instintivo de los presos campesinos. Y ahora eran precisamente esos valores los que los radicales se proponían socavar y destruir...

---

<sup>73</sup> Como se recordará, en 1847 Vissarion Belinski planteaba que los individuos llegarían a comprender algún día que: “sus propios intereses egoístas son idénticos a los de la humanidad en su conjunto”.

<sup>74</sup> En *Humillados y ofendidos* y *Memorias de la casa de los muertos*, publicadas en 1861.

## Capítulo 1.4 La intelectualidad rusa entre 1861 y 1864.

### La revista *El Tiempo*

El nuevo margen de libertad que el Estado zarista concedió a la prensa alentó al hermano mayor de Dostoievski (Mijaíl) a planear la publicación de una revista, con el nombre de *El Tiempo* (*Vremya*). Las autoridades aprobaron el título y el programa de la publicación en octubre de 1858, pero la decisión de comenzar a publicar fue tomada por Mijaíl y Fedor Dostoievski en la primavera de 1860, cuando este último ya había regresado a San Petersburgo (después de purgar su condena en Siberia). El Comité de Censura autorizó la publicación mensual de la revista el 8 de julio del mismo año. El primer número de *El Tiempo* salió a la luz pública en enero de 1861.

*El Tiempo* fue portavoz de la tendencia sociocultural independiente conocida como *Pochvennichestvo*. El significado literal de *pochva* es “tierra”, pero también tiene el sentido de “soporte” o “fundamento”. El término *Pochvennichestvo* se traduce generalmente como retorno a la “tierra” (en su acepción de “patria” o “tierra materna”), aunque Wayne Dowler prefiere traducirlo como “tierra natal”.<sup>75</sup> A la empresa editorial de los hermanos Dostoievski se agregaron, como principales colaboradores, Nicolái Strájov y Apollon Grigoriev.

Fedor Dostoievski afirmó en la declaración de principios de *El Tiempo*<sup>76</sup> que si bien lo más importante en ese momento eran las próximas reformas que resolverían la “gran cuestión campesina”, en realidad esa transformación fundamental era el síntoma externo de un proceso más profundo, que ya había comenzado: la unión entre los intelectuales y el pueblo, de la que debía surgir una nueva síntesis cultural, conformada por lo más valioso de la herencia cultural europea y las extraordinarias virtudes del pueblo ruso (en concordancia con el pensamiento de Herzen). Esta fusión entre la clase culta y el pueblo debería promoverse de manera gradual y pacífica, tendría que rescatar la valiosa sabiduría popular y requería de enormes esfuerzos para alfabetizar al pueblo ruso y fomentar su desarrollo intelectual.

---

<sup>75</sup> Véase J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 59 (n)

<sup>76</sup> Publicada en las principales revistas literarias rusas, en septiembre de 1860.

Dostoievski estaba convencido de que tanto los occidentalistas como los eslavófilos podían aportar elementos valiosos a la síntesis cultural propuesta por el *Pochvennichestvo*, por lo que se trató de situar en un punto medio. Consideraba que la vieja oposición entre ambos grupos debía ser superada para enfrentar las nuevas condiciones culturales y sociales que surgirían con la abolición de la servidumbre. Criticó a los eslavófilos ortodoxos porque condenaban por principio cualquier influencia de Occidente y solían vincularse con posiciones políticas conservadoras y retrógradas. A la vez, sostenía que el infructuoso esfuerzo por “volverse europeos” de los occidentalistas los habían alejado de la cultura rusa y la vida del pueblo.

La tendencia ideológica de la revista *El Tiempo* la colocó en el centro del espectro sociopolítico, entre las publicaciones radicales, como *El Contemporáneo* y *La palabra Rusa* (*Russkoe Slovo*), y las revistas de corte más liberal y conservador, como *El Mensajero Ruso* y *Noticias de la patria*. Los *pochvenniki*<sup>77</sup> solían criticar las ideas de uno y otro bando, pero al final entablaron las polémicas más violentas con los extremistas de izquierda. Uno de los temas que suscitó mayores conflictos con éstos fue su propuesta de subordinar las “cuestiones políticas más inmediatas” (es decir, las tentativas revolucionarias) al proyecto de educar al pueblo. Los radicales tenían el punto de vista contrario, pues su mayor prioridad consistía en transformar la estructura social de Rusia, sin escatimar los medios que se tuvieran que emplear para hacerlo.

Las hostilidades entre *El Contemporáneo* y *El Tiempo* comenzaron con un artículo de M. A. Antónovich, publicado en la primera revista a finales de 1861, en el que criticó las ideas acerca de la supuesta misión histórica universal del pueblo ruso. En opinión de Antónovich, dicho planteamiento podría tener sentido en un futuro remoto, pero de momento la única propuesta de *El Tiempo* consistía en alfabetizar al pueblo. Sin embargo, la alfabetización no había solucionado los problemas sociales en países más avanzados, como Inglaterra y Alemania, y no había razón para suponer que tendría mejores resultados en Rusia. Para concluir, Antónovich desestimó la importancia de educar al pueblo, con el siguiente argumento: “por doquier, en primer lugar está el estómago. Ante todo es necesario obtener un mendrugo de pan y comer, y luego se puede uno ocupar en cualquier

---

<sup>77</sup> Es decir, los miembros de la corriente *Pochvennichestvo*.

otra cosa que uno quiera: alfabetización, ciencia, arte, etc. ¿Qué hacer? Por desgracia, esto es lo que exige la naturaleza humana”.<sup>78</sup>

Dostoievski no estaba de acuerdo con las ideas y principios de los intelectuales *raznochintsi*, pero su actitud inicial hacia ellos estuvo lejos de ser hostil. A pesar de todos sus desacuerdos, siempre subrayó que la nueva generación también estaba animada por un genuino amor hacia el pueblo, a pesar de que sus convicciones y propuestas estuvieran equivocadas. Cuando la juventud radical pasó de las discusiones en la prensa a la agitación revolucionaria abierta, Dostoievski modificó su actitud hacia ellos, pero ni siquiera en ese momento cuestionó la validez de sus motivos.

### **La liberación de los siervos y sus consecuencias**

Como se ha mencionado antes, los proyectos para liberar a los siervos y la relativa disminución de la censura y la represión política durante los primeros años del gobierno de Alejandro II suscitaron grandes esperanzas. Sin embargo, el decreto de emancipación del 19 de febrero de 1861 produjo frutos amargos. Pronto resultó evidente que la liberación de los campesinos era solamente nominal, pues éstos continuaron dependiendo de la nobleza, recibieron menos tierras de las que habían cultivado antes y tuvieron que seguir prestando servicios en las comunas de sus pueblos (por sus deberes consuetudinarios). Tal situación produjo un sentimiento generalizado de desencanto, pues: “Eran muchos los rusos que habían esperado fervientemente que la emancipación anunciara una época de fraternidad y regeneración social e hiciera de Rusia el faro del mundo moderno; lo que obtuvieron, en cambio, fue una sociedad de castas modificada, pero básicamente intacta”.<sup>79</sup>

Varios intelectuales esperaban ingenuamente que el propósito de mejorar la vida de los campesinos prevaleciera sobre los intereses de la aristocracia. Además, las ideas divulgadas por Herzen acerca de la supuesta misión redentora de Rusia en la historia mundial, a partir de las virtudes morales y las instituciones comunitarias de su pueblo oprimido, habían engendrado fantasías exaltadas y mesiánicas. Cuando las expectativas depositadas en la abolición de la servidumbre se derrumbaron, apareció un desengaño

---

<sup>78</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 262.

<sup>79</sup> M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, p. 218.

agresivo y amargo, que influyó de manera considerable en el curso que tomaría la cultura rusa en las siguientes décadas.

El decreto de liberación concedió a los siervos las tierras de las propiedades nobiliarias en las que habían trabajado, a cambio del pago de compensaciones en dinero a los señores. El Estado ruso adelantó estas compensaciones a la aristocracia, exigiéndoselas después al campesinado, bajo la forma de “pagos de redención”, que debían cubrirse durante varios años. En cada gobierno o distrito se decretaron normas concretas de distribución, que pronto dejaron de ser respetadas por los grupos nobiliarios locales. Como el decreto fue publicado en un lenguaje rebuscado y ambiguo, los terratenientes interpretaron el texto de acuerdo con sus propios intereses. En algunos casos se intentó proteger a los nobles empobrecidos, que contaban con pocas tierras; en otros, los aristócratas más ricos simplemente despojaron a los campesinos de una parte del terreno que les correspondía. Al respecto, Perry Anderson señala que:

En el norte de Rusia, donde el valor de la tierra era bajo y las cargas serviles se pagaban en especie (*obrok*), los terratenientes obtuvieron en compensaciones monetarias casi el doble del precio de mercado de la tierra. En el sur de Rusia, donde las cargas serviles tenían principalmente la forma de prestaciones de trabajo (*barshchina*) y las ricas y negras tierras permitían una rentable exportación cerealista, la nobleza estafó a sus campesinos hasta el 25 por 100 de la mejor tierra que les correspondía.<sup>80</sup>

En general, las deudas de redención impuestas a los campesinos resultaron muy elevadas para sus posibilidades de pago, por lo que muchos de ellos terminaron trabajando para sus antiguos señores. Pero si bien la nobleza logró imponer su voluntad y convertir la liberación de los siervos en un lucrativo negocio, esto no llevó a los terratenientes a superar sus atavismos feudales, ya que el arrendamiento de tierras no incrementó los ínfimos niveles de producción en el campo ruso ni propició una modernización agrícola.

La complejidad y falta de precisión del decreto de febrero de 1861 propiciaron graves conflictos. La inmensa mayoría de los agricultores no sabía leer y algunas personas (casi siempre de origen campesino) comenzaron a realizar diversas interpretaciones del texto. Pronto se extendió el rumor de que los terratenientes estaban ocultando la “auténtica liberación” promulgada por Alejandro II, que supuestamente consistía en la entrega sin pago de todas las tierras que los siervos consideraban propias (es decir, las que formaban parte de sus *obschinas*). Una gran cantidad de aldeanos creyó que los señores habían

---

<sup>80</sup> P. Anderson, *El Estado absolutista*, p. 356.

traicionado la “verdadera voluntad” del zar y en varios distritos cundió la desobediencia a las autoridades locales.

La rebelión rural más grande se produjo en la pequeña aldea de Bezdna y sus alrededores, en la lejana provincia de Kazán, bajo la dirección del *raskolnik*<sup>81</sup> Anton Pétrov. En abril de 1861, el gobierno ruso envió tropas para arrestarlo, para acabar con la inmensa autoridad que había adquirido entre los campesinos de la región. Cuando los seguidores de Pétrov se negaron a entregarlo, el ejército disparó contra la masa inerme. Los reportes oficiales de la matanza mencionaron 51 muertos y 77 heridos, pero los aldeanos hablaban de cientos de víctimas.

### **Los intelectuales frente a la represión del campesinado**

A lo largo de 1861 se sucedieron varias revueltas campesinas, que a menudo terminaron en represiones sangrientas. En realidad, una vez que los inconformes fueron aplastados no había ninguna razón objetiva para temer una rebelión generalizada, en el sentido de una revolución social: la emancipación de los siervos había sido instrumentada desde arriba, los disturbios estaban bajo control y los intelectuales *raznochintsi*, que anhelaban una revuelta, estaban aislados y no tenían ningún apoyo popular.

El grupo de intelectuales exiliados en Londres se dedicó a narrar la inseguridad y la desilusión que reinaba en el campo ruso como resultado de las reformas, a través del periódico *La Campana*. Sin embargo, era más obvio que nunca que interpretar la situación no ayudaría a los campesinos en su desesperada lucha. Herzen, Ogarev y Bakunin (quien se había unido a la “Libre tipografía rusa” en enero de 1861, después de huir de Siberia) comprendieron entonces lo alejada que estaba la *intelligentsia* de los intereses y la vida del pueblo. Cuando los disturbios se extendieron a las calles de San Petersburgo, en otoño de 1861, el llamado para “ir al pueblo” se convirtió en su principal consigna.

Por su parte, los radicales rusos consideraban que un alzamiento masivo sí era posible y trataron de promoverlo mediante la difusión callejera de proclamas políticas. En julio de 1861 apareció en San Petersburgo (y luego en Moscú) el primero de varios volantes

---

<sup>81</sup> *Raskolnik* proviene de la palabra *raskol* (cisma). Los *raskolnik* era disidentes religiosos, que se rebelaron contra la Iglesia oficial durante los siglos XVII y XVIII, dando origen a diversas sectas. Estos “creyentes de la vieja fe” construyeron relaciones muy estrechas con los sectores más pobres del pueblo ruso.

clandestinos. Llevaba por título *El Gran Ruso (Velikoruss)*, tenía un tono moderado y estaba claramente dirigido a la clase culta. Otros dos números aparecieron durante el mes de septiembre. *El Gran Ruso* sugería que el gobierno pagara a la nobleza todas las tierras entregadas a los campesinos y que las distintas nacionalidades del Imperio fueran liberadas o se les diera la opción de liberarse. Se cree que fue impreso por un grupo de estudiantes y oficiales del ejército cercanos a Chernishevski y la revista *El Contemporáneo*.

En septiembre de 1861 comenzó a difundirse una serie de volantes más extremistas, con el título *A la generación joven (K Molodomu Pokoleniyu)*. Estos volantes fueron redactados por N. V. Selgúnov, M. L. Mijailov y, probablemente, Chernishevski. Su mensaje principal cuestionaba la monarquía: “No necesitamos un poder que nos oprima, no necesitamos un poder que impida el desarrollo mental, cívico y económico del país, no necesitamos un poder que levante la corrupción y el egoísmo como su bandera. [Lo que Rusia necesita es] un jefe elegido que reciba un salario por sus servicios”.<sup>82</sup> El texto afirmaba que la insatisfacción generalizada aún podía contenerse, si el zar renunciaba al trono, pero que si esto no sucedía, la voluntad del pueblo terminaría derrocándolo. Agregaba que: “si para alcanzar nuestros fines, dividiendo la tierra entre el pueblo, tenemos que matar a cien mil terratenientes, ni siquiera eso nos detendrá”.<sup>83</sup>

*A la generación joven* proponía la creación de una democracia completa, mediante la división de la totalidad de las tierras del país en *obschinas*. De esta manera, todos los rusos formarían parte de comunas capaces de administrarse a sí mismas. El volante también consideraba —siguiendo los ideales de Herzen— que instaurar esta organización social en Rusia crearía nuevos principios para la historia mundial.

El 14 de septiembre de 1861 fue detenido el exestudiante M. L. Mijailov, quien participó en la redacción de *A la generación joven* y había enviado el escrito a Herzen para que se publicara en Londres. Fue el primer intelectual afectado personalmente por las represalias del gobierno contra la campaña de volantes. Su confinamiento solitario, su juicio en diciembre de 1861 y su condena a seis años de trabajos forzados en Siberia produjeron enorme indignación.

---

<sup>82</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, Op. Cit., p. 183.

<sup>83</sup> Citado en *Idem*.

## La rebelión de los estudiantes

Luego de las primeras secuelas políticas de la matanza de Bezdna, Alejandro II decidió reforzar las restricciones y reglas que se habían relajado en los años anteriores. En particular, el gobierno había sido muy permisivo con las universidades, cuyos estudiantes se radicalizaban cada vez más. Gracias a la liberalización de la cultura iniciada en 1855, los universitarios habían adquirido el derecho de establecer sus propias bibliotecas y fondos de ayuda mutua, publicar periódicos y, dentro de ciertos límites, dirigir sus propios asuntos. Además, las conferencias universitarias se habían abierto al público en general. El zar decidió acabar con estos privilegios cuando los estudiantes comenzaron a realizar protestas contra algunos profesores impopulares, que en ocasiones adquirirían tintes sociopolíticos.

Alejandro II aprobó nuevas regulaciones para las universidades en mayo de 1861, que se comenzaron a implantar en septiembre del mismo año. Estas regulaciones suprimían todas las libertades generales conquistadas por los estudiantes y volvían a imponer los elevados cargos económicos de los que se había eximido a los pobres. Sin duda, la aplicación de tales medidas convertiría de nuevo la educación superior en un privilegio de casta, como sucedía durante el reinado de Nicolás I. Los estudiantes se organizaron para protestar.

Por primera vez en la historia de Rusia se realizó una marcha política en las calles, en la avenida principal de San Petersburgo (la Nevski Prospekt). Cientos de estudiantes marcharon desde la Universidad de San Petersburgo, subiendo por la Nevski hasta la casa del rector. El carácter desenfadado y alegre de la manifestación atrajo rápidamente la simpatía de una multitud de curiosos. Años después, un participante narró sus impresiones sobre este insólito acontecimiento, de la siguiente manera:

Era un espectáculo nunca visto. Era un espléndido día de septiembre... En la calle se nos unieron las chicas que empezaban a frecuentar las universidades, y una cantidad de jóvenes de distintos orígenes y oficios [*raznochintsi*] que nos conocían o que simplemente estaban de acuerdo con nosotros... Cuando hicimos nuestra aparición en la Perspectiva Nevski, los peluqueros franceses salían de sus negocios y gritaban con rostros animados y agitando alegremente los brazos: ¡*Révolution, révolution!*<sup>84</sup>

Después de que algunos delegados expusieron sus demandas al rector, los manifestantes se dispersaron de manera pacífica. A pesar de que las autoridades habían

---

<sup>84</sup> F. Venturi, *El populismo ruso*, tomo 1, pp. 407-408.



prometido que no tomarían represalias, docenas de estudiantes fueron arrestados esa misma noche. Después vinieron meses de protestas y huelgas estudiantiles, que provocaron múltiples allanamientos policíacos, arrestos y expulsiones, hasta que las universidades fueron cerradas durante todo un año. A partir de entonces, muchos estudiantes se alejaron de la luz pública y comenzaron a integrar una sofisticada red de grupos y células revolucionarias clandestinas, que pronto mostraron indicios de su actividad subterránea.

La mayoría de los intelectuales, incluyendo a Dostoievski, simpatizaban con la causa de los estudiantes. De manera recíproca, Dostoievski era muy popular entre la “generación joven”, pues para el otoño de 1861 ya se habían publicado varios capítulos de *Memorias de la casa de los muertos*. Los jóvenes lo consideraban un mártir político, que había sufrido por su oposición a la servidumbre. Los esbozos de la vida carcelaria en Siberia que aparecieron en dicha obra brindaron al público ruso las primeras imágenes del castigo que podían esperar quienes eran condenados por un crimen político. Tras la detención de Mijailov, los radicales comprendieron que tal vez muchos de ellos tendrían que pasar por tormentos similares a los que describía Dostoievski, incluyendo la incompreensión y el repudio de los presos campesinos.

Dostoievski era invitado con frecuencia a leer fragmentos de *Memorias de la casa de los muertos* frente a grupos estudiantiles. Platón Pávlov, un profesor de la Universidad de San Petersburgo, había organizado un movimiento encaminado a establecer colegios dominicales, con la aprobación y el respaldo del gobierno. Dostoievski había participado en diversas actividades culturales de esos “Domingos Escolares”, sin mayores incidentes, en beneficio de causas como el Fondo Literario. Sin embargo, algo diferente ocurrió en la “Velada literario musical” del 2 de marzo de 1862, celebrada ante un público de tres mil personas, en la gran Sala Ruadze. El encuentro se realizó en la tensa atmósfera que había generado la matanza de Bezdna, los primeros volantes, las manifestaciones estudiantiles y la reciente sentencia de Mijailov.

Todos los invitados a participar en la velada tenían ideas progresistas o radicales: Dostoievski, Pávlov, Chernishevski, Nekrásov y V. S. Kuróchkin (director de la revista de izquierda *La chispa*). Dostoievski inició el ciclo de intervenciones con la lectura de una parte de *Memorias de la casa de los muertos*, que describía la muerte de un preso tuberculoso —casualmente apellidado Mijailov— en una cárcel de Siberia. La lectura

produjo una emotiva respuesta, pero ésta no fue nada comparada con el torbellino que provocó inmediatamente después Platón Pávlov, con la conferencia titulada “Mil años de historia rusa”. La conferencia había sido aprobada por la censura, pero la manera en que su autor acentuó la lectura de ciertas partes del texto la convirtió en una enérgica denuncia de los mil años de autocracia en Rusia. El público reaccionó gritando con entusiasmo, golpeando el piso con los tacones y aplaudiendo con todas sus fuerzas. Luego de la exaltada intervención de Pávlov, muchos estudiantes entonaron a coro “La Marsellesa”.

Si bien los ánimos del público de la “Velada literario musical” se apaciguaron y el resto del programa prosiguió con relativa calma, los espías de la policía secreta notaron el paroxismo desencadenado. Al día siguiente, Platón Pávlov fue detenido y desterrado a una ciudad de provincia por varios años. Esta situación afectó en poco tiempo a la Universidad de San Petersburgo. La Universidad había sido clausurada desde principios de 1861, pero aún se organizaban conferencias públicas para reemplazar a las clases regulares. No obstante, cuando algunos estudiantes empezaron a boicotear las conferencias, en protesta por el castigo de Pávlov, el gobierno decidió prohibir todas las actividades universitarias.

Luego de la velada literario musical del 2 de marzo, las autoridades incrementaron su desconfianza hacia todas las iniciativas académicas y culturales. Según el colaborador de *El Tiempo* Nicolái Strájov,<sup>85</sup> había quedado muy claro que: “cada medida liberal provocaba un movimiento en la sociedad que utilizaba tal medida para sus propios fines, que no tenían nada de liberales, sino que eran enteramente radicales”.<sup>86</sup>

### **La novela *Padres e hijos* y el “nihilismo” ruso**

La novela *Padres e hijos*, de Iván Turguénev, fue publicada en la revista *El Mensajero Ruso* a principios de marzo de 1862. El agitado contexto sociopolítico en el que apareció la obra le confirió una enorme popularidad y la colocó en el centro de la controversia. El término “nihilismo”, que Turguénev utilizó para describir el agresivo afán de negación y el escepticismo de su personaje principal, Evgéni Bazárov, fue aceptado de inmediato como una descripción verosímil de la personalidad e ideología de los intelectuales *raznochintsí*.

---

<sup>85</sup> Strájov no toleraba a los radicales y deseaba (en privado) que el gobierno los reprimiera. En cambio, Dostoievski creía que estaban equivocados y que, como todo ser humano, tenían la posibilidad de redimirse.

<sup>86</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 191.

Al escribir *Padres e hijos*, Turguénev se propuso exponer las convicciones más profundas de los radicales sin caer en la burla o el menosprecio. Para hacerlo, estudió cuidadosamente los libros y los artículos en los que la intelectualidad *raznochinets* expresaba su violento rechazo hacia los humanistas liberales de la generación anterior. Si bien Turguénev logró dramatizar con notable precisión el choque cultural entre dos generaciones, hay que tomar en cuenta que algunas de las concepciones que Bazárov expone en la obra no son un reflejo exacto de las ideas que Chernishevski y sus seguidores defendían en *El Contemporáneo*, sino exageraciones calculadas, que buscaban revelar las peligrosas implicaciones que esas ideas podían llegar a tener.

La acción de *Padres e hijos* transcurre durante el verano de 1859. Evgéni Bazárov y Arcadi Kirsánov son dos médicos recién graduados de la Universidad de San Petersburgo, que van a pasar sus vacaciones a la finca del padre de Arcadi, un terrateniente romántico y sensible del decenio de 1840, llamado Nicolái Petróvich. En la propiedad vive también el hermano de éste, Pável Petróvich, quien representa a los aristócratas fríos y elegantes de la generación de 1830. El inevitable choque de ideas y opiniones que se produce entre Bazárov y los terratenientes Petróvich ilustra las enormes diferencias entre la visión del mundo de la juventud radical y las precedentes generaciones.

Bazárov es un intelectual *raznochinets*, hijo de un cirujano militar retirado, cuya familia tiene antecedentes campesinos y clericales. Considera que las ciencias físicas son capaces de solucionar todos los problemas, incluyendo los morales y sociales; afirma que los principios no existen y no reconoce ninguna autoridad; desea promover el bienestar del pueblo ruso, pero lo desprecia por su sometimiento al orden establecido; piensa que “Un químico honesto es veinte veces más útil que cualquier poeta”<sup>87</sup> y asegura que “Lo que verdaderamente importa es que dos y dos sean cuatro, y lo demás son tonterías”.<sup>88</sup> Bazárov es feliz mientras disecciona ranas y observa infusorios en su microscopio (tal vez porque para él los seres humanos no son diferentes a estos organismos), pero al relacionarse con otras personas hace todo lo posible por ser despectivo, insolente y sarcástico.

Cuando Arcadi le comenta a su padre y su tío que Bazárov es un “nihilista”, el primero le pregunta que si esa palabra, que proviene del latín *nihil* (nada), se refiere a la

---

<sup>87</sup> Turguénev, Iván, *Padres e hijos*, p. 100.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 120.

persona que no reconoce nada. Arcadi responde que “Un nihilista es la persona que no se inclina ante ningún tipo de autoridad, el que no acepta ningún principio de fe, por mucho respeto que éste le infunda.”<sup>89</sup> Su tío menciona entonces que las personas de su generación todavía pensaban que sin principios no es posible respirar ni dar un paso y se pregunta cómo podrán los jóvenes vivir en el vacío, en un espacio que carece de aire.

Lo que Turguénev llama el “nihilismo” de Bazárov se fundamenta en el ataque de éste a todos los principios generales. En el pasaje más conocido de *Padres e hijos*, Bazárov intenta explicar a los viejos Petróvich el alcance universal de su rechazo:

—Nosotros actuamos en virtud de aquello que reconocemos útil —declaró Bazárov—. En los tiempos actuales, lo más útil de todo es negar... y nosotros negamos.  
 —¿Todo?  
 —¡Todo!  
 —¿Cómo? No sólo el arte, la poesía... sino también... es horrible decirlo...  
 —Todo —repitió Bazárov con imperturbable serenidad. [...]  
 —Sin embargo... me permite usted... —balbució Nikolai Petróvich—. Ustedes lo niegan todo, o dicho con más exactitud, lo destruyen todo... Pero luego es menester construir.  
 —Eso ya no es cosa nuestra... Lo primero de todo es escombrar.<sup>90</sup>

De hecho, Bazárov ni siquiera cree en la existencia de leyes y principios generales en la ciencia. En una conversación con Arcadi, afirma que los principios no existen y que solamente hay sensaciones, de las que depende todo lo demás. En opinión de Bazárov: “Yo, por ejemplo, en virtud de una sensación me inclino hacia una orientación negativa. Me agrada la refutación. Mi cerebro está constituido de ese modo. ¡Y basta! Que ¿por qué me gusta la química? ¿Y a ti, las manzanas? También ello ocurre en virtud de la sensación; y todo esto viene a ser lo mismo. La gente nunca irá más allá.”<sup>91</sup>

Las “sensaciones” a las que se refiere Bazárov son meramente físicas, no psíquicas ni emotivas. Afirma que la gente no es capaz de explicar tales sensaciones ni de penetrar en su sentido, porque forman parte de los ocultos designios de la Naturaleza. Utilizando este enfoque crítico, Turguénev reduce la exaltación de la ciencia promovida por Chernishevski a un simple empirismo subjetivo, en el que todas las cuestiones generales se disuelven en una mera cuestión de gustos o preferencias individuales.

Bazárov tiene un enorme amor propio y, en su fuero interno, se considera un ser superior, un “gigante”. Turguénev lo dibuja como un hombre inteligente y talentoso, que

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 96.

<sup>90</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 221.

<sup>91</sup> Turguénev, Iván, *Op. Cit.*, p. 219.

posee una gran vitalidad y supera con creces las energías de los cansados representantes de la generación anterior. Sin embargo, el propio personaje acepta que su destino se reduce a convertirse en un simple médico rural. Bazárov carece de los medios económicos y la posición social necesarios para ser poderoso, lo que parece llenarlo de frustración. Tal vez su única alternativa consistiría en ayudar al pueblo a reivindicarse, pero su postura al respecto siempre es ambigua: menciona que está obligado a luchar por los intereses de las mayorías, pero sabe que está muy alejado del pueblo y lo desprecia profundamente.

Turguénev insinúa en *Padres e hijos* que los impulsos destructivos de Bazárov realmente provienen de su gran vanidad y egoísmo y que su lucha por el pueblo no es más que una excusa para que el joven “nihilista” manifieste su odio y su desmesurada ambición de poder y reconocimiento. En el fragmento siguiente, Bazárov expresa con claridad (en una plática con Arcadi) el enorme peso que para él representa luchar por un pueblo que no lo comprende ni, mucho menos, lo considera un héroe:

Hoy, por ejemplo, cuando pasábamos junto a la cabaña de nuestro capataz Filip, tú dijiste: ¡Qué maravillosa y blanca es esa cabaña! Rusia conseguirá su independencia sólo cuando el más pobre de los campesinos tenga una vivienda así, y cada uno de nosotros debe contribuir a que esto se consiga... Pues yo he sentido odio hacia el más pobre de esos campesinos, Filip o Sidor, por el que tengo que sacrificarme lo indecible para que él después ni siquiera me dé las gracias... ¿Y qué falta hace que me dé las gracias? Si él continuará viviendo en su cabaña blanca, mientras que yo estaré criando malvas. ¿Y después qué?<sup>92</sup>

Bazárov desprecia lo romántico y considera que el amor es un sentimiento fingido, pero no puede evitar enamorarse de la hermosa viuda aristócrata Anna Serguéievna Odintsova. Su orgullo lo lleva a sostener que el amor es una simple cuestión fisiológica y anatómica, pero sus sentimientos le indican algo distinto. A pesar de sus diferencias sociales, Bazárov descubre que la independiente y orgullosa Odintsova es alguien que, lo mismo que él, se aburre, parece no encontrar un lugar en el mundo y carece de futuro.

Bazárov decide regresar a la finca de sus padres, luego de ser rechazado por Odintsova. El tedio y la tristeza se apoderan de él, hasta que parece perder todo interés por vivir. Al poco tiempo, Bazárov realiza (en un pueblo cercano) la autopsia de un siervo que había fallecido de tifus y se corta accidentalmente con un bisturí infectado. Su descuido y falta de higiene provocan que se contagie de la enfermedad y muera unos días después.

Desde antes de la publicación de *Padres e hijos*, en San Petersburgo se rumoraba que la nueva novela de Turguénev era una cruel parodia de Dobroliubov, quien había

---

<sup>92</sup> Turguénev, Iván, *Op. Cit.*, p. 219.

muerto prematuramente de tuberculosis, en noviembre de 1861, a los 25 años de edad. Los radicales de *El Contemporáneo* se enfurecieron por esta aparente afrenta y por la interpretación que Turguénev había realizado de sus ideas.

Por encargo de Chernishevski, M. A. Antónovich atacó la novela en el artículo “El Asmodeo de nuestro tiempo”,<sup>93</sup> que difamaba a Turguénev por todos los medios posibles y contenía sólo unas cuantas críticas razonables. Para Antónovich, *Padres e hijos* era una crítica implacable y destructiva de la joven generación y Bazárov la caricatura grotesca de un radical. Aseguró que el desprecio del personaje por el arte constituía una exageración, pues los verdaderos radicales sólo negaban el tipo de arte y poesía que escribía Turguénev, pero aceptaban e incluso exigían otro arte y otra poesía. También observó que Bazárov aceptaba el principio de la negación (ya que niega todo principio) y el de la utilidad (pues afirma que actúa de acuerdo con lo que considera útil), por lo que resultaba contradictorio y engañoso presentarlo afirmando que la negación era una “cuestión de gustos” y que la generación joven no reconocía ningún principio.

La reacción de Dimitri Pisárev, el crítico principal de la publicación radical *La palabra Rusa*, fue completamente distinta. Dos meses antes de que apareciera *Padres e hijos*, Pisárev había publicado un artículo con la siguiente apología de la destrucción: “En pocas palabras, éste es el ultimátum de nuestro bando: lo que puede romperse debe romperse; lo que resista el golpe es digno de conservarse, lo que se hace pedazos es basura; en todo caso, demos golpes a izquierda y derecha, esto no puede hacer daño ni hará daño”.<sup>94</sup> Tras la publicación de la novela de Turguénev, a Pisárev le maravillaron las características de Bazárov, al que consideró el nuevo “héroe de la generación joven”, pues reunía en su persona todos los rasgos de insumisión y rebeldía que estaban dispersos entre la masa. Además, aplaudió y agradeció a Turguénev el haber presentado “favorablemente” al personaje, aun en contra de sus propias convicciones.

Según Pisárev, lo más atractivo de Bazárov era que: “Sólo se deja gobernar por el capricho o por el cálculo personal. Ni por encima de él, ni fuera de él, ni dentro de él reconoce a ningún regulador, una ley moral, algún principio”.<sup>95</sup> Por ello, Bázarov

---

<sup>93</sup> Antónovich pretende equiparar *Padres e hijos* con la novela reaccionaria *Un Asmodeo de nuestro tiempo*, que publicó en 1858 V. I. Askochensky (cuyo nombre era considerado un “sinónimo de oscurantismo”).

<sup>94</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, pp. 225-226.

<sup>95</sup> Citado en *Ibidem*, p. 226.

difícilmente sentiría compunción moral si cometiera algún crimen, pues no sometería su voluntad a “prejuicios anticuados”. A lo largo de su artículo, Pisárev trata de marcar una línea divisoria entre la masa y los individuos extraordinarios, para afirmar después que éstos no tenían por qué obedecer las normas morales destinadas a la gente ordinaria.<sup>96</sup>

Por su parte, Dostoievski manifestó a Turguénev su admiración por *Padres e hijos* en una carta. La misiva se extravió, pero la respuesta de su destinatario y algunos comentarios posteriores permiten deducir (hasta cierto punto) su contenido. Turguénev agradeció a Dostoievski sus comentarios y le aseguró que había captado plenamente el significado de su obra. En una carta posterior, Turguénev comenta que sólo Dostoievski y V. P. Botkin entendieron su tentativa de presentar a Bazárov como una figura trágica.

Es muy probable que un artículo publicado por Strájov en *El Tiempo* expresara opiniones similares a las de Dostoievski. Según el primero, el verdadero problema de *Padres e hijos* no era determinar si su autor era partidario de los “padres” (como pensaba Antónovich) o de los “hijos” (como creía Pisárev), sino de dramatizar el profundo desacuerdo entre la vida y el pensamiento, que por entonces podía sentirse más intensamente que nunca. Considera que si bien Bazárov es superior como individuo al resto de los personajes de la novela, en realidad no es superior a los principios morales que éstos encarnan ni a las inclinaciones (solidarias) que él mismo intenta suprimir en su interior.

Strájov argumenta que la tragedia del personaje principal de *Padres e hijos* consiste en tener que rechazar sus sentimientos y deseos más sinceros, porque no encajan con sus ideas radicales acerca de la sociedad y la vida. Bazárov no aprecia la amistad ni el amor, pero Turguénev muestra lo reales que son éstos en su corazón; se burla del arte, pero en el fondo tiene un gran talento poético; rechaza los sentimientos familiares, pero sus padres le manifiestan un amor preocupado y sincero; alaba el egoísmo y la indiferencia ante el dolor ajeno, pero siempre está dispuesto a ayudar como médico.

En *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano* (1863), Dostoievski comentó que Bazárov era un personaje inquieto y atormentado, con la “marca de un gran corazón”, a pesar de todo su “nihilismo”. Precisamente para desarrollar esta contradicción entre el

---

<sup>96</sup> Dostoievski se inspiró en estas opiniones de Pisárev para crear el personaje Raskólnikov de *Crimen y castigo* (1866), quien comete dos asesinatos al querer demostrar que es un hombre superior (un “Napoleón”), que está por encima de las prohibiciones morales.

corazón bondadoso del pueblo ruso y las ideas radicales de Occidente, Dostoievski construirá después la intrincada psicología del héroe de *Memorias del subsuelo*.

### ***La Joven Rusia* y el desprestigio de los radicales**

A mediados de mayo de 1862 comenzó a circular el volante titulado *La joven Rusia*, que llevó a su punto más álgido la tensión política de la “era de las proclamas”. Las autoridades nunca descubrieron que su autor fue un joven de tan sólo 20 años de edad, llamado P. G. Zaichnevsky, que estaba encerrado en una prisión moscovita. Zaichnevsky había estudiado en la Universidad de Moscú, contaba con una larga participación en actividades clandestinas y había sido arrestado por exponer abiertamente sus ideas revolucionarias en una carta interceptada por la policía secreta. Redactó el volante con la ayuda de un grupo de amigos que solía visitarlo en su celda. La distribución del texto se inició en San Petersburgo, para desviar la atención de su verdadera fuente.

A diferencia de la proclama *A la generación joven*, que consideraba la violencia como el último recurso y prefería una abdicación pacífica del zar, el incendiario mensaje de *La joven Rusia* exigía “una revolución sangrienta e implacable, una revolución que deberá cambiarlo todo hasta las raíces, derribar todos los cimientos de la sociedad actual y causar la ruina de todos los que se apoyan en el actual orden”.<sup>97</sup> Además, consideraba que “todo es falso, todo es estúpido, desde la religión... hasta la familia”<sup>98</sup> y exigía la total emancipación de las mujeres, la abolición del matrimonio, la supresión de la familia, la disolución de los conventos y monasterios y la secularización de los bienes del clero.

El objetivo de *La joven Rusia* era el establecimiento de una república democrática, con una economía comunitaria basada en el fortalecimiento y extensión de la *obschina*. Si bien planteaba la entrega del poder al pueblo (que acabaría “gobernándose por sí mismo”), especificaba que esta transferencia únicamente podría realizarse cuando la revolución hubiera triunfado. Mientras tanto, juzgaba necesario que una dictadura revolucionaria se hiciera cargo de establecer los nuevos fundamentos de la sociedad y la economía, sin detenerse ante ningún obstáculo.

---

<sup>97</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 194.

<sup>98</sup> *Idem*.



La parte más escandalosa de *La joven Rusia* se refería a la posibilidad de que la revolución triunfante encontrara resistencia entre los defensores del zar. De acuerdo con sus predicciones “Pronto llegará el día en que desplegaremos la gran bandera del futuro, la bandera roja. Y con un poderoso grito de ‘¡Viva la República Social y Democrática Rusa!’ , avanzaremos hacia el Palacio de Invierno para exterminar a todos los que viven allí.”<sup>99</sup> De ser posible, la matanza se limitaría al zar y la familia real, pero si todo el “partido imperial” intentaba defenderlos, entonces “gritaremos ‘¡A las hachas!’ y luego... los destrozaremos en las plazas, si ese hato de cobardes se atreve a salir de allí. Los destruiremos en sus casas, en las estrechas calles de las ciudades, en las vastas avenidas de la capital, y en las aldeas”.<sup>100</sup>

Las fantasías de exterminio del matrimonio, la familia y la religión, así como la descripción de matanzas masivas, acompañadas con amenazas directas a la familia del zar, horrorizaron a la mayoría de los lectores de *La joven Rusia*. Por su parte, Dostoievski reaccionó con gran preocupación, pues intuía la escalada represiva que podía provocar la difusión de proclamas tan irresponsables y radicales. En 1873 describió en un artículo la impresión que le causó el mencionado volante, luego de que encontró un ejemplar en la entrada de su departamento:

Nadie podía imaginar algo más aberrante y estúpido. Su contenido era escandaloso, y expuesto en la forma más ridícula [...] de pronto me sentí ofendido y casi avergonzado, por decirlo así, de su incompetencia [...] por el nivel educativo, mental y por la falta de una comprensión mínima de la realidad [de sus autores] [...] aquella mañana la proclama me dejó estupefacto, por decirlo así, y me pareció una revelación nueva e inesperada. ¡Nunca, antes de tal día, había yo visto tanta nulidad!<sup>101</sup>

Casi simultáneamente a la difusión de *La joven Rusia* se desató en San Petersburgo una serie de incendios que devastó grandes zonas de la ciudad, incluyendo los distritos más pobres. Miles de personas se quedaron sin hogar, necesitadas de albergue y comida. Si bien los incendios eran frecuentes en las ciudades rusas (pues casi todas las construcciones eran de madera), el fuego que devastó San Petersburgo en la primavera de 1862 sobrepasó todo lo que se había conocido hasta ese momento. Nunca se supo si la catástrofe fue provocada deliberadamente o si fue producto del azar, pero la opinión pública asoció de inmediato los acontecimientos con el llamado a la destrucción total realizado por *La joven Rusia*. Como

<sup>99</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 195.

<sup>100</sup> Citado en *Idem*.

<sup>101</sup> Citado en *Ibidem*, p. 193.

era de esperarse, las autoridades no hicieron nada para contrarrestar tal asociación y aprovecharon los rumores y la incertidumbre para desprestigiar a la juventud radical.

Algunos miembros de la *intelligentsia* consideraban absurdo culpar de los incendios a los autores de *La joven Rusia*, pero su opinión era claramente minoritaria. El contenido del volante y los incendios provocaron una oleada de resentimiento popular hacia los estudiantes y la clase culta en general. En una carta, el destacado eslavófilo Iván Aksánov comentó a su colega Yuri Samarin que *La joven Rusia* había horrorizado a la gente y había vuelto aún más sospechosas la cultura, la ciencia y la ilustración a los ojos del pueblo. En dicho mensaje, Aksánov mencionaba que:

El pueblo, desde luego, no entiende la proclama, pero sólo capta que predica la impiedad, la falta de respeto a “nuestro padre y nuestra madre”, desprecia el matrimonio y desea cortar las gargantas de toda la familia real... Turguénev me dijo (se encontró ante el incendio del mercado de Shchukin) que había escuchado con sus propios oídos al más ordinario *muzhik* [campesino] gritar: “¡Los profesores quemaron esto!” “¡Profesores, estudiantes: estas palabras ya son conocidas por el pueblo!”<sup>102</sup>

Mientras se encontraba preso en Siberia, Dostoievski había sufrido en carne propia la escisión entre la mentalidad del pueblo y la clase culta. Esto lo llevó a promover en *El Tiempo* una necesaria unión entre ambos grupos sociales. Al constatar el repudio de las clases populares hacia la intelectualidad, Dostoievski decidió intervenir personalmente. A fines de mayo o comienzos de junio de 1862 realizó una visita privada a Chernishevski.

En el mencionado encuentro, Chernishevski aseguró que no tenía nada que ver en la redacción del volante. Dostoievski aceptó la palabra de su interlocutor, pero le pidió que expresara claramente su desaprobación hacia *La joven Rusia*, asegurándole que los radicales que habían escrito y difundido el volante respetarían su opinión. Dostoievski terminó convencido de que Chernishevski no simpatizaba con los autores de la proclama.<sup>103</sup>

Ese mismo día, Dostoievski (tal vez en colaboración con su hermano) escribió un artículo para *El Tiempo*, en el que aseguraba rotundamente que no existía ninguna prueba para relacionar los incendios con los autores de *La joven Rusia*, ni tampoco para suponer que los estudiantes en general estuvieran de acuerdo con el contenido del volante. Según Dostoievski: “este estúpido escrito [*La joven Rusia*] habría debido ser recibido con carcajadas. En cambio varios decrepitos caballeros... fueron presas del pánico, de un temor

<sup>102</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, pp. 198-199

<sup>103</sup> La versión que Chernishevski escribió sobre este encuentro en 1883 resulta menos verosímil que la de Dostoievski, pues afirmó que éste creía que los autores de *La joven Rusia* habían provocado los incendios.

paralizante, y al punto lanzaron una campaña de absurdos rumores que hoy se han propalado por doquier”.<sup>104</sup>

Dicho artículo no fue aprobado por la censura y nunca se publicó, lo mismo que una segunda versión, un poco más breve, que fue redactada después. De hecho, las autoridades prohibieron todos los textos que pudieran cuestionar el linchamiento político de los estudiantes por la opinión pública. Ambos artículos fueron enviados por el zar a la Tercera Sección y la revista *El Tiempo* estuvo cerca de ser clausurada por ocho meses. A partir de entonces, la publicación fue sometida a una estricta observación por la policía secreta.

El gobierno aprovechó la indignación popular contra los revolucionarios (que para entonces ya eran llamados “nihilistas” por miles de personas) para tomar medidas drásticas. El 15 de junio de 1862, el Comité de Censura de San Petersburgo decidió suspender por ocho meses la publicación de las revistas radicales *El contemporáneo* y *La palabra Rusa*. El 27 de junio se avisó a las autoridades que le debían negar el pasaporte a Chernishevski (en caso de que lo pidiera) y el 7 de julio fue enviado a prisión, junto con el principal fundador de la organización clandestina *Tierra y Libertad (Zemlia i Volia)*,<sup>105</sup> Nicolái Serno-Siolovievich. En ese momento, Dostoievski se encontraba camino a Europa, en su primer viaje fuera de Rusia (del que regresó en septiembre del mismo año).

### **Las consecuencias de la insurrección en Polonia**

En vísperas de la Revolución Francesa, Polonia había sido repartida entre Rusia, Prusia y Austria. Este reparto favoreció principalmente a la poderosa soberana rusa, Catalina La Grande. En 1861, la liberación de los siervos decretada por Alejandro II provocó una gran agitación en la parte rusa de Polonia. La nobleza terrateniente polaca estaba interesada en negociar la emancipación de los siervos pacíficamente con el zar, pero unos cuantos grupos radicales promovieron en las ciudades la conflagración permanente.

La insurrección polaca comenzó en enero de 1863, a partir de pequeños atentados contra tropas rusas ubicadas en Polonia. La rebelión fue sometida sin mayores problemas

---

<sup>104</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 205.

<sup>105</sup> Fue la primera de muchas agrupaciones clandestinas que surgieron en la década de 1860. Se conoce muy poco de su historia. Tal vez sin desearlo, Chernishevski se encontró a fines de 1861 y principios de 1862 en el centro de los grupos de *Zemlia i Volia* (aún se discute si él era un miembro oficial). Todos los miembros activos de esta organización eran amigos o conocidos de Chernishevski.

por el ejército ruso, pero la oleada de fanatismo nacionalista que surgió en la opinión pública de Rusia tuvo consecuencias funestas para la revista *El Tiempo* y el periódico *La Campana*, de Herzen.

Para mediados de 1862, *El Tiempo* contaba con más de cuatro mil suscriptores y recibía colaboraciones desde todo el país. Los hermanos Dostoievski estaban satisfechos con el prestigio adquirido por su revista y pensaban que finalmente podrían contar con una base financiera sólida. Por desgracia, el prometedor ascenso fue truncado por el gobierno.

La prohibición temporal de *El Contemporáneo* tuvo efecto a partir de julio de 1862, junto con la detención de Chernishevski. A partir de entonces, *El Tiempo* quedó en una posición muy difícil, pues ya no era posible criticar las ideas radicales sin que pareciera que se apoyaba la represión gubernamental. Otras publicaciones de izquierda (como *La Chispa*) defendieron agresivamente la ideología radical y tildaron de “reaccionarios” a todos sus críticos. Cuando *El Contemporáneo* volvió a publicarse, a fines de febrero de 1863, el mordaz satirista Saltykov-Shchedrin se encargó de emprender una furiosa campaña en contra de *El Tiempo*. Sus principales críticas se dirigieron contra la pretensión de esta revista de permanecer en el centro del conflicto entre radicales y conservadores, cuando la polarización política había hecho que eso resultara imposible.

Si bien los artículos publicados en *El Tiempo* durante 1862 y 1863 expresaban su desencanto hacia la intelectualidad *razchotchintsi* y una creciente propensión hacia la eslavofilia, la revista no se volvió conservadora en ningún sentido que le pudiera valer el favor de las autoridades. Sin embargo, para entonces los radicales ya se habían apropiado de la “causa del pueblo” y juzgaban reaccionarios o pusilánimes a todos aquellos que no concordaran con sus métodos y propuestas.

Irónicamente, la clausura de *El Tiempo* llegó cuando estaba luchando con mayor encono contra *El Contemporáneo*. Luego de que se desató la revuelta en Polonia, un artículo publicado por Strájov fue mal interpretado como una defensa del pueblo polaco. Alejandro II decidió suprimir *El Tiempo*, cuya temeridad política siempre le había disgustado. La orden que prohibía la revista, entregada el 24 de mayo de 1863, se basaba tanto en el contenido del artículo de Strájov como en la “tendencia nociva de la publicación”. Esto privó a Dostoievski de su única fuente de ingresos regulares y dejó a su hermano Mijaíl con una enorme deuda.

El nacionalismo fanático que engendró la revuelta en Polonia terminó también con la notable influencia de la “Prensa Libre en el Exilio” de Herzen, que se pronunció en favor de la libre autodeterminación del pueblo polaco.<sup>106</sup> Desde 1862, Alejandro II había logrado disminuir la difusión de *La Campana* en Rusia, mediante el incremento de la vigilancia en las fronteras, el envío de agentes de la Tercera Sección a Londres y el fomento de los ataques a Herzen y Ogarev en la prensa doméstica. El zar se había servido antes de la propaganda de *La Campana* para sus propios fines, pero después de la liberación de los siervos este periódico se había convertido en una verdadera molestia, pues “Ya no se trataba... de vencer la resistencia de la nobleza, de denunciar la corrupción de la burocracia, sino de hacer concesiones a la aristocracia; y tampoco de permitir, dentro de ciertos límites, una libre opinión pública, sino de asestar golpes a sus aspectos más extremados [sic], a los resultados revolucionarios suscitados por ella”.<sup>107</sup>

Luego de que Herzen y Bakunin defendieron la lucha polaca en *La Campana*, se alzaron en su contra los viejos liberales y los eslavófilos. El liberal moderado Mijaíl Katkóv, editor de la revista *El Mensajero Ruso* y el periódico *La Gaceta de Moscú*, encabezó una andanada de feroces ataques contra los radicales y los rebeldes polacos, convirtiéndose así en un respetado portavoz del patriotismo ruso. Katkóv no se equivocaba al afirmar que la intelectualidad *raznochinets* veía con buenos ojos el levantamiento polaco, pero las publicaciones radicales prefirieron guardar un prudente silencio al respecto.

Mientras tanto, en la parte Occidental de Rusia tuvo lugar una conjura encaminada a organizar una insurrección campesina. En la ciudad de Kazán (muy cerca de la aldea de Bezdna) un grupo de oficiales y estudiantes polacos, integrantes del “Comité Nacional” de Polonia, convencieron a un grupo de estudiantes de la Universidad de Kazán para que los ayudaran a tomar la ciudad, con el propósito de dirigir desde allí un levantamiento masivo en Bielorrusia y Lituania.<sup>108</sup> El proyecto fracasó porque un estudiante ruso denunció la conjura a las autoridades y Kazán fue militarizada. Entre mayo y junio de 1863, todos los involucrados fueron detenidos en las aldeas cercanas, en las que habían instigado a los campesinos a la rebelión. Los polacos fueron fusilados y los estudiantes rusos recibieron

---

<sup>106</sup> Los puntos de vista de Bakunin influyeron decisivamente en la postura adoptada por Herzen. Bakunin deseaba iniciar una revolución en Rusia a partir del levantamiento en Polonia.

<sup>107</sup> F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 255.

<sup>108</sup> En realidad, el objetivo del “Comité Nacional” polaco era crear una distracción que redujera la presión militar de Rusia sobre Polonia.

penas que iban de los cuatro a los diez años de trabajos forzados (aunque fueron liberados tras cuatro años de prisión preventiva).

A fin de cuentas, resulta claro que las expectativas sobre el estallido de una revolución en Rusia (a partir de la represión de las revueltas campesinas de 1861 y sus secuelas políticas) fueron magnificadas por las fantasías voluntaristas de los jóvenes radicales. Una vez que las rebeliones en el campo fueron controladas no existían condiciones objetivas para organizar una revuelta popular. Tampoco era realista suponer que el levantamiento polaco de 1863 podría derivar en un estallido revolucionario. Las proclamas difundidas a través de volantes, los disturbios estudiantiles y las acciones aisladas de grupos clandestinos no lograron conmover los cimientos del Estado zarista y fueron controlados por el ejército y la policía política. En términos generales, la década de los sesenta mostró a la *intelligentsia* radical la enorme distancia que los separaba del pueblo y lo difícil que era movilizarlo en contra del zar.

Las predicciones de Dostoievski y el grupo editorial de *El Tiempo* resultaron más acertadas que las esperanzas de la juventud “nihilista”. Los largos años de encierro en Siberia habían enseñado a Dostoievski que el campesinado ruso no era “revolucionario” en el sentido de anhelar una nueva forma de gobierno que sustituyera al zarismo y que, en ese momento histórico, no era posible que los intelectuales dirigieran el descontento de los campesinos hacia una revolución. Exceptuando algunos casos aislados, el descontento de los siervos con las condiciones de su liberación se expresó de forma pacífica y estuvo acompañado de una inquebrantable lealtad al zar. A pesar de todo su vigor, la lucha de los campesinos era espontánea y desorganizada, carecía de un programa político y sólo estaba dirigida (de manera inmediata) contra los terratenientes locales.

Dostoievski creía que la educación del pueblo y la fusión de la cultura popular con el legado de Occidente (la propuesta del *Pochvennichestvo*) era una condición necesaria para transformar la estructura social y política de su país. Por ello, reprochó a los radicales su precipitación e impaciencia, su deseo de brincar sobre la historia y producir cambios que sólo podrían ser posibles en una etapa posterior del desarrollo social de Rusia. En 1861, Dostoievski escribió en su cuaderno de notas la observación siguiente, dirigida a Chernishevski: “¿A dónde va usted con tanta prisa? Nuestra sociedad no está dispuesta,

positivamente, a nada. Las preguntas siguen ante nosotros. Han madurado, están dispuestas, pero nuestra sociedad aún no lo está. Se encuentra desunida”.<sup>109</sup>

### **La publicación de la novela *¿Qué hacer?***

Al ser detenido en julio de 1862, Chernishevski fue acusado de subversión y conspiración contra el Estado. El pretexto para su detención y la de Nicolái Serno-Siolovievich lo proporcionó una carta de Herzen que fue interceptada por la policía secreta. En esta misiva, Herzen le proponía a Serno-Siolovievich que la revista *El Contemporáneo* comenzara a publicarse en Londres.

Chernishevski había tenido buen cuidado en limitar sus actividades al campo de la literatura y las ideas, por lo que las autoridades no podían comprobar que hubiera alentado una subversión. En el fondo, la carta de Herzen sólo era una invitación: constituía una prueba política, pero no jurídica. Debido a ello, la Tercera Sección decidió fabricar documentos incriminatorios. Mientras tanto, Chernishevski permaneció encerrado, sin juicio, en la Fortaleza de Pedro y Pablo. La policía política consiguió que alguien cercano al ambiente de *El Contemporáneo* escribiera notas y cartas falsas, las cuales “demostraron” que Chernishevski había sido el autor de un texto (de 1961) que llamaba a los campesinos a organizarse paulatinamente para iniciar un levantamiento.<sup>110</sup>

En febrero de 1864, una comisión de senadores condenó a Chernishevski a purgar catorce años de trabajos forzados en Siberia y al destierro de por vida en esa región. Dos meses después, Alejandro II confirmó la sentencia, reduciendo a siete años el periodo de trabajos forzados. Luego de permanecer en las minas de Nerchinsk hasta fines de 1871, Chernishevski fue confinado al pequeño y remoto poblado de Viliuisk, en el que vivió más de once años. En 1883 se le permitió abandonar ese pueblo y fue trasladado a Astraján, en el Delta del Volga. Tiempo después le autorizaron regresar a su ciudad natal. Chernishevski murió en octubre de 1889, sólo cuatro meses después de su llegada a Saratov.

---

<sup>109</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 146.

<sup>110</sup> Este llamado, junto con otro dirigido a los soldados, fue escrito poco después de la promulgación del decreto emancipatorio (de febrero de 1861), pero jamás se imprimió. Fue redactado por M. L. Mijailov y N.V. Selgúnov (autores del volante *A la generación joven*). Los dos eran amigos de Chernishevski.

Chernishevski dedicó su estancia en la Fortaleza de Pedro y Pablo, entre julio de 1862 y febrero de 1864, a leer y escribir. La obra más importante que redactó en la cárcel fue la novela *¿Qué hacer? Historias sobre la gente nueva*, que pretendía mostrar una imagen más fiel de la “gente nueva”<sup>111</sup> que la expuesta por Turguénev en *Padres e hijos* y por A. F. Pisemski en *Los mares tormentosos* (en esta obra, publicada en 1863, Pisemski había descrito a los “nihilistas” como unos infames canallas, que actuaban impulsados por los más viles motivos personales).

*¿Qué hacer?* fue publicada en tres números de *El Contemporáneo*, a partir de marzo de 1863. La censura aprobó la primera entrega de la obra debido a un inesperado golpe de suerte y a la torpeza de la burocracia cultural de Alejandro II.

Chernishevski envió la primera parte de *¿Qué hacer?* al jefe de la comisión especial creada para investigar su caso, el príncipe Golitsyn. Después de revisar el manuscrito, el príncipe consideró que no había nada abiertamente provocador (en términos políticos) en el texto y lo remitió a la censura, para una inspección más detallada. No obstante, al recibir el manuscrito el censor se impresionó con el “sello y las armas” de la comisión investigadora y, creyendo que la obra ya había sido aprobada, lo remitió sin más trámites a la revista *El Contemporáneo*. Nekrásov olvidó el manuscrito de la novela en un coche de alquiler y colocó un anuncio, solicitando su devolución, en el periódico de la policía de San Petersburgo. Cuando el documento apareció, la policía le entregó dócilmente a Nekrásov uno de los textos más subversivos en la historia de Rusia. Si bien todo este relato explica cómo se publicó la primera entrega, nunca se ha podido entender por qué el resto de la novela fue aprobada por la censura, a pesar de su evidente contenido revolucionario.

*¿Qué hacer?* fue una obra muy eficaz de propaganda política. Pocos libros han ejercido una influencia tan directa sobre la vida de tantas personas. Pléjanov no exageraba cuando afirmó que “desde la introducción de la imprenta en Rusia ninguna obra impresa había tenido tanto éxito allí como *¿Qué hacer?*”.<sup>112</sup> La juventud radical adoptó la novela con veneración y los discípulos inmediatos de Chernishevski incluso trataron de organizar comunas socialistas similares a las descritas en ésta. Por su parte, el joven V. I. Lenin admiraba profundamente la obra y la consideró una fuente de inspiración personal.

---

<sup>111</sup> Dobroliubov fue el primero en utilizar la expresión “gente nueva” para referirse a la juventud radical.

<sup>112</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 360 (n).



El contenido ideológico y las características generales de *¿Qué hacer?* se abordaran en la siguiente parte de este trabajo. Por ahora, basta mencionar que Dostoievski encontró en sus páginas la imagen más acabada del futuro soñado por los seguidores de Chernishevski. En la novela se describe un mundo ideal, en dónde la posibilidad de satisfacer libremente todos los deseos producía una felicidad permanente. Dostoievski no creía que fuera posible suprimir el libre albedrío y someter al hombre a leyes que determinaran sus relaciones sociales y su comportamiento, pero le preocupaba que los numerosos seguidores de esas ideas continuaran socavando los valores cristianos tradicionales y emprendieran más acciones políticas extremistas (que en ese momento sólo servían para favorecer el endurecimiento de la censura y la represión).

En *Memorias del subsuelo*, Dostoievski no intenta refutar las concepciones de Chernishevski por medio de una crítica externa, sino de exponer las desagradables consecuencias a las que podría conducir la pretensión de vivir en un mundo en el que todo estuviera determinado por las “leyes de la Naturaleza” y la “racionalidad científica”, sin dejar ningún espacio para la libertad personal. Su intención es exhibir el absurdo al que conducen las ideas de Chernishevski, así como la enorme ingenuidad que implica suponer que el Hombre podría renunciar gustosamente a su voluntad personal, para convertirse en una especie de “engranaje”, en una sociedad mecánica.

### **La vida de Dostoievski alrededor de la creación de *Memorias del subsuelo***

Durante la segunda mitad de 1863, Mijaíl Dostoievski escribió numerosas peticiones a las autoridades para que le permitieran reanudar la publicación de *El Tiempo*. Sus esfuerzos se vieron recompensados parcialmente a mediados de noviembre, cuando el Ministerio de Asuntos Internos le concedió permiso para publicar una nueva revista.

Mijaíl inició los preparativos para poner en marcha la recién autorizada empresa editorial mientras su hermano Fedor se encontraba en Europa, viviendo una relación tormentosa con Apolinaria Súslova<sup>113</sup> y perdiendo fuertes sumas de dinero apostando en la

---

<sup>113</sup> La joven Apolinaria Súslova fue amante de Dostoievski durante un breve lapso, a finales de 1862. Cuando viajaron juntos por Europa, en 1863, ella se había distanciado considerablemente de Dostoievski (en lo cual influyó que éste se hubiera negado a divorciarse de María Dimitrievna, quien padecía una grave tuberculosis).

ruleta. A pesar de ello, Fedor Dostoievski se mantuvo en contacto por correspondencia para participar en algunas de las decisiones importantes que se debían tomar.

El nombre elegido para la revista fue *La Época (Epojha)*, luego de que las autoridades rechazaron sucesivamente los nombres *La Verdad (Pravda)* y *La Tierra (Pochva)*. El primer anuncio para captar suscripciones apareció en la *Gaceta de San Petersburgo* a finales de enero de 1864. El retraso para obtener la autorización de la revista provocó que *La Época* tuviera un pésimo inicio financiero, pues los anuncios para obtener suscripciones de las otras revistas habían aparecido en el otoño del año anterior. Si bien los hermanos Dostoievski tenían la intención de comenzar a publicar en febrero, el primer número (doble) de *La Época* salió de las prensas a principios de abril de 1864.

Fedor Dostoievski había regresado de Europa en noviembre de 1863. Se encontró con su esposa, María Dimitrievna, cerca de Moscú. Como su cónyuge padecía una tuberculosis muy avanzada, decidió permanecer en Moscú y alquilar un departamento, con ayuda de sus parientes. En enero de 1864, Dostoievski escribe a la hermana de su esposa: “En este mismo momento, María Dimitrievna tiene la muerte en los ojos... Sus nervios están realmente exhaustos. Está muy mal del pecho, y está flaca como una aguja. ¡Es terrible! ¡Es espantoso ver esto!”.<sup>114</sup> Además de sufrir dos ataques epilépticos en febrero, Dostoievski tuvo que permanecer en cama las dos primeras semanas de marzo, debido a una infección en la vejiga. Fue en esas penosas condiciones en las que escribió el inicio de *Memorias del subsuelo*. La primera parte de la obra fue completada a fines de febrero y la censura la aprobó el 20 de marzo de 1864. Se publicó en el primer ejemplar de *La Época*.

La redacción de la segunda parte de *Memorias del subsuelo* no fue menos penosa para Dostoievski. En una misiva dirigida a su hermano Mijaíl, el 2 de abril de 1864, le comenta que estuvo enfermo durante casi todo marzo, se encuentra alterado de los nervios y se le dificulta escribir. En la misma carta, agrega lo siguiente:

Mis tormentos en este mundo son *en todo sentido* tan dolorosos para mí, que no quiero siquiera mencionarlos. Mi esposa *literalmente* agoniza. Cada día hay un momento en el que esperamos su muerte. Sus sufrimientos son terribles y repercuten en mí porque... Escribir no es un trabajo mecánico y, sin embargo, escribo por las mañanas, pero el asunto apenas comienza. El relato se alarga. A veces sueño que será una basura, y sin embargo continúo escribiendo con ardor. No sé lo que resultará.<sup>115</sup>

<sup>114</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 367.

<sup>115</sup> Fiódor Dostoievski, *Cartas a Misha (1838-1864)*, p. 337.

María Dimitrievna muere a mediados abril. Dostoievski regresa a San Petersburgo ese mismo mes. Termina la segunda parte de *Memorias del subsuelo* en mayo y la publica en junio de 1864 en *La Época*.

Mijaíl Dostoievski se había sometido a una prueba excesiva para sacar adelante la revista que dirigía. Prestó poca atención a una intermitente enfermedad del hígado que lo venía aquejando y la muerte lo alcanzó de manera inesperada. El 6 de julio se puso grave, después de que un artículo en el que había depositado muchas esperanzas fue rechazado por la censura. La bilis se le derramó en la sangre y falleció tres días después.

*La Época* tenía grandes deudas. Dostoievski tenía la opción de elegir entre declarar la empresa editorial en quiebra y entregarla a sus acreedores (para proseguir su carrera literaria y mantener a la familia de su hermano) o continuar publicando la revista. Eligió el segundo camino, con la esperanza de pagar todos los adeudos en dos años.

Dostoievski realizó heroicos esfuerzos para sacar a flote *La Época* e incluso invirtió el dinero que le heredó una tía rica de Moscú para hacer frente a las necesidades económicas de la revista. No obstante, las suscripciones que se requerían para seguir adelante nunca llegaron y fue financieramente imposible continuar publicándola después de los dos primeros números de 1865. En esta situación influyó el hecho de que Dostoievski —quien trabajaba día y noche en asuntos editoriales— sólo pudo aportar pocas colaboraciones, lo que privó a *La Época* de la fuerza ideológica que antes había tenido *El Tiempo*. La nueva publicación parecía más una colección o antología de textos que una revista que expresara un punto de vista unificado e independiente.

Cuando *La Época* se declaró en quiebra, Dostoievski tuvo que encargarse personalmente de las enormes deudas acumuladas (que se sumaron a la obligación de mantener a la viuda y los hijos de su hermano Mijaíl). Dostoievski continuó pagando a sus acreedores durante muchos años. Sin embargo, su fracaso como editor hizo posible su triunfo como novelista. En los cinco años posteriores, bajo la presión de la necesidad, escribió tres grandes novelas: *Crimen y castigo* (1866), *El idiota* (1868) y *Demonios* (1870), así como las más breves *El jugador* (1866) y *El eterno marido* (1870). En el terreno personal, Dostoievski contrajo matrimonio con la joven Anna Grigorievna, en febrero de 1867, y después huyó a Europa (1867-1871) para escapar de sus acreedores.

## Consideraciones finales acerca de los “nihilistas” rusos

En 1864, Dostoievski publicó un artículo en *La Época* llamado “El Sr. Shchedrin, o un cisma [*raskol*] entre los nihilistas”, en que se refirió a los radicales de la revista *El Contemporáneo* como los “nihilistas moderados” y a los de *La Palabra Rusa* como los “nihilistas inmoderados”.

Los conflictos entre *La Palabra Rusa* y *El Contemporáneo* tenían como trasfondo una disputa sobre cómo interpretar la herencia intelectual de Chernishevski. Los primeros creían que estaban extrayendo todas las consecuencias e implicaciones de su pensamiento, mientras que los segundos consideraban que sus adversarios estaban deformando las verdaderas doctrinas del idolatrado maestro.

Los “nihilistas inmoderados” de *La palabra Rusa* se desilusionaron de las masas campesinas en 1863, pues habían esperado que éstas se organizaran para derrocar al gobierno, después del reparto agrario que siguió a la abolición de la servidumbre. Estaban convencidos de que los cambios sociales sólo podían provenir de una elite de hombres “pensantes”, que fueran sólidos, capaces y no se detuvieran ante ninguna prohibición moral para “hacer lo que fuera necesario” (para organizar una revolución). Ya en 1862 Dimitri Pisárev había glorificado al personaje Bázarov, de la novela *Padres e hijos*, al considerarlo un modelo a seguir por la juventud radical. Tiempo después, V. A. Záitzev afirmó en *La Palabra Rusa* que el pueblo es “vulgar, estúpido y, como resultado, pasivo; desde luego, esta no es su culpa; pero así es y sería raro esperar de él algún tipo de iniciativa”.<sup>116</sup>

Por su parte, los “nihilistas moderados” de *El Contemporáneo* tenían una visión mucho más favorable del pueblo, heredada de las posturas de Chernishevski. Consideraban que, lejos de ser pasivo y carente de todo valor, el pueblo ruso encarnaba una forma de vida basada en excepcionales principios comunitarios, que contenían el germen del mundo socialista del futuro.<sup>117</sup>

Después del desacuerdo que se produjo entre *El Contemporáneo* y *La Palabra Rusa* en 1862, acerca de la interpretación de la obra *Padres e hijos* de Turgénev, sobrevino una tensa tregua, que terminó cuando fue detenido Chernishevski y ambas publicaciones fueron

<sup>116</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, pp. 456-457.

<sup>117</sup> Por muchos que fueran los desacuerdos de Dostoievski con Chernishevski y los “nihilistas moderados”, siempre compartió con ellos un punto de vista benigno acerca del pueblo.

suspendidas (de junio de 1862 a febrero de 1863). Cuando *El Contemporáneo* volvió a publicarse, Nekrásov incorporó a la dirección de la revista a Saltykov-Shchedrin y Antónovich. Obviamente, estos nombres no inspiraban el mismo respeto que Chernishevski en las filas del bando radical. Las dos revistas se lanzaron ataques velados durante todo 1863, hasta que un artículo del Saltykov-Shchedrin, publicado en *El Contemporáneo* de enero de 1864, provocó un conflicto mayor.

En el artículo mencionado, Saltykov-Shchedrin realizó una alusión sarcástica a la novela *¿Qué hacer?* de Chernishevski. Luego de criticar la precipitación e intemperancia de los radicales de *La Palabra Rusa* (a los que llamaba “retoños”), Saltykov-Shchedrin hizo referencia a unas “lindas niñas nihilistas” que “con el tiempo” destazarían cadáveres humanos sin que les temblara la mano, mientras bailaban y cantaban alegremente.<sup>118</sup> Dicha burla fue considerada una traición a Chernishevski, especialmente porque apareció en la misma revista que éste había dirigido y en la que se había publicado *¿Qué hacer?* el año anterior. Pisárev afirmó en *La Palabra Rusa* que la actitud de Saltykov-Shchedrin era inútil e irresponsable y que sus posturas radicales eran únicamente una máscara que disimulaba su oportunismo.<sup>119</sup> Por su parte, Záitsev lamentó que *El Contemporáneo* estuviera traicionando sus viejos principios de manera tan obvia.

Este enfrentamiento fue el que Dostoievski designó un “*raskol* entre los nihilistas”. Su clasificación de los radicales en “nihilistas moderados” y “nihilistas inmoderados” fue bien recibida en su época, pues se basaba en el mismo sentido que Turguénev le había conferido a la palabra “nihilismo” (quien designó así la tendencia a rechazar la existencia de principios generales y predicar la destrucción del orden social establecido).

A pesar de lo anterior, algunos analistas de la historia rusa, como Franco Venturi, prefieren considerar a Chernishevski, Dobroliubov y el resto de los intelectuales agrupados en *El Contemporáneo* como “populistas” —debido a su concepción positiva del pueblo— y reservar el término “nihilistas” para los radicales de *La Palabra Rusa*.<sup>120</sup> Otros estudiosos de la época, como Joseph Frank, se inclinan a pensar que Chernishevski y Dobroliubov

---

<sup>118</sup> Al final de *¿Qué hacer?* la protagonista Vera Pávlovna comienza a estudiar medicina y, por tanto, a hacer autopsias. En la sociedad futura descrita por Chernishevski, el trabajo se acompaña con cantos y danzas.

<sup>119</sup> Los miembros de *La palabra Rusa* detestaban a Saltykov-Shchedrin, quien había sido un leal servidor del gobierno zarista, como Vicegobernador de Provincia, y había publicado una obra en la revista antiradical *El Mensajero Ruso*, de Mijaíl Kátkov.

<sup>120</sup> En especial para Dimitri Pisárev, V. A. Záitsev y N. V. Sokov.

también deben ser considerados dentro del grupo de los “nihilistas”.<sup>121</sup> Cada clasificación depende del punto de vista que quiera adoptarse, pero lo cierto es que las concepciones de Chernishevski fueron el punto de partida ideológico tanto de los “nihilistas moderados” como de los “nihilistas inmoderados” de los sesenta, e incluso de los terroristas rusos del decenio de 1870 (sobre éstos existe un consenso para incluirlos dentro del movimiento populista, pues emprendieron acciones concretas para realizar una “ida al pueblo”).

Independientemente de las clasificaciones actuales, el uso del término “nihilistas” para referirse a los revolucionarios rusos de las décadas de 1860 y 1870 fue muy común entre sus contemporáneos. Venturi menciona que el término “nihilistas” (que considera peyorativo, coincidiendo con Antónovich y Saltykov-Shchedrin) se extendió también en Europa occidental: “el nombre perduró y se difundió, sobre todo en Occidente, donde la palabra gustó y sirvió para expresar la sensación de misterio que circundaba a los populistas y terroristas rusos. Basta con abrir los periódicos franceses, ingleses, italianos, etc. de los años setenta para encontrar continuamente la palabra”.<sup>122</sup>

Aquí termina el panorama de la intelectualidad rusa que he desarrollado en el presente trabajo. No considero necesario extenderse más allá de 1864 para analizar el contexto ideológico en el que fue publicada la obra *Memorias del subsuelo*. Sólomente resta dedicar unos breves párrafos a la historia de los radicales rusos en la segunda mitad de la década de 1860.

El 4 de abril de 1866, el joven ex-estudiante Dimitri Karakóзов disparó contra el zar Alejandro II. Karakóзов provenía de una familia de pequeños terratenientes empobrecidos y lo habían expulsado de la universidad por atrasarse en sus pagos. Formaba parte de un grupo clandestino presidido por Nicolái Ishutin. Los disparos no alcanzaron al zar, pero desencadenaron una nueva oleada de represión en Rusia.

El conde N. M. Muraiev (que había reprimido brutalmente la rebelión polaca de 1863) fue nombrado jefe de una comisión especial para investigar el intento de regicidio. Como resultado de sus pesquisas se produjeron múltiples detenciones, interrogatorios y condenas entre la juventud radical. Como parte del endurecimiento de la censura, las

---

<sup>121</sup> En mi opinión, esta perspectiva es mucho más respetuosa del sentido original de la palabra “nihilista” y más fiel a los hechos históricos. La simpatía que Chernishevski despierta en ciertos autores es la causa principal de que constantemente traten de separar su obra del “nihilismo” (al que generalmente condenan).

<sup>122</sup> F. Venturi, *Op. Cit.*, p. 542.

revistas *El Contemporáneo* y *La Palabra Rusa* fueron suprimidas definitivamente, a principios de junio de 1866.

De acuerdo con Joseph Frank: “durante el resto de los sesenta los radicales quedaron cada vez más aislados, más enajenados, más amargados, violentos y abandonados, más dispuestos a lanzarse a las aventuras más inconcebibles y temerarias. En respuesta, el régimen zarista se volvió más ciegamente insensato en su persecución y atacó bárbaramente en todas las direcciones.”<sup>123</sup>

---

<sup>123</sup> J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 468.

**SEGUNDA PARTE**  
***Análisis de Memorias del subsuelo***



## Capítulo 2.1 *Memorias del subsuelo* y *¿Qué hacer?* de Chernishevski.

### Interpretaciones críticas de *Memorias del subsuelo*

La novela *Memorias del subsuelo* (1864) fue prácticamente ignorada por sus contemporáneos. Su aparición fue recibida con un gélido silencio entre la *intelligentsia* y no se publicó ninguna crítica o reseña en las revistas literarias de su tiempo. En términos generales, la intención paródica de la obra no fue entendida y los lectores consideraron que los desafiantes y resentidos discursos del personaje principal expresaban realmente las opiniones de Dostoievski.

*Memorias del subsuelo* comenzó a adquirir importancia tras la muerte de su autor. En 1883, N. K. Mijailovski publicó el artículo “Un talento cruel”, en el que citaba algunos de los pasajes más sádicos de la obra y afirmaba que las ideas y acciones de su personaje central ilustraban la tendencia del propio Dostoievski hacia la “tortura”. Tendría que pasar algún tiempo antes de que los críticos pudieran analizar los puntos de vista del “hombre del subsuelo”<sup>124</sup> sin confundirlos con los de su creador.

En 1891, V. V. Rozánov realizó una lectura más acertada de algunas características del texto. En su opinión, la novela estaba inspirada en el amplio conocimiento que Dostoievski tenía acerca de las profundidades irracionales del alma humana, con todas sus contradictorias inclinaciones hacía el bien y hacia el mal. Rozánov observó también que para Dostoievski ningún orden mundial basado en la racionalidad podría contender las tendencias caprichosas y destructivas del ser humano y que únicamente la religión cristiana (ortodoxa) sería capaz de hacerlo. Dicho enfoque implicó un importante avance crítico, pero aún no ponía al descubierto la estrategia utilizada en *Memorias del subsuelo* para ridiculizar el mundo racional y perfecto imaginado por Chernishevski en *¿Qué hacer?*

Durante el cambio de siglo, las interpretaciones de *Memorias del subsuelo* tendieron a relegar su evidente polémica con el “egoísmo racional”, pues privilegiaron el contenido conceptual de la obra y el análisis de las características psicopatológicas de su personaje medular. En 1920, la opinión generalizada era que Dostoievski se había limitado a expresar

---

<sup>124</sup> El personaje principal de *Memorias del subsuelo* se suele designar (externamente) como el “hombre del subsuelo”. Es un sobrenombre que no aparece en el cuerpo de la novela. La obra está escrita íntegramente en primera persona y Dostoievski jamás menciona el nombre de su héroe.

ideas radicalmente opuestas a las contenidas en *¿Qué hacer?* tan sólo para ejercer un contrapeso. De acuerdo con este punto de vista:

Chernishevski había creído que el hombre era innatamente bueno y reducible a la razón y que [...] con ayuda de la razón y de la ciencia lograría construir una sociedad perfecta. También Dostoievski acaso creyera que el hombre es capaz de ser bueno, pero lo consideró igualmente lleno de inclinaciones malignas, irracionales, caprichosas y destructivas; y fue *esta* perturbadora verdad la que brillantemente presentó por medio del hombre del subsuelo, como respuesta al ingenuo optimismo de Chernishevski.<sup>125</sup>

Si bien tal opinión resulta plausible después de una primera lectura, pronto una nueva línea de interpretación exhibió que *Memorias del subsuelo* contiene un ataque a las ideas de Chernishevski más complicado y sagaz de lo que se había pensado. El primer atisbo de lo lógica interna de la novela apareció en un artículo de V. L. Komaróvich, quien observó en 1921 que la estructura de *Memorias del subsuelo* se relaciona directamente con el contenido de *¿Qué hacer?* Secciones enteras de la segunda parte del libro de Dostoievski (como los intentos del “hombre del subsuelo” por tropezar con un militar en la Avenida Nevski y el encuentro con la prostituta Liza) son parodias evidentes de episodios específicos de la obra de Chernishevski, que invierten el significado que éstos tienen en su contexto original.

Poco después, A. Skaftymov afirmó que resultaba inadmisibles considerar al “hombre del subsuelo” como un portavoz directo de las ideas de Dostoievski. Desde su perspectiva, no es posible asegurar de ninguna manera que las opiniones negativas del personaje se correspondan con las de su creador, pues semejante identificación implicaría un flagrante rechazo de las ideas y los valores morales que Dostoievski defendía con vehemencia en su labor periodística. Skaftymov observó también que la estrategia utilizada por el autor de *Memorias del subsuelo* consistía en criticar a sus adversarios “desde dentro, llevando sus presuposiciones a un callejón sin salida desesperadamente destructivo”.<sup>126</sup>

Varias décadas después, Joseph Frank enfatizó que el “hombre del subsuelo” no sólo debe entenderse como la personificación de ciertas características psicológico-morales, sino como un tipo socio-ideológico, que representa las características de la intelectualidad rusa de las décadas de 1840 y 1860.<sup>127</sup> En opinión de Frank, este aspecto del personaje fue

<sup>125</sup> J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 393.

<sup>126</sup> Citado en *Ibidem*, p. 394.

<sup>127</sup> Este punto de vista fue expresado en 1986, en el libro *Dostoevsky. The Strife of Liberation 1860-1865*, Princeton University Press.

expresado por Dostoievski en la nota a pie de página a la que remite el título de *Memorias del subsuelo*, en la que se especifica que el héroe de la novela, así como las *Memorias* mismas, son ficticias, pero que:

[...] individuos como el autor de estas *Memorias* no sólo pueden existir, sino que por fuerza han de darse en nuestra sociedad, si se hace cuenta de las circunstancias en las que, por lo general, la sociedad nuestra se desenvuelve. Yo he querido poner de resalte ante el público, más vivamente que de costumbre, uno de esos caracteres de una época pasada, pero reciente. En este fragmento, el personaje se presenta a sí mismo, expone sus puntos de vista y explica, como puede, las razones por las cuales surge y no tenía más remedio que surgir en nuestro ambiente.<sup>128</sup>

Cuando Dostoievski menciona que individuos como el personaje del subsuelo “por fuerza han de darse” en la sociedad de su tiempo, lo está considerando un caso representativo, cuya existencia es un resultado inevitable de la formación cultural rusa, que se había modelado a partir de sucesivas oleadas de influencia europea. Según Frank, las opiniones y la vida del personaje del subsuelo son una parodia tragicómica de los efectos nocivos de las ideas europeas —de las décadas de 1840 y 1860— sobre la cultura de Rusia.<sup>129</sup>

Frank considera que, con la mencionada nota a pie de página, Dostoievski trató de advertir a sus lectores sobre la naturaleza paródica y satírica de *Memorias del subsuelo*, pero ello no bastó para contrarrestar la abrumadora presencia psicológica de su personaje principal, ni la fuerza de sus argumentos e imprecaciones. Es un hecho que la función paródica del “hombre del subsuelo” siempre ha quedado oscurecida por la inmensa vitalidad de su encarnación artística. Asimismo, los problemas de interpretación se acentuaron porque la novela está escrita como una parodia satírica en primera persona, que tiende a borrar toda distancia crítica entre el narrador y el lector, y dificulta ver *a través* del personaje el blanco de la sátira.

Sin embargo, también resulta indiscutible que el autor de *Memorias del subsuelo* habla una y otra vez de sus propias experiencias a través del disfraz de ficción del “hombre del subsuelo”. En la segunda sección de la obra, Dostoievski parodia sus propias actitudes de fines del decenio de 1840, cuando en los círculos literarios de San Petersburgo (especialmente en la Pléyade de Belinski) se le consideraba una persona intolerable, con

<sup>128</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, en *Obras completas*, t. II, p. 97.

<sup>129</sup> Dostoievski ya había criticado los efectos nocivos de la imitación maquinal de las ideas europeas por la *intelligentsia* en varios artículos de las revistas *El Tiempo* y *La Época*, así como en *Memorias de invierno sobre reflexiones de verano* (1863).

una enfermiza sensibilidad hacia las opiniones ajenas.<sup>130</sup> Pero si bien Dostoievski recurrió al expediente de sus propias experiencias juveniles para concebir algunas características del personaje del subsuelo, esto no implica que la novela estuviera expresando las ideas y vivencias de su autor en un sentido literal.

Tomando en cuenta que *Memorias del subsuelo* fue escrita como una respuesta crítica a las ideas planteadas por Chernishevski en *¿Qué hacer?* me parece indispensable ocuparme a grandes rasgos de las dos novelas. Hacerlo me permitirá contrastar las concepciones éticas planteadas por Dostoievski con los puntos de vista que intentó parodiar y combatir, a través de las palabras del personaje del subsuelo. En consecuencia, dedicaré el resto del presente capítulo a reseñar el contenido de *¿Qué hacer?* junto con algunas acotaciones críticas.

### **La estructura general de *¿Qué hacer?***

*¿Qué hacer?* fue considerada una novela mal escrita desde su publicación, en 1863. Frente al enorme talento literario de los escritores rusos de su época, la obra de Chernishevski sobresalía por la falta de unidad en su trama, sus episodios mal ensamblados, los altibajos en su ejecución. El primero en reconocer las carencias formales de *¿Qué hacer?* fue su propio autor, pero tras su aparente humildad sobresalía la convicción de que su novela era más útil e importante que aquellas de ejecución impecable, pues estaba orientada a influir en la política y la sociedad de su tiempo.

La historia principal de *¿Qué hacer?* se centra en tres personajes: Vera Pávlovna, Dmitri Lopujov y Alexéi Kirsánov. Vera es una mujer joven, con una madre cruel, egoísta e interesada, que ambiciona casarla con un hombre rico. Por su parte, Lopujov y Kirsánov son estudiantes de medicina, “hombres nuevos” de la joven generación, que piensan y actúan de acuerdo con el “egoísmo racional”.

Lopujov comienza a impartir clases particulares al hermano menor de Vera. Cuando descubre que ésta no soporta al prometido que su madre le pretende imponer, trata de

---

<sup>130</sup> En una carta dirigida al General E. I. Todleven en 1856, Dostoievski describió como sigue sus características personales alrededor de 1848: “Yo creía en teorías y utopías... era hipocondriaco... era excesivamente irritable, con una morbosa susceptibilidad. Deformaba yo los hechos más sencillos, dándoles otro aspecto y dimensión”.<sup>130</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski. La secuela...*, p. 417.

conseguirle trabajo como institutriz, para que pueda escapar del dominio de su familia. Sin embargo, meses después Lopujov se convence de que será imposible liberar a su amiga sin que sus padres inicien un proceso legal para recuperar su custodia.

En ese preciso momento, Dmitri Lopujov decide casarse con Vera Pávlovna. Al hacerlo, renuncia a proseguir sus estudios y, con ello, a la posibilidad de ocupar una cátedra y alcanzar la celebridad científica. Los primeros años del matrimonio transcurren felizmente. Lopujov imparte clases y practica la medicina, mientras que Vera organiza con éxito un taller autogestivo de costura, que demuestra las grandes ventajas de las sociedades cooperativas. Aunque ella podría haberse enriquecido fácilmente como dueña del taller, considera que el mayor beneficio que podía obtener consistía en ayudar a un grupo de mujeres pobres a mejorar sus vidas.

Años más tarde, Kirsánov se enamora de Vera Pávlovna. Ella también comienza a enamorarse de él, pero sin advertirlo. Kirsánov decide alejarse de la pareja de cónyuges, manteniéndose ocupado e inventando diversos pretextos. Vera comienza a resentir su ausencia y tiene un sueño,<sup>131</sup> cuyo contenido le revela que en realidad no ama a su marido. Ella narra su sueño a Lopujov y éste lo analiza minuciosamente, hasta descubrir que su esposa y su mejor amigo están enamorados.

Puesto que Lopujov forma parte de la “gente nueva” —que siempre busca arreglar los problemas conforme a la racionalidad y considera que los celos son un sentimiento primitivo y equívoco—,<sup>132</sup> concluye que lo mejor que puede hacer es aquello que haga más feliz a su esposa. En consecuencia, obliga a Kirsánov a que los visite más seguido e inclusive le insinúa a Vera Pávlovna que bien podrían vivir los tres juntos. Vera rechaza esa posibilidad, por temor a que la sociedad los considere inmorales, y su esposo opta por desaparecer. Lopujov emprende un viaje a Moscú y simula un suicidio la misma noche que debía regresar a San Petersburgo, haciendo creer a las autoridades que se ha disparado a sí mismo sobre un puente, para después caer en un río caudaloso.

Lopujov deja escrita una carta para Vera, en la que deja entrever que no se ha suicidado y explica que hizo lo que juzgó necesario para disolver de manera “racional” y

---

<sup>131</sup> Vera Pávlovna tiene cuatro sueños a lo largo de *¿Qué hacer?* (en este caso, se trata del tercero). Cada uno de ellos se relaciona con los hechos y las ideas que en ese momento se exponen en la novela.

<sup>132</sup> Chernishevski y sus seguidores consideraban que los celos están basados en la falsa idea de que un hombre puede ser dueño de una mujer.

digna el triángulo amoroso en el que estaban envueltos. Unos meses después, Vera Pávlovna y Alexéi Kirsánov contraen matrimonio. Como sus temperamentos son muy similares, alcanzan una felicidad ininterrumpida y ejemplar. Con el tiempo, Kirsánov obtiene gran notoriedad como médico, en tanto que Vera Pávlovna promueve la creación de más talleres de costura autogestivos y comienza a estudiar medicina.

En los capítulos finales, Lopujov regresa a San Petersburgo, con el falso nombre de Charles Beaumont, luego de haber viajado por los Estados Unidos. Mientras trabaja como representante de una compañía norteamericana conoce a Katerina Pólozovna (la hija de un magnate empobrecido) y se casa con ella.

Pólozovna establece contacto con Vera Pávlovna, pues le interesa conocer los “experimentos sociales” desarrollados por ésta, y después organiza por su cuenta una cooperativa de costureras. Charles Beaumont (es decir, Lopujov) restablece sus relaciones amistosas con Vera y Kirsánov y, junto con su nueva esposa, instala su residencia en un departamento contiguo al de ellos. La amistad entre ambas parejas se consolida y, en lo sucesivo, viven felices.

Por medio de la extraña historia de Vera Pávlovna, Lopujov y Kirsánov, Chernishevski trata de hacer una apología de la “gente nueva”. La solución hallada por Lopujov para desbaratar el triángulo amoroso del que formaba parte es tan sólo un ejemplo de la manera en que la nueva generación podía enfrentar “racionalmente” los problemas que tanto dolor y aflicción ocasionaban a las generaciones anteriores.

### **La negación del autosacrificio y el “cálculo generoso”**

En *¿Qué hacer?* Chernishevski expone el “egoísmo racional” de manera cautelosa y velada, concretándose a mencionar las ideas de la “gente nueva”, sin descalificar abiertamente las normas cristianas tradicionales.<sup>133</sup> La negación de la existencia del autosacrificio forma parte de sus argumentos para afirmar la preeminencia del egoísmo.

Chernishevski intenta probar, recurriendo a numerosas argumentaciones y ejemplos, que los seres humanos nunca se sacrifican por otras personas, pues en todos los casos actúan de acuerdo con sus propios intereses. Los personajes de *¿Qué hacer?* analizan

---

<sup>133</sup> La necesidad de burlar la censura le impedía a Chernishevski ser más explícito.

diversas situaciones en las que ellos mismos u otros “aparentemente” se sacrifican por alguien más, pero el “análisis racional” los lleva a concluir que sus presuntos sacrificios no son más que una interpretación errónea de los hechos, ya que el móvil del interés personal se encuentra siempre detrás de sus actos.

Por ejemplo, cuando Lopujov renuncia a terminar su carrera como médico para casarse con Vera Pávlovna, considera ridícula la idea de estar haciendo un sacrificio por ella, mientras reflexiona lo siguiente:

[Vera] terminará por saber que yo anhelaba la celebridad científica y que podría haberla logrado. Esto la desolará: “¡Ay, que sacrificio ha hecho por mí!”. Sacrificio que no me ha pasado por la cabeza. Nunca he sido tan estúpido como para hacer sacrificios y confié en que nunca lo seré. He obrado como me ha parecido mejor. No soy hombre de sacrificios, ni éstos existen, ni los hace nadie. Son una noción falsa. El sacrificio equivale al absurdo. Cada cual hace lo que más le agrada. [...] Quiero vivir y amar, ¿comprendes? Obro en mi propio bien.<sup>134</sup>

A Lopujov tampoco le parece un sacrificio renunciar a su matrimonio, propiciar que su esposa se case con su mejor amigo, inventar un presunto suicidio y marcharse fuera de Rusia. En opinión de Chernishevski, su personaje realiza todos esos actos atendiendo a su propio interés, pues el mayor placer de los “hombres nuevos” consiste en ser considerados buenos y generosos por las personas a las que ellos respetan. Sobre esto, el autor de *¿Qué hacer?* agrega lo siguiente:

¿Te das cuenta, señor mío, lector perspicaz, de lo astutos que son los hombres generosos y de cómo actúa en ellos el egoísmo? No actúa como en ti, señor mío, porque ellos no encuentran satisfacción en las mismas cosas que tú. Para ellos, ¿quieres creerme?, el supremo deleite consiste en que la gente a quien respetan los tenga por nobles, y para conseguir este fin, señor mío, se afanan y se ingenian, apelando a toda clase de procedimientos [...] a ti se te ocurren procedimientos malvados, perjudiciales para los demás, y a ellos, métodos honestos y provechosos para sus semejantes.<sup>135</sup>

Así, cuando el individuo hace algo por el bien de los demás actúa de acuerdo con un “egoísmo racional”, pues se beneficia al ayudar a otros. Debido a ello, beneficiar a los demás vendría a ser, sin duda, el más alto grado de interés en uno mismo. Chernishevski imaginaba que cuando los hombres comprendieran esto, su propia conveniencia los llevaría a actuar bien.

A pesar de todos los argumentos de Chernishevski, resulta inverosímil que la constante renuncia de sus personajes a sí mismos no constituya un sacrificio. Resulta inevitable

<sup>134</sup> N. G. Chernishevski *¿Qué hacer? Gente nueva*, pp. 148-149.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 350.

observar que los héroes de *¿Qué hacer?* actúan como lo haría un grupo de cristianos sacrificándose por el bienestar ajeno. En opinión de Joseph Frank:

En realidad, aunque [los personajes de Chernishevski] a cada instante ridiculizan la ética del autosacrificio, se comportan en absoluto de acuerdo con sus preceptos. Pero no sienten que tal conducta sea un sacrificio porque [...] una vez internalizados los preceptos del egoísmo racional simplemente dejaron de existir ya las caducadas reacciones del “egoísmo no racional”. Las pasiones y las emociones siempre responderán en forma compatible con las órdenes de la razón ilustrada, que ha demostrado de una vez por todas que beneficiar a los demás es, en realidad, el más alto grado de interés en sí mismo.<sup>136</sup>

Si bien las ideas de Chernishevski son muy cuestionables, el particular contexto sociopolítico y cultural en que se difundieron hizo posible que una enorme cantidad de jóvenes radicales se adhiriera a ellos con fervorosa devoción. Los intelectuales *raznochints* consideraban que la errónea conciencia religiosa del pueblo constituía uno de los principales obstáculos para iniciar una revolución social. *¿Qué hacer?* les permitió creer que las acciones encaminadas a organizar una insurrección no dependían de los valores cristianos que despreciaban, sino de un “egoísmo racional”, que los impulsaba a identificar su propio interés con el bienestar de las mayorías.

### **La representación de la juventud *raznochinets* en *¿Qué hacer?***

Chernishevski asegura que al concebir a los personajes de *¿Qué hacer?* no trataba de representar héroes irreales, sino simples “personas decentes de la nueva generación”, que procuraban actuar de acuerdo con sus convicciones. Para él, las virtudes de sus héroes eran las mismas que poseía un tipo de personas que realmente existía. Al respecto, asevera lo siguiente:

Apuesto a que [...] la mayor parte del público, sorprendido por la insólita generosidad de Vera Pávlovna, de Kirsánov y de Lopujov, los considera héroes, gente superior, incluso idealizada y hasta irreal. No, amigos míos, malignos, ruines y miserables amigos míos: lo habéis comprendido mal. No es que ellos estén demasiado alto, sino que vosotros estáis demasiado bajo. [...] Y si antes os parecía que volaban sobre las nubes era porque os encontráis en un abismo del infierno. A la altura de ellos deben y pueden hallarse todos los hombres. [...] si os esforzáis por superaros podéis igualaros a las personas que he pintado de cuerpo entero.<sup>137</sup>

Según Chernishevski, la juventud *raznochinets* de su época contaba con muchas personas valerosas y heroicas, que emprenderían una audaz revolución social alrededor de 1865. Creía que los “hombres nuevos” tendrían la fuerza necesaria para transformar a la

<sup>136</sup> Joseph Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 362.

<sup>137</sup> N. G. Chernishevski, *Op. Cit.*, pp. 354-355.



sociedad rusa, porque eran firmes, racionales y estaban decididamente orientados hacia la acción.

Resulta difícil creer que los revolucionarios clandestinos fueran tan racionales, sensatos y prácticos como los héroes de *¿Qué hacer?*, pero es probable que varios de ellos se entregaran a su causa con pasión y entrega similares a las que se describe en la novela. Algunas historias sobre los rebeldes terroristas rusos de finales de la década de 1870<sup>138</sup> los describen como individuos poseídos por un fanatismo casi religioso por la causa revolucionaria, que estaban dispuestos a ofrendar la vida por sus ideales y que enfrentaron terribles persecuciones y penurias.

### **La negación de la voluntad individual**

En los primeros capítulos de *¿Qué hacer?* Lopujov explica a Vera Pávlovna que al hombre lo guía su propia conveniencia y que jamás actúa por voluntad propia, sino por necesidad. También asegura que para actuar “racionalmente” el hombre debe calcular lo que más le conviene, en función de sus propios intereses egoístas.

Recapitulando las enseñanzas de Lopujov, meses después de haberlo conocido, Vera Pávlovna establece lo siguiente:

Hemos comenzado por formular el principio de que el hombre actúa por necesidad y de que sus actos son determinados por las influencias bajo las cuales transcurren; las influencias más fuertes se sobreponen a las demás; aquí afirmamos que cuando el acto reviste importancia para su vida, sus móviles se llaman conveniencias, que el juego de éstas en el hombre se llaman consideraciones de conveniencias y que, debido a ello, la gente obra siempre guiándose por el cálculo.<sup>139</sup>

Después, Vera Pávlovna plantea una duda, valiéndose de un ejemplo. Al estar pasando las hojas de una partitura, mientras toca el piano, le parece que puede elegir entre pasar las hojas con la mano derecha o con la izquierda. ¿Acaso elegir con qué mano pasará las hojas no depende de su voluntad? Lopujov le explica que si ella pasa las hojas sin pensar con qué mano lo está haciendo, seguramente lo hará con la mano que le resulte más fácil y que eso no implica ningún libre albedrío. En cambio, si antes de pasar las hojas ella

<sup>138</sup> Véase Stepniak, *La Rusia subterránea*, pp. 43-106. Es muy factible que a mediados de los sesenta hubiera fanáticos revolucionarios del mismo calibre que los que proliferaron en el siguiente decenio.

<sup>139</sup> N. G. Chernishevski, *Op. Cit.*, p. 108.

piensa con qué mano va a realizar la maniobra, estará actuando bajo la influencia de ese pensamiento, que no proviene de la voluntad, sino de consideraciones e influencias previas.

Con argumentos tan simples como el anterior, Chernishevski pretende demostrar que la libertad de elegir es una concepción errónea, una falsa interpretación de los “verdaderos móviles” de la acción. Para él, todos los actos humanos están determinados mecánicamente por la necesidad, los gustos y las conveniencias individuales.

Sin duda, la negación de la existencia de la voluntad personal es el mayor exceso en el que incurre Chernishevski para descalificar las concepciones y los valores cristianos. Sin embargo, los intentos del “egoísmo racional” por negar los fundamentos religiosos de la moral contrastan con el hecho de que prácticamente le atribuye características divinas a la Naturaleza. Suponer que la Naturaleza es un mecanismo perfecto, que funciona de acuerdo con leyes fijas y controla todas las necesidades humanas parece un intento por reemplazar a Dios con una nueva entidad todopoderosa.

Por otra parte, asegurar que las “leyes de la Naturaleza” existen sólo porque “es previsible que la ciencia las descubrirá algún día” constituye una falacia y una postura anticientífica. Chernishevski no aporta ninguna prueba para demostrar la existencia de leyes naturales capaces de determinar los actos humanos y la convivencia social, ni tampoco explica cuáles son esas leyes, qué características tienen y cómo funcionan.

### **Rájmetov: un “hombre extraordinario” al servicio de la revolución**

Chernishevski señala que Rájmetov es un personaje secundario en *¿Qué hacer?* y que lo describe únicamente para que los lectores sepan de la existencia de individuos como él.<sup>140</sup> En su opinión: “Los Rájmetov son gente de tipo especial; se funden con la causa común de tal modo, que ésta se convierte para ellos en una necesidad que colma su existencia y hasta reemplaza su vida privada”.<sup>141</sup>

Rájmetov es un hombre extraordinario, que se somete a rigurosas exigencias. Gracias a un estricto sistema de preparación y aprendizaje, diseñado por él mismo, a los veinte años contaba con una sólida formación teórica y una impresionante fortaleza física.

---

<sup>140</sup> En la novela, Chernishevski asegura que sólo llegó a conocer ocho personas así durante toda su vida.

<sup>141</sup> N. G. Chernishevski, *Op. Cit.*, p. 398.

Luego de cumplir tal edad, comienza a viajar por toda Rusia y a ocupar tres cuartas partes de su tiempo en atender “asuntos ajenos o de índole general”. Aquí Chernishevski evita entrar en detalles, pero los lectores de *¿Qué hacer?* entendían sin problemas el propósito oculto de los viajes, el entrenamiento físico y las “misteriosas” actividades de Rájmetov (que se dedicaba en cuerpo y alma a preparar una revolución).

El personaje Rájmetov parece empeñado en desaparecer todo vestigio de sus necesidades e inclinaciones personales para subordinarse por completo a la fría lógica de la utilidad social. Además de llevar una vida ascética, realiza todo tipo de pruebas para endurecer sus nervios y su resistencia al dolor.<sup>142</sup> Es partidario de que en la sociedad futura las personas gocen de todos los placeres sensuales, pero decide no beber alcohol ni tocar a ninguna mujer. Al preguntarse a sí mismo si es indispensable incurrir en tales extremos, considera que: “Hay necesidad. Propugnamos que el hombre pueda gozar plenamente de la vida. Con la nuestra debemos demostrar que no lo exigimos para satisfacer pasiones propias, sino para el hombre en general, que hablamos sólo por principio y no por apetencias, por convicción y no por interés personal”.<sup>143</sup>

Un día, Rájmetov avisa a Kirsánov y otros intelectuales *raznochintsi* que “ya no tenía nada que hacer” en San Petersburgo y comienza a viajar por los Estados Unidos y algunos países de Europa, para conocer el modo de vida, las instituciones públicas y el grado de bienestar de su población. Antes de partir, menciona que regresará a Rusia tres o cuatro años después (alrededor de 1865), cuando su presencia “resulte necesaria”.

### **Los talleres de costura de Vera Pávlovna**

Como ya se mencionó, Vera Pávlovna funda un taller de costura luego de casarse con Lopujov. Los trabajos inician con sólo tres trabajadoras, que elaboran vestidos para mujeres ricas. Luego de un mes, Vera les avisa que piensa repartir con ellas las ganancias del taller y comienza a organizarlas para que tomen las decisiones concernientes a la empresa de manera colectiva. Evita en todo momento aleccionarlas con explicaciones teóricas

---

<sup>142</sup> Por ejemplo, en cierta ocasión pasó toda una noche acostado sobre los clavos hundidos en una tabla.

<sup>143</sup> N. G. Chernishevski, *Op. Cit.*, pp. 313-314.

complicadas, confiando en que ellas mismas se irán dando cuenta de la conveniencia de ese tipo de organización.

Las costureras se involucran rápidamente en los asuntos del taller y hacen muy bien su trabajo. Pronto aumentan los encargos y se vuelve necesario contratar a más jóvenes. Vera Pávlovna selecciona con cuidado a las nuevas trabajadoras y sólo contrata mujeres responsables y honradas.

Vera deseaba que las ganancias del taller se repartieran entre todas las costureras en partes iguales, pero tuvo que pasar un tiempo antes de que ellas mismas aceptaran la idea. Al principio, el sueldo de cada trabajadora se fijaba de acuerdo con la calidad y la cantidad del trabajo realizado. Sin embargo, a mediados del tercer año:

...el personal comprendió que la obtención de las ganancias no era un premio a las habilidades de tal o cual persona, sino el resultado del carácter del taller, de su estructura, de su objetivo, consistente en que el trabajo reportase un provecho igual a quienes participaban en él, fuesen cuales fueren sus habilidades personales; [...] que el carácter del taller (su espíritu y su régimen) dependía de la unanimidad de todas, y que para lograr dicha unanimidad era igualmente importante cada una de ellas.<sup>144</sup>

Poco después, las costureras empezaron a comprar provisiones al mayoreo, se mudaron a departamentos contiguos, organizaron un comedor común e instalaron una tienda para vender parte de la ropa que producían. Con ello, pudieron realizar grandes ahorros, reforzaron su organización comunitaria y mejoraron sus vidas. Vera dispone que todas las costureras reciban instrucción formal en el taller y fomenta el hábito de la lectura, y organiza periódicamente fiestas, excursiones al campo y visitas al teatro.

El taller de costura era considerado un importante “experimento” social por Vera Pávlovna y toda la “gente nueva” que la rodeaba. Les parecía que los logros obtenidos en ese taller mostraban que la gente podía aceptar los principios del trabajo comunitario para organizar la producción. Una vez consolidado el primer taller, Vera cede su administración a una de las costureras y emprende la creación de otros nuevos.

### **La utopía futurista de Chernishevski**

En su cuarto sueño, Vera Pávlovna dialoga con una presencia femenina que representa a la Igualdad. Ésta le explica que en el futuro la igualdad entre el hombre y la mujer ha hecho

---

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 203.

posible el surgimiento del amor verdadero y, junto con él, de la felicidad. Cuando Vera le pregunta cómo vive la gente en esa época, la Igualdad llama a su “hermana mayor”, que representa al Amor, para que ésta le muestre el porvenir.

El Amor le enseña a Vera Pávlovna un inmenso edificio de hierro y cristal, en cuyo interior hay una casa enorme. La construcción de cristal es un gigantesco invernadero, que conserva un clima agradable para la casa. Al manifestar su asombro, Vera afirma que en su tiempo no existe nada semejante, pero que el Palacio de Cristal construido en Londres<sup>145</sup> se podría considerar un atisbo.

A Vera le parece que el edificio es más soberbio que un palacio. Le impresiona que sea habitado por miles de personas y que casi todos los muebles, las puertas, los pisos y los techos estén hechos de aluminio. Al asistir a una reunión vespertina, le maravilla ver reunidos más de un millar de hombres y mujeres, que cantan y bailan.

Posteriormente, Vera Pávlovna observa a varios trabajadores laborando en unos trigales. Le sorprende la buena calidad del trigo, la felicidad de los agricultores y la avanzada tecnología empleada en la recolección y el cultivo. La cosecha es sencilla, pues las máquinas siegan el trigo, atan las gavillas y las acarrean, mientras que los encargados sólo dirigen los mecanismos.

El Amor le asegura a Vera Pávlovna que en el futuro toda la gente gozará de una “alegría perpetua” y que no tendrán que pasar muchas generaciones para que eso se concrete, pues todo será más sencillo cuando los individuos entiendan la conveniencia de colaborar entre sí. Según el Amor, los hombres del futuro: “tienen más luces y han comenzado a aprovechar fuerzas y recursos enormes que antes gastaban sin beneficio y aun con perjuicio para sí. [...] Fue difícil que la gente comprendiese lo que le convenía: ¡en tu tiempo fue tan salvaje, grosera, cruel e insensata! Pero yo la iba instruyendo, y cuando comenzó a comprender, todo fue ya fácil.”<sup>146</sup>

Chernishevski asegura que la “gente nueva” traslada a su presente elementos del porvenir. Antes de despedirse, el Amor le pide a Vera Pávlovna que exhorte a la gente de su época a luchar para construir el luminoso futuro que le ha mostrado, con las palabras

---

<sup>145</sup> El “Palacio de Cristal” fue construido por Joseph Paxton en Hyde Park, en 1851, para albergar la primera Feria Mundial de Londres. Finalizada la exposición, fue desmontado y vuelto a armar en 1854, en Sydenham Hill. Un incendio lo destruyó en 1936. Era un gran edificio de cristal y hierro forjado, que abarcaba casi ocho hectáreas. Tal vez Chernishevski lo vio en 1859, cuando visitó a Herzen en Londres.

<sup>146</sup> Chernishevski, N. G. *Op. Cit.*, p. 437.

siguientes: “Anúnciaselo a todos: El futuro es radiante y hermoso. ¡Amadlo, aspirad a él, trabajad por él, aproximadlo, trasladad de él al presente todo cuanto podáis! Vuestra vida será tanto más luminosa y grata, tanto más rica en alegrías y placeres, cuantos más elementos del futuro seáis capaces de trasplantar a ella.”<sup>147</sup>

Es obvio que Chernishevski confiaba plenamente en el desarrollo futuro de la ciencia y la tecnología. En el cuarto sueño de Vera Pávlovna también se habla de poderosas máquinas que permiten a los hombres construir edificios gigantescos, crear mecanismos para regular el clima, convertir desiertos y pantanos en tierra fértil, cultivar con poco esfuerzo, etc. Gracias a ello, los seres humanos del porvenir trabajan sólo algunas horas al día y dedican el resto de su tiempo al esparcimiento y el placer.

### **Dostoievski frente a las concepciones planteadas en *¿Qué hacer?***

Puesto que el futuro conocimiento de las “leyes de la Naturaleza” serviría para organizar una sociedad perfecta, sería prácticamente imposible que alguien siquiera pensara en oponerse a sus disposiciones. De acuerdo con la doctrina del “egoísmo racional”, someterse a los designios de las “leyes de la Naturaleza” no implicaría ningún sometimiento o coerción, ya que “el libre albedrío no existe” y “desear lo opuesto al interés propio es contrario a las tendencias naturales del hombre”.

Según Chernishevski, construir una organización social donde los seres humanos pudieran satisfacer sus deseos sin la menor restricción traería la felicidad plena, eliminando cualquier motivo de queja. Al satisfacer todas las necesidades particulares, el egoísmo personal quedaría colmado, lo cual garantizaría que cada individuo pudiera actuar en concordancia con el interés colectivo.

Por su parte, Dostoievski consideraba imposible organizar una sociedad libre de todo conflicto a partir de la razón utilitaria, cuyos cálculos y previsiones juzgaba incompatibles con la verdadera fraternidad. Ya en *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano* (1863) había afirmado que en Occidente no existía realmente la fraternidad ni era posible generarla. En su opinión, el hombre europeo no podría organizar una sociedad comunitaria ni transitar al socialismo, pues la personalidad occidental estaba tan acostumbrada al

---

<sup>147</sup> *Ibidem*, p. 441.

egoísmo que los individuos se negarían a ceder la más mínima parte de su libertad personal en beneficio de la colectividad. Para que la fraternidad pudiera surgir en Occidente sería necesario que la personalidad rebelde y exigente de los europeos sacrificara todo su yo a la sociedad, que dicha personalidad cediera su derecho sin condiciones a la comunidad. Para Dostoievski, esto resultaba inconcebible, pues “la personalidad occidental no está hecha a estas cosas; exige a voz de grito, reclama su derecho, quiere *participar*..., y la fraternidad no aparece”.<sup>148</sup>

En la misma obra, Dostoievski asegura que en Europa se hablaba de la fraternidad como si se tratara del principal móvil de la humanidad, pero no se comprendía que ésta no puede forjarse cuando no se da por sí misma. Agrega que, en un intento por crear la fraternidad allí donde no existe, los socialistas occidentales recurrían a la razón utilitaria para convencer a la gente de lo conveniente que resultaría organizar racionalmente la sociedad. Sin embargo, considera que todas las tentativas de generar la fraternidad a partir de cálculos racionales estaban condenadas al fracaso, pues no es posible crear una verdadera fraternidad cuando lo que se busca es satisfacer la conveniencia individual. En palabras de Dostoievski:

El socialista, al ver que no hay fraternidad, se pone a predicarla. [...] Desesperado, el socialista pónese a elaborar, a definir la fraternidad futura, lo pesa y mide todo, seduce con las ventajas, habla, adoctrina, hace la cuenta de los provechos que a cada uno habría de reportarle la fraternidad, [...] cuánto merece cada cual y en que medida debe cada uno sacrificar su personalidad al procomún. Pero ¿qué fraternidad es ésta, en la que por adelantado se especifica cuánto merece cada cual y cuánto hay que darle?<sup>149</sup>

A partir de esto, Dostoievski considera que la promesa de vivir en una sociedad futura organizada sobre una base racional es un gran señuelo, pues promete la posibilidad de vivir bien a cambio de un poco de trabajo y conformidad. Sin embargo, el hombre forjado en la cultura europea preferiría renunciar a todas las ventajas posibles con tal de no ceder ni un ápice de su libertad.

Según Dostoievski, para que exista la verdadera fraternidad es indispensable que los individuos se sacrifiquen por completo, sin perseguir ningún beneficio ni recompensa a cambio. Esto sólo es posible a partir del principio fraternal del amor al prójimo, que tiene que *estar en la naturaleza* misma de los individuos para poder actuar de manera espontánea e inconsciente. Aunque no lo menciona explícitamente, Dostoievski da a entender que la

---

<sup>148</sup> F. Dostoyevski, *Notas de invierno sobre impresiones de verano en Obras completas*, t. II, p. 36.

<sup>149</sup> *Ibidem*, p. 37.

verdadera fraternidad sólo puede encontrarse en Rusia, en el seno de la *Obschina* campesina tradicional, que depende de los valores cristianos. Siguiendo los ideales de Herzen, Dostoievski creía que en la comuna campesina rusa se encontraba el germen de la sociedad comunitaria del futuro, la cual sería muy superior a las utopías socialistas basadas en el cálculo racional y el utilitarismo.

Para responder de antemano a las objeciones que sus ideas pudieran generar entre los partidarios de la razón utilitaria en Rusia, Dostoievski menciona con sarcasmo que al parecer está planteando una utopía, pues la comunidad fraternal que él propugna está basada en el sentimiento y en la naturaleza (es decir, en la fraternidad que se da naturalmente en el pueblo ruso), pero no en la razón.

Dostoievski asevera también que la auténtica fraternidad no implica renunciar a la personalidad, sino que, por el contrario, requiere un grado de personalidad más alto del que se puede concebir en Occidente. Las siguientes palabras de Dostoievski son centrales para comprender su postura acerca de la cuestión de la libertad individual en la sociedad comunitaria que visualizaba en el futuro:

Compréndanme ustedes: la espontánea, consciente y por nadie impuesta negación de toda la persona en provecho de todos es, a mi juicio, la señal del más alto desarrollo de la personalidad, de su supremo poder, de su más perfecto dominio de sí misma, de la más completa libertad, de su albedrío. [...] Una personalidad muy desarrollada, plenamente convencida de su derecho a ser tal personalidad, que no teme ya por sí misma, no puede hacer otra cosa, es decir, no puede darse otro empleo que sacrificarse toda entera por todos, para que también los demás sean personalidades igualmente autónomas y felices.<sup>150</sup>

Es necesario señalar que la fantasía futurista delineada por Chernishevski en el cuarto sueño de Vera Pávlovna resultaba muy parecida a la vida en el “falansterio” ideal propuesto por Fourier, a mediados de la década de 1830. En las reuniones del Círculo de Petrashevski —a las que Dostoievski asistió con regularidad entre noviembre de 1848 y abril de 1849—, un grupo de personas solía discutir con reverente pasión las ideas de Fourier, soñando con la posibilidad de organizar el trabajo en Rusia de acuerdo con su modelo cooperativista. Desde entonces, Dostoievski afirmaba que el plan fourierista para el futuro contenía detalles ridículos y que el “falansterio” casi no dejaba espacio a la libertad individual. En consecuencia, el resurgimiento de fantasías similares a mediados del decenio de 1860 le debe haber parecido un absurdo.

---

<sup>150</sup> *Ibidem*, p. 36.



La publicación de *¿Qué hacer?* enfrentó de nuevo a Dostoievski con el ideal de un futuro en que el hombre puede satisfacer sus deseos completamente, a partir del dominio absoluto de la naturaleza. Desde su punto de vista, suponer que la satisfacción inmediata de los apetitos suprimirá la infelicidad y el conflicto constituye un error, pues el hastío en el que caería el hombre plenamente saciado lo llevaría a desarrollar las pasiones más perversas, en un esfuerzo por escapar de la monotonía.<sup>151</sup>

Para empeorar las cosas, Chernishevski había elegido la imagen del Palacio de Cristal,<sup>152</sup> construido en Londres, como símbolo del futuro luminoso que se había imaginado. Dostoievski había visitado el edificio durante su primer viaje a Europa (realizado entre junio y agosto de 1862)<sup>153</sup> y publicó sus impresiones al respecto en *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano*. En su opinión, el Palacio de Cristal era una encarnación monstruosa del materialismo moderno, que se fundaba en la miseria y la explotación de las masas, y podía considerarse una expresión contemporánea de Baal.<sup>154</sup>

Según las palabras de Dostoievski:

...el Palacio de Cristal; la Exposición Universal... Sí, la exposición impresiona. [...] reconocéis una idea gigante; sentís que allí se ha conseguido una victoria, un triunfo. [...] Miráis a esos cientos, a esos miles, a esos millones de individuos que han acudido aquí, sumisos, de todas las partes del mundo [...] y sentís que allí se ha consumado y rematado algo definitivo. Es un cuadro bíblico, algo por el estilo de Babilonia o de una profecía del Apocalipsis que se cumpliera a nuestra vista. Sentís que se necesita mucha dosis de secular negación y desvío para no postrarse, para no rendirse a la impresión y adorar el hecho y erigir en dios a Baal, es decir, para no tomar por el propio ideal lo existente...<sup>155</sup>

Dostoievski encontró en las páginas de *¿Qué hacer?* las viejas fantasías utópicas de la década de los cuarenta, que le resultaban tan familiares, aliadas con una nueva fe en la razón utilitaria. En *Memorias del subsuelo* realizó una parodia del determinismo de las “leyes de la Naturaleza”, la idealización de la intelectualidad *raznochinstsi* y la imagen del futuro perfecto planteada por Chernishevski. Todo esto se abordará con mayor detalle a partir del siguiente capítulo.

<sup>151</sup> En *Memorias del subsuelo* la monotonía en la que cae el personaje principal, debido al determinismo de las “leyes de la Naturaleza”, explica en buena medida sus esfuerzos por ser malvado.

<sup>152</sup> Cfr. la nota 145 de este mismo capítulo.

<sup>153</sup> Dostoievski visitó el Palacio de Cristal cuando albergaba la Segunda Feria Mundial de Londres (inaugurada en 1862), la cual estaba consagrada a exhibir los últimos logros de la ciencia y la tecnología.

<sup>154</sup> Baal era una divinidad de algunos pueblos de Asia central (fenicios, caldeos, babilonios y sidonios). El Antiguo Testamento menciona que cierta vez un grupo de judíos se apartó del culto a Jehová para adorar a Baal. Entonces Jehová les impuso un castigo ejemplar, por venerar a un “dios falso” o “demonio”.

<sup>155</sup> F. Dostoyevski, *Notas de invierno...*, p. 28.



## Capítulo 2.2 Consideraciones generales sobre las *Memorias* del “hombre del subsuelo”.

### Las dos partes de *Memorias del subsuelo*

La novela *Memorias del subsuelo* se divide en dos secciones. En la primera, titulada “El subsuelo”, su protagonista se presenta, habla de sí mismo y explica lo mejor que puede las razones que lo han conducido a su penoso aislamiento social. Posteriormente, entabla un extenso debate con unos interlocutores imaginarios, quienes afirman la existencia de “leyes de la Naturaleza” que determinan los actos humanos y la organización de la sociedad.

El “hombre del subsuelo” sabe que él mismo inventa las palabras de sus interlocutores, pero considera que los puntos de vista que les atribuye representan fielmente las ideas de los hombres de su tiempo. Al terminar la primera parte, afirma que escribe como si estuviera discutiendo con otros únicamente porque prefiere utilizar esa forma literaria para exponer sus argumentos. Además, asegura que todo lo que llegue a escribir sólo será conocido por él mismo, pues no piensa publicarlo jamás.

En la segunda sección de la novela, titulada “A propósito de la nieve derretida”, el personaje del subsuelo narra algunas anécdotas de su vida anterior, las cuales, según sus palabras, pertenecen a la pila de cosas que todo hombre “teme confesarse inclusive a sí mismo”. Dichas historias constituyen sus “memorias” propiamente dichas y narran algunos de sus infructuosos esfuerzos por salir de su interioridad y obtener el reconocimiento y la amistad de otras personas. A diferencia de lo que ocurre en la primera parte, la narración del personaje no busca elaborar discursos teóricos para esclarecer las causas de su marginalidad.

De acuerdo con Joseph Frank, el contenido de las dos partes de *Memorias del subsuelo* se relaciona con distintas épocas en la historia de la intelectualidad rusa, en las que dominaban diferentes corrientes de pensamiento. En la primera, el “hombre del subsuelo” realiza una crítica directa a los argumentos principales del “egoísmo racional” y el mecanicismo determinista de la década de 1860. En la segunda, las historias narradas por

el personaje caricaturizan la vanidad y el egoísmo propios de la intelectualidad liberal rusa de la década de 1840<sup>156</sup> y parodian algunos pasajes de la novela *¿Qué hacer?*

Dostoievski insertó algunos señalamientos para indicar a sus lectores que la segunda parte de la novela se refiere a la década de 1840. Uno de ellos es la edad misma del personaje del subsuelo, quien dice tener cuarenta años cuando inicia la redacción de sus memorias y veinticuatro cuando trabajaba en la burocracia y se desarrollan los acontecimientos consignados en la segunda sección. Si se considera que el personaje escribe su relato en 1864 (fecha de publicación de *Memorias del subsuelo*), su descripción comenzaría en 1848,<sup>157</sup> justamente el mismo año en que Dostoievski asistía con frecuencia al Círculo de Petrashevski y estaba inmerso en las doctrinas del socialismo utópico francés.<sup>158</sup>

Asimismo, el subtítulo “A propósito de la nieve derretida” remite a la década de los cuarenta. Casi al final de la primera parte, el “hombre del subsuelo” afirma que mientras está escribiendo cae una nieve derretida, amarillenta y sucia, que le evoca un recuerdo que no puede olvidar (su relación con la prostituta Liza). Esta referencia a la nieve derretida no es casual, ya que el crítico P. V. Annenkov había observado en 1849 que los escritores de la escuela naturalista rusa solían mencionarla en sus obras como un rasgo característico del deprimente panorama de San Petersburgo. Dostoievski utiliza el mencionado subtítulo para evocar una imagen del Petersburgo de aquella época.

Finalmente, Dostoievski usó como epígrafe de la segunda parte un poema de Nekrásov, publicado en 1846, que exalta la redención de una prostituta a través del amor libre de prejuicios de un miembro de la *intelligentsia*. El poema es un perfecto ejemplo de la actitud arrogante y vanidosa de la intelectualidad aristocrática que dominaba la escena cultural en el decenio de 1840, pues describe los tormentos de conciencia de una mujer salvada del pecado por la acción “desinteresada” y ejemplar de su culto benefactor. En vez de copiar el poema completo, Dostoievski interrumpe la cita con un “etcétera”, que cumple la función de indicar que las fantasías filantrópicas de Nekrásov son mera retórica.

---

<sup>156</sup> Cuyos integrantes decían amar profundamente a la Humanidad, pero eran incapaces de convertir su amor abstracto en acciones encaminadas a mejorar la vida de los seres humanos de carne y hueso.

<sup>157</sup> El cálculo correspondiente es:  $40 - 24 = 16$  y  $1864 - 16 = 1848$ .

<sup>158</sup> Seguramente esta coincidencia de fechas no es casual. Sin embargo, es conveniente alejarse del reduccionismo que implica considerar al personaje del subsuelo como un fiel retrato de su creador.

El tema de la redención de la prostituta, que fue abordado en los cuarenta por románticos franceses como Eugène Sue, George Sand y Victor Hugo, ya era un lugar común en la literatura rusa de los sesenta. No obstante, aparece como una de las historias secundarias de *¿Qué hacer?* pues Kirsánov rescata a una mujer de la prostitución y la integra al primer taller de costura de Vera Pávlovna.<sup>159</sup> Como se verá más adelante, la historia de la prostituta Liza, que aparece en la segunda parte de *Memorias del subsuelo*, invierte por completo el cliché romántico y demuele el punto de vista de la literatura de los cuarenta y también el que adopta Chernishevski en 1863.

A simple vista, el contenido de la segunda parte de las *Memorias* sólo parece una ejemplificación práctica de la singular “psicología” del personaje del subsuelo, que se aborda en la primera sección. Sin embargo, dicha perspectiva no toma en cuenta el “salto hacia atrás” que realiza Dostoievski en el tiempo de la novela. Como las anécdotas de la segunda parte anteceden cronológicamente a los argumentos de la primera, resulta razonable afirmar que el comportamiento del personaje ya era anormal y extravagante durante la década de 1840 y que las ideas de los sesenta no hicieron más que agravar su tendencia a encerrarse en su autoconciencia y actuar de manera egoísta.

### **La brecha entre vida y pensamiento**

El principal problema del personaje del subsuelo es que su exceso de racionalidad lo conduce a un terrible encierro en su interioridad, que lo incapacita para atender las cuestiones prácticas más sencillas. Con ello, Dostoievski enfatiza la disociación que puede llegar a producirse entre las esferas de la reflexión y la vida, e incluso insinúa que la pretensión “científica” de construir conocimientos absolutos y leyes universales sobre la naturaleza humana, la moral y la sociedad es un afán tan equivoco como inútil.

En *Memorias del subsuelo*, resulta evidente que el personaje de Dostoievski no puede conciliar la brecha que hay entre su vida y su pensamiento, aunque parece que él mismo piensa que tal situación no es solamente su culpa. El “hombre del subsuelo” considera que su principal problema es tener una conciencia demasiado lúcida (que le impide caer en el autoengaño y lo lleva a percatarse de cuestiones que la mayoría ignora),

---

<sup>159</sup> Todo esto ocurre antes de que Kirsánov se case con Vera Pávlovna.

pero también sabe que su problema es un signo de su tiempo. Él se concibe como un hijo de su época, es decir, como un resultado inevitable de la sociedad rusa de la segunda mitad del siglo XIX. En la cita siguiente, el personaje considera que sus problemas no sólo provienen de su lucidez individual, sino también de las ideas y las exigencias intelectuales de su época y su lugar de origen:

Os juro, señores, que una conciencia demasiado lúcida es una enfermedad, una verdadera enfermedad. En todo tiempo le bastaría sobradamente a cada individuo con la simple conciencia humana, es decir, con la mitad, si no la cuarta parte, de la que suele poseer el hombre inteligente de nuestro infortunado siglo, y, sobre todo, aquel que tiene la rematada desgracia de vivir en Petersburgo, la ciudad más abstraída, más cavilosa del mundo entero.<sup>160</sup>

Dostoievski pensaba que la *intelligentsia* del decenio de los cuarenta trataba de vivir conforme a los libros, porque pretendía aplicar el grandilocuente contenido humanitario de sus lecturas a cualquier situación concreta. En la segunda parte de *Memorias del subsuelo* esta situación adquiere dimensiones particularmente ridículas, pues su protagonista imagina situaciones en las que reta a duelo a quienes considera que lo han ofendido, inspirado en la trama de obras de Pushkin y Lérmontov, y actúa de una manera que él mismo considera “libresca” al relacionarse con Liza.

En lo que respecta a los intelectuales *raznochintsi* de la década de los sesenta, que trataban de propiciar una revolución mediante la agitación política, Dostoievski consideraba que sus ideas y lecturas los habían alejado de una evaluación realista de la sociedad rusa. Querían iniciar un levantamiento masivo sin contar con el apoyo del pueblo, que los miraba con desconfianza, y esperaban que la gente común compartiera sus radicales anhelos. En realidad, su materialismo mecanicista estaba tan alejado de la vida concreta de las masas como lo estaba el socialismo utópico de los cuarenta. Las dos generaciones de intelectuales vivían encerradas en el mundo de sus propias reflexiones y libros, desconociendo su verdadero contexto sociopolítico y dando por hecho que podrían trasladar sus ideas a la práctica con relativa facilidad.

En el penúltimo párrafo de *Memorias del subsuelo*, su protagonista asegura que:

Hemos llegado a considerar la *vida viva* como un trabajo, casi como un empleo, y todos somos en nuestro interior de parecer que es mejor vivir en los libros. [...] Dejados solos, sin libros, y al punto nos perderemos, nos embrollaremos, sin saber qué hacer ni qué pensar, sin saber lo que se debe amar ni lo que se debe aborrecer [...] Hasta los propios semejantes nos resultarían insufribles; nos avergonzaríamos del hombre verdadero, del que tiene carne y sangre;

---

<sup>160</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 99.

habríamos de considerar a ese prójimo como un deshonor. Nos empeñamos en ser un tipo de hombre corriente que nunca ha existido.<sup>161</sup>

Al respecto, puede afirmarse que tanto los intelectuales de los cuarenta como los de los sesenta se esforzaban por encarnar un tipo de hombre ideal, superior a los seres humanos de “carne y sangre”. Esta pretensión es muy clara en *¿Qué hacer?* pues Chernishevski exhorta a sus lectores a comportarse de acuerdo con las elevadas exigencias morales e intelectuales de sus personajes y les recrimina que todavía no hayan alcanzado el mismo nivel de compromiso con la causa revolucionaria que sus héroes imaginarios.<sup>162</sup>

Así, en el decenio de 1840 el “hombre del subsuelo” se esforzaba por ser un benefactor de la humanidad, guiado por la búsqueda de “lo bello y lo sublime”. Durante la década de 1860 hace todo lo posible por ser como los héroes de *¿Qué hacer?* y actuar según la “racionalidad”. En ambos casos fracasa, por tratar de ser un tipo de hombre que sólo existe en los libros, es decir, un “tipo de hombre corriente que nunca ha existido”.

### **El personaje “conciente por excelencia”**

En la obra *Problemas de la poética de Dostoievski*, Mijaíl Bajtín realiza importantes interpretaciones sobre el estilo literario de *Memorias del subsuelo*. En su opinión, Dostoievski intenta de representar en esta obra una subjetividad prácticamente pura, sin que el lector tenga ningún asidero objetivo para juzgarla desde su exterior. La manera en que está escrita la novela implica entrar de lleno en la autoconciencia de su protagonista y quedar atrapado en el interior de sus límites cerrados.

Bajtín afirma que Dostoievski siempre representa las características y cualidades de sus héroes en el ámbito de su autoconciencia. En general, dichas autoconciencias se contraponen y enfrentan en cada obra, coexistiendo siempre, sin que ninguna de ellas llegue a refutar o desmentir a las otras. Los personajes defienden su singularidad hasta sus últimas consecuencias, porque saben o intuyen que en esa lucha ponen en juego su dignidad y su derecho al libre albedrío. Sin embargo, el “hombre del subsuelo” constituye una excepción

---

<sup>161</sup> *Ibidem*, pp. 164-165.

<sup>162</sup> Al respecto, véase el apartado “La representación de la juventud *raznochinet*s en *¿Qué hacer?*”, en el capítulo 2.1 del presente trabajo.

en la trayectoria artística de su creador, por ser el único de sus héroes que no se relaciona cara a cara con ningún otro.

Las opiniones que el personaje del subsuelo vierte sobre sí mismo son las únicas que el lector de sus *Memorias* puede llegar a conocer, porque toda la obra está narrada desde su interioridad. Y si bien en la segunda parte de la novela aparecen otros personajes, otras autoconciencias con las que el “hombre del subsuelo” se relaciona y enfrenta, su aparición únicamente se produce en el contexto de los recuerdos narrados por él mismo. Debido a esto, sólo podemos imaginar a esos otros personajes a través del filtro de la autoconciencia del personaje, que nos narra toda la historia.

De acuerdo con Bajtín:

Dostoievski buscaba un héroe que pudiese ser consciente por excelencia, uno cuya vida toda estuviese concentrada en la pura función de concientizarse a sí mismo y al mundo. De aquí que en su obra aparezcan el “soñador” y el “hombre del subsuelo”. Su pertenencia al mundo del “sueño” o del “subsuelo” son rasgos caracteriológicos de personas, pero responden a... [su] dominante artística.<sup>163</sup>

Dostoievski ya había utilizado el personaje del “soñador” en obras anteriores a *Memorias del subsuelo* —el más famoso de los cuales es Goliadkin, de *El doble*—, para representar a un hombre aislado de su entorno y extraviado en los laberintos de su autoconciencia, pero incluso ese tipo de héroe tenía una interacción real con otras personas. La representación de una autoconciencia encerrada en sí misma es mucho más radical en el “hombre del subsuelo”, ya que no es posible determinar hasta qué punto su discurso tiene un sustento real y hasta dónde se trata de una visión fantasiosa y deformada de su propia persona. La única alternativa es aceptar lo que el personaje nos dice, aunque no sepamos en qué medida su vanidad, su tendencia a exagerar y su odio a sí mismo hayan podido afectar la imagen que nos ofrece.

El “hombre del subsuelo” es un personaje “conciente por excelencia” porque dedica toda su vida a analizar su propia individualidad y lo que el mundo significa para él, llevando hasta sus últimas consecuencias la posibilidad de racionalizar todo. La forma en que Dostoievski estructura la presencia del personaje en la novela (escribiendo en soledad sus memorias confesionales) conforma una unidad temática con el contenido de su discurso. Es alguien que no tiene definiciones seguras sobre sí mismo y no parece un hombre de la vida real, sino de la conciencia y el sueño.

---

<sup>163</sup> Mijaíl Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, pp. 75-76.



Bajtín asegura que en *Memorias del subsuelo* la mirada de Dostoievski se dirige precisamente hacia el círculo vicioso en que se encuentra atrapada la autoconciencia de su protagonista, que no puede construir un concepto de sí que lo deje satisfecho. En su diálogo interior, en el que se entretajan y combinan su punto de vista y las opiniones ajenas, una réplica siempre conduce a otra réplica subsecuente, hasta el infinito.

El personaje del subsuelo demuestra, mientras expone sus argumentos y habla de sus anécdotas, que pasa mucho tiempo analizando lo que piensan y suelen pensar de él los demás. Entabla polémicas interminables con la palabra de los otros, pero también consigo mismo. Trata de anticiparse a cualquier posible respuesta a sus ideas, a cada punto de vista sobre su persona. En todos los momentos importantes de la historia intenta adivinar las definiciones y valoraciones que de él pueden hacer los demás y busca contrarrestarlas por adelantado.<sup>164</sup> Como en todos los casos supone que sus palabras y actos suscitarán agresión y desprecio en su contra, siempre está preparado para responder agresivamente a las descalificaciones y ofensas que espera.

En mi opinión, las siguientes palabras del “hombre del subsuelo” no deben entenderse solamente como una aguda observación psicológica, sino también como un diagnóstico de la intelectualidad rusa que el personaje representa: “Ahora comprendo perfectamente que, a causa de mi vanidad sin límites, que me volvía muy exigente para conmigo mismo, me miraba a menudo con furioso descontento, hasta con asco, y con el pensamiento atribuía a los demás ese modo de verme”.<sup>165</sup>

### **Acerca del “subsuelo”**

El mismo título de *Memorias del subsuelo* amerita una explicación, ya que algunas interpretaciones del “subsuelo” al que se refiere Dostoievski pretenden identificarlo con el inconciente o con algunas partes inconcientes y reprimidas del ser humano. Según este enfoque, el “hombre del subsuelo” reivindica la importancia y la trascendencia del inconciente o incluso promueve la liberación de los aspectos irracionales e inconcientes de la naturaleza humana (de la represión ejercida por la conciencia, la racionalidad y las

---

<sup>164</sup> Esto es particularmente claro en el caso de los interlocutores imaginarios de la primera parte, pero también ocurre con los personajes que aparecen en las remembranzas de la segunda sección.

<sup>165</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 118.

convenciones sociales). De acuerdo con lo anterior, el mayor mérito de Dostoievski consistiría en haber mostrado artísticamente la existencia de los apetitos e impulsos ocultos que subyacen en las profundidades de la psique y de la cultura. Un ejemplo de esta perspectiva es la siguiente opinión del traductor Rafael Cansinos, que aparece en el prólogo de la edición de *Memorias del subsuelo* de editorial Aguilar:

El subsuelo a que aquí alude Dostoyevski debe entenderse en sentido simbólico, como el subsuelo del alma, de la personalidad consciente, la región profunda y tenebrosa donde viven su vida oscura los instintos aherrojados y se elaboran las tragedias del tártaro de los antiguos mitos. [...] Ese infierno, en suma, al que en nuestros días ha bajado Freud, llevando en sus manos las potentes antorchas del psicoanálisis, y del que, antes que él, Dostoyevski fue un explorador intrépido y asiduo.<sup>166</sup>

En realidad, la reivindicación de lo irracional contenida en *Memorias del subsuelo* dista mucho de ser el enfrentamiento directo con la racionalidad que supone la mencionada línea de interpretación. No hay que olvidar que la defensa realizada por Dostoievski de ciertos aspectos no racionales del ser humano (como la instintiva defensa de la libertad individual y la independencia, así como los sentimientos que reivindican la fraternidad) se lleva a cabo en el contexto de la oposición al materialismo mecanicista, que negaba la existencia de la libertad humana y aseguraba que el mundo está determinado por leyes naturales.

Tampoco se puede sostener que el “hombre del subsuelo” viva en su propio inconciente o en un ámbito metafísico de lo “irracional e inconciente”, ni que el hecho de estar sumergido todo el tiempo en su interior implique una identificación entre la interioridad mental y la subconciencia. Es un hecho que las interpretaciones basadas en las acepciones freudianas de lo “conciente” y lo “inconciente” tienden a atribuir al término “subsuelo” intenciones y significados que le son ajenos.

Dostoievski parecía tener otra cosa en mente cuando elaboró la metáfora del “subsuelo”. El título de la obra en su lengua original es *Zapinski iz padpolia*, donde “padpolia” significa literalmente “subsuelo” o “subterráneo”.<sup>167</sup> En el siglo XIX, las viviendas de los países de Europa del Este solían tener un sótano (llamado “subsuelo” o “subterráneo”), donde se almacenaban provisiones en los gélidos días invernales. Los *padpolia* existían especialmente en las casas campesinas, debido a la necesidad de conservar a salvo de las bajas temperaturas y la humedad insumos como el trigo, las papas,

<sup>166</sup> Rafael Cansinos Asséns, “Prólogo a *Memorias del subsuelo*”, en *Ibidem*, p. 96.

<sup>167</sup> Por su parte, “zapinski” se traduce como “memorias”, “notas” o “apuntes”.

el té, la harina, el azúcar. Lo usual era que el acceso a su interior se realizara a través de una puerta o escotilla, que se encontraba en alguna parte del piso de la vivienda. Es evidente que los *padpolia* eran sitios ocultos, solitarios y oscuros, lo mismo que el “lugar” que ocupa simbólicamente el “hombre del subsuelo”.<sup>168</sup>

En mi opinión, el mismo protagonista de la novela confirma que Dostoievski se refería a este tipo de subsuelo o subterráneo cuando, en los últimos párrafos de la primera parte, menciona lo siguiente: “Naturalmente que ahora soy yo quien inventa vuestras palabras. También esto procede de mi escondrijo. Cuarenta años he estado oyendo vuestras palabras a través de la rendija del entarimado”.<sup>169</sup> El “entarimado” al que Dostoievski se refiere corresponde al piso de madera de una casa, que conforma el techo del *padpolia* de la misma. El “hombre del subsuelo” observa lo que ocurre por encima de su “escondrijo” a través de una rendija, sin ser percibido por las personas que viven arriba.

En consecuencia, cuando Dostoievski habla de un hombre que habita en el “subsuelo” se refiere a alguien cuya vida transcurre de manera oculta (“subterránea”) para las miradas ajenas. El protagonista de *Memorias del subsuelo* vive encerrado en su autoconciencia, incubando de manera incesante toda clase de ideas, analizándose a sí mismo y a los demás, sin que nadie llegue a sospechar siquiera la enorme variedad de pensamientos y emociones que surgen, se contradicen y estallan en su interior. Su vida transcurre en el ámbito del pensamiento, al margen de la existencia de los hombres que habitan en la “superficie”, es decir, de los hombres orientados hacia la acción.

Si se toma en cuenta que Dostoievski no tiene la intención manifiesta de dividir la autoconciencia recogida en sí misma del “hombre del subsuelo” en una parte “conciente” y otra “inconciente”, se puede concluir que el pensamiento del personaje es “subterráneo” sólo en el sentido de que es algo desconocido y oculto para los otros, y no en el sentido de ser sub-conciente. Así, el sentido de la metáfora del “subsuelo” tiene que ver con el encierro en la autoconciencia y el aislamiento respecto de los demás.

En realidad, el “hombre del subsuelo” se esfuerza en todo momento por reprimir sus impulsos y pasiones, tratando de ser completamente racional. Al contrario de lo que

---

<sup>168</sup> Esta perspectiva sobre el “subsuelo” fue expuesta en el curso “Dostoievski: tradición crítica y lecturas de hoy”, impartido por Tatiana Bubnova en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, entre el 9 de octubre y el 11 de diciembre de 2002.

<sup>169</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 116.

afirman quienes piensan que el personaje defiende el ámbito de lo “inconciente”, resulta claro que hace todo lo posible por librarse de los aspectos irracionales e inconcientes de su personalidad (lo cual, por supuesto, no consigue jamás).

## Capítulo 2.3

### Los capítulos I al VI de la primera parte de *Memorias del subsuelo*.

#### Acerca del contenido de los primeros seis capítulos de la obra

Cuando irrumpe violentamente en escena (al principio de la novela), el protagonista de *Memorias del subsuelo* se presenta y comienza a hablar de sí mismo, planteando cuestiones impactantes y difíciles de comprender, como lo haría alguien que está a la defensiva e intenta provocar una respuesta indignada entre sus escuchas. En los primeros seis capítulos, su discurso se desenvuelve en torno a tres problemas centrales, que continúan presentes a lo largo de toda la obra y abren interrogantes que no se llegan a resolver de forma concluyente y explícita. Dichos problemas, que atañen a las características personales del “hombre del subsuelo”, son los siguientes: 1) su enfermedad del hígado; 2) su “conciencia hipertrofiada” y la inacción a la que inevitablemente lo conduce, y 3) la voluptuosidad que experimenta frente a su propia degradación. El tema general que el personaje aborda cuando habla de esas cuestiones es su postura personal acerca del determinismo de las “leyes de la Naturaleza”.

Dostoievski esperaba que sus contemporáneos fueran capaces de entender el extraño comportamiento de su personaje como una parodia de las ideas del “egoísmo racional” de la década de los sesenta y del romanticismo francés del decenio de los cuarenta. Sin embargo, prácticamente nadie entendió lo que *Memorias del subsuelo* había tratado de expresar y su héroe fue considerado un hombre amargado y repulsivo. En sus obras posteriores, Dostoievski jamás volvió a plantear un desafío tan difícil para la agudeza literaria e ideológica de sus lectores.

#### El “hombre del subsuelo” y los “biliosos”

El “hombre del subsuelo” inicia su discurso afirmando que es un hombre enfermo y malo, que no tiene nada de simpático. Padece del hígado, pero se niega a consultar un médico. Sabe muy bien que al no cuidarse sólo se perjudica a sí mismo, pero asegura que lo hace

únicamente por maldad. No le interesa que su actitud resulte incomprensible para los demás, pues él mismo la entiende y con eso le basta.

El hecho de que el personaje del subsuelo esté enfermo del hígado es una clara alusión a los intelectuales *raznochintsi*. Como ya se ha mencionado, Grigórovich se burló de los ataques de bilis que padecía Chernishevski en el cuento *La escuela de la hospitalidad* (1855) y Herzen le endilgó a éste y sus seguidores el sobrenombre de los “biliosos”.<sup>170</sup> Al hacer referencia a la enfermedad del hígado en la primera sección de *Memorias del subsuelo*, Dostoievski ubica a su personaje como uno de los seguidores del “egoísmo racional” de principios de la década de 1860.

El “hombre del subsuelo” describe cómo trataba de ser malvado y grosero a toda costa mientras trabajaba en la burocracia y cómo disfrutaba maltratando a las personas que se acercaban a su escritorio a solicitarle algún dato. Semejante actitud recuerda las palabras (ya antes citadas) con las que Tolstoi describía la actitud del grupo editorial de la revista *El Contemporáneo*, a mediados de los cincuenta: “Entre nosotros, no sólo entre la crítica, sino en la literatura e incluso simplemente en la sociedad, se ha ido enraizando la opinión de que ser irritables, biliosos y malos es algo encantador. A mi me parece en cambio que es algo pésimo...”<sup>171</sup>

El protagonista de *Memorias del subsuelo* realiza considerables esfuerzos para ser malo y egoísta, pero debe admitir que sus sentimientos no se inclinan naturalmente hacia la maldad, sino hacia la fraternidad solidaria. Descubrir que su parte emotiva contradice los valores de la intelectualidad *raznochinets* (según los cuales ser un “bilioso” es deseable y encantador) lo enfurece. Al respecto, menciona que:

Sin embargo, ¿sabe usted, señor mío, en qué consistía principalmente mi maldad? Pues en la circunstancia especialmente abominable de que a cada momento y después de cada intemperancia tenía que confesarme a mi propio, avergonzado, que no sólo no era tan malo como me creía, sino que ni siquiera sentía cólera, que me las echaba de espantajo sólo por vía de distracción. Cuando parecía más furioso, la más leve atención, una taza de té, hubiera sido bastante a apaciguarme. Este pensamiento me enternecía, aunque luego, y por espacio de meses, me rechinasen por ello los dientes y perdiera el sueño de puro enojado conmigo mismo. Así era yo.<sup>172</sup>

<sup>170</sup> En Alexander Herzen, *Los superfluos y los biliosos* (1860). Al respecto, véase el apartado “La labor de Chernishevski en *El Contemporáneo*”, en el capítulo 1.3 del presente trabajo.

<sup>171</sup> Citado en F. Venturi, *El populismo ruso*, p. 307.

<sup>172</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, pp. 97-98.

Dostoievski establece con toda claridad que el “hombre del subsuelo” desprecia los sentimientos fraternales que “encuentra” espontáneamente en su interior y ha heredado del pueblo ruso. Después de leer la novela *Padres e hijos* (1862), de Turguénev, Dostoievski había notado que el héroe principal de la obra (Bazárov) sufría un trágico conflicto entre sus sentimientos fraternales más profundos y sus ideas radicales sobre la vida y la sociedad; es decir, entre su “gran corazón” ruso y las ideas y principios egoístas importados de Occidente. Dostoievski quiso representar el mismo conflicto en el “hombre del subsuelo”, pero de manera tragicómica.

El personaje del subsuelo podría relacionarse mejor con sus semejantes si tan sólo permitiera que sus tendencias amigables se manifestaran, si permitiera salir lo que hay en su corazón. No obstante, se dedica a reprimir sus inclinaciones más sinceras, porque sus sentimientos solidarios le avergüenzan. Según sus palabras:

En realidad, nunca hubiera podido ser malo. Descubría constantemente en mí un sinnúmero de encontrados elementos. Los sentía hervir en mí, consciente de que siempre habían bullido en mi interior y podían desahogarse. Más yo lo consentía: no los dejaba obrar, no quería que saliesen al exterior. ¡Me torturaban hasta la vergüenza: me hubiesen hecho padecer alferecías y ya tenía bastante!<sup>173</sup>

En concordancia con lo anterior, se puede afirmar que Dostoievski delinea el rasgo más importante del héroe de *Memorias del subsuelo* en los primeros párrafos de la novela. Con el “hombre del subsuelo”, Dostoievski pretendía dramatizar los efectos perniciosos que para la intelectualidad rusa tenía la adopción acrítica de las ideas y los valores occidentales. En su opinión, la preponderancia del egoísmo había destruido los principios de la convivencia comunitaria en Europa y conducía, inevitablemente, a la disolución del igualitarismo cristiano.

En su obra *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano* (1863), Dostoievski había afirmado que Europa se encontraba en una fase de decadencia moral, pues la desigualdad económica y la “esclavitud” de los trabajadores habían convertido los respetados principios de libertad e igualdad ante la ley en una farsa,<sup>174</sup> en tanto que la

---

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>174</sup> En el capítulo VI de la mencionada obra, titulado “Ensayo sobre el burgués”, Dostoievski afirma que: “El hombre que no tiene un millón no es aquel que hace lo que le plazca, sino aquel con el que se hace todo lo que se quiere”. Considera también que la supuesta igualdad ante la ley es sólo una mentira. F. Dostoyevski, *Notas de invierno...* p. 35.

fraternidad ya ni siquiera existía. Por ello, consideraba a las tendencias fraternales del pueblo ruso como un tesoro invaluable.

Dostoievski estaba convencido de que los instintos comunitarios del pueblo ruso eran mucho más valiosos e importantes que las teorías y corrientes de pensamiento occidentales. No podía menos que lamentar que los intelectuales de su país imitaran acríticamente las ideas que habían surgido en Europa y que los radicales —encabezados por Chernishevski— pretendieran reemplazar los valores cristianos tradicionales con la endeble doctrina del “egoísmo racional”.

Así como el “hombre del subsuelo” es incapaz de aceptar las inclinaciones fraternales de su corazón, valorarlas en su justa dimensión y vivir de acuerdo con ellas, los intelectuales rusos no podían dejar de trasplantar ideas y puntos de vista europeos, ni intentaban construir teorías propias, con base en sus características y necesidades particulares. Tanto el uno como los otros menospreciaban aquello que realmente eran, por juzgarse a sí mismos desde los parámetros de la cultura occidental.

### **La “conciencia hipertrofiada” y la inacción**

El “hombre del subsuelo” afirma que posee una “conciencia hipertrofiada”, que lo conduce inexorablemente a la anormalidad y la inacción. Si bien Dostoievski no define de manera explícita en qué consiste esa “conciencia hipertrofiada”, proporciona a sus lectores ciertas claves acerca de su funcionamiento.

El personaje del subsuelo se confiesa derrotado, luego de haber cumplido cuarenta años de edad. A pesar de todos sus esfuerzos, no ha logrado volverse malo (es decir, utilitario y egoísta) ni ha podido ser bueno (fraterno y solidario). No ha conseguido encarnar el tipo de hombre propuesto por el “egoísmo racional” ni tampoco el hombre cristiano. Parecería estar atrapado en un periodo de transición entre un tipo de ser humano y otro, entre la “vieja” moral cristiana y la “nueva” moral de la intelectualidad *raznochinets*. Sobre esto, afirma que:

No sólo no acerté a volverme malo, sino que tampoco logré llegar a ser nada: ni malo ni bueno, ni infame ni honrado, ni héroe ni pigmeo. Ahora termino mis días en mi rincón, con ese maligno y vano consuelo de que un hombre inteligente no puede lograr abrirse camino y que sólo los necios lo consiguen. Sí, caballeros; el hombre del siglo XIX está moralmente obligado



a ser una nulidad; porque el hombre de carácter, el hombre de acción, es, por lo general, de cortos alcances. Tal es el resultado de una experiencia de cuarenta años.<sup>175</sup>

El “hombre del subsuelo” considera que su inteligencia es un obstáculo para abrirse camino en su época y que los únicos que consiguen hacerlo son los “hombres de acción”, que generalmente son de cortos alcances.

Si bien el concepto de “hombre de acción” que aparece en la novela puede interpretarse de diversas maneras, todo indica que los llamados “hombres de acción” son una referencia directa a los héroes de *¿Qué hacer?* (Lopujov, Kirsánov y Vera Pávlovna), que representan a los intelectuales *raznochintsi*.<sup>176</sup> Según Chernishevski, estos “hombres nuevos” tenían la misión histórica de transformar la retrógrada sociedad rusa y que podrían hacerlo gracias a que habían superado los “prejuicios irracionales” de la generación anterior; eran firmes, racionales y estaban *decididamente orientados hacia la acción*.

Después, el personaje del subsuelo menciona también la existencia de “hombres que se salen de lo vulgar” (o que “se salen de lo corriente”), que no son más que “hombres de acción” sobresalientes. En mi opinión, tal clasificación alude a los “hombres extraordinarios” que Chernishevski describe en *¿Qué hacer?* a través del personaje Rajmétov, quien sacrifica por completo su vida personal en beneficio de la causa revolucionaria.

En opinión del protagonista de *Memorias del subsuelo*, los “hombres de acción” y los “hombres que se salen de lo vulgar” no son tan inteligentes y racionales como Chernishevski los considera. Desde su perspectiva, la capacidad de unos y otros para actuar de manera rápida y decidida, en un mundo determinista, sólo puede provenir de la estupidez. Al respecto, asegura lo siguiente:

He dicho, y repito, que las personas que se salen de lo vulgar y todos los hombres de acción son precisamente tales porque son estúpidos y de cortas luces. ¿Qué cómo explico eso? Pues así: en virtud de su medianía, toman las causas segundas, las más inmediatas, por causas primeras, y al punto, y sin dificultad alguna, se convencen de haber encontrado un fundamento inmutable para su actividad, se tranquilizan, y eso es lo más importante. Porque para poder obrar es menester estar tranquilo, no tener la menor duda. Pero ¿cómo podría yo llegar a tranquilizarme? ¿Dónde encontraría principios fundamentales, bases en que asentarme? ¿Adónde iría a buscarlas? Me paro a reflexionar: tal causa, que me parece primera, me conduce a otra también anterior, y así sucesivamente, hasta lo infinito.<sup>177</sup>

<sup>175</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 98.

<sup>176</sup> Esta interpretación concuerda plenamente con el hecho de que en *Memorias del subsuelo* se parodian varios episodios e ideas de *¿Qué hacer?*

<sup>177</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 104.

Para el “hombre del subsuelo”, cualquier hombre inteligente que trate de actuar racionalmente, en el contexto del cientificismo determinista, tendría que caer en un océano de vacilaciones y dudas. Si los “hombres de acción” pueden pasar a la acción sin albergar ningún cuestionamiento y, además, ser felices, se debe a que poseen una inteligencia mediocre y no basan sus actos en “causas primeras”. El análisis que se requiere para procurar establecer causas fundamentales implica llevar a cabo todo un proceso de investigación, que debe atravesar una larga serie de cuestionamientos y dudas. En consecuencia, encontrar “causas primeras” para fundamentar las acciones y actuar rápido resulta incompatible.

La experiencia del personaje del subsuelo le enseña que establecer causas fundamentales, sin los parámetros morales del cristianismo, resulta ser una empresa tan ardua como irrealizable. Su “conciencia hipertrofiada” no logra encontrar razones válidas para poder actuar, en un contexto en que todos los puntos de referencia de la moral tradicional han pasado a ser considerados “prejuicios irracionales”.

Sin la función orientadora de las acciones humanas realizada por los principios morales cristianos (o cualesquiera otros), la racionalidad sería incapaz de establecer por sí misma fundamentos objetivos e incuestionables para justificar cada acción. El imperativo de actuar en concordancia con el egoísmo y los intereses mayoritarios, postulado por el “egoísmo racional”, resultaba demasiado impreciso y general como para dar sentido a todos los actos. Es un hecho que reemplazar la moral cristiana con una moral alternativa y edificar un mundo nuevo no era una tarea tan simple como Chernishevski se imaginaba.

El “hombre del subsuelo” siempre termina cayendo en la inacción, porque la racionalidad le resulta insuficiente para justificar sus actos. Nunca puede pasar a la actividad con rapidez, como generalmente lo exigen las circunstancias, porque sus reflexiones lo conducen a elaborar interminables cadenas de cuestionamientos e ideas. Su lucidez lo lleva a proseguir sus indagaciones hasta las últimas consecuencias, en un esfuerzo desesperado por alcanzar conclusiones definitivas. El resultado es que su empeño por actuar de manera racional no le permite vivir y lo sumerge en un lodazal de vacilaciones y dudas, causándole la sensación de estar suspendido en un vacío, sin razones ni valores firmes sobre los cuales poder asentarse.

Es necesario tomar en cuenta que la “racionalidad” de la Chernishevski está hablando corresponde a una razón utilitaria, guiada por el objetivo final de procurar el “interés de las mayorías”. En opinión de Chernishevski, cuando los individuos descubrieran que la búsqueda del bienestar mayoritario es el mejor camino para satisfacer sus intereses egoístas, comenzarían a recorrerlo, por simple conveniencia.

A Dostoievski le parecía loable la preocupación de los jóvenes *raznochintsi* por las condiciones de vida del pueblo y concordaba con ellos en la necesidad de edificar una sociedad igualitaria, pero estaba plenamente convencido de que la destrucción de los valores cristianos y la exaltación del egoísmo constituían un grave error. En su opinión, tratar de construir un sistema moral a partir del egoísmo implicaba arriesgarse a desencadenar fuerzas destructivas de la personalidad humana, que la razón utilitaria difícilmente podría controlar.

En síntesis, Dostoievski no veía con malos ojos el ideal (en sí mismo) de actuar en beneficio de las mayorías, pero estaba en completo desacuerdo con los medios que el “egoísmo racional” proponía para ponerlo en práctica. Tal vez por ello en *Memorias del subsuelo* ni siquiera se mencione que los “hombres de acción” persigan el interés mayoritario. Dostoievski sabía muy bien que cuando se actúa con egoísmo y se menosprecia la fraternidad cristiana, la búsqueda del “interés de las mayorías” puede convertirse en un buen pretexto para justificar las acciones más viles.<sup>178</sup>

Uno de los principales objetivos del “egoísmo racional” era la eliminación de las trabas y consideraciones morales cristianas (que impedían “pasar rápidamente a la acción”), porque los intelectuales *raznochintsi* tenían la necesidad de justificar las acciones destructivas inherentes al activismo revolucionario, a partir de la convicción utilitarista de que cualquier acción es permisible si se realiza en concordancia con el “interés mayoritario”. En *¿Qué hacer?* Chernishevski se esfuerza por hablar de los aspectos humanitarios y constructivos de los revolucionarios, pero es inocultable que sus “hombres nuevos” tendrían que derramar sangre para derrocar al zarismo y que los miramientos morales cristianos constituían un obstáculo para poder hacerlo.

---

<sup>178</sup> Las atrocidades del periodo stalinista son un ejemplo contundente de la manera en que la supuesta búsqueda del “interés de las mayorías” se puede utilizar políticamente para justificar los peores abusos.

En lo que respecta al “hombre del subsuelo”, analiza por qué es incapaz de actuar agresivamente y permanecer con la conciencia tranquila, es decir, por qué no puede engañarse a sí mismo cuando hace daño a alguien. A él no lo tranquiliza el pretexto de que sus actos están determinados por las “leyes de la Naturaleza” y tampoco puede suprimir la culpa que experimenta después de atacar a otros.

El personaje del subsuelo trata de explicar cómo funciona su “conciencia hipertrofiada”, comparando su forma de proceder cuando está ofendido y experimenta deseos de venganza, con lo que haría un típico “hombre de acción” en similares circunstancias. Su explicación parte del caso hipotético de un individuo que ha recibido una bofetada y se encuentra anonadado ante la idea de esa “humillación absoluta”.<sup>179</sup> En esa situación, el “hombre del subsuelo” simplemente no podría hacer nada, mientras que el “hombre de acción” se arrojaría con seguridad y avidez hacia la venganza. Antes de pasar a una explicación más detallada sobre los motivos de su inacción, el personaje afirma lo siguiente:

[...] si realmente poseyera alguna generosidad, la idea de que [ésta] era inútil me haría sufrir más todavía. A buen seguro que no sabría qué hacer con ella, ni perdonar, puesto que el ofensor me habría pegado probablemente obedeciendo leyes naturales, para las que no existe perdón; ni olvidar, porque, aunque víctima de las leyes de la Naturaleza, no por ello habría de considerarme menos ofendido. Por último, si hubiese querido proceder a contrapelo de la generosidad y vengarme de mi agresor, habríame sido completamente imposible, porque es indudable que, aunque lo hubiese deseado, no habría sabido que resolución tomar. ¿Qué por qué no hubiera podido decidirme? Voy a decirlo en dos palabras. Pero esto requiere capítulo aparte.<sup>180</sup>

El “hombre del subsuelo” asegura que cuando los “hombres de acción” tienen que defenderse son poseídos por el deseo de venganza, que anula todos sus demás sentimientos. En ese momento, arremeten hacia el frente como un toro furioso y, sin pararse a reflexionar, consideran estúpidamente que su venganza es un acto de justicia. Al pensar así, pueden actuar con toda calma y satisfacción, convencidos de que la razón fundamental de su venganza es la justicia y creyendo que están consumando un acto honesto. Por el contrario, la “conciencia hipertrofiada” del personaje del subsuelo le impide conformarse con tal idea, pues no puede ver en la venganza ni justicia ni virtud y sabe que si llega a vengarse será por pura maldad.

<sup>179</sup> En *¿Qué hacer?* (p. 282) Kirsánov le dice a Lopujov, durante una acalorada discusión, que la idea de que una bofetada trae consigo la deshonra no es más que un prejuicio estúpido y nocivo.

<sup>180</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 100.

El protagonista de *Memorias del subsuelo* sabe que la maldad puede llegar a dominar todos sus demás sentimientos y acallar sus escrúpulos, para convertirse en el fundamento de su venganza. Sin embargo, su principal problema consiste en que generalmente carece de esa maldad.<sup>181</sup> La mayoría de las veces, esta situación lo paraliza. Sin embargo, cuando se deja arrastrar por la pasión y se arroja a buscar venganza, sin una justificación previa (diciéndose que poco importa lo que llegue a sentir, con tal de no permanecer inmóvil), el resultado es que dos días después termina despreciándose a sí mismo, por haber actuado mal con conocimiento de causa. En este último caso, se encierra nuevamente en su interior, para torturarse a sí mismo, y se hunde en la inacción.

El “hombre del subsuelo” no logra escapar de sus escrúpulos morales. La excusa del determinismo no le permite hacer el mal a otros, sin percatarse de ello. En este sentido, el personaje del subsuelo es el reverso de los “hombres nuevos” de Chernishevski, quienes (supuestamente) podrían realizar los actos violentos requeridos por una revolución social sin experimentar ese “anticuado prejuicio” llamado *culpa*. En mi opinión, uno de los principales objetivos no confesados de Chernishevski consistía en interpretar la violencia revolucionaria como un acto de justicia. La doctrina del “egoísmo racional” proporcionaba a los revolucionarios excusas suficientes para eludir la culpa, gracias a su determinismo (pues la violencia sería resultado de la acción de “leyes de la Naturaleza”) y su utilitarismo (los rebeldes actuarían “racionalmente” y de acuerdo con el “interés de las mayorías”).

Sobra decir que Dostoievski consideraba imposible extirpar el sentimiento de culpa a través de convicciones racionales. Expone muy claramente su punto de vista al respecto en la novela *Crimen y castigo*, donde Raskólnikov es incapaz de deshacerse de sus escrúpulos morales, a pesar de que tiene la convicción racional de que es un “hombre superior” y se otorga a sí mismo el derecho de asesinar, por creer que puede colocarse “por encima” de la moral de los hombres comunes.

A final de cuentas, la reflexión lleva al “hombre del subsuelo” a comprender que el determinismo de las “leyes de la Naturaleza” implica que quienes lo ofenden no tienen la culpa de nada. Supuestamente, los “hombres de acción” carecen de voluntad y responsabilidad moral, porque todo lo que hacen está gobernado por dichas leyes. Debido a esto, el personaje asegura que: “Aparte esto, con la reflexión desaparece el motivo,

---

<sup>181</sup> Pues sus sentimientos más profundos no se inclinan hacia la maldad, sino a la fraternidad solidaria.

confúndense las razones, no hay modo de dar con el culpable, la ofensa deja de serlo para convertirse en fatalidad, en algo así como un dolor de muelas, del que nadie tiene la culpa”.<sup>182</sup>

Por otro lado, cuando el “hombre del subsuelo” menciona su conciencia “demasiado lúcida” o “hipertrofiada” no se está refiriendo únicamente a su excepcional “grado de conciencia” sobre sí mismo, los otros y su contexto social. Al parecer, también califica su conciencia como “hipertrofiada” porque comprende y acepta que el mundo está determinado por “leyes de la Naturaleza”, con todo lo que ello implica.

Al comparar su “conciencia hipertrofiada” con la de los hombres que “se salen de lo corriente”, el personaje del subsuelo confiesa su envidia por las personas que no utilizan su razón con exceso y afirma, con cierta ironía, que la Naturaleza debe haberlo dispuesto de esa manera. Según sus palabras:

[...] a ese hombre que se sale de lo corriente es al que yo considero como el hombre auténtico, normal, según nuestra tierna madre Naturaleza indica, al traerlo, complacida, a este mundo. Envidia a ese hombre hasta el punto de segregar, por esa razón, oleadas de bilis. Es estúpido, os lo concedo; pero puede que sea menester que el hombre normal sea estúpido — ¿qué sabéis de eso vosotros?—, y que, así, esté dispuesto por mejor. Esta hipótesis resulta más confirmada si frente al hombre normal colocamos a su antítesis, el hombre de conciencia hipertrofiada, y que, seguramente, no procede del seno de la Naturaleza, sino de alguna retorta.<sup>183</sup>

Algo debe andar mal con las “leyes de la Naturaleza” si los hombres estúpidos son colmados de éxito social y los hombres más inteligentes son marginados y llevan una vida miserable. El “hombre del subsuelo” asegura que siempre se ha considerado más inteligente que los demás, pero que eso siempre lo ha hecho sentirse lleno de cortedad, ya que todo parece estar dispuesto y organizado para favorecer a los hombres que piensan poco y actúan con facilidad (a los que denomina con sarcasmo los “hombres de la Naturaleza y la verdad”).

La conciencia hipertrofiada y la timidez del “hombre del subsuelo” hacen que se vea a sí mismo como un ratón, y no como un hombre. Su incapacidad para defenderse convierte su vida en un verdadero un suplicio. El personaje describe la humillación que experimenta al no poder vengarse, de la siguiente manera:

Supongamos, por ejemplo, que [el ratón] está ofendido (casi siempre lo está) y deseoso de vengarse. [...] El anhelo bajuno y despreciable de pagar con mal de bullirá en él de un modo acaso más innoble que en el hombre de la Naturaleza y la verdad. [...] A más de su bajeza

<sup>182</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 105.

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 101.

primera, el desgraciado ratón ha tenido tiempo sobrado para rodearse de un cúmulo de otras bajezas en forma de interrogaciones y dudas. ¡Trae cualquier pregunta consigo tantas otras insolubles! Así que a su alrededor fórmase un infecto lodazal, una funesta charca, compuesta de sus dudas y sobresaltos, y también de los escupitajos sobre ella lanzados por los *hombres de acción y que se salen de lo corriente*, los cuales le circundan a manera de areópago solemne y zumbón, que a veces rompe a reír a mandíbula batiente.<sup>184</sup>

En tales circunstancias, al ratón de “conciencia hipertrofiada” sólo le queda ocultarse bochornosamente en su agujero. Allí se abandona a una rabia ponzoñosa y, sobretodo, eterna. Durante años recordará la ofensa recibida en sus más vergonzosos y nimios detalles, sin perdonar jamás y agregándole nuevas circunstancias infamantes de su propia cosecha. Si desea vengarse, tratará de hacerlo poco a poco, casi de incógnito, sin tener fe en la legitimidad de su venganza, convencido de que todas sus vacilaciones lo harán sufrir mil veces más que a su víctima, que tal vez ni siquiera se inmute.<sup>185</sup>

En resumen, tanto los “hombres de acción” como los “hombres que se salen de lo corriente” tienen poca lucidez e inteligencia; actúan de manera rápida y efectiva gracias a que no reflexionan profundamente y justifican sus actos mediante razones superficiales o simples pretextos. En ellos lo más importante no es la racionalidad y sus exigencias lógicas, sino los impulsos que motivan sus actos y la acción misma. Por el contrario, el “hombre de conciencia hipertrofiada” necesita razones válidas para poder actuar, pero no puede encontrarlas ejerciendo su racionalidad, porque el desprecio a la moral cristiana impulsado por el “egoísmo racional” lo ha dejado sin un sistema de valores que pueda servirle como marco de referencia.

### **La voluptuosidad frente a la propia degradación**

Probablemente la característica más escandalosa e impactante del “hombre del subsuelo” sea su tendencia a experimentar un placer voluptuoso mientras observa su propia degradación. A decir verdad, este placer morboso es el tema más oscuro de *Memorias del subsuelo* y constituye todo un enigma para sus lectores. Si bien el héroe de la novela intenta explicar en qué consiste su goce perverso (que él mismo considera repugnante), la falta de claridad en sus palabras ha propiciado que con frecuencia se piense que su único interés

---

<sup>184</sup> *Idem.*

<sup>185</sup> La descripción de cómo procede el “hombre del subsuelo” cuando está ofendido puede aplicarse punto por punto a las anécdotas de la segunda parte de la obra.

consiste en exhibir su propia vileza, para desafiar la racionalidad y las convenciones sociales. Sin embargo, algunos señalamientos de Dostoievski indican que sus intenciones artísticas no se limitaban a describir una personalidad patológica, pues el placer voluptuoso del personaje del subsuelo se relaciona directamente con su inconformidad frente al determinismo de las “leyes de la Naturaleza”. De hecho, es la desesperación que le provoca la tiranía de esas leyes la que lo conduce a incurrir en extremos irracionales y absurdos, sólo para demostrar que aún es capaz de expresar su propia individualidad.

El personaje del subsuelo describe de la siguiente forma el placer voluptuoso que le provoca contemplar su degradación:

Llegaba a sentir una suerte de secreto placer, monstruoso y vil, cuando, de regreso a mi tugurio, en alguna de esas terribles noches de San Petersburgo, me confesaba a mí mismo brutalmente que también aquel día había cometido una bajeza [...] ¡Interiormente, en secreto, me daba de dentelladas, me tundía, me devoraba, hasta que aquella amargura concluía por trocárseme en un dulzor maldito, innoble y, finalmente, se transformaba en un verdadero goce! [...] Me explicaré: mi delicia provenía de que conservaba la conciencia demasiado lúcida de mi degradación, de que comprendía que había alcanzado el fondo de la infamia; que aquello era innoble, pero que no podía ser de otro modo; que ningún escape me quedaba para salir de ese estado y volverme otro hombre; que, aunque tuviese aún fe y tiempo para regenerarme, seguramente no hubiera querido, no habría servido de nada, porque, en realidad, no habría sabido en qué sentido operar mi transformación.<sup>186</sup>

El “hombre del subsuelo” sabe que no puede escapar de la inactividad y el aislamiento social que padece, porque el funcionamiento habitual de su “conciencia hipertrofiada” lo conduce a éstos de manera inevitable. Aunque podría pensar que las “bajezas” que comete también son consecuencia del determinismo de las “leyes de la Naturaleza”, se niega a aceptar esa perspectiva consoladora, pues experimenta culpa y se atormenta como si, en un mundo determinista, aún fuera necesario y coherente asumir una responsabilidad moral frente a los propios actos.

Después de hablar sobre el goce que le produce su degradación, el “hombre del subsuelo” reflexiona lo siguiente:

Pero lo principal es que aquello tenía que producirse según las leyes normales y fundamentales de la conciencia hipertrofiada, y de la inercia, como consecuencia fatal de esas leyes, de todo lo cual resulta que uno no puede transformarse y que no nada hay que hacer. Así, pues, según esta conciencia hipertrofiada, tiene uno razón de sobra para ser un canalla, como si tal cosa pudiese consolar al canalla de ser un canalla.<sup>187</sup>

---

<sup>186</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, pp. 99-100.

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 100.



El personaje del subsuelo podría optar por el camino fácil de admitir que su “conciencia hipertrofiada” lo conduce irremediabilmente a comportarse como un canalla, pero sus escrúpulos morales le impiden hacerlo. Su razón acepta los principios del “egoísmo racional”, pero sus sentimientos no pueden tolerar la consecuente falta de responsabilidad moral. Cuando “comete bajezas” o se “comporta como un canalla” no puede evitar sentirse responsable frente a sus actos, pues se niega a aceptar que todo lo que hace es determinado por leyes ajenas a su voluntad.

En su interior, el “hombre del subsuelo” todavía tiene la posibilidad de elegir algo distinto a dejarse llevar por el determinismo, aunque la única alternativa posible sea el comportamiento autodestructivo. Su interioridad —vale decir, su “subsuelo”— es el espacio por excelencia en el que aún puede ejercer su voluntad. El personaje sabe que en un mundo gobernado por leyes que no puede controlar y que lo trascienden no puede hacer nada que no esté determinado... A menos que proceda de manera contrapuesta a sus propios intereses, subvirtiendo el orden racional en el que operan las “leyes de la Naturaleza”, llevando a cabo acciones irracionales y autodestructivas, con la única finalidad de reafirmarse como un hombre con capacidad de elegir, que se opone a la corriente determinista.

El “hombre del subsuelo” continúa abordando indirectamente el tema de su goce morboso en todos los capítulos de la primera parte de la novela, mientras defiende la idea de que lo más importante para el ser humano es la expresión de su propia individualidad. Así, por ejemplo, en el capítulo IX afirma lo que sigue:

La conciencia, por supuesto, es infinitamente superior a eso de dos y dos son cuatro. Después de dos y dos, cuatro, ya no queda nada, no sólo que hacer, pero ni que aprender. Sólo nos cumple amurallar nuestros cinco sentidos y abismarnos en la contemplación. Pues bien: el mismo resultado obtiéndose con la conciencia; es decir, que ya tampoco hay nada que hacer, salvo que todavía podemos flagelarnos a veces a nosotros mismos, y esto siempre reanima. Por retrógrado que esto parezca, siempre es mejor que nada.<sup>188</sup>

Lo anterior confirma que el personaje del subsuelo se autoflagela sólo para escapar de la inmovilidad a la que lo condena el determinismo. Adicionalmente, el escarnio cruel que dirige contra sí mismo parece cumplir una función reivindicatoria, pues lo coloca en una posición de superioridad intelectual y moral, frente a los hombres que no tienen conciencia de que actúan determinados por leyes ajenas a su voluntad. En las dos partes de

---

<sup>188</sup> *Ibidem*, p. 114.

*Memorias del subsuelo* hay múltiples ejemplos de la forma en que su protagonista experimenta una extraña autoafirmación al sentirse humillado. El sufrimiento que le causa su inadaptación se combina con el placer que le provoca saberse extraño y anormal en un contexto determinista, como si estuviera orgulloso por no encajar en el mundo que tanto desprecia.

Cuando el “hombre del subsuelo” observa su propia miseria, toma conciencia de que está en el extremo opuesto de la felicidad y la plenitud de los “hombres de acción”. Esto lo afirma como una persona que defiende su individualidad a cualquier precio, sin reparar en las consecuencias. El personaje del subsuelo se regocija porque actuar de forma contraria a sus intereses le permite evadir el determinismo un momento, pero también porque su existencia misma constituye una duda, una negación, en un mundo supuestamente perfecto.

Por otra parte, tampoco puede negarse que Dostoievski trató de describir ciertos rasgos psicopatológicos en el “hombre del subsuelo”, a pesar de que sus objetivos artísticos no se limitaran a ello. Es obvio que la extraña voluptuosidad del personaje del subsuelo proviene también de la frustración y la impotencia que le ocasiona el hecho de no poder vengarse de quienes lo han ofendido. Después de describir la forma en que el “ratón de conciencia hipertrofiada” se tiene que esconder bochornosamente en su agujero, al comprobar que no puede vengarse, el personaje asegura que:

[...] precisamente en ese estado miserable y frío, entreverando de desesperación e incredulidad, en ese sepelio de sí mismo en la pesadumbre, en ese retraimiento de cuarenta años bajo tierra, en ese *in pace* inevitable y equívoco, en esa pútrida fermentación de deseos reprimidos, en esa fiebre de vacilación, resoluciones irrevocables y súbitos escrúpulos, en todo eso es en donde reside la fuente de esa extraña voluptuosidad de que os hablaba. Es tan sutil y difícil de comprender ese deleite, que los hombres de cortos alcances o, simplemente, de nervios sólidos, no pueden entenderlo.<sup>189</sup>

De acuerdo con esto, la principal fuente de la extraña voluptuosidad del “hombre del subsuelo” reside en su odio y agresividad reprimidos, los cuales, al no poder ser canalizados hacia el exterior, se incuban y magnifican anormalmente en su autoconciencia. Dirige la mayor parte de ese odio reprimido contra sí mismo, aunque también puede estallar en contra de otros.

Dostoievski experimentó rencores similares mientras estuvo preso en Siberia. Como una pequeña muestra de ello, basta citar las siguientes palabras, que escribió a la señora Natalia Fonvizina, poco después de haber sido liberado de la prisión de Omsk:

---

<sup>189</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 102

Había momentos [...] en que odiaba a todos los que me encontraba, inocentes o culpables. Los miraba como si fueran ladrones que me estuvieran robando mi vida con impunidad. Surge el más insoportable infortunio cuando uno mismo se vuelve injusto, maligno, vil. Uno se da cuenta, incluso se reprocha a sí mismo..., pero simplemente no se puede evitar.<sup>190</sup>

Ya en *Memorias de la casa de los muertos* (1861), Dostoievski había abordado las consecuencias psíquicas de la privación de la libertad. Gracias a la convivencia con seres humanos sometidos a presiones y exigencias extremas, había observado con claridad la existencia en cada persona de una necesidad imperiosa por expresar su propia individualidad, aunque fuera de la manera más irracional y (aparentemente) absurda posible. Un ejemplo de ello es la manera en que los reos despilfarraban en una efímera borrachera todo el dinero que, tras meses de extraordinarios esfuerzos, lograban reunir en el interior del penal, sólo para demostrar a los otros convictos que podían, pese a todo, colocarse por encima de los demás, ejercer su voluntad e infringir la férrea disciplina carcelaria (cuando menos por un momento).

Este afán por reivindicar la propia personalidad también podía llevar a los prisioneros a cometer actos más autodestructivos y violentos. Tal era el caso de algún preso modelo, quien después de haber observado durante años una conducta ejemplar se volvía de pronto pendenciero y alborotador, incurría en algún delito, desafiaba a sus superiores o, simplemente, mataba a alguien. En opinión de Dostoievski:

[...] quizá la causa de ese cambio súbito de aquel hombre, del que todo podía esperarse menos eso, no fuese otra cosa que la brusca, repentina declaración de la personalidad, la instintiva nostalgia de su propio yo, el deseo de manifestarse, de elevar su personalidad humillada, rebelándose de repente y yendo hasta la rabia, hasta el furor, hasta la pérdida del juicio, hasta el espasmo, hasta el vértigo. Así, quizá, el viviente enterrado en el sepulcro lanzara un grito y se esforzara por salir de él, aunque, naturalmente, la razón pueda demostrarle que todos sus esfuerzos han de ser inútiles. Pero todo estriba precisamente en eso, en que ya no hay razón: se trata de una locura.<sup>191</sup>

Si se toma en cuenta que el determinismo de las “leyes de la Naturaleza” hace que el “hombre del subsuelo” se sienta completamente privado de su libertad y que su vida transcurre en el encierro de su autoconciencia, no resulta difícil encontrar similitudes entre su comportamiento resentido y las actitudes y actos que Dostoievski observó entre sus compañeros de prisión en Siberia.

<sup>190</sup> Citado en J. Frank, *Dostoievski: los años de prueba, 1850-1859*, pp. 156-157. Natalia Fonvizina era esposa de un decembrista exiliado en Siberia; tenía cierta influencia sobre las autoridades locales.

<sup>191</sup> F. Dostoyevski, *Memorias de la casa muerta*, en *Obras completas*, t. I, p. 1218.

El personaje del subsuelo emprende una crítica destructiva de los fundamentos del “egoísmo racional”, para tratar de librarse de la “cárcel” del determinismo, a partir del capítulo siete de la primera parte de la novela. Sin embargo, la racionalidad no le permite encontrar la salida. Tras criticar los ideales del determinismo y desmentir sus propuestas, el “hombre del subsuelo” parecerá quedarse con las manos vacías. Incluso descubre que sería necesario construir un nuevo ideal, pero no encuentra el camino hacia el cual dirigirse.

### **La metáfora de la muralla de piedras**

El “hombre del subsuelo” padece el determinismo como alguien que sufre el dominio de un poderoso tirano. Las “leyes de la Naturaleza” son universales, impersonales e infalibles. Nada puede escapar a su influencia, no tienen materialidad ni rostro; no es posible modificarlas ni cuestionar su validez. Su funcionamiento se fundamenta en verdades sólidas y precisas, como los teoremas matemáticos. El personaje del subsuelo utiliza la metáfora de la “muralla de piedras” para describir los sentimientos de impotencia y culpa que lo atormentan al oponerse al determinismo.

El personaje del subsuelo observa que si bien los “hombres de acción” actúan rápidamente cuando se sienten ofendidos y desean vengarse, se resignan de inmediato frente a “lo imposible”, ya que:

Lo imposible es como una muralla de piedras. ¿Qué piedras son esas? Las leyes de la naturaleza, las inducciones de las ciencias naturales, las matemáticas, sin duda. [...] Luego que te demostraron que, en realidad, un solo átomo de tu propia grasa debe ser para ti máspreciado que cien mil semejantes tuyos, demostración que acabó de cuajo con todas las virtudes y deberes y demás zarandajas y supersticiones, no te queda más remedio que aceptar, porque dos y dos, cuatro: son las matemáticas.<sup>192</sup>

En respuesta a tales palabras, los interlocutores imaginarios del “hombre del subsuelo” intentan explicarle que es absurdo enojarse porque “dos y dos son cuatro”, pues a la Naturaleza no le importan sus deseos individuales ni toma en cuenta si sus leyes le agradan o no. Le aseguran que las leyes naturales deben aceptarse como son, con todas sus consecuencias, pues su “verdad” es indiscutible y absoluta. A pesar de ello, al personaje del subsuelo no le interesa que su rebelión no pueda modificar nada, pues le confiere un

---

<sup>192</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 102.

elevado valor al sólo hecho de inconformarse y defender su individualidad. Las siguientes palabras describen con precisión su punto de vista:

—Pero, Dios mío, ¿qué me importan a mí las leyes de la Naturaleza, ni las de la Aritmética, si esas leyes y sus *dos y dos cuatro* me desagradan por algún concepto? Ciertamente que no he de echar abajo esa muralla, si no me bastan mis fuerzas; mas no he de resignarme únicamente porque delante de mí se alce una muralla de piedra que mis fuerzas no alcancen a derribar.<sup>193</sup>

Ese “no resignarse” frente a la muralla de piedras es precisamente lo que distingue al “hombre del subsuelo” y los “hombres de acción”. Al personaje de Dostoievski no le interesa si su oposición es ridícula, patológica y absurda, porque a él le parece una alternativa útil para preservar aquello que más aprecia: su individualidad y su libertad de elección (aunque ésta se reduzca a la posibilidad de elegir la negación).

Sería necesario cuestionar si la “solución” hallada por el “hombre del subsuelo” para hacer frente al determinismo no es una puerta falsa, en tanto que implica sufrimiento, inacción y soledad. Su rebelión se convierte en un fin en sí mismo, que no conduce a ninguna parte. Toda su inteligencia y su talento se desperdician, pues no es capaz de utilizarlos para su provecho ni para beneficio de los demás. Sobre este asunto, resulta imprescindible subrayar que la autodestructiva rebelión del “hombre del subsuelo” frente a las “leyes de la Naturaleza” no es considerada por Dostoievski un camino adecuado. En resumidas cuentas, *Memorias del subsuelo* plantea que el encierro en el círculo cerrado de la autoconciencia sólo conduce a la amargura y el aislamiento social, al resentimiento y la improductividad. Como se verá más adelante, la salida propuesta por Dostoievski para liberar a su personaje del encierro en que está confinado se plantea al terminar la segunda parte de la novela.

Por otra parte, el “hombre del subsuelo” sabe que él no puede tomar la muralla de piedras como un “calmante”, como hacen los demás. El hecho de que dos y dos sean cuatro no lo tranquiliza ni le impone la necesidad de resignarse. Sabe mejor que nadie que el determinismo elimina el fundamento de toda reacción moral, pero se empeña en actuar como sí, bajo el dominio de las “leyes de la Naturaleza”, no fuera absurdo asumir una responsabilidad personal frente a los propios actos y esperar que otros también lo hagan. Al respecto, reflexiona lo siguiente:

¿Podría ser la muralla un calmante? ¿Contendría la menor virtud de sosegar mi alma por la razón de que dos y dos sean cuatro? ¡Oh, absurdo de los absurdos! ¿Qué diferencia no va de eso

---

<sup>193</sup> *Idem.*

a comprenderlo todo, a tener conciencia de todo, de todas las murallas, de imposibles y de piedras, a no resignarse ante ninguno de estos imposibles, ante ninguna esas murallas de piedra (si no tenéis a bien resignaros), y llegar, por medio de razonamientos lógicos e incoercibles, a conclusiones desalentadoras, a ese axioma eterno de que hasta a propósito de la muralla de piedra nos creemos culpables, por más que sea evidente que no tenemos la más mínima culpa de nada?<sup>194</sup>

En un mundo determinado por las “leyes de la Naturaleza” nadie puede tener la culpa de nada. Sin embargo, el personaje del subsuelo tiende a sentirse culpable por *todo*, ya que tal vez él sea el único que tiene plena conciencia de las implicaciones morales del determinismo. La estupidez del “hombre de acción” le permite admitir la existencia de la “muralla de piedras” sin sentirse privado de su libertad, pero el “hombre del subsuelo” sabe muy bien que la acción de las leyes naturales convierte la libertad en una ilusión. Quien ignora las consecuencias del determinismo lo acepta con tranquilidad y alegría, pero quien posee una “conciencia hipertrofiada”, que no le permite engañarse a sí mismo, está condenado a sufrir por el conocimiento de éstas. Así, la sabiduría del “hombre del subsuelo” lo lleva a sentir culpa por la existencia misma del determinismo, por la ignorancia de los demás acerca de las implicaciones morales de éste, por ser el único que sufre al respecto y por no ser capaz de transmitir a otros sus puntos de vista. Después de todo, sólo quien conoce realmente la “muralla de piedras” puede experimentar culpa por ella, aunque se trate de una reacción injustificada y equívoca.

### **La parábola del hombre con dolor de muelas**

El “hombre del subsuelo” no tiene contra qué ni contra quién volcar la frustración rencorosa que le provoca el determinismo. Enfurecerse contra la Naturaleza o contra los “hombres de acción” (que actúan determinados por ésta) es tan absurdo como enojarse por padecer un dolor de muelas. A pesar de ello, el personaje del subsuelo no está dispuesto a sufrir en silencio, sin molestar a nadie. Una buena parte de la voluptuosidad que experimenta frente a su degradación se relaciona con exhibir de manera exagerada y teatral su propia desgracia, lo que queda de manifiesto en la siguiente parábola:

Os ruego, señores, que, llegado el caso, prestéis atención a los quejidos de un hombre ilustrado de nuestra época, afligido de un dolor de muelas. Al segundo o tercer día, sus quejidos cambian de naturaleza, [...] se vuelven agresivos, malignos, y duran días y noches enteros. De sobra sabe él que con tanto quejarse no se ha de aliviar en modo alguno. Mejor que todos sabe que en vano

---

<sup>194</sup> *Idem.*

se consume y consume a los otros, que el público para el cual representa su comedia, y toda su familia, le escuchan, con enojo; no creen en la sinceridad de sus lamentos, y piensan para su capote que muy bien podía dar menos voces, sin hacer trinos ni floreos, y que si así no lo hace es por pura maldad e histrionismo. Pues bien: precisamente en esas confesiones que el paciente se hace a sí mismo y en todas esas indecencias es donde reside la voluptuosidad. “Os estoy atormentando, os destrozo el corazón, no dejo dormir a nadie en la casa. No; no habéis de dormir; sentiréis a cada instante los efectos de mi dolor de muelas [”].<sup>195</sup>

El hombre enfermo de las muelas no puede culpar a nadie por su sufrimiento, pues lo que le pasa es simplemente obra de la Naturaleza. Sin embargo, pronto siente la necesidad de incomodar a otros, de involucrar a más personas en los avatares de su dolor. Es conciente de que con sus gritos y quejidos no modificará su situación y que emitirlos con insistencia resulta denigrante, pero encuentra cierto goce al hacerlo, ya que con esos lamentos agresivos expresa el rencor que le produce sufrir y no poder culpar a nadie por ello. Por si fuera poco, sabe muy bien que sus “trinos y floreos” son histriónicos y que su único objetivo es fastidiar a quienes lo rodean.

El hombre culto con dolor de muelas experimenta la misma voluptuosidad que el “hombre del subsuelo”, cuando se confiesa a sí mismo que hace escándalo sólo por maldad. Ambos disfrutan percatándose de que están cometiendo una bajeza, que los degrada frente a los demás y frente a sí mismos. Se dan cuenta de que han dejado de ser razonables y que se están dejando llevar por la desesperación y la irracionalidad. Sin embargo ¿qué otra alternativa les queda para desahogarse, si no se resignan a sufrir en silencio? La desagradable y exagerada exhibición de su dolor les permite convertir en agresividad (hacia otros) parte de la impotencia y el rencor que los consume por dentro.

En principio, el sufrimiento del personaje del subsuelo se debe a la inacción a la que necesariamente lo conduce su “conciencia hipertrofiada”. El histrionismo, el goce ante la propia degradación y el autoflagelamiento interior que vienen después sólo son recursos desesperados para evadir la inmovilidad. Es muy probable que el “hombre del subsuelo”, como el enfermo de las muelas, pudiera aceptar mejor su sufrimiento si éste tuviera algún sentido o si estuviera al servicio de un fin superior, en vez de ser un resultado impersonal y mecánico de las “leyes de la Naturaleza”.

Al enfermo de la parábola le duelen las muelas debido a las características particulares de su dentadura. Al personaje del subsuelo le duele permanecer en la inacción

---

<sup>195</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 104.

debido a las características individuales de su autoconciencia. Los dos son víctimas de la Naturaleza y se lamentan escandalosamente por ello.

Después de unos días, el hombre con dolor de muelas sanará y podrá dejar de quejarse. ¿No podría suceder algo similar con el personaje del subsuelo, aunque su padecimiento haya durado cuarenta años? Es probable que el “hombre del subsuelo” necesite ayuda para salir de su estancamiento, pero resulta difícil que alguien pueda brindársela. Como vive encerrado en su interior, los demás no pueden entender las causas de su retrainamiento, su carácter explosivo, su desmedido orgullo, su insultante soberbia ni, mucho menos, su incesante sufrir. ¿De dónde podría venir la ayuda que este fatuo intelectual ruso necesita desesperadamente?

### **La transición del capítulo VI**

En el capítulo VI de la primera parte se introduce un cambio de temática y tono, en relación con los cinco anteriores. Se trata de un momento de transición, de un intermedio entre el discurso donde el “hombre del subsuelo” habla de sí mismo (para describir las causas de su inactividad y su inadaptación social), y el posterior discurso donde arremete contra las principales ideas del “egoísmo racional” y la promesa de un futuro racional y perfecto.

En dicho capítulo, el personaje del subsuelo considera lo agradable que hubiera sido permanecer ocioso por holgazanería, y no como consecuencia de su “conciencia hipertrofiada”. En tal caso, le hubiera sido fácil respetarse a sí mismo y ser alguien perfectamente definido. No habría sido cualquier tipo de holgazán, ya que:

[...] habría sido un gandul y un haragán, no así como quiera, sino unido con relaciones de simpatía con cuánto hay de bello y sublime. [...] Al punto habría encontrado un campo de actividad correspondiente, a saber: empinar el codo a la salud de todo lo bello y sublime. Nunca me hubiera faltado en mi copa un sorbo que apurar en honor de algo bello y sublime. De todos los objetos del Universo, habría yo hecho *algo bello y sublime*; en las cosas más rastreras, viles e infames hubiera encontrado esos atributos. [...] Hubiera sosegadamente envejecido y llegado triunfalmente al término de mis días. ¡Lo cual habría sido encantador de todo punto, lisonjero!<sup>196</sup>

Tales palabras deslindan al “hombre del subsuelo” de los intelectuales vividores y farsantes que se dedicaban a alabar “lo bello y lo sublime” en sus escritos, pero también son

---

<sup>196</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, pp. 105-106.



una crítica a éstos. En este caso particular, las anteriores palabras iban dirigidas contra el mordaz crítico Saltykov-Shchedrin, de la revista *El Contemporáneo*.

Las siguientes palabras no dejan ninguna duda sobre el blanco de la sátira de Dostoievski: “Por ejemplo: supongamos que el artista Gay hubiera pintado un cuadro; en seguida me habríais visto beber a la salud del pintor Gay, *porque yo aprecio todo lo que es bello y sublime*, y luego me habríais visto empinando el codo a la salud del autor de *Como gustéis*, porque yo gusto de todo lo que es bello y sublime...”<sup>197</sup>

Saltykov-Shchedrin había escrito poco tiempo antes un artículo en el que alababa un cuadro de N. N. Ge,<sup>198</sup> que representaba la última cena. Además, el título *Como gustéis* no se refiere a la obra de Shakespeare, sino a una serie de artículos y esbozos publicados por el polémico crítico.<sup>199</sup>

---

<sup>197</sup> *Idem.*

<sup>198</sup> El verdadero nombre del pintor era N. N. Ge. Dostoievski le cambia el apellido a “Gay”.

<sup>199</sup> Cfr. J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 443. Sobre la polémica entre Dostoievski y los articulistas de *El Contemporáneo* Saltykov-Shchedrin y Antónovich, véase el capítulo XXI de la misma obra.

## Capítulo 2.4

### Los capítulos VII al XI de la primera parte de *Memorias del subsuelo*.

En los capítulos VII al XI de la primera parte, el protagonista de *Memorias del subsuelo* expone enérgicamente sus argumentos contra la racionalidad determinista del “egoísmo racional”. En el contexto de la obra, el discurso y la actitud del personaje del subsuelo manifiestan su hartazgo hacia unas ideas en las que creyó con fervor, pero que lo condujeron a un doloroso callejón sin salida de soledad e inacción.

El discurso que expone el “hombre del subsuelo” en los mencionados capítulos es mucho más claro y directo que el utilizado en los seis anteriores. Debido a ello, las críticas al determinismo racionalista realizadas por el personaje han generado menos problemas de interpretación y polémicas que la descripción de sus características personales. Sin embargo, tales críticas generalmente se han considerado al margen de su contexto histórico, abonando la convicción errónea de que Dostoievski arremete de manera directa contra el racionalismo moderno, a partir de la defensa de la irracionalidad y la desobediencia egoísta de las normas sociales.

De nueva cuenta, resulta indispensable considerar que la doctrina del “egoísmo racional” es una interpretación *sui generis* del racionalismo moderno, desarrollada por Chernishevski a partir del materialismo mecanicista y el utilitarismo moral de mediados del siglo XIX. En consecuencia, los argumentos del personaje del subsuelo están dirigidos, principalmente, contra las convicciones siguientes: a) todo lo que existe está determinado por “leyes de la Naturaleza”; b) esas leyes llegarán a ser conocidas y explicadas por la razón y la ciencia, y c) dicho conocimiento podrá ser utilizado para organizar una sociedad futura racional y perfecta.

Es indiscutible que el verdadero blanco de la rebelión del “hombre del subsuelo” es el “egoísmo racional”, pero resulta indudable que la crisis del racionalismo moderno ha conferido una inusitada vigencia a las palabras del “hombre del subsuelo”. En la actualidad, ya es un lugar común mencionar que el racionalismo moderno, la ciencia y la tecnología no han conducido a la humanidad a un mundo más igualitario, feliz y armonioso.<sup>200</sup> Por ello,

---

<sup>200</sup> Y no era posible que así fuera, pues el sistema capitalista se asienta sobre una contradicción básica entre el carácter social del trabajo y la apropiación privada de los frutos de la producción.

cuando el “hombre del subsuelo” ridiculiza las esperanzas cifradas en el efecto civilizador de la racionalidad y la ciencia, parecería que estuviera atacando alguna de las apologías del “progreso” que proliferaron durante el siglo XX.

Asimismo, cuando el mencionado personaje plantea que la estupidez de los “hombres de acción” les permite actuar de una manera eficaz y despreocupada, resulta inevitable pensar en las enajenadas masas de nuestro tiempo,<sup>201</sup> que no son controladas por leyes naturales, pero sí son eficientemente manipuladas a través de diversos mecanismos de control social, que incluyen un vasto uso político de los medios masivos de comunicación.

Otros temas abordados en *Memorias del subsuelo* también suscitan amplias resonancias en la cultura occidental del presente, como la existencia de una necesidad imperiosa por reafirmar la individualidad propia, los problemas para vincular los ideales con la práctica, las innegables tendencias destructivas del ser humano, los estragos sociales que ocasiona la preeminencia del egoísmo, la búsqueda de caminos alternativos en lo aparentemente irracional e insensato, etc.

En concordancia con lo anterior, puede afirmarse que las críticas de Dostoievski a la doctrina del “egoísmo racional” fueron referidas *con posterioridad* a cuestiones análogas, pero mucho más generales. Con el tiempo, la falsedad de la promesa del mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías, a partir de un vasto desarrollo de la ciencia y la tecnología, se fue haciendo más evidente. El mérito de Dostoievski consiste en haber encontrado profundas inconsistencias en algunas de las creencias más esperanzadoras de la modernidad, a partir de la crítica de una doctrina radical.<sup>202</sup>

### **El “interés principal” del hombre**

El “hombre del subsuelo” describe de la siguiente manera el supuesto básico del “egoísmo racional”:

¡Oh decidme quién fue el primero que enunció, el primero en proclamar que el hombre sólo comete bajezas porque no comprende sus propios intereses, y que si le ilustrasen, sobre este punto, si le abriesen los ojos sobre su verdadero interés, sobre su interés normal, al punto se volvería bueno y generoso! Y esto por la sencilla razón de que siendo inteligente, si acertaba a conocer lo ventajoso, sólo lo encontraría en el bien; y como el hombre no puede obrar a

<sup>201</sup> Al respecto, véase José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*.

<sup>202</sup> Hay que considerar que esto fue posible gracias a que, a fin de cuentas, el “egoísmo racional” también expresaba los ideales de la modernidad europea (aunque de una manera exagerada y deforme).

sabiendas contra sus intereses, necesariamente, por tanto, se conduciría bien. ¡Oh niño inocente y puro!<sup>203</sup>

El personaje comienza criticando la suposición de que el hombre sólo puede actuar mal por ignorancia, es decir, por desconocer sus “verdaderos intereses”. Según su perspectiva, millones de hechos atestiguan que los hombres gustan de aventurarse por senderos desconocidos, difíciles y peligrosos, aunque conozcan sus “verdaderos intereses”, pues su terquedad y libertad de acción les resultan más agradables que las ventajas y facilidades. Por otra parte, considera que no es tan fácil definir con exactitud en qué consiste lo ventajoso para el hombre, ya que alguna vez se podría dar el caso de que lo ventajoso consistiera precisamente en desear lo perjudicial. Si llegara a producirse un caso semejante, la regla básica del “egoísmo racional” (según la cual el hombre no puede actuar mal a sabiendas) quedaría anulada. ¿Acaso el personaje del subsuelo no hace todo lo posible para ser ese *único caso* de excepción?

El “hombre del subsuelo” asegura que todos los sistemas y teorías que pretenden explicar a la humanidad cuáles son sus intereses normales, para que al perseguirlos se vuelva generosa y buena, son meros sofismas. En su opinión, la teoría de la renovación de la humanidad por la contemplación de sus verdaderos intereses es tan absurda como la afirmación del historiador Buckle,<sup>204</sup> según la cual la civilización suaviza el carácter del hombre, haciéndolo menos sanguinario y propenso a la guerra. Afirma que, a diferencia de la antigüedad, ahora se considera una infamia derramar sangre, pero la seguimos cometiendo de buen grado e incluso más que antes.

El personaje del subsuelo afirma que en todo tiempo y lugar el hombre ha preferido conducirse de acuerdo con su voluntad y no conforme a los dictados de su interés y su razón. Asegura que no sólo es posible que alguien pueda querer conducirse contra su provecho, sino que, en ciertos casos, resulta completamente necesario que así suceda. Tales casos tienen que ver con circunstancias en las que resulta indispensable expresar la individualidad, es decir, cuando hay que enfrentar condiciones hostiles que tienden a negar la propia voluntad o cuando las alternativas para actuar en concordancia con el interés y la

---

<sup>203</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 106.

<sup>204</sup> La obra del historiador inglés Henry Thomas Buckle era muy apreciada por los radicales rusos, pues afirmaba que las leyes de la historia debían elaborarse de acuerdo con las de las ciencias naturales.

razón se contraponen de forma radical a nuestros propios deseos y tendencias. Según el “hombre del subsuelo”:

[...] os repito que hay un caso, uno sólo, en que [el hombre] puede desear algo nocivo, insensato y loco. Y tal ocurre cuando quiere tener derecho a desear cuánto hay de más absurdo y emanciparse del deber de desear tan sólo lo discreto. Esa cosa, absurda y todo, es, sin embargo mi capricho. Y en efecto, señores míos, ¿qué podría haber más provechoso para nosotros que ella, sobre todo en ciertos casos? En particular esa cosa absurda puede ser más interesante que todas las conveniencias, aun en el caso de que realmente nos dañase y estuviese en pugna con las sanas conclusiones de nuestra razón, porque, al fin y al cabo, preserva lo que más apreciamos y en más tenemos: nuestra personalidad y nuestra individualidad.<sup>205</sup>

Como ya se ha mencionado, mientras Dostoievski estuvo recluido en Siberia observó varias veces un comportamiento autodestructivo y absurdo en algunos presos, relacionado con una necesidad imperiosa de preservar su individualidad, en el contexto del brutal régimen carcelario. Descubrió que algunos caprichos de los convictos, en apariencia ridículos, tenían el loable propósito de hacerles sentir que continuaban siendo individuos, con voluntad y deseos propios. Sin duda, al “hombre del subsuelo” le ocurre algo similar, frente a la amenaza del determinismo de las “leyes de la Naturaleza”.

El personaje del subsuelo dice tener un “amigo” que, cuando se dispone a realizar un acto cualquiera, asegura que procederá de acuerdo con las leyes de la razón y la verdad, para después hablar mal de los necios de cortos alcances, que no comprenden lo provechosos que son los verdaderos y normales intereses del hombre. Sin embargo, quince minutos después ese “amigo” se imaginará algo distinto y actuará abiertamente contra las leyes de la razón y su propio provecho. Al analizar este comportamiento, el “hombre del subsuelo” se pregunta si no existirá algún interés más valioso que los demás, una “primordial ventaja” que usualmente pase desapercibida, pero que sea tan importante como para que, en su defensa, el hombre esté dispuesto a arremeter contra la razón, el honor, el sosiego, el bienestar y todo lo que considera útil y hermoso. Como respuesta, el personaje expresa aquello que considera el principal interés del hombre:

Nuestro propio deseo, voluntario y libre; nuestro propio capricho, aun el más alocado; la fantasía desatada hasta rayar en lo extravagante; he ahí en qué consiste la ventaja pasada por alto, el interés más principal, que en ninguna clasificación se incluye y que manda a paseo todos los sistemas y teorías. ¿Cómo han podido imaginar todos esos sabios que el hombre necesita de una voluntad normal virtuosa? ¿De dónde han sacado eso de que el hombre necesita desear de una manera sensata y provechosa? Sólo una cosa necesita el hombre: querer con *independencia*, cuéstele lo que le cueste tal independencia y cualesquiera que fueran las consecuencias que de ella se deriven. Pero, después de todo, el diablo sabrá lo que el hombre desea...<sup>206</sup>

<sup>205</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 111.

<sup>206</sup> *Ibidem*, p. 109.

Así, el “hombre del subsuelo” establece que lo más importante para el ser humano es su propia individualidad y afirma que cuando no es posible conciliar la libre voluntad con la racionalidad y las normas sociales, el hombre prefiere defender la primera, aunque lo haga siguiendo caminos retorcidos y extraños.

### **El debate con interlocutores imaginarios**

El “hombre del subsuelo” afina sus ideas sobre el interés principal del hombre a través de una discusión con interlocutores imaginarios (inventados por él mismo), que defienden los puntos de vista del “egoísmo racional”. Gracias a este recurso, sintetiza los argumentos que busca rebatir, para luego desarrollar una posición crítica.

Los interlocutores imaginarios afirman que el hombre aún está muy lejos de haber aprendido a obrar como lo ordena la razón y la ciencia, pero que una vez que haya alcanzado ese grado de desarrollo, ya no podrá separar su voluntad de sus intereses normales y dejará de incurrir en yerros “voluntarios”. Asimismo, consideran que:

[El hombre], en realidad, no tiene voluntad ni caprichos, ni nunca los tuvo [...] lo que haga, no es producto de su voluntad, sino de las leyes naturales. De donde se sigue que el hombre no tiene más que hacer sino descubrir las leyes de la Naturaleza, y que, no siendo ya responsable de sus actos, la vida habrá de hacerse muy llena. Todos los actos humanos se reducirán entonces matemáticamente de esas leyes mediante una suerte de tabla de logaritmos hasta cien mil, catalogada en un almanaque, o, mejor todavía, se publicarán obras bien planeadas, por el estilo de las enciclopedias actuales, y en las que todo estará previsto, calculado y arreglado, y ya no habrá en el mundo más azares y aventuras. [...] bastará un momento para resolver todas las cuestiones, pues ya habrán recibido las soluciones todas de que sean susceptibles. Entonces construiremos un palacio de cristal. Entonces... En una palabra, aquello será la jauja.<sup>207</sup>

Para el personaje del subsuelo, si ese mundo futuro en el que todo estuviera calculado fuera posible, es muy probable que la humanidad muriera de aburrimiento, pues ¿en qué podría ocuparse, si todo está previsto? Las personas del futuro, sin voluntad ni deseos propios, quedarían atrapadas en el tedio, de tal manera que si en el seno de toda esa racionalidad llegara algún día un caballero retrógrado y vulgar, que sugiriera mandar al diablo a la razón, con el único fin de poder vivir de acuerdo con la estúpida voluntad propia, rápidamente encontraría partidarios.

El “hombre del subsuelo” plantea que los seres humanos no encontrarían ningún placer en hacer las cosas si todas las acciones y sus resultados estuvieran calculados de

---

<sup>207</sup> *Ibidem*, p.108.

antemano por la ciencia, pues la vida humana se reduciría a una mera sucesión de actos mecánicos, sin ningún espacio para la creatividad individual.

En *¿Qué hacer?* Chernishevski imagina a los hombres del porvenir disfrutando su tiempo libre en diversiones y fiestas. Pero si se toman en cuenta las críticas del personaje del subsuelo, podría pensarse que las enormes reuniones vespertinas que Vera Pávlovna contempla en una casa de cristal del futuro,<sup>208</sup> terminarían siendo aburridas, por ser una diversión mecanizada, que se repite una y otra vez. Chernishevski no toma en cuenta que los placeres pueden dejar de serlo cuando se obtienen fácilmente, ni que su repetición constante les arrebatara su condición de momentos extraordinarios.

Es obvio que el “hombre del subsuelo” no cree posible hacer coincidir los deseos personales con las verdades absolutas que, en teoría, serían enunciadas por las “leyes de la Naturaleza”, pero hay que agregar que tampoco cree que la capacidad de razonar pueda reemplazar la función del deseo. Según las siguientes palabras, pretender vivir únicamente a partir de la razón mutilaría al ser humano:

Mirad: la razón, caballeros, es una buena cosa, eso es indiscutible; pero la razón no es más que la razón, y sólo satisface a la capacidad humana de raciocinar, en tanto que el deseo es la manifestación de la vida toda; es decir, de toda la humana, incluso la razón y todas las comezónes posibles. Y si la vida no se revela a veces mucho en esta manifestación, es, pese a todo, la vida, y no únicamente la extracción de la raíz cuadrada. Porque yo, por ejemplo, quiero vivir de un modo completamente natural para satisfacer mi capacidad de vivir y no mi facultad de raciocinio, la cual representa próximamente la vigésima parte de mi capacidad de vivir. ¿Qué sabe de eso la razón? La razón sólo sabe lo que ha tenido tiempo de saber [...], en tanto que la Naturaleza humana actúa en masa con cuanto en ella se encierra, y se equivoque o acierte, vive.<sup>209</sup>

El argumento anterior va dirigido contra las esperanzas racionalistas de los seguidores de Chernishevski, pero bien podría extenderse a las exageradas expectativas que la modernidad colocó en el desarrollo de la razón y la ciencia. Para el personaje del subsuelo, los aspectos de la vida humana que no dependen de la racionalidad son más vastos e importantes que la capacidad de raciocinio.

El “hombre del subsuelo” acepta que en ocasiones la razón y el deseo pueden coincidir, pero afirma que lo usual es que ocurra exactamente lo contrario. Asegura que el hecho de que la racionalidad pueda estar reñida con el deseo y el interés individual es algo muy importante, pues dicho conflicto forma parte de la vida misma y la búsqueda de

<sup>208</sup> Véase el apartado “La utopía futurista de Chernishevski”, en el capítulo 2.1 del presente trabajo.

<sup>209</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p.110.

alternativas para resolverlo estimula la creatividad. Según el personaje del subsuelo: “el deseo, puede, si quiere, conciliarse con la razón. Y con sólo no abusar de él, de usarlo con tasa, es el deseo muy útil y a veces laudable. Pero lo más frecuente suele ser que el deseo se halle en completo y obstinado desacuerdo con la razón, y... y..., y ¿sabéis que esto también es muy útil y hasta muy digno de loa?”<sup>210</sup>

Como respuesta a los argumentos del “hombre del subsuelo”, sus interlocutores imaginarios insisten en que el llamado “deseo” realmente no existe. Piensan que el libre albedrío no es más que una ilusión y consideran imposible que una persona tenga deseos propios. Para ellos, lo que la gente considera *su* deseo está determinado mecánicamente por la acción de leyes naturales y surge como una manifestación de necesidades comunes a todo el género humano. Al respecto, el personaje considera que si las explicaciones de la racionalidad y la ciencia probaran que el deseo no expresa necesidades personalizadas (es decir, anhelos y preferencias individuales), entonces el hombre dejaría de ser un individuo, para transformarse en un simple mecanismo, animado por las “leyes de la Naturaleza”. El personaje del subsuelo habla de este peligro de la siguiente manera:

Porque, en efecto, si verdaderamente se llegase a descubrir la fórmula de todos nuestros deseos y caprichos, explicando, además, sus causas, leyes que las rigen, forma en que se desarrollan, fines a que en tal y tal caso propenden, y así sucesivamente, hasta hallar una verdadera fórmula matemática, entonces sí que podría ocurrir que el hombre dejase de desear, y hasta es seguro que tal sucedería. ¿Qué placer habría en desear por orden ajena? Y, además, ¿por qué habría de transformarse el hombre en trompeta de órgano o algo por el estilo? Porque el hombre, sin deseos, voluntad ni aspiraciones, ¿qué otra cosa sería más que eso? ¿Qué opináis vosotros? [...] ¿es o no es posible semejante cosa?<sup>211</sup>

Al intentar responder qué pasaría si el hombre fuera reducido a la condición de piano o trompeta de órgano, el personaje del subsuelo plantea algunas de las principales características humanas. Dice a sus interlocutores imaginarios que el hombre es un ser monstruosamente ingrato, pero que esa no es su peor cualidad. Asegura que el mayor defecto del hombre consiste en su inmoralidad y que ésta, a su vez, engendra su reiterada imprudencia. Le parece que para confirmar esto basta con dirigir una mirada retrospectiva a la historia del género humano, pues de la historia universal se puede decir casi cualquier cosa, menos que sea prudente.

---

<sup>210</sup> *Ibidem*, p.111.

<sup>211</sup> *Ibidem*, pp. 109-110.



El protagonista de *Memorias del subsuelo* se pregunta qué se puede esperar del hombre, de un ser dotado de tan extrañas cualidades. En su opinión, si al hombre se le colmara de bienes y aventuras y se le proporcionara una satisfacción económica tal que no tuviera otra cosa que hacer más que dormir, tomar arroyo y procurar que la historia universal no se detuviera, no por eso dejaría de cometer infamias, expresando así su ingratitud y su maldad. Apostaría su arroyo y desearía, a propósito, absurdos capaces de perderlo, cosas insensatas e inútiles, únicamente para añadir a toda esa prudencia racional y positiva un “elemento destructor fantástico”. Y haría todo eso con el único fin de demostrarse a sí mismo que es hombre y no piano.

Pero ¿qué pasaría si al hombre se le comprobara, por medio de las ciencias naturales y las matemáticas, que no es más que un piano? El personaje del subsuelo piensa que el hombre no lo aceptaría de buena gana e inventaría algo adrede, con tal de salirse con la suya. Y si no pudiera hacerlo, entonces:

[...] imaginaría la destrucción y el caos y toda clase de plagas. ¡Llenaría el mundo de maldiciones!, y como sólo al hombre es dado maldecir (es privilegio suyo, que lo distingue de todos los demás animales), todo lo conseguirá con esas maldiciones; es decir, quedaría persuadido de ser hombre y no piano. Si decís que todo eso puede preverse por medio de la lista: el caos, el trastorno y la maldición, que la mera posibilidad de un cálculo previo puede contenerlo todo, y que la razón concluirá por prevalecer, entonces el hombre se volverá loco expresamente para no tener razón y obrar con arreglo a su capricho.<sup>212</sup>

Dostoievski estaba convencido de que no es posible obligar al ser humano a renunciar completamente a su individualidad, pues ésta no puede erradicarse por medio del convencimiento racional ni canjearse por conveniencias y comodidades. En consecuencia, el hombre preferiría conservar su singularidad y su dignidad personales a vivir en un confortable mundo determinista, sin voluntad ni deseos propios, como un simple dispositivo mecánico. El personaje del subsuelo es concluyente cuando afirma que, si se obligara al ser humano a aceptar el determinismo de las “leyes de la Naturaleza”, no vacilaría en recurrir a la destrucción, la maldición y el caos, para continuar manifestando su voluntad. Y si ese determinismo fuera ineludible, entonces el hombre preferiría volverse loco, antes de renunciar a su libertad.

La parte más álgida de la discusión con los interlocutores imaginarios termina, junto con el capítulo VIII, con unas palabras del “hombre del subsuelo” que evidencian las dos caras del “egoísmo racional”. Las ideas planteadas por Chernishevski aparentan ser

---

<sup>212</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 112.

argumentos ingenuos, encaminados a promover el futuro bienestar de la humanidad, pero el análisis de sus implicaciones ocultas revela una profunda vocación represora de la individualidad, así como un anhelo fantástico por convertir a las personas en seres uniformes, fácilmente manipulables. Según las palabras del personaje:

Me gritaréis (si todavía os dignáis [a] replicarme) que nadie habla de privarme de mi libertad, que sólo se aspira a organizar la vida del hombre, de suerte que mi misma voluntad, mi voluntad propia, esté de acuerdo con mis intereses normales, con las leyes de la Naturaleza y con la aritmética. Pero ¿queréis decirme, señores, qué voluntad será la mía cuando rija ya eso de la lista y de la aritmética, cuando todo [el] mundo piense únicamente que dos y dos es cuatro? Dos y dos son cuatro aun sin mi voluntad. ¡Y eso ha de ser mi voluntad!<sup>213</sup>

En la novela, los interlocutores imaginarios insisten en negar las consecuencias del “egoísmo racional”, que les muestra el personaje del subsuelo, y regresan una y otra vez a la parte inocente del discurso de Chernishevski. Para ellos, no existe ningún conflicto entre libertad y determinismo, porque piensan con toda sinceridad que hacer coincidir la voluntad personal con los “intereses normales” del hombre y las “leyes de la Naturaleza” no implicaría suprimir la libertad individual. De hecho, actúan como personas a las que se les ha lavado el cerebro y no pueden admitir ni el más mínimo defecto en la doctrina en la que creen ciegamente. Por supuesto, las ideas y actitudes de los interlocutores imaginarios representan, en el contexto de la obra, las mismas ideas y actitudes intransigentes de los verdaderos seguidores del “egoísmo racional”.

### **Las últimas objeciones**

El “hombre del subsuelo” lanza unas últimas objeciones a los proyectos del “egoísmo racional”, en el capítulo IX. Su argumentación principal consiste en afirmar que los defensores de dicha doctrina no pueden estar seguros de que corregir la voluntad del hombre, para hacerla coincidir con los designios de la razón y la ciencia, vaya a ser realmente provechoso. A pesar de que suponen que ese camino es el correcto, bien podrían estar equivocados, pues no existe ninguna prueba de que en todos los casos sería benéfico para el hombre actuar según sus “intereses normales”.<sup>214</sup>

---

<sup>213</sup> *Idem.*

<sup>214</sup> A esto podría agregarse que tampoco existe ninguna certeza de que la razón y la ciencia podrá determinar algún día cuáles son los “intereses normales” del hombre.

El “hombre del subsuelo” cuestiona la idea de que sólo la prosperidad sea provechosa para el ser humano, pues el sufrimiento puede resultarle tan útil como la prosperidad. Considera que el hombre ama con pasión el sufrimiento, aunque éste no sea admisible en un palacio de cristal, por ser una duda, una negación.

En opinión del protagonista de *Memorias del subsuelo*, es indudable que el hombre tiende a edificar y a trazar caminos, pero también es indiscutible que le gusta la destrucción y el caos. Considera que tal vez el hombre sienta un terror instintivo a terminar su obra, de tal manera que sólo le agrada construir el edificio, pero no habitarlo. Según su punto de vista:

[...] el hombre es un ser voluble, inconsecuente, y, acaso, como el jugador de ajedrez, sólo se complazca en el medio y no en el fin mismo: ¿y quién sabe (nadie podría demostrar lo contrario) si el fin a que la Humanidad propende consistirá tan sólo en ese incesante esfuerzo por llegar; dicho de otro modo, en la vida misma, no en el fin, que seguramente no es más que dos y dos son cuatro: es decir una fórmula? Pero dos y dos son cuatro no es ya la vida, caballeros, sino el comienzo de la muerte. Por lo menos, siempre inspiró horror al hombre, empezando por mí, eso de que dos y dos son cuatro. Admitamos que el hombre no haga más que buscar ese dos y dos, cuatro; que atravesase los mares y aventure su vida en tal pesquisa; pero lo que es encontrar, encontrar de veras, eso le inspira horror, verdadero horror. Comprende que luego que lo haya encontrado, ya no tendrá más que buscar.<sup>215</sup>

De acuerdo con lo anterior, la destrucción y el caos serían necesarios para renovar las perspectivas del hombre. En caso de que fuera posible que alcanzara el final de su búsqueda, sí alguna vez llegara a construir un mundo perfecto, sólo la destrucción le podría abrir nuevos horizontes para construir de nuevo. Esto supone que el hombre no soporta la inmovilidad y que la destrucción le puede dar opciones para salir de ella, para comenzar a moverse. Lo anterior explica, desde otra perspectiva, por qué el personaje del subsuelo tiene que destruir para escapar de la inacción que lo agobia. Una vez que destruye algo surgen nuevas tareas por realizar, aunque éstas se reduzcan a torturarse a sí mismo, a través del remordimiento y la culpa.

El párrafo antes citado también podría explicar por qué el personaje del subsuelo está siempre pensando y padece un afán enfermizo por analizar cualquier cosa, desde todos los puntos de vista posibles. Si mantener su mente en movimiento le permite evitar la parálisis total y compensar en cierta medida su inacción práctica, entonces es previsible que alcanzar conclusiones definitivas le produzca terror. Según sus propias aseveraciones, intuye que después de eso ya no tendría otro lugar hacia el cual dirigirse.

---

<sup>215</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 113.

Acerca de esto, Mijaíl Bajtín ha observado que las palabras del “hombre del subsuelo” nunca son definitivas, pues siempre está explorando nuevas opciones, que utiliza para escapar de la palabra conclusiva propia y ajena.<sup>216</sup> En el interior de su mente, cada pensamiento conlleva una réplica, que lo conduce sucesivamente a otras más. Esto le asegura que sus largos procesos de análisis nunca alcanzarán un final y, en consecuencia, que podrá seguir dedicándose a producir interminables cadenas de suposiciones e ideas, evitando así la inmovilidad en el ámbito del pensar.

Para terminar el capítulo IX, el “hombre del subsuelo” menciona explícitamente que su huida del mundo exterior y el encierro en su autoconciencia surgen de su negativa a someterse al determinismo. Si el mundo se redujera al “dos más dos son cuatro”, es decir, si todo fuera explicado de forma definitiva por la razón y la ciencia, entonces ya no quedaría nada más que aprender. En opinión del personaje:

La conciencia, por supuesto, es infinitamente superior a eso de dos y dos son cuatro. Después de dos y dos, cuatro, ya no queda nada, no sólo que hacer, pero ni que aprender. Sólo nos cumple amurallar nuestros cinco sentidos y abismarnos en la contemplación. Pues bien: el mismo resultado obtiéndose con la conciencia: es decir, que ya no hay tampoco nada que hacer, salvo que todavía podemos flagelarnos a veces a nosotros mismos, y esto siempre reanima. Por retrógrado que esto resulte, siempre es mejor que nada.<sup>217</sup>

Si realmente llegara a existir ese mundo del “dos más dos son cuatro”, los cuestionamientos constantes que el personaje del subsuelo realiza tendrían la finalidad de invocar la duda, la negación, con el fin de: a) huir de las verdades definitivas (al menos en el interior de su autoconciencia); b) estrellarse contra el “muro de piedras” que esas verdades conforman (es decir, rebelarse en su contra), y c) dar inicio y sustento al comportamiento destructivo (opuesto a sus propios intereses) que después le servirá como pretexto para autoflagelarse.

### **El capítulo mutilado**

La censura aprobó la primera parte de *Memorias de subsuelo* el 20 de marzo de 1864, después de mutilar varias partes del capítulo X. Esto contribuyó, en buena medida, a oscurecer el sentido general de la novela y eliminó los argumentos favorables al ideal cristiano que estaban presentes en ella. Dostoievski menciona algo al respecto en una carta

<sup>216</sup> Cfr. M. Bajtín, *Problemas de...*, cap. 2, pp. 73-115.

<sup>217</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 114.

dirigida a su hermano Mijaíl (fechada el 26 de marzo de 1864), en la que somete a examen el primer número doble de *La Época* (cuyas pruebas acababan de salir de la imprenta).<sup>218</sup> Tras criticar las abundantes erratas y la falta de artículos que definieran la línea editorial de la nueva revista, Dostoievski asegura lo siguiente:

Tengo que quejarme también por mi texto; las erratas son horribles y hubiera sido mejor no publicar el penúltimo capítulo (el más importante, donde se expresa justamente la idea), que publicarlo como se publicó, es decir con frases cortadas y que se contradicen ellas mismas. ¡Pero no hay nada qué hacer! Los censores son unos cerdos: los lugares en los que me he burlado de todo e incluso he blasfemado *para aparentar* han sido permitidos, y aquellos en los que, de todo lo expresado he concluido la necesidad de creer en Cristo, estos han sido prohibidos. ¿Es que acaso los censores conspiran contra el gobierno?<sup>219</sup>

Debido a la intervención de la censura, el capítulo X es muy breve. No es posible determinar con exactitud cuáles fueron los cambios introducidos, pues el manuscrito original no se ha conservado y Dostoievski nunca intentó restaurar los pasajes suprimidos en ediciones posteriores.<sup>220</sup> Sin embargo, es posible realizar algunas inferencias a partir de las contradicciones que aparecen en el texto publicado.

Al principio del mencionado capítulo, el personaje del subsuelo afirma que el “palacio de cristal” eterno e indestructible, que representa los ideales del “egoísmo racional”, le inspira cierto pánico, porque no puede “sacarle la lengua” (es decir, no admite la crítica ni la duda). Después, supone que tal palacio es un gallinero y que está lloviendo. En ese caso, tal vez se guarecería en el gallinero para no mojarse, pero no por eso lo consideraría un palacio. Según la lógica de esta metáfora, el “hombre del subsuelo” podría refugiarse en el palacio de cristal —que alberga la sociedad futura imaginada por Chernishevski— para no quedarse a la intemperie, pero no por eso dejaría de percatarse de que ese refugio es en realidad un vil gallinero, que protege de las inclemencias del tiempo (es decir, que satisface necesidades prácticas inmediatas), pero nada más. Según Joseph Frank: “Lo que el hombre del subterráneo impugna no es la utilidad del gallinero, sino el hecho de que lo tomen como un palacio; el hecho de que, a cambio de sus ventajas prácticas, se le haya elevado a la categoría de ideal de la humanidad”.<sup>221</sup>

<sup>218</sup> Acerca de la revista *La Época*, consúltese el apartado “La vida de Dostoievski alrededor de la creación de *Memorias del subsuelo*”, en el capítulo 1.4 del presente trabajo.

<sup>219</sup> F. Dostoievski, *Cartas a Misha (1838-1864)* (carta del 26 de marzo de 1864), p. 333.

<sup>220</sup> Tal vez por las dificultades que implicaba pedir a los censores que reconsideraran su decisión.

<sup>221</sup> J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 415.

Al parecer, el personaje del subsuelo piensa que un “edificio” (una determinada organización social) debería satisfacer otras necesidades humanas, además de las prácticas, para que se pudiera considerar un verdadero “palacio” (es decir, un ideal de la humanidad, digno de ser construido). Si se toma en cuenta el anterior discurso del personaje, es probable que tales necesidades se relacionen con la preservación y el respeto de la libertad individual, es decir, con la “principal ventaja del hombre”.

La supresión de partes del discurso del “hombre del subsuelo” por la censura es evidente en el siguiente párrafo, donde aparece una clara contradicción:

Mas ¿qué hacer si se me ha metido en la cabeza que [...] si hemos de vivir, hemos de vivir en un palacio? Tal es mi deseo, mi voluntad. Sólo me lo quitaréis cuando mudéis mi voluntad. Pues bien: cambiádmela, seducidme con otra cosa, dadme otro ideal. Pero mientras tanto no creáis que vaya a confundir un gallinero con un palacio. Concedamos que el palacio de cristal sea tan sólo un bromazo, que no deba existir, según las leyes de la Naturaleza, que yo lo haya inventado únicamente por mi propia sandez a causa de alguna arcaica costumbre irracional de nuestra especie. Pero ¿qué me importa que no deba existir? ¿No es lo mismo que si existiera, desde el momento que existe en mis deseos, o, más bien, que existe en tanto existen mis deseos? ¿Persistís en reiros? [...] Anonadad mis deseos, suprimid mi idea, mostradme algo mejor y os seguiré.<sup>222</sup>

Luego de que el “hombre del subsuelo” menciona que mientras no le presenten un nuevo ideal no cambiará su voluntad y que, mientras tanto, no confundirá un gallinero con un palacio, comienza a hablar del “palacio de cristal” como algo que existe en *sus* deseos y como si éste formara parte de una propuesta que él mismo hubiera planteado. En ese momento, el personaje del subsuelo parece referirse a un “palacio de cristal” distinto, a uno que es incongruente con la racionalidad de las “leyes de la Naturaleza” y que es una invención suya, concebida a partir de una “arcaica costumbre irracional de nuestra especie”. El cambio es tan drástico que sólo puede explicarse conjeturando que, tras suprimir algunas partes del capítulo X, los censores unieron los fragmentos restantes, sin prestar mucha atención a las contradicciones y los fragmentos discursivos inexplicados (e inexplicables) que se generaron.

En opinión de Frank, se puede inferir que, tras calificar el “palacio de cristal” soñado por Chernishevski como un “gallinero”, Dostoievski comenzó a describir lo que para él sería un verdadero palacio, tomando como punto de partida los ideales cristianos, puesto que:

---

<sup>222</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 114.

Dostoievski, podemos suponer, debió de intentar aquí la naturaleza de un verdadero Palacio de Cristal, o mansión o edificio (su terminología no siempre es la misma), y contrastarlo con el falso edificio que en realidad era un gallinero. Por su carta, sabemos que lo hizo en tal forma que identificara un verdadero Palacio de Cristal con la “necesidad de la fe y de Cristo”, pero semejante intento tal vez confundiera y atemorizara a los censores, [...] acostumbrados ahora a considerar el Palacio de Cristal como la imagen aborrecida del socialismo ateo. Por tanto, acaso cortaran las frases en que Dostoievski trataba de dar su propio significado cristiano a este símbolo...<sup>223</sup>

La anterior interpretación podría explicar por qué Dostoievski consideraba que la censura había mutilado la idea central de *Memorias del subsuelo* y por qué terminó considerando la novela publicada como un fracaso. Sin duda, las intenciones de Dostoievski habrían resultado más comprensibles para la crítica, si en la versión final se hubiera incluido la parte en que el “hombre del subsuelo” explora la posibilidad de construir un futuro distinto al planteado por el “egoísmo racional”, a partir de los ideales y valores cristianos. La publicación del contenido suprimido seguramente habría restado un poco de oscuridad y pesimismo al personaje del subsuelo y, tal vez, habría evitado unos cuantos malentendidos.

Dostoievski llevó al personaje del subsuelo a criticar el “egoísmo racional”, hasta el punto de hacer evidente que las ideas de dicha doctrina implican la destrucción del ser humano, al reducirlo a un mecanismo animado por leyes naturales, carente de voluntad y deseos. En mi opinión, el autor de *Memorias del subsuelo* quería mostrar que la sociedad futura imaginada por Chernishevski, lejos de ser perfecta, era el “comienzo de la muerte”, para lograr un efecto dramático que enfatizara la posibilidad esperanzadora de construir un futuro distinto, a partir de la fraternidad cristiana y el respeto a la libertad. Sin embargo, la censura eliminó de la novela todo señalamiento relacionado con esa opción constructiva, justamente cuando el “hombre del subsuelo” rechazaba la posibilidad de un porvenir controlado por el determinismo.

Es posible aventurar una hipótesis más acerca del posible contenido de los argumentos eliminados por la censura, a partir de las siguientes palabras del personaje del subsuelo, que aparecen poco después, en el mismo capítulo décimo:

No hagáis cuenta de que hace un momento rechacé el edificio de cristal únicamente porque no se le podría sacar la lengua. No creáis que lo dije porque me guste sobremanera sacar la lengua. Acaso lo que únicamente me moleste sea el que entre todos vuestros edificios no haya uno sólo al cual se le pueda sacar la lengua. Por el contrario, yo consentiría sin inconveniente, por

---

<sup>223</sup> J. Frank, *Dostoievski: la secuela...*, pp. 415-416.

gratitud, que me cortasen la lengua, con tal que las cosas se arreglasen de tal suerte que yo nunca sintiese tentaciones de sacarla.<sup>224</sup>

La cuestión de “arreglar las cosas” de tal manera que el “hombre del subsuelo” dejará de sentir toda tentación de “sacar la lengua” podría relacionarse —desde mi punto de vista— con las ideas que Dostoievski expone sobre la fraternidad cristiana, en *Notas de invierno sobre impresiones de verano* (1863). Esta renuncia a “sacar la lengua” del personaje equivaldría a olvidarse de cuestionar, criticar y burlarse de aquello que le desagrada y, además, a dejar de lado su hipertrofiado orgullo, que generalmente se siente agraviado a la menor provocación. Debido a que sería muy difícil suprimir todo lo que al personaje le disgusta (lo cual implicaría construir un mundo diseñado para satisfacer sus gustos personales), la única manera de suprimir su deseo de “sacar la lengua” sería que *él mismo renunciara a hacerlo*, tras acceder voluntariamente a colaborar con la sociedad de la que forma parte. Cabe recordar que Dostoievski sostenía que la renuncia voluntaria de los individuos en favor de la comunidad sólo es posible a partir de la fraternidad cristiana, que encuentra su máxima expresión en el modelo de Cristo.<sup>225</sup>

De acuerdo con Dostoievski, la verdadera fraternidad implica que los individuos se sacrifiquen por completo a la sociedad, guiados por el principio del amor al prójimo, sin perseguir ningún beneficio a cambio. Además, considera que una comunidad fraternal no podría basarse en el cálculo racional y el utilitarismo, sino en el sentimiento y los instintos solidarios, que pasan a formar parte de un pueblo después de siglos de cristianismo. Según sus propias palabras:

Es preciso [...] que la necesidad de una comunidad fraterna nazca de la naturaleza del hombre, que éste venga al mundo con ella, o se asimile ese hábito en el transcurso de los siglos. ¿En qué consistiría esa fraternidad, si la expresáramos en un lenguaje racional, consciente? Pues en que cada personalidad, de por sí, sin la menor coacción, sin el menor provecho para sí misma, le diría a la sociedad: “Sólo somos fuertes todos unidos; tomadme a mí por entero si me necesitáis: no os preocupéis de mí, [...] que yo os cedo todos mis derechos, y podéis disponer de mí como gustéis. Esta es mi suprema dicha...: sacrificároslo todo y que no padezcáis ningún daño. Me anulo, me fundo sin la menor diferencia, con el solo fin de que resplandezca vuestra fraternidad...”<sup>226</sup>

Para Dostoievski, semejante sacrificio voluntario del individuo en provecho de los demás sería una prueba del “desarrollo superior” de su personalidad y expresaría su libertad de la manera más completa. La comunidad fraternal, por su parte, tendría que garantizar al

<sup>224</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 115.

<sup>225</sup> Cfr. “Dostoievski frente a las concepciones planteadas en *¿Qué hacer?*” en el cap. 2.1 de este trabajo.

<sup>226</sup> F. Dostoyevski, *Notas de invierno...*, p. 37.



individuo que podría contar con la mayor autonomía posible y que todos sus integrantes se encargarían de proteger su bienestar y seguridad. Los miembros de esa comunidad cuidarían unos de otros y se considerarían “hermanos”, (en el sentido cristiano de la palabra).

En concordancia con lo anterior, es razonable suponer que Dostoievski dedicó el capítulo diez de la primera parte de *Memorias del subsuelo* a contrastar el ideal del racionalismo utilitario del “egoísmo racional” con el ideal del amor al prójimo. Al parecer, tras criticar el primer ideal (simbolizado por el Palacio de Cristal, que en realidad es un gallinero) y exhibir sus peligrosas implicaciones ocultas, el “hombre del subsuelo” concluyó que la única opción para conservar la libertad humana era construir un “verdadero Palacio” (es decir, un mundo futuro), basado en la fraternidad.

### **El cierre de la primera parte**

El discurso presente en el último capítulo (XI) de la primera parte de *Memorias del subsuelo* parece indicar que el personaje central sólo ha logrado vislumbrar que el ejemplo de Cristo puede ser un punto de partida para construir una alternativa al “egoísmo racional”, pero no tiene muy claro cuál es el camino que debe seguir. Dicha impresión continuaría siendo válida aunque el material suprimido por la censura se hubiera conservado, pues cuando Dostoievski se refiere al “hombre del subsuelo” en el mencionado capítulo, lo describe como si continuara atrapado en la fase negativa de su rebelión. El personaje ha abjurado por completo del “egoísmo racional”, pero habla como si la construcción de un nuevo ideal (de un “verdadero Palacio”) fuera un asunto remoto y prácticamente inalcanzable. Según su discurso:

En fin señores: que más valdría la pena no hacer nada. ¡La inercia razonada es preferible! Pues bien: siendo así, ¡viva el subsuelo! Ya dije que envidio al hombre normal hasta la última gota de mi bilis; pero en las condiciones en que lo veo, no quiero ser como él, por más que no pueda menos que seguir envidiándolo. No, no, el subsuelo es preferible, a pesar de todo. [...] Pero ¡también en esto miento! Miento porque sé muy bien que, como dos y dos son cuatro, que no es lo mejor el subsuelo, sino algo distinto, completamente diferente, que con ansia deseo y no hallo. ¡Al diablo el subsuelo!<sup>227</sup>

En este momento, el personaje de Dostoievski ya ha tomado conciencia de que el “subsuelo” no es la mejor opción. Desprecia el mundo determinado por las “leyes de la

---

<sup>227</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 115.

Naturaleza” y a los “hombres de acción”, pero sabe que el subsuelo sólo es un refugio que le permite escapar y esconderse, sin darle ninguna posibilidad para romper con su aislamiento ni, mucho menos, para desarrollar una vida más productiva. El personaje sabe que debe existir algo distinto, mucho mejor que el subsuelo, a pesar de que no es capaz de encontrarlo.

No obstante, el “hombre del subsuelo” se topó de frente con esa alternativa en la década de 1840, pero su desmedido orgullo le impidió darse cuenta de ello. Aquello que es “algo completamente diferente”, y que el personaje desea con desesperación y no encuentra, constituye el núcleo de la segunda parte de la novela.

Fiel a su costumbre, en el capítulo once, el “hombre del subsuelo” comienza a imaginar que sus interlocutores imaginarios se enfurecen y lo descalifican. Éstos le recriminan que su proceder sea tan ambiguo, pues lanza impertinencias y después pretende disculparse; asegura no temer nada, pero persigue el aplauso ajeno; afirma que “rechina los dientes” de coraje, pero intenta provocar risa con sus ocurrencias. También le reprochan que no respete en modo alguno su propio sufrimiento y que exponga sus verdades en la plaza pública, sólo por mezquindad.

Algunas de las reclamaciones de los interlocutores imaginarios también permiten entrever que, en las partes suprimidas por la censura, el “hombre del subsuelo” no había logrado llevar su rebelión contra el determinismo a una fase constructiva. Los interlocutores le reprochan al personaje su cobardía, de la siguiente manera:

¡Qué aburridas e impertinentes son sus palabras, y al mismo tiempo cuánto miedo tiene! [...] Quiere verdaderamente decir algo, pero oculta su última palabra por miedo, porque no tiene valor para pronunciarla: sólo muestra un cobarde descaro. Se jacta de ser consciente y no hace más que titubear, porque, aunque su inteligencia rija, la maldad le ha empañado el corazón; y sin un corazón puro no puede haber conciencia regular y completa. ¡Y cuántos espavientos hace! ¡Qué importancia se da! ¡Mentira, mentira y mentira!<sup>228</sup>

Así, los interlocutores imaginarios juzgan que el “hombre del subsuelo” oculta su “última palabra” por temor, que bien podría haber desarrollado más sus ideas, para proponer un nuevo camino, que le permitiera superar tanto el “egoísmo racional” como el “subsuelo”. Pero no hay que olvidar que tales “interlocutores” han sido inventados por el mismo personaje y que todos los reproches que éstos le arrojan en la cara son en realidad autorreproches, acusaciones amargas formuladas por él mismo.

---

<sup>228</sup> *Ibidem*, pp. 115-116

El mismo personaje afirma que él ha inventado a los interlocutores que aparecen en sus memorias y que éstos son sólo un recurso literario para exponer y ordenar las objeciones que pudieran suscitar sus ideas. A esos “señores” imaginarios les dice:

Naturalmente que ahora soy yo quien inventa vuestras palabras. También esto procede de mi escondrijo. Cuarenta años he estado oyendo vuestras palabras a través de la rendija del entarimado. Las he rumiado mucho: otra cosa no he hecho. Nada de extraño tiene que se me hayan quedado grabadas en la memoria y tomado forma literaria.<sup>229</sup>

El “hombre del subsuelo” afirma que sólo escribe para sí mismo y que no desea tener lectores. Ha comenzado a redactar sus ideas y recuerdos, simplemente porque eso es más solemne que conservarlos en la memoria. También menciona que la nieve derretida que cae en el momento en que está escribiendo le ha hecho recordar una vieja anécdota, que proviene de la década de 1840.<sup>230</sup> No parece ser una casualidad que dicho recuerdo aparezca después de que sus interlocutores imaginarios le han reclamado su temor a encontrar un nuevo camino, porque esa remembranza contiene la solución que el personaje ha buscado, pero que no pudo ver. El personaje del subsuelo no analiza qué es lo que dicho recuerdo quiere decir, pero comienza a narrarlo, para procurar su olvido. Según sus propias palabras:

[...] acaso escribiendo me procurare algún alivio. Hoy, por ejemplo, pesa particularmente sobre mí un antiguo recuerdo. Me ha venido a la memoria con toda claridad estos días pasados, y desde entonces perdura en mí como un motivo musical que no quiere dejarme. Y, sin embargo, preciso es que lo ahuyente. Recuerdos como éste los tengo a centenares. Pero a veces de estos centenares viene a pesar sobre mí alguno, y no sé por qué se me figura que escribiéndolo me verá libre de él. ¿Por qué no hacer la prueba? [...] Hoy cae nieve, una nieve derretida, amarillenta y sucia. Ayer también nevó, y lo mismo estos días pasados. Parece que ha sido la nieve derretida la que ha traído a mí memoria esa anécdota que yo no puedo apartar de mi imaginación. Bueno: pues hagamos un cuento.<sup>231</sup>

El “cuento” que se expone en la segunda parte de la novela trata principalmente sobre el encuentro del “hombre del subsuelo” con una mujer del pueblo (la prostituta Liza), así como de todas las consecuencias que se derivan de ello.

---

<sup>229</sup> *Ibidem*, p.116.

<sup>230</sup> *Cfr.* lo que se dice en el apartado 2.2 de este trabajo (titulado “Las dos partes de *Memorias del subsuelo*”) acerca del subtítulo: “A propósito de la nieve derretida”.

<sup>231</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 117.

## Capítulo 2.5 La segunda parte de *Memorias del subsuelo*.

En la primera parte de la novela, cuando el personaje del subsuelo está sumido en la inactividad, menciona que “en otro tiempo” (es decir, en la década de 1840) recurría con frecuencia al recurso de ofenderse sin razón, sólo por gusto, para poder pasar a la acción y desfogar su odio. El ofenderse exageradamente le permitía superar su aislamiento por un instante, al dejarse llevar por la rabia y el deseo de venganza. Puesto que experimentaba una autoafirmación placentera al ser agresivo con otros —lo mismo que el hombre con dolor de muelas—, sus posteriores disculpas y actos de contrición sólo eran fingidos. Según su punto de vista:

En otro tiempo me complacía en pedir perdón cuando precisamente nada había hecho que lo justificase, y ésa era mi mayor vileza. Me enternecía, hacía acto de contrición, vertía lágrimas, y, ciertamente, me engañaba a mí mismo, por más que no me entregase a simulación alguna; no acertaría a decir hasta qué punto me obligaba a ello mi corazón. [...] Pero, al cabo de un minuto advertía yo mismo, con la consiguiente rabia, que todas aquellas contriciones y ternuras y juramentos de enmienda no eran sino embustes, patrañas tan ingeniosas como innobles. Pero me preguntaréis que por qué me torturaba hasta ese punto, por qué me tomaba el trabajo de hacer tantos primores. ¡Dios mío, es que me aburría de no hacer nada, y empleaba esas tretas para distraer mi tedio! [...] Yo me imaginaba aventuras, me fraguaba una vida para vivir de algún modo. ¿Cuántas veces no me habrá ocurrido resentirme sin razón, por gusto?<sup>232</sup>

Lo anterior describe una de las características principales del “hombre del subsuelo” en la segunda parte de la novela. En la década de 1840 aún no creía en el determinismo de las “leyes de la Naturaleza”, pero estaba atrapado en la vanidad y el egoísmo propios de los intelectuales aristócratas de la época, que profesaban con pasión los ideales igualitarios del socialismo utópico, pero eran incapaces de convertir en acciones concretas su amor intelectual hacia la humanidad. Además, el personaje evoca, con su dramatismo fingido y sus exageraciones constantes, el comportamiento afectado de los héroes de las obras literarias del romanticismo francés, que para él se habían convertido en modelos a seguir.

A principios de la década de 1860, Dostoievski experimentaba muy poca simpatía por los intelectuales aristócratas liberales (a los que Chernishevski había calificado despectivamente como “hombres superfluos”, en un artículo de 1858).<sup>233</sup> La queja de este grupo de hombres cultos había sido siempre en que las condiciones sociales de Rusia, asentadas en la injusticia y la servidumbre, no ofrecían un terreno adecuado para que ellos pudieran desarrollar sus talentos y capacidades. Debido a esto, poco después de la

<sup>232</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 104.

<sup>233</sup> Cfr. el apartado “La labor de Chernishevski en *El Contemporáneo*”, en el capítulo 1.3 de este trabajo.

liberación de los siervos (en 1861), Dostoievski publicó un artículo en la revista *El contemporáneo*, donde los invitaba a colaborar en la instrucción del pueblo y les pedía abandonar su pasividad y su arrogancia. Entre otras cosas, el texto decía lo siguiente:

No hacéis más que decir que aquí nada hay que hacer. Pues mirad a ver si tampoco lo hay ahora. Id y enseñadle siquiera a un chico la cartilla; ya tenéis en qué ocuparos. Pero [...] dais media vuelta indignados... “¡Vaya una ocupación para nosotros la que nos propone! —decís, sonriendo con malicia—. Nosotros guardamos en el fondo del pecho energías gigantescas. Queremos y podemos mover de su sitio a las montañas; en nuestro corazón mana una fuente de amor purísimo a la Humanidad toda. Queríamos poder abrazar de un golpe a toda la Humanidad. [...] Pero ¡ponerse un gigante a enseñarle la cartilla a un mocoso!...” [...] pero es que si no hacéis nada, os vais a morir sin haber hecho nada. [...] ¿No ansiáis una actuación gigantesca? Pues nosotros os la brindamos [...] Vamos a explicaros en qué consiste: en que prescindáis, en bien de todos, de vuestra grandeza<sup>234</sup>

Esos “gigantes” que decían amar a la Humanidad, pero eran tan soberbios que no podían enseñar a leer a un niño, son los que Dostoievski parodia en la segunda parte de *Memorias del subsuelo*. En esa sección de la novela, el protagonista encarna un vanidoso intelectual de la década de 1840, que carece de la riqueza y el prestigio social de los hombres cultos descendientes de la aristocracia (como Turguénev, Tolstoi, Panaev y Annenkov). Si bien comparte las ideas e ínfulas de los intelectuales de clase alta, el personaje no tiene un lugar definido en la sociedad rusa de su tiempo. A fin de cuentas, no es más que un *raznochinets* de los cuarenta, que carece de títulos nobiliarios y propiedades, pero consiguió cursar estudios universitarios y se instruyó de manera autodidacta.<sup>235</sup> Si bien el “hombre del subsuelo” quisiera obligar a los demás a reconocer su inteligencia y conocimientos, no hace nada para emplear su cultura libresca en beneficio de otros.

La instrucción del personaje del subsuelo lo hace sentirse superior a sus compañeros de trabajo. Proyecta en otros el descontento y la inconformidad que siente hacia su propia persona y, al mismo tiempo, detesta que no reconozcan la superioridad que él mismo se atribuye. Por eso, afirma lo siguiente:

Ahora comprendo perfectamente que a causa de mi vanidad sin límites, que me volvía muy exigente para conmigo mismo, me miraba a menudo con furioso descontento, hasta con asco, y con el pensamiento atribuía a los demás este modo de verme. [...] Ni que decir tiene que aborrecía a todos los compañeros de oficina, desde el primero hasta el último, y que a todos los despreciaba, aunque al mismo tiempo me parecía como si les tuviera miedo. [...] Los demás eran todos unos necios y se semejaban entre sí como los corderos de un rebaño. Es muy posible que yo fuese el único de la oficina que se considerase pusilánime y servil, precisamente porque era ilustrado.<sup>236</sup>

<sup>234</sup> F. Dostoyevski, *Diario de un escritor en Obras completas*, tomo IV, p. 35 (“Introducción”, cap. V).

<sup>235</sup> Como lo era el propio Dostoievski.

<sup>236</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 118.

El “hombre del subsuelo” es un ruso que se siente europeo, sin serlo, y desprecia la vida rusa común y corriente. Su cultura libresca ha hecho que su vanidad crezca a tal punto que le resulta imposible establecer relaciones cordiales con los demás. Existe una permanente contradicción entre la gran importancia que él se concede a sí mismo y la falta de reconocimiento exterior.

En cierto momento, el personaje menciona que le ocurrían cosas contradictorias. La mayor parte del tiempo, su trabajo lo asqueaba, pero de pronto ocurría que:

[...] sin causa ni motivo, iniciábase en mí una fase de escepticismo e indiferencia [...], y al punto me ponía a burlarme de mi intolerancia y repulsión y a recriminarme por mi *romanticismo*. Tan pronto me daba por no hablar con nadie como me ponía, no sólo a hablar, sino a bromear amistosamente con todos. Sin causa ni razón aparente desaparecía de pronto mi enojo. ¿Quién sabe si nunca lo habré sentido, sino que lo aparentaba, influido por mis lecturas? [...] Una vez llegué a trabar amistad con ellos, a visitarlos, a jugar partidas, beber aguardiente y hablar de ascensos.<sup>237</sup>

El “hombre del subsuelo” menciona posteriormente que sus “rachas de amistad” hacia sus compañeros terminaban pronto, porque dejaba de saludarlos y arruinaba todo, pero él mismo se percata de que su enojo y odio hacia ellos era injustificado. Su vanidad insatisfecha lo lleva a odiar a otros y a encerrarse en sí mismo, como posteriormente le ocurrirá con la influencia del “egoísmo racional”. La vanidad de los intelectuales de los cuarenta tiene consecuencias similares al determinismo mecanicista de los sesenta, pues ambos influjos aíslan al personaje del subsuelo de su entorno social y suprimen sus posibilidades de establecer relaciones amistosas con alguien.

En el fondo, el personaje del subsuelo posee los instintos fraternales que Dostoievski atribuye al pueblo ruso. Basta con que olvide por un momento sus ideas aprendidas en los libros (su “romanticismo”), para que pueda disfrutar de la amistad sencilla y libre de pretensiones de sus compañeros de trabajo. Sin embargo, eso no le satisface, porque desea vivir grandes aventuras y ser reconocido como un gran genio o un salvador de la humanidad. En vista de que su entorno inmediato no le proporciona la posibilidad de realizar sus sueños de grandeza, el “hombre del subsuelo” se tiene que conformar con llevarlos a cabo en sus fantasías. Sin embargo, cuando pasa un tiempo e intenta poner en práctica algunos de los buenos propósitos que ha fantaseado, se produce inevitablemente un choque con su realidad social, que lo conduce a experimentar situaciones raras y trágicas.

---

<sup>237</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 119.

### **El libertinaje y las fantasías sobre “lo bello y lo sublime”**

Todos los intelectuales de los cuarenta llevaban, hasta cierto punto, una vida “subterránea”. La represión política impedía que las ideas basadas en el socialismo utópico fueran expuestas en público y toda acción concreta que se encaminara a transformar la sociedad rusa en un sentido liberal estaba prohibida. Las energías que se debían emplear en la vida social solían permanecer encerradas en la imaginación de sus portadores. Algunos intelectuales formaron grupos (como la “Pléyade” de Belinski y el círculo de Petrashevski), en los que intercambiaban ideas e impresiones, pero se trataba de organizaciones cerradas, casi clandestinas, que actuaban en el ámbito de lo “subterráneo” y no tenía ninguna posibilidad de expresar abiertamente sus puntos de vista ni, mucho menos, de influir en la sociedad.<sup>238</sup>

Al igual que el joven Dostoievski en la década de 1840, el “hombre del subsuelo” sentía bullir en su interior un apasionado conjunto de ideas y emociones, que no podían expresarse en el mundo exterior. Además de la represión política, el personaje del subsuelo no encuentra ninguna ocupación estimulante en su realidad inmediata. Su presunción vanidosa de que podría llevar a cabo grandes acciones para beneficiar a la Humanidad, lo lleva a despreciar su entorno social inmediato. En tales circunstancias, sólo le queda encerrarse en sí mismo y ponerse a leer. Una vez que se cansa de la lectura, se dedica a frecuentar los prostíbulos. Según sus palabras:

Quando me recogía en mi tabuco, lo que más hacía era leer. Deseaba que las expresiones exteriores sofocasen cuanto en mí bullía, y de las impresiones exteriores sólo podía permitirme la lectura. Ni que decir tiene que la lectura me era de gran provecho. Me conmovía, me deleitaba y me atormentaba. Pero en ciertos momentos me producía un tedio horrible. Mas a veces me entraban ganas de moverme, a pesar de todo, y me hundía en un libertinaje vil y subterráneo más bien que en el vicio. Las pasiones eran en mí vivas y ardientes, por efecto de mi enfermiza y constante excitación. Sufría crisis nerviosas, con lloros y convulsiones. Aparte la lectura, no tenía otro escape. Es decir, que en cuanto me rodeaba nada había que mereciese mi estimación ni me atrajese. Además, hacia presa de mí el hastío; sentía una nerviosa necesidad de contradicciones y contrastes, y me lanzaba de lleno a la mala vida.<sup>239</sup>

El “hombre del subsuelo” se entregaba al libertinaje por las noches, a hurtadillas, con un miedo espantoso de que pudiera toparse con algún conocido. Cuando finalmente sus “crisis de libertinaje” pasaban, experimentaba asco y vergüenza; sufría una gran culpa,

<sup>238</sup> Véase el capítulo 1.2 del presente trabajo: “La intelectualidad rusa en la década de 1840”.

<sup>239</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 120.

combinada con un sentimiento de repugnancia. En tales momentos, se entregaba al recurso de fantasear durante tres meses seguidos, lo cual “resolvía” todo de maravilla. Concebía sueños, teñidos de lo “bello y lo sublime”, en los que se imaginaba integrándose a la sociedad como un héroe, que prodigaba amor a la Humanidad y era reconocido y admirado por todos. El personaje del subsuelo afirma que:

De pronto me convertía en un héroe. [...] venían a lisonjearme los más dulces y vehementes sueños. Acompañábanse de lloros y pesares, de maldiciones y arrebatos. [...] Tenía fe, esperanza y amor. Efectivamente, creía entonces a cierra ojos que, por virtud de algún milagro, de alguna circunstancia exterior, todo se dilataría como por encanto; que, de pronto, se ofrecería a mi vista un horizonte, de actividad digna, soberbia y bienhechora, y, sobre todo, *completamente accesible* (no hubiera podido decir cual, pero sí que habría de ser completamente accesible), y que volvería a presentarme en el mundo punto menos que coronado de laureles y jinete en blanco corcel. No podía figurarme a mi mismo desempeñando un papel secundario, y precisamente por eso es por lo que, en la realidad, ocupaba tranquilamente el último puesto.<sup>240</sup>

Por supuesto, unas fantasías tan grandiosas resultaban contradictorias con el hecho de dedicarse al libertinaje, pero el personaje concebía ingeniosas excusas para justificar este hecho. Cuando se “hundía en el cieno” se consolaba pensando que en otros momentos era un héroe consumado, cuya grandeza tapaba el fango. En su opinión, un hombre común y corriente debía sentirse avergonzado por mancharse de lodo, pero un verdadero héroe estaba demasiado alto como para que el fango lo salpicara. A fin de cuentas, todos sus defectos debían ser perdonados a la luz de sus “magníficas contribuciones al bienestar de la Humanidad”.

El “hombre del subsuelo” destaca que muchas veces sus fantasías relacionadas con “lo bueno y lo elevado” aparecían justamente en el transcurso de sus juergas, cuando estaba más hundido en el fango. Sus ensueños no detenían el libertinaje, sino que, por el contrario, lo reanimaban por efecto del contraste, haciéndolo más grato. Para él: “La salsa del licencioso manjar componíase de contradicciones y sufrimientos, juntos con un doloroso análisis interior; y todas esas desazones, grandes y pequeñas, añadían un condimento y dotaban de cierto sentido a mi licencia”.<sup>241</sup> Generalmente, justificaba sus visitas a los prostíbulos pensando que no se trataba de una cuestión ordinaria y vil, sino que eran actos realizados por un héroe incomprendido, que amaba a la Humanidad, pero pasaba por un

---

<sup>240</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>241</sup> *Idem*.



mal momento, porque algunas circunstancias externas le impedían ejercer su actividad bienhechora. Imaginaba que pronto saldría del fango, para cumplir su heroico destino.

Las fantasías del personaje del subsuelo solían implicar que, finalmente, la Humanidad reconocía, arrepentida, que no le había prestado toda la atención que con justicia se merecía. Tras ser reivindicado, él perdonaba a todos y asumía su lugar como héroe, desde el cual lograba expresar el gran amor almacenado en su corazón. Al respecto, asegura lo siguiente:

Pero ¡cuánto amor, Dios mío, cuánto amor no he sentido así en mis ensueños, en aquellas *zambullidas en todo lo bello y sublime!* Ciertamente que era un amor fantástico, inaplicable a ninguna obra humana; mas rebosaba en él mi alma en tal medida, que, verdaderamente, no sentía yo la necesidad de darle aplicación alguna; eso hubiera sido un lujo inútil. [...] Yo, por supuesto, triunfo sobre todo el mundo: todo el género humano queda hundido en el polvo y ha de reconocer de buen grado mis perfecciones, y yo, en cambio, los perdono a todos. Soy poeta distinguido, tengo asiento en la Cámara, me vuelvo afable; logro reunir muchos millones y al punto se los entrego a la humanidad...<sup>242</sup>

Los ensueños del “hombre del subsuelo” tienen una clara función reivindicatoria y son el único recurso del que dispone para conciliar (imaginariamente) el abismo gigantesco que existe entre la enorme importancia que le concede a su cultura libresca y el lamentable hecho de “ocupar el último puesto” en la vida cotidiana. La falta de reconocimiento social le molesta tanto que en sus sueños es admirado y aplaudido por todos, pero luego de satisfacer sus deseos de venganza, imaginando que la Humanidad le pide perdón de rodillas, por no haber sabido reconocer su grandeza. Así, la crítica de Dostoievski no sólo se dirige a la ineptitud de los intelectuales “románticos” de los cuarenta para contribuir al mejoramiento de su sociedad, sino también al hecho de que su presunto amor por la Humanidad no era más que una farsa, pues lo único que realmente les interesaba era satisfacer su vanidad egoísta.

El personaje del subsuelo menciona que los “románticos rusos” eran muy diferentes a los románticos franceses, que “soñaban con la estrellas”, porque nunca perdían de vista el fin práctico y útil. No se conciliaban con nada, pero tampoco menospreciaban ninguna posibilidad; cedían en todo de manera atinada, con la mira de obtener alguna pensión o consideraciones oficiales. Buscaban que el gobierno les pagara la casa, por encima de todos sus entusiasmos y libros de poesía romántica, pero conservaban *lo bello y lo sublime* intacto en su interior. En su opinión: “Por eso tenemos tantos espíritus *profundos*, que nunca, por

---

<sup>242</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 126.

muy bajos que caigan, pierden su ideal. Ciertamente que nada hacen por él, que son rateros y bandidos declarados; pero adoran su ideal hasta verter lágrimas, y en el fondo de su corazón son dechados de honradez”.<sup>243</sup>

Al igual que el “hombre del subsuelo”, los “románticos rusos” utilizaban sus ideales para sentirse a salvo de la corrupción mundana, a pesar de que en los hechos hicieran justamente lo contrario de lo que pregonaban sus elevados ideales.

Luego de que Dostoievski describe las características principales del tipo de intelectual que el personaje del subsuelo representaba en la década de los cuarenta, comienza a narrar algunas de las situaciones tragicómicas en las que éste se veía envuelto cuando intentaba relacionarse con otras personas.

### **Un acto de reivindicación personal en la avenida Nevski**

Durante una de sus “crisis de libertinaje”, el personaje del subsuelo caminaba frente a una taberna de ínfima categoría. Unos hombres que jugaban billar peleaban en su interior y terminaron lanzando a un sujeto por la ventana. La escandalosa situación llevó al personaje del subsuelo a sentir envidia por el hombre agredido. Presa de entusiasmo, entró a la taberna y avanzó hacia la sala de billar, con la esperanza de que también a él lo arrojaran por la ventana. Según su relato: “No estaba borracho; pero ¿quién puede decir a qué crisis nerviosa no es capaz de llevarnos el aburrimiento?”.<sup>244</sup>

Un alto y corpulento oficial del ejército pronto lo “hizo entrar en razón”. Como el “hombre del subsuelo” le estorbaba el paso, el militar lo tomó por los hombros y lo hizo a un lado, de la misma forma en que se mueve una silla. No le ofreció ninguna explicación y ni siquiera lo volteó a ver. El personaje del subsuelo podría haber perdonado que el oficial lo golpeará, pero no que lo ignorara de esa manera. Quiso protestar, pero prefirió retirarse enfurecido, después de analizar la situación.

El personaje del subsuelo afirma que no tuvo miedo del militar por simple cobardía, sino por un exceso de amor propio. Según él, no tuvo miedo de ser golpeado y arrojado por

---

<sup>243</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>244</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 121.

la ventana, porque tenía el valor físico necesario, pero le faltaba el valor moral. De acuerdo con sus palabras:

Tenía miedo de que ninguno de los presentes, empezando por el militar y terminando por el último empleadillo corrompido y pecoso, me comprendiese, y todos se burlasen de mí cuando me pusiese a protestar, empleando un lenguaje literario. Porque no es posible hablar entre nosotros del punto de honor (es decir, no del honor, sino del punto de honor) de otro modo que con un lenguaje literario. El lenguaje corriente no sirve para tocar el punto de honor. Estoy firmemente persuadido [...] de que todos se hubiesen echado a reír.<sup>245</sup>

Los militares consideraban indecoroso batirse en duelo con los civiles y miraban con sumo desdén a la gente común y corriente. Ocupaban un lugar destacado en la jerarquía social rusa y solían comportarse en concordancia con ello.

El “hombre del subsuelo” permaneció resentido durante años contra el oficial. Cuando se lo encontraba caminando por la calle, lo miraba con rabia y enconó, aunque éste ni siquiera notaba su existencia. Entonces comenzó a seguir al militar. Una vez se enteró de su nombre, pues alguien lo llamó en voz alta; en otra ocasión, lo siguió hasta su departamento y sobornó al portero del edificio para averiguar sus datos.

El “hombre del subsuelo” menciona que había momentos en que su cólera lo ahogaba. Redactó una sátira sobre su enemigo y la envió a una revista, pero el cuento nunca fue publicado. Finalmente, decidió escribir una carta, en la que pedía al oficial que le presentara excusas y hacía alusiones concretas al duelo, en caso de que se negara. Aunque la misiva fue redactada dos años después de la afrenta, su hábil estilo trataba de justificar el ridículo anacronismo. Esa carta expresaba una fuerte ambivalencia de sentimientos, que su autor describe así:

Aquella carta estaba escrita en términos que si el oficial hubiese comprendido lo más mínimo de lo bello y sublime, seguramente habríase dado prisa a venir a mi casa para echarme los brazos al cuello y brindarme su amistad. ¡Y qué hermoso habría sido tal rasgo!... ¡Qué buenas migas hubiéramos hecho! ¡Y tan buenas! Él me hubiera amparado con su corpulencia, y yo, a mi vez, habríale ennoblecido con mi talento y también... con mis ideas. ¡Y quién sabe lo que de ahí pudo haber salido!<sup>246</sup>

Una vez más, el “hombre del subsuelo” muestra que el odio que siente hacia otros es sólo parte de una estrategia equívoca y retorcida para procurar un acercamiento amistoso y para escapar del aburrimiento. El personaje intenta forzar a los demás a que le concedan reconocimiento y respeto, pero sus métodos agresivos sólo producen reacciones violentas.

---

<sup>245</sup> *Idem.*

<sup>246</sup> *Ibidem*, p. 122.

Por fortuna, la carta que escribió para el militar no le produjo problemas, pues finalmente se desistió de enviarla.

El “hombre del subsuelo” finalmente encontró una solución para reivindicarse ante el oficial, gracias a las caminatas que solía realizar por la principal avenida de San Petersburgo. Tales paseos implicaban para él un festín de autoescarnio y sólo su marcada tendencia a gozar con su propia degradación<sup>247</sup> puede explicar por qué volvía una y otra vez al mismo lugar. Según su propia descripción:

Yo me escurría como una anguila, con el mayor desgarbo, por entre los paseantes, cediéndoles la acera, ya a los generales, oficiales, guardias montados o húsares, ya a las señoras. En tales momentos experimentaba convulsivos dolores en el corazón y en la espalda un ardor insufrible al representarme el lamentable estado de mi indumentaria, el lamentable estado y bajeza de mi persona, que se escurría. Era aquello un verdadero suplicio, una insufrible y constante humillación mental, que al punto se trocaba en la sensación aguda y directa de no ser más que un moscardón entre toda aquella gente, un despreciable moscardón inútil... —más inteligente, desarrollado y generoso, ni que decir tiene—, pero un moscardón que cedía a todos el paso y al que todos ofendían y humillaban. ¿Por qué me sometía yo a esa tortura, por qué iba al Nevskii? No sé.<sup>248</sup>

La atracción de la avenida Nevski sobre el “hombre del subsuelo” se acrecentó después del episodio de la taberna, porque comenzó a encontrarse allí con el oficial que lo había levantado de hombros. El personaje comenzó a observar cómo se comportaba el militar mientras caminaba por la avenida. Se sorprendió al descubrir que también éste cedía el paso a los generales y los personajes de importancia, escurriéndose como una anguila. Sin embargo, cuando el oficial se cruzaba con personas del estrato de los empleados, o inclusive más encumbrados, pasaba “por encima” de ellos, sin hacerse a un lado jamás, como si frente a él sólo existiera un espacio vacío. El personaje del subsuelo se embriagaba de cólera al contemplar lo que hacía el oficial, pero le cedía el paso cada vez que se cruzaba con él.

Después de dejarle el paso al oficial, el personaje del subsuelo se encolerizaba por horas. Le atormentaba no poder ser su igual, ni siquiera en la calle. Se preguntaba por qué tenía siempre que apartarse primero, cuando lo correcto sería que ambos pusieran algo de su parte y se apartaran un poco, mostrando una recíproca deferencia. Una noche, de esos tormentos interiores surgió el siguiente pensamiento asombroso:

“¿Y si yo me diese de cara con él y no me apartase? ¿Y si lo hiciera expresamente, aunque para ello tuviera que zarandearlo? ¿Qué es lo que pasaría?” Aquella temeraria idea se fue

<sup>247</sup> Cfr. el apartado “La voluptuosidad frente a la propia degradación”, en el cap. 2.3 del presente trabajo.

<sup>248</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, pp. 122-123.

apoderando de mí, hasta el punto de no dejarme momento de reposo. [...] Aquel proyecto parecíame cada vez más posible y probable. “Empujarlo —me decía a mí mismo—, eso no; sino sencillamente, no desviarme para dejarle paso, tropezar con él, no muy fuerte, sino dando hombro con hombro, sin pasar de aquello que el decoro consiente, de forma que no lo empuje más de lo que él me empuje a mí”. Sólo pensar aquello me enternecía de gozo. Al cabo, mi resolución se hizo definitiva.<sup>249</sup>

Si bien el “hombre del subsuelo” estaba resuelto a realizar su proyecto, éste requería muchos preparativos para llevarse a la práctica. En primer lugar, consideró que tenía que ir bien vestido. Pidió un anticipo sobre su sueldo para comprarse unos guantes negros y un sombrero. Lo más difícil fue sustituir el cuello de su vieja capa, por uno de piel de castor, como los que usaban los militares.<sup>250</sup> Tras recorrer varias tiendas, encontró un cuello de castor alemán, muy barato. Se tardó un tiempo en atreverse a pedir un préstamo al jefe de su oficina, pero finalmente lo consiguió. Cuando su indumentaria estuvo lista, comenzó a asistir a la avenida Nevski para realizar ensayos.

Pronto el personaje del subsuelo comenzó a desesperar. Todos los preparativos previos y proyectos no servían de nada, cuando llegaba el momento de la verdad. Cada vez que se proponía chocar con el corpulento oficial, terminaba haciéndose a un lado. En una ocasión estuvo a punto de lograrlo, pero le faltó valor cuando se encontraba sólo a dos pulgadas de su objetivo. Se apartó de un salto y, de nueva cuenta, el oficial lo arrolló. Esa noche padeció fiebre y delirio.

Todo se resolvió de manera inesperada. El “hombre del subsuelo” acudió a la avenida Nevski, con el propósito de renunciar a su proyecto, cuando vio venir de frente al oficial. Él narra de la siguiente manera lo que sucedió entonces:

De pronto, encontrándome a tres pasos de mi enemigo, me decidí de un modo inesperado; cerré los ojos y... chocamos, recio, hombro con hombro; yo no cedí ni una pulgada, y pasé adelante, como de igual a igual. Él ni siquiera se volvió; hizo como si no lo hubiera notado; pero seguro estoy de que sí lo notó. ¡Estoy seguro hasta hoy! Claro que fui yo quien recibí el envite más recio; él era más fuerte que yo. Más no se trata de eso. Lo importante es que me salí con la mía. Sostuve mi dignidad. No cedí ni un paso y públicamente hice alarde de igualdad social con él. Volví a casa completamente vengado.<sup>251</sup>

Sobre esta anécdota del enfrentamiento con el oficial se puede destacar que el “hombre del subsuelo” finalmente consigue pasar a la acción —en buena medida porque al hacerlo no se detiene a pensar— y que esta vez intenta obtener un desagravio justo y moderado. No actúa impulsado por la vanidosa necesidad de ser reconocido como un genio

<sup>249</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>250</sup> Las referencias al famoso cuento “El capote”, de Gógol, son más que evidentes.

<sup>251</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 125.

o un héroe, sino como alguien que persigue el mínimo reconocimiento de su dignidad humana. El personaje obtiene un logro que podría parecer insignificante, pero que constituye un gran paso para él: consigue salir del “subsuelo” y realizar un acto efectivo de reivindicación social, aun en contra de las costumbres de la aplastante estratificación social rusa.

En realidad, los esfuerzos realizados por el “hombre del subsuelo” para reafirmar su dignidad son parecidos a los que tendría que llevar a cabo cualquier empleado ruso de la década de 1860, tan sólo para poder imaginarse a sí mismo como un ciudadano similar a los de los países occidentales; es decir, como alguien que tiene (legalmente) los mismos derechos que los demás.

Marshall Berman observa lo siguiente, cuando analiza la descripción de las humillaciones que el personaje del subsuelo experimentaba al ceder el paso al oficial:

Una anguila que se desliza, una mosca, un espacio vacío; aquí, como siempre en Dostoievski, las variedades y los matices de la humillación cortan la respiración. Pero aquí, Dostoievski es particularmente categórico al mostrar cómo las gradaciones de la degradación no provienen de la anormalidad de su héroe, sino de la estructura y el funcionamiento normales de la vida en San Petersburgo. La Nevski Prospekt es un espacio público moderno que ofrece una seductora promesa de libertad; y, sin embargo, para el pobre empleado de la calle, las configuraciones de casta de la Rusia feudal son más rígidas y más humillantes que nunca.<sup>252</sup>

Al enojarse por la falta de consideración del abusivo militar hacia los empleados pobres, el “hombre del subsuelo” no se rebela contra algo que esté exagerando en su imaginación o que provenga de su vanidad insatisfecha. Era un hecho que los oficiales del ejército no acostumbraban concebir a los empleados pobres como seres humanos y, al parecer, ni siquiera se percataban de que existían.

Por otra parte, también hay que tomar en cuenta que las manifestaciones de la estratificación social rusa resultaban particularmente dolorosas para alguien que, como el “hombre del subsuelo”, conocía y admiraba los ideales del liberalismo francés. Cuando se enfrenta con el militar, el personaje del subsuelo intenta influir en la realidad social a partir de sus ideales y trata de realizar una acción liberadora concreta. A fin de cuentas, eso es lo que harían los “hombres nuevos” de Chernishevski.

---

<sup>252</sup> M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, p. 231. La avenida Nevski era similar a los bulevares de París por sus dimensiones, su elegancia y sus tiendas con grandes escaparates, que exhibían mercancías europeas. En ella interactuaban todos los estratos sociales de San Petersburgo.

Todo este episodio del enfrentamiento con el oficial es una parodia de una anécdota narrada en *¿Qué hacer?* concebida por Chernishevski para ejemplificar la fortaleza de carácter del personaje Lopujov. En dicha novela, éste caminaba por la avenida Kameni-Ostrovski,<sup>253</sup> después de impartir una clase particular, cuando un individuo alto y corpulento avanzó hacia él, sin la menor intención de hacerse a un lado. Lopujov no se apartó, pues sólo cedía el paso a las damas, y ambos chocaron con los hombros. El desconocido comenzó a reclamar su proceder al estudiante de medicina y lo llamó “cerdo”. Pero antes de que el sujeto pudiera continuar, Lopujov lo alzó en vilo y lo depositó, sentado, sobre el lodo de un canal de desagüe, que corría a lo largo de la avenida. Después, se plantó frente a él y le advirtió que si se movía lo empujaría aún más. Esta singular escena culmina con una inverosímil reacción de otros transeúntes:

Pasaron dos mujiks, lo vieron [a Lopujov] y lo elogiaron; pasó un funcionario, lo vio y, sin elogiario, sonrió irónicamente; pasaron coches y nadie miró porque no se veía lo que había en la zanja. Lopujov permaneció un rato de pies sobre el desconocido. Después lo levantó y, agarrándolo del brazo, lo llevo hasta la mitad de la calle y le dijo: “¿Ha resbalado usted, caballero? ¿Se ha hecho daño? Permítame que le ayude a limpiarse”. Pasó un mujik y le ayudó a limpiarlo; pasaron dos ciudadanos y también le ayudaron, tras de lo cual se separaron todos.<sup>254</sup>

Lo más llamativo del acto heroico de Lopujov no es su coraje ni su fortaleza física, sino su completa ausencia de vacilaciones y dudas para pasar directamente a la acción. Lopujov es un personaje sin conflictos internos, que no teme meterse en problemas al defender su dignidad frente a un hombre que, sin duda, forma parte de las clases sociales dominantes. No se detiene a pensar que su humillado rival podría hacer que lo encarcelaran, que podrían expulsarlo de la universidad o que podría ser agredido por las otras personas que por allí caminaban.

Con la mencionada anécdota, Chernishevski quiere ejemplificar lo que haría un “hombre nuevo” en similares circunstancias, al estar libre de los conflictos interiores que, en su opinión, mantuvieron dócilmente paralizadas a las anteriores generaciones. Sin embargo, esta historia no sólo se sostiene sobre el voluntarismo de Lopujov, sino en la extraña circunstancia de que el desigual contexto social de la sociedad rusa no aparece en ninguna parte. Los campesinos y el funcionario que contemplan los hechos dan la razón a Lopujov, e inclusive le aplauden, como si él no fuera un estudiante pobre desafiando a un

<sup>253</sup> Esta avenida terminaba en la Fortaleza de Pedro y Pablo, en la que estaba encerrado Chernishevski mientras redactaba la novela *¿Qué hacer?*

<sup>254</sup> N. G. Chernishevski, *¿Qué hacer?*, pp. 223-224.

hombre con poder, es decir, como si fuera un pleito entre individuos iguales y no un enfrentamiento ambientado en una avenida de San Petersburgo, en la década de 1860. Al respecto, Berman opina lo que sigue:

Pero esta misma ausencia de conflicto interior priva a la victoria de Lopujov de algo de la alegría que debería traer consigo: es demasiado rápida, demasiado fácil [...] Resulta irónico que Chernichevski sea conocido como el defensor más destacado del “realismo” literario y enemigo de toda la vida de lo que él llamaba una “fantasmagoría”: sin duda es éste uno de los héroes más fantásticos, y una de las escenas más fantasmagóricas, de la historia de la literatura rusa. Los géneros literarios con que está emparentado se encuentran en el polo opuesto del realismo: el relato de frontera americano, la épica del guerrero cosaco [...] Chernichevski es un auténtico “soñador de San Petersburgo” en el fondo de su corazón.<sup>255</sup>

Berman también menciona que en el “relato de frontera” no existen las clases sociales y que en éste un hombre se enfrenta individualmente con otro, en un vacío. Es por esto que, con toda razón, afirma que Lopujov se parece más a un pistolero del Oeste americano o a un salvaje de las estepas que a un hombre de San Petersburgo.

La parodia de Dostoievski apunta justamente a destacar aquello de lo que el relato de Chernishevski adolece: el asfixiante contexto de desigualdad social vigente en la sociedad rusa del decenio de 1860. Para Dostoievski, la realidad social y sus efectos psicológicos no eran algo que simplemente pudiera olvidarse o “hacerse a un lado”, como el autor de *¿Qué hacer?* nos sugiere. En realidad, la anécdota de Lopujov empujando a un hombre rico en el lodo, con otros personajes alrededor aprobando esa acción, es una fantasía ridícula, la afirmación de una igualdad que no existe realmente, a partir de un acto de intrepidez individual.

Al poner énfasis en todos los problemas por los que tendría que pasar un empleado pobre sólo para lograr concebirse como un individuo con los mismos derechos que los demás y para atreverse a empujar a un oficial en la calle, Dostoievski da a entender que los actos de reivindicación social no son tan fáciles de realizar, como imaginaban los radicales. Chernishevski y sus seguidores fantaseaban con transformar la sociedad rusa de una manera sencilla, creyendo que un puñado de “hombres nuevos” podía hacerlo, a partir de su decisión y valor, pero estaban equivocados.

A partir del “hombre del subsuelo”, la mirada de Dostoievski penetra en los sentimientos de impotencia y desamparo de los hombres del pueblo ruso, frente al poderoso orden jerárquico establecido en Rusia, que evidentemente no podían cambiar sólo con

---

<sup>255</sup> M. Berman, *Op. Cit.* p. 224.



heroicos actos individuales o críticas ingeniosas. Dostoievski fue encarcelado a fines de la década de los cuarenta por planear algunas acciones de propaganda revolucionaria que, de haberse concretado, habrían tenido muy poco efecto sobre la realidad política. En los sesenta, un Dostoievski mucho más maduro tenía planes de transformación social a largo plazo, que deberían iniciarse con la instrucción del pueblo. Por su parte, Chernishevski y sus panegíricos siguieron el camino del voluntarismo político, que los llevó a enfrentar una brutal represión, muy similar a la que padecieron los miembros del “Círculo de Petrashevski”, en 1849.

Dostoievski sabía que los intelectuales *raznochintsi* no podían organizar una revolución a mediados de 1860, a partir de actos valientes y buenos deseos, porque no existían condiciones objetivas para que se produjera un levantamiento popular. También sabía que si los seguidores de Chernishevski seguían actuando como si esas condiciones realmente existieran, estaban condenados a fracasar.

### **La cena en honor de Zviérkov**

Un día, el “hombre del subsuelo” decidió ir a visitar a Simónov, un antiguo compañero del colegio militarizado en el que había estudiado. Al llegar a casa de éste, lo encontró reunido con otros dos excondiscípulos suyos, Ferfichkin y Trudoliúbov. Los tres lo trataron con desdén y continuaron hablando sobre un banquete que iban a organizar en honor de su amigo Zviérkov,<sup>256</sup> que era un oficial del ejército ruso e iba a ser transferido a una provincia lejana. El personaje del subsuelo odiaba a Zviérkov, pero aseguró que también él deseaba asistir al convite. Sus excompañeros se sintieron obligados a invitarlo, aunque aceptaron de muy mala gana. La celebración se llevaría a cabo el día siguiente, en el Hotel de París.

Esa noche, el “hombre del subsuelo” tuvo pesadillas, pues gravitaban sobre él los recuerdos de su miserable vida escolar. Tras quedar huérfano, unos parientes lejanos se habían hecho cargo de él. Lo inscribieron en un colegio militar y no volvió a saber más de ellos. Sus condiscípulos lo acogieron con burlas perversas e implacables, mientras él se asombraba de la vacuidad de sus intereses. Desde su punto de vista:

---

<sup>256</sup> Zviérkov es un nombre satírico derivado de la palabra *zvier*, que significa bestia o fiera.

Aceptaban, [...] con fantástica necedad, la realidad más evidente, la que salta a la vista, y habían adquirido ya la costumbre de no inclinarse sino ante el éxito. De cualquier cosa justa que sufriera humillación y servidumbre reíanse de un modo vergonzoso y cruel. Consideraban la posición social como indicio de inteligencia, y a los dieciséis años discutían ya sobre cuáles eran los mejores puestos. [...] Eran viciosos hasta la monstruosidad. Cierto que en todo ello había mucho de ostentación, de cinismo adquirido. [...] Yo los aborrecía a todos profundamente, aunque puede que fuera peor que ellos. Mis condiscípulos me pagaban con la misma moneda, y no me ocultaban su aversión.<sup>257</sup>

El personaje del subsuelo se aplicó al estudio y llegó a ser de los primeros en todo el colegio. Eso intimidó un poco a sus compañeros, pero no renunciaron por completo a sus burlas. A fin de cuentas, aunque cesaron las pullas, persistió una sensible frialdad y tirantez en el trato recíproco.

Zviérkov recibió una herencia de doscientas almas (siervos) durante el último año escolar, lo cual hizo que sus compañeros lo consideraran de inmediato un hombre exitoso, elegante y distinguido. Gracias a sus padrinos, obtuvo muy buenas notas. Con el tiempo, cosechó logros en su carrera militar e incrementó su riqueza. El personaje del subsuelo lo despreciaba por su inmoralidad, aunque envidiaba su éxito social.

Al día siguiente, el “hombre del subsuelo” comenzó a prepararse para acudir al festejo. Su ropa estaba vieja y el pantalón que debía usar tenía una enorme mancha amarillenta sobre la rodilla. Tiritaba de fiebre, mientras se imaginaba la frialdad con la que lo recibiría Zviérkov, el desdén en la mirada de Trudoliúbov, las burlas de Ferfichkin y el desprecio de Simónov. Sabía muy bien que la reunión no tendría nada de “literario” y que lo mejor era no acudir. A pesar de todo, la morbosa situación le atraía y no deseaba reprocharse después haber tenido miedo de la realidad.

El personaje del subsuelo soñaba con obtener una victoria sobre sus excompañeros. Imaginaba que le tomaban afecto, gracias a sus “altas miras y talento innegable”, y que todos se olvidaban de Zviérkov, para escuchar sus palabras. Entonces él lo invitaría a hacer las paces, brindarían juntos y comenzarían a tutearse.

Dostoievski enfatiza que los deseos de venganza y dominio del “hombre del subsuelo” no provenían realmente de su corazón, sino que eran necesidades artificiales, surgidas de las ideas que había adquirido y exaltadas por su vanidad. El propio personaje se percataba de ello, pues pensaba lo siguiente: “Pero lo que más me hería y más doloroso parecía era que de antemano sabía yo con certeza absoluta que de nada de eso sentía

---

<sup>257</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 131.

necesidad, que en modo alguno deseaba humillarlos, ni imponerme a ellos, ni menos parecerles bien, y que por semejante resultado, supuesto que pudiese obtenerlo, no hubiera dado un grosch”.<sup>258</sup>

Cuando el personaje del subsuelo llegó al restaurante del Hotel de París, poco después de las cinco, no encontró a nadie. En el mostrador le informaron que el banquete había sido ordenado una hora después. Los invitados llegaron a las seis en punto, encabezados por Zviérkov. Al “hombre del subsuelo” le resultó insultante y soberbio el trato que éste le dio, ya que adoptó con él un tono condescendiente. Le pareció que, con toda seguridad, Zviérkov se consideraba superior a él en todos los sentidos y que lo miraba con un aire protector sólo para vejarlo.

Al ver la timidez del “hombre del subsuelo”, Zviérkov comenzó a preguntarle donde trabajaba y cuánto le pagaban. Tras obtener respuesta, Zviérkov observó que eso era muy poco, Ferfichkin dijo que con esa cantidad uno no podía darse el lujo de cenar en un restaurante y Trudoliúbov observó que era un sueldo completamente irrisorio. Zviérkov dijo al personaje del subsuelo que había enflaquecido mucho y lo miró con piedad, tras lo cual éste comenzó a discutir con Ferfichkin. Zviérkov los interrumpió con aire autoritario y dijo que sería mejor que oyeran la historia de cómo casi se casaba dos días atrás. Todos escucharon el relato con gusto, aunque sólo se trataba de un pretexto para sacar a relucir nombres de generales, coroneles y otros funcionarios importantes. Mientras los amigos de Zviérkov reían a carcajadas, el personaje del subsuelo se sintió abandonado y comenzó a reflexionar lo siguiente:

“¡Dios mío! ¿Es digna de mí toda esta gente? [...] ¡Qué torpe he estado con ellos! He dejado que Ferfichkin se tomara demasiadas libertades. Esos imbéciles creen haberme hecho un gran honor concediéndome un lugar en su mesa y no comprenden que soy yo quien se lo hace...”  
 “¡Qué delgado está! ¡Qué traje lleva puesto!” [...] Pero, después de todo, ¿a qué aguantar tantas vejaciones? Con levantarme de la mesa, coger el sombrero y largarme sin decir adiós... ¡Si no lo hago es porque no se salgan con la suya! Mañana, si quieren, me batiré con todos ellos. ¡Los muy cobardes!<sup>259</sup>

Sin embargo, el “hombre del subsuelo” no se levantó de la mesa ni se retiró. En la década de cuarenta buscaba situaciones en las que sabía de antemano que sería denigrado, como una manera de trasladar a la realidad el permanente conflicto que bullía en su interior. Su vanidad le hacía sentirse merecedor de reconocimientos y honores, pero su cultura e

<sup>258</sup> *Ibidem*, pp. 132-133. (Un *grosch* es un centavo).

<sup>259</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 135.

inteligencia permanecían completamente disociadas de su entorno social. En tales circunstancias, el personaje del subsuelo buscaba estrellarse con la realidad, provocando que personas que ocupan una posición social superior —las cuales ciertamente lo ven con desprecio por su marginación y pobreza—, lo humillen.

Aunque ese “estrellarse contra la realidad” tiene un efecto devastador, permite al personaje del subsuelo ratificar su odio contra la sociedad (que considera injusta porque lo segrega e ignora) y contra individuos como Zviérkov y sus amigos, que gozan de una buena posición social a pesar de su ignorancia, inmoralidad y estupidez. A fin de cuentas, el desprecio y la humillación que el personaje se procura a sí mismo reafirman y ratifican su posición y le permiten continuar estacionado en su rencor.

En la reunión, el “hombre del subsuelo” se sumió en sus pensamientos y cayó en el olvido de los demás comensales, que conversaban alegremente. Mientras los amigos de Zviérkov escuchaban las historias que éste narraba, el personaje del subsuelo se dedicaba a beber sendos vasos de jerez y champaña. Como no tenía la costumbre de beber, se embriagó rápidamente. Trudoliúbov brindó a la salud de Zviérkov y le deseó un buen viaje. Todos bebieron y fueron a abrazarlo, con excepción del personaje del subsuelo. Cuando Trudoliúbov le reclamó enérgicamente que no hubiera participado en el brindis, el “hombre del subsuelo” dijo que quería brindar solo. Se incorporó de su asiento, con una copa de champaña en una mano, y dijo lo siguiente:

—Señor teniente Zviérkov [...], sepa usted que aborrezco las frases, a los que las hacen y a las cinturas entalladas [...] Segundo punto: odio el libertinaje y a los libertinos ¡Y, sobre todo, a éstos! Tercer punto: me gustan la verdad, la sinceridad y la honradez —seguí diciendo, casi maquinalmente, transido ya de espanto, sin comprender cómo podía hablar así—. Soy entusiasta de la idea, señor Zviérkov; me gustan el verdadero compañerismo, la igualdad completa, [...] y, después de todo, ¿por qué no? Y voy a beber a su salud, señor Zviérkov. ¡Seduzca usted a las circasianas, dispare fuerte sobre los enemigos de la patria y...! ¡A su salud, señor Zviérkov!<sup>260</sup>

Zviérkov se levantó de su asiento y le dio las gracias. Parecía muy sentido y había cambiado de color. La indignación generalizada no se hizo esperar. Trudoliúbov dio un puñetazo sobre la mesa, Ferfichkin dijo que deberían abofetear al impertinente y Simónov sugirió que le echaran. No obstante, Zviérkov pidió que no dijeran palabra ni hicieran ningún ademán. Agradeció su actitud y dijo que él sabría demostrar el valor que concedía a las mencionadas palabras. El “hombre del subsuelo” se encaró con Ferfichkin, para retarlo

---

<sup>260</sup> *Ibidem*, p.136.

a un duelo el día siguiente, y éste aceptó de inmediato. Por desgracia, la ebriedad del personaje resultaba tan ridícula para lanzar un reto, que todos se rieron en su cara. Después, dejaron de prestarle atención.

El “hombre del subsuelo” pensó para sus adentros que debía permanecer en el restaurante, precisamente porque los demás querían que se fuera. Se le ocurrió ponerse a cantar, aunque no lo hizo. Para él, lo más doloroso de todo era la indiferencia de los demás. Según su relato: “Hacía lo posible por no mirar a nadie; adoptaba actitudes independientes y esperaba con impaciencia que ellos me interpelasen los primeros. Pero ¡ay!, no me decían nada. ¡Oh, cuánto no hubiera dado yo porque me hablasen! ¡Qué pronto me hubiera reconciliado con ellos!”.<sup>261</sup>

Los excondiscípulos del “hombre del subsuelo” se levantaron de la mesa y se tumbaron en un sofá, donde comenzaron a tomar vino. El personaje se quedó solo. Mientras escuchaba a los otros, no podía comprender por qué sentían tanta veneración y cariño por Zviérkov. Como nadie le hacía caso, se dedicó a caminar de un lado para otro, en una esquina de la habitación, durante tres horas seguidas. Según él, quería demostrar a sus enemigos que no le hacían la menor falta, aunque procuraba pisar fuerte para llamar su atención. En su narración menciona que:

Durante aquellas tres horas me calé de sudor tres veces, y otras tantas se me secó el cuerpo. A veces hincábaseme, como un dolor agudo y profundo en el corazón, la idea de que, aunque pasasen diez, veinte, cuarenta años, siempre habría de acordarme de aquellos cochinos momentos de mi vida, los más espantosos y ridículos. Era imposible humillarse más voluntariamente y con menos vergüenza; harto lo comprendía yo [...] “Oh, si siquiera pudieran saber ustedes las ideas y sentimientos de que soy capaz! ¡Si supieran el talento que tengo!”, pensaba, a veces, encarándome mentalmente con el canapé en que estaban sentados mis enemigos.

Pero aquellos enemigos se conducían como si yo no hubiese estado allí.<sup>262</sup>

A las doce de la noche, Zviérkov dio por terminada la reunión. Él y sus amigos se encaminaron hacia la entrada. El “hombre del subsuelo” estaba agotado y tenía fiebre. Pidió perdón a Zviérkov y a los demás por haberlos ofendido. Ferfichkin sacó a relucir el asunto del duelo y él respondió que estaba dispuesto a batirse, pero que él dispararía al aire. Pero la humillación final se produjo durante el diálogo siguiente:

—Déjeme pasar. ¿Por qué me estorba usted el paso?... Vamos, ¿qué es lo que quiere usted?...—  
respondió Zviérkov con desprecio. [...]

—Sólo quiero ser su amigo, Zviérkov; ya sé que le he ofendido, pero...

<sup>261</sup> *Ibidem*, p. 137.

<sup>262</sup> *Ibidem*, pp. 137-138.

— ¿Ofenderme? ¡Usted! ¡A mí! Sepa usted, caballero, que nunca y en ninguna ocasión puede usted *ofenderme*.  
— ¡Bueno, basta; vámonos!— dijo Trudoliúbov—. ¡Vamonos!<sup>263</sup>

Todos salieron ruidosamente. El personaje del subsuelo adivinó que se dirigían a una casa de citas que él conocía, porque Zviérkov había mencionado el nombre de Olimpia (una prostituta). Mientras Simónov daba una propina a los meseros, el “hombre del subsuelo” le suplicó que le prestara seis rublos. Éste casi le aventó el dinero y le reclamó su falta de vergüenza. En ese momento resolvió ir detrás de ellos, con el firme propósito de lograr que le pidieran de rodillas que fuera su amigo o de hartarse de abofetear a Zviérkov.

Por fin, el “hombre del subsuelo” había logrado estrellarse de frente con la realidad. Se había empeñado en asistir a la cena en honor de Zviérkov a sabiendas de que debería convivir con personas con las que no se llevaba bien y para quienes lo único importante eran el dinero y la posición social. Al sentirse menospreciado, por su aspecto mísero, recurrió a la agresión para protestar y colocarse en un plano de igualdad con los que consideraba sus agresores. Cuando se rebela contra el trato condescendiente dispensado por otros, el personaje del subsuelo espera que éstos reconozcan su derecho a ser tratado con equidad, se produzca una reconciliación y la fraternidad aparezca. Sin embargo, la igualdad y la fraternidad simplemente no existían en la sociedad rusa.

El personaje del subsuelo desea que los ideales de igualdad y fraternidad fueran una realidad, cuando eso conviene a sus intereses y desea ser tratado con amistad y respeto por personas que ocupan una posición social superior, pero él mismo se negaba a poner en práctica los mismos ideales, cuando se relacionaba con sus compañeros de trabajo y con la gente del pueblo.

El “hombre del subsuelo” es un intelectual que profesa los ideales del socialismo utópico francés y dice amar a la Humanidad, pero desprecia al pueblo inculto y no hace el menor intento por acercarse a los que comparten su posición social. Al personaje le importa menos la servidumbre que el pueblo ruso padecía en la década de los cuarenta que la falta de reconocimiento social a su presunto talento. Al parecer, lo único que realmente desea es disfrutar de los privilegios que otros sí tienen en esa sociedad desigual y autoritaria que rechaza sólo en teoría. El personaje del subsuelo no es uno de los intelectuales aristócratas de los cuarenta, que contaban con fama y fortuna, pero su “amor a la Humanidad” es tan

---

<sup>263</sup> *Ibidem*, p. 138.

abstracto e incongruente como el de éstos. La situación del pueblo “de carne y hueso” le importa poco, aunque comparta su misma pobreza.

Zviérkov responde a las ofensas del “hombre del subsuelo” de manera inteligente. Lo más ofensivo para el personaje es que no lo tomen en cuenta y actúen como si no existiera. Seguramente él hubiera preferido ser abofeteado y arrojado fuera del restaurante, pero Zviérkov no le otorgó esa satisfacción. Ser agredido por hombres furiosos y agraviados implica cuando menos un reconocimiento de la propia persona, pues significa que las injurias surtieron efecto y que los ofendidos le dan importancia al ofensor. El odio es una respuesta negativa, pero no deja de ser una respuesta. Pero cuando Zviérkov dice al personaje del subsuelo que él es tan insignificante que ni siquiera puede llegar a ofenderlo, le ofrece una respuesta aniquiladora. El “hombre del subsuelo” se siente profundamente humillado, porque Zviérkov lo considera tan inferior que ni siquiera le otorga valor a sus palabras y porque ni siquiera en el terreno de las ofensas logra ponerse en un plano de igualdad con él.

### **La persecución y el desenlace imaginario**

El “hombre del subsuelo” salió del Hotel de París resuelto a encontrarse de frente con la realidad. Estaba cayendo nieve derretida. Se dirigió a un trineo de alquiler y ordenó al cochero que arreara el caballo. A lo largo del trayecto, pensaba febrilmente en lo que pasaría al encontrarse con Zviérkov. Imaginó que al llegar al prostíbulo lo abofetearía sin mediar palabra. A su lado estaría Olimpia, a quien jalaría de los cabellos. Después tomaría a Zviérkov de una oreja y lo haría dar vueltas por toda la habitación. Aunque lo echarían a golpes, eso no importaba, pues él habría sido quien tomó la iniciativa. Zviérkov tendría que batirse para lavar esa afrenta. También fantaseó que Trudoliúbov y Ferfichkin lo atacarían. Según el personaje del subsuelo, si todo eso llegaba a pasar, sería peor para todos ellos, pues: “¡Sus cabezas de chorlito tendrán que comprender, al fin, el alcance de toda esta tragedia! Cuando me arrastren hacia la puerta, yo les diré clarito que en realidad valen menos que mi dedo meñique”.<sup>264</sup>

---

<sup>264</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 140.

El “hombre del subsuelo” planeaba realizar una nueva agresión, que esta vez Zviérkov no pudiera pasar por alto. Por supuesto, también imaginó que este nuevo lance terminaría cuando él finalmente perdonara, con nobleza y benevolencia, a Zviérkov, años después. En los sueños que elaboraba, consideró la posibilidad de que su enemigo se negara a batirse. Entonces él lo esperaría al día siguiente, antes de que partiera de viaje, y le hincaría los dientes en una mano. En su fantasía, tras ese acto desesperado:

Me cogerían, me juzgarían, me quitarían el empleo, me meterían en la cárcel o me mandarían desterrado a Siberia, donde no tendría más remedio que hacer de colono. Pero ¿qué importa? Dentro de quince años, convertido en un harapiento mendigo, no bien me vea en libertad, iré a buscarlo. Lo encontraré en alguna parte, en alguna capital de provincia. [...] Yo le diré: “¡Mira, monstruo; mira qué chupados tengo los carrillos, qué consumido estoy! Todo lo he perdido: carrera, dicha, arte, ciencia, hasta *la mujer que yo amaba*; y todo eso por tu culpa. Aquí tienes estas pistolas. He venido a matarte de un tiro, y..., sin embargo, te perdono. Voy a disparar al aire, y ya no oirás nunca hablar de mí...”<sup>265</sup>

Luego de imaginar todo lo anterior, el “hombre del subsuelo” rompió a llorar. Sabía muy bien que todo eso provenía de sus lecturas, que había sacado esa fantasía de *El disparo* (de Pushkin) y *Mascarada* (de Lermontov), y que se empeñaba neciamente en que algo parecido sucediera en la realidad. Comenzó a sentir mucha vergüenza y pidió al cochero que parara. Se bajó del trineo y empezó a caminar entre la nieve. Un poco antes, había comenzado a reparar en los problemas prácticos que implicaba inmiscuirse en un duelo, pues tendría que pedir dinero prestado para comprar las pistolas y solicitar a su patrón que fuera su padrino. Incluso llegó a pensar que lo mejor sería irse a su casa a dormir. Sin embargo, mientras reflexionaba, volvió a recordar lo que para él habían sido grandes insultos, subió de nuevo al trineo y le gritó al cochero que siguiera adelante. En ese momento, el personaje del subsuelo: “[...] estaba definitivamente resuelto a dar una bofetada y presentía con horror que así tenía que ser *absoluta e inmediatamente*, y que *ninguna fuerza humana podría impedirlo*”.<sup>266</sup>

Finalmente, el “hombre del subsuelo” llegó al prostíbulo. Al entrar en la sala donde eran recibidos los clientes, quedó estupefacto, pues no encontró a ninguno de sus enemigos, que tal vez se habían dispersado en el interior de la casa. Sólo estaba allí la dueña, que lo conocía un poco. El personaje del subsuelo comenzó a dar vueltas por la habitación, hablando sólo y sin reparar en nadie. Le costaba trabajo reflexionar y concentrar sus ideas.

---

<sup>265</sup> *Idem.*

<sup>266</sup> *Ibidem*, p. 141.



Se sentía alborozado, como si se hubiera librado de una muerte segura. Estaba seguro de que hubiera abofeteado a Zviérkov si lo hubiera encontrado, pero ahora él y sus amigos no estaban. De repente, toda la situación había cambiado.

Una muchacha entró en la sala. Al “hombre del subsuelo” le pareció que su cara respiraba sencillez y bondad, pero estaba muy seria y parecía ausente. Le acometió un mal impulso y fue directo a ella. Mientras caminaba, por casualidad vio su propia imagen en un espejo. Su semblante descolorido y mal encarado le provocó repulsión. Entonces se alegró de parecer repulsivo. Eso le agradaba.

### **El encuentro con Liza**

La historia del encuentro con Liza introduce un notable cambio de tono en la novela. La comedia desemboca en una tragedia, que comienza a gestarse cuando el “hombre del subsuelo” encuentra en el prostíbulo a alguien más débil e indefenso que él y decide desquitarse con ella de las vejaciones que poco antes había padecido. Según Dostoievski, articuló ese efecto dramático siguiendo el modelo de una “transición” en música sinfónica. En abril de 1864, Dostoievski dirigió una carta a su hermano Mijaíl, en la que describió la segunda parte de *Memorias del subsuelo*, como sigue:

El relato se divide en tres capítulos [...] El segundo capítulo se encuentra en estado de caos, el tercero aún no ha sido comenzado y el primero lo estoy puliendo. El primer capítulo tendrá sin duda un pliego y medio y puede estar completamente pulido de aquí a unos cinco días. ¿Tendremos acaso que publicarlo por separado? Se burlarán de él, sobre todo porque sin los dos restantes (los principales) pierde todo su jugo. Tú entiendes lo que es una *transición* en música. Aquí es exactamente lo mismo. En el primer capítulo en apariencia no hay más que palabrería; pero de pronto esa palabrería se resuelve en los dos capítulos siguientes en una catástrofe inesperada.<sup>267</sup>

Lo que Dostoievski llama “primer capítulo” podría referirse a la parte que antecede a la asistencia del “hombre del subsuelo” al banquete para Zviérkov. Lo ocurrido allí constituiría el segundo capítulo y la interacción con Liza el tercero. La “catástrofe inesperada” vendría a ser el desenlace de los actos que el personaje del subsuelo lleva a cabo para contrarrestar el efecto penoso ocasionado por el banquete.

Luego de tener relaciones con la muchacha, el personaje del subsuelo permaneció acostado en la cama, medio dormido. Volvió en sí cuando sonaron dos campanadas en un

---

<sup>267</sup> F. Dostoievski, *Cartas a Misha (1838-1864)*, pp. 350-351.

reloj de la casa. Sentía un pesado malestar, pues el hastío y la bilis que hervían en su interior buscaban una salida. La muchacha lo miraba sin decir palabra. Entonces, ocurrió lo siguiente:

Una idea triste germinó en mi cerebro e infundió en todo mi ser una sensación desagradable, semejante a la que experimentamos al entrar en un sótano húmedo y lóbrego. Era casi extraordinario el que aquellos ojos no me hubiesen mirado con tal curiosidad hasta entonces. Recordé también que durante dos horas no había cambiado una sola palabra con aquella criatura, por no considerarlo necesario, [...] Ahora veía claramente cuán absurdo y nauseabundo es el libertinaje, que comienza brutalmente, sin amor ni pudor, por lo que debe ser remate del amor verdadero.<sup>268</sup>

El “hombre del subsuelo” comenzó a juzgar a la muchacha de manera condescendiente, desde la perspectiva moralista y soberbia con la que los intelectuales románticos solían juzgar a las prostitutas. Al asumir esa posición encuentra una salida para el resentimiento que sentía en su interior, pues lo transforma en una lástima fingida, que le permite verse a sí mismo como un salvador. Por eso, experimenta la sensación de haber entrado en un sótano lóbrego.

El personaje del subsuelo comienza a cuestionar a la muchacha, en medio de la oscuridad. Se entera de que se llama Liza, tiene 20 años, lleva sólo quince días trabajando allí y es originaria de la provincia de Riga. Ella contesta con brusquedad, pues no quiere hablar de ella misma. El “hombre del subsuelo” comienza a dar rodeos, hablando de otros asuntos, para atraer su atención. Le dice que por la mañana había visto a unos hombres cargando un ataúd en hombros, que por poco se les cae al suelo. Agrega que en la actualidad entierran muy mal y que en el cementerio de Volkovo las fosas siempre están encharcadas, por ser una zona pantanosa. En ese momento pregunta a Liza si no le importaría morir. Ella se defiende preguntando por qué habría de morir y él le responde que moriría exactamente igual que la persona que iban a enterrar esa mañana, que era una mujer “de la vida” y había muerto de tisis. Ella replica enojada que no tiene por qué morir y él comienza a hablar del destino de las prostitutas. Le comenta malignamente que pasado un año ya se habrá avejentado y que cada vez valdrá menos. En su opinión:

De aquí irás a caer más bajo, en otra casa. Dentro de un año darás otro bajón en otra, y ya van tres, y al cabo de siete te encontrarán en algún sótano de la Sennaya. Y eso será todavía poco. Lo malo es si coges alguna enfermedad, por ejemplo, el pecho..., catarro u otra cosa. En esta

---

<sup>268</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 142.

vida que tú haces es muy difícil curarse una enfermedad. Y muy fácil cogerla. Así que morirás”.<sup>269</sup>

Liza dice resignada que, de ser así, entonces morirá. Frente a su obstinada resistencia, el personaje se empeña en obtener más información sobre ella. Se apasiona con el asunto, que se transforma en un reto, y comienza a exponer algunas de sus ideas favoritas sobre el libertinaje, que solía elaborar cuando se sumergía durante meses en la fantasía y se imaginaba como un héroe. Entonces, asegura lo siguiente:

[...] yo puedo venir aquí y enfangarme y degradarme; pero de nadie soy esclavo; puedo irme como he venido. Me sacudo la ropa y ya soy otro. Pero tú empiezas por ser una esclava. ¡Sí, una esclava! Has hecho dejación de tu voluntad. [...] Llevas encima una cadena maldita. La conozco de sobra. No he de hablarte de otra cosa, que no comprenderías. Pero dime: ¿a qué estás ya atrapada con la patrona? A que sí ¿eh? [...] ¡Pues ahí tienes; ésa es la cadena! Nunca podrás quitártela de encima. [...] Pero dime: ¿está esto bien? Hace un momento nos hemos... juntado, sin decirnos ni media palabra, [...] ¿Es así como ha de practicarse el amor? ¡Eso es una monstruosidad y no otra cosa!<sup>270</sup>

Liza responde con un: ¡Sí! enfático. A ella también le parecen monstruosas las relaciones sexuales sin amor de por medio. Su respuesta sorprende al “hombre del subsuelo” ¿Acaso *ella* era capaz de pensar algo? Por otra parte, afirmar que él podía enfangarse sin que ocurriera nada, le permite disculpar su propio libertinaje y erigirse como una autoridad moral frente a la muchacha.

El “hombre del subsuelo” pregunta a Liza cómo fue que llegó al prostíbulo y por qué había dejado la casa de sus padres, pero sólo obtiene evasivas. Decide seguir dando rodeos. Le cuenta la historia de un hombre grave y severo que amaba a su hija por sobre todas las cosas. Después asegura que los padres quieren más a las hijas que las madres y que si él tuviera una hija le sería difícil consentir que se casara, por los celos que sentiría hacía su prometido. Entonces Liza observa que algunos padres no son felices casando a sus hijas como Dios manda, sino vendiéndolas...

Al descubrir por qué Liza está en el prostíbulo, el personaje del subsuelo afirma que ese tipo de cosas ocurren en las familias en las que no hay Dios ni cariño y recita un elaborado discurso acerca de la felicidad conyugal. Asegura que la vida en común provoca que marido y mujer se comiencen a tener más respeto y que:

[...] en el respeto se fundan muchas cosas. Y si antes de casarse ya se querían, si por amor contrajeron matrimonio, ¿por qué habría de acabárseles el amor? [...] Podrá pasar el amor de

<sup>269</sup> *Ibidem*, p. 144 (la Sennaya era entonces un barrio pobre de San Petersburgo, en el que se instalaba un enorme mercado callejero).

<sup>270</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 144.

los primeros tiempos de casados; mas le reemplazará otro que valdrá más todavía. Sus corazones estarán unidos, todos sus intereses serán comunes, nada reservado tendrán el uno para el otro. En llegando a tener hijos, cada instante de sus vida, aun el más enojoso, les sabrá a gloria. [...] los niños van creciendo, y tú comprendes que les sirves de ejemplo, de sostén; que, aunque te mueras, toda la vida llevarán la huella de tus sentimientos y modo de pensar, tal como se los infundiste, [...] ¿Te gustan los niños Liza?... Yo los adoro.<sup>271</sup>

Cualquiera persona que conociera un poco al intratable y egoísta personaje del subsuelo podría comenzar a reír al escucharlo defender la familia, hablar del amor a los hijos y decir que adora a los niños. Indudablemente, él tenía habilidad para describir en un plano ideal cuestiones que estaban muy lejos de su experiencia. Por desgracia, Liza no sabe nada del hombre que tiene enfrente y es demasiado joven e inocente para darse cuenta de que es un farsante. No obstante, ella intuye algo extraño en su discurso y le pregunta, con cierta mofa, cómo se las ingenia para decir cosas tan bien dichas, pues parecía que las estaba leyendo de un libro.

Dichas palabras hacen enojar al “hombre del subsuelo”. Según él, en ese momento no supo comprender que Liza se cubría con ese tono de burla como con un antifaz, lo cual es un recurso habitual de las personas buenas y tímidas, cuando alguien intenta penetrar contra su voluntad en el fondo de su alma. Un mal sentimiento se apoderó de él y pensó: “¡Ahora verás!”. Entonces comenzó a describir con elocuencia el terrible destino que aguardaba a las prostitutas en San Petersburgo.

El personaje del subsuelo le cuenta a Liza que una vez, en la noche de Año Nuevo, en una taberna de la Sennaya sacaron a una prostituta a la calle, para que pasara frío, porque se había atrevido a alzar la voz. Para las nueve de la mañana estaba completamente borracha, medio desnuda y tundida a golpes. Tenía los ojos amoratados y sangraba por la nariz y la boca, porque un cochero la había golpeado. Estaba sentada en la orilla de la banqueta y tenía un arenque en las manos, que aporreaba contra el piso, mientras chillaba y hablaba de su mala suerte. A su alrededor se habían reunido varios cocheros y soldados borrachos, que se burlaban de ella. ¿Acaso Liza no se vería igual que ella en algunos años? ¿Es que esa mujer que golpeaba el suelo con un arenque no podía haber sido, ocho o diez años antes, una joven con porte de reina, lozana y delicada, como lo era Liza en ese momento?

---

<sup>271</sup> *Ibidem*, p.147.

En opinión de “hombre del subsuelo” antes de que todo eso llegara a pasar, sería mejor que ella muriera de tisis en un sótano húmedo y negro. Para rematar su discurso, le describe a Liza la siguiente visión:

Después de muerta, manos extrañas te enterrarán a la carrera, refunfuñando, con impaciencia. Nadie te echará una bendición ni tendrá para ti ni un suspiro de piedad, sino que querrán verse librados de ti cuanto antes. Te comprarán una caja y cargarán contigo como cargaron hoy con esa desgraciada [...] Te cubrirán aprisa de un barro cenagoso y se irán a la taberna... y tu recuerdo desaparecerá de este mundo. Las demás tienen hijos, padres o maridos que visiten su tumba; pero para ti no habrá lágrimas ni suspiros. Nadie guardará tu recuerdo, ni nadie, nadie en este mundo irá a verte. Tu nombre desaparecerá de la faz de la tierra como si nunca hubieras existido ni venido a este mundo. ¡Lodo y fango!<sup>272</sup>

Sin duda, el “hombre del subsuelo” realiza una descripción magistral de la marginación y el desprecio social que solían padecer las prostitutas de San Petersburgo. Algo digno de destacarse es que mientras describe la manera en que Liza podría llegar a ser enterrada, habla como si a él le aguardara un destino distinto, como si él no fuera un paria social. De hecho, nadie lamentaría la muerte del personaje, ya que es pobre, no tiene familiares ni amigos y la mayor parte de sus conocidos lo desprecia. Al morir, él también desaparecería de la faz de la tierra, sin que nadie lo recordara.

No obstante lo anterior, Liza vive en condiciones peores que el “hombre del subsuelo” y su ocupación la hace más vulnerable e indefensa que éste. Los problemas que ella tiene no surgen del egoísmo ni de una vanidosa necesidad de reconocimiento, sino del hecho concreto de que fue vendida por sus padres. Su drama es mucho más inmediato y real, pues surge directamente de las circunstancias de la vida, y no de las elucubraciones teóricas y consideraciones morales en las que el personaje del subsuelo siempre está inmerso. Sin duda, él tiene mucha razón cuando dice a Liza que ella es una esclava de la dueña de la casa.

Enfrentar a Liza con las implicaciones y consecuencias de ejercer la prostitución se convirtió en un juego y un reto para el “hombre del subsuelo”, pero el resultado de sus palabras es tan impresionante, que lo asusta. De acuerdo con su relato:

Y sabía que hablaba, con dureza y afectación, un lenguaje demasiado elevado; en una palabra: yo no sabía hablar de otro modo, sino *como en los libros*. Pero eso no me preocupaba, sabía, presentía que así había de lograr el deseado efecto. Pero ahora, conseguido mi objetivo, sentí de pronto pánico. No; nunca, nunca he sido testigo de semejante desesperación. Se había tumbado de bruces y hundido en la almohada el rostro, que ceñía con ambas manos; el pecho parecía irsele a saltar. Todo su cuerpo temblaba como sacudido por convulsiones. Los sollozos la ahogaban, destrozábanle el pecho, y de pronto se exhalaban en gritos y alaridos. Entonces se

---

<sup>272</sup> *Ibidem*, p. 150.

estrechaba aún más contra la almohada. No quería que nadie de este mundo sorprendiese sus sobresaltos y lágrimas.<sup>273</sup>

El personaje del subsuelo le pide a Liza que se calme, pero no se atreve a insistir en ello. Se acobarda e intenta huir lo más pronto posible. Comienza a buscar la salida en la oscuridad del cuarto, pero no consigue dar con la puerta. Por fin, encuentra con el tacto una caja de cerillos y un candelero con una vela. Cuando la luz finalmente alumbró el cuarto, Liza se incorporó, le dedicó una mirada alhelada y sonrió con expresión demencial. Él se sentó a su lado y tomó su mano. Quiso pedirle perdón por todo lo que había dicho, pero ella no le permitió continuar. Entonces el personaje le deja a Liza su dirección escrita en un papel y le pide que vaya a verlo. Ella afirma que irá.

El “hombre del subsuelo” salió del prostíbulo estupefacto y rendido. Regresó caminando a su casa, entre la nieve derretida. Ya desde ese momento sabía por qué había actuado de esa manera con Liza.

### **¿Vendrá Liza?**

A la mañana siguiente, el “hombre del subsuelo” fue a pedir un préstamo a su jefe, para pagar los seis rublos que le había prestado Simónov. Después redactó una carta, que le pareció un dechado de corrección, jovialidad y franqueza. En ella confesaba sus equivocaciones e invocaba como única excusa su falta de costumbre para beber. Mintió al decir que había tomado un vaso de aguardiente entre las cinco y las seis, mientras esperaba a los demás, y que allí comenzó el problema. Presentaba sus excusas a todos y rogaba a Simónov que transmitiera sus explicaciones al resto de sus compañeros, en particular a Zviérkov, a quien “creía haber ofendido”. Añadía que hubiera deseado ir a verlos, pero que le dolía mucho la cabeza y, sobre todo, le daba vergüenza. El personaje del subsuelo se congratulaba al releer su carta, mientras se decía a sí mismo:

“¡Qué soltura de gran señor! [...] ¡Todo esto lo debo a ser indulgente e ilustrado! Otros, en mi lugar, no acertarían a salir del aprieto, y yo al punto lo he logrado, y aún seguiré haciendo de las mías, porque soy un hombre inteligente y leído. [...] la culpa no la tiene el alcohol. Yo no bebí ni gota de aguardiente mientras los estaba esperando de cinco a seis. Lo que digo a Simónov es mentira; miento indecorosamente y, sin embargo, no me da vergüenza... Y, después de todo, que se vayan al cuerno. ¡Lo principal es salir del paso!”<sup>274</sup>

---

<sup>273</sup> *Idem.*

<sup>274</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 153.

El personaje del subsuelo metió la carta y los seis rublos en un sobre y pidió a su criado que los llevara a Simónov. Cuando comenzó a oscurecer, salió a caminar por las calles más concurridas. Algo le inquietaba. Sus ideas comenzaban a embrollarse y, al regresar a su casa, sentía un intenso malestar. La idea de que Liza pudiera ir a verlo le torturaba. Lo atormentaba pensar que la noche anterior ella lo había visto como un héroe, pero que si iba a visitarlo sería testigo de su miseria. Tal vez lo peor era que tendría que volver a simular que era una persona buena y generosa.

Lo que más aterraba al personaje de subsuelo es que Liza pudiera verlo como realmente era, que fuera testigo de que vivía en un departamento miserable, utilizaba una bata raída y rehuía todo contacto humano. Ni siquiera se le ocurre pensar que, a pesar de todo, podía intentar ayudarla. Los problemas de ella no le interesan realmente, pues sólo puede verla como un instrumento para representar su fantasía favorita, en la que encarna a un benefactor “desinteresado” y magnánimo.

Esa noche casi no pudo dormir. No lograba deshacerse de un recuerdo de Liza, que le venía a la memoria con particular claridad. Según el personaje del subsuelo: “Fue aquel instante en que yo encendí una cerilla para alumbrar la habitación y hube de ver su rostro pálido, contraído, con ojos de mártir. ¡Qué sonrisa tan lamentable, mohína y forzada asomada en aquel instante a sus labios!”.<sup>275</sup> En ese momento, él no podía imaginar que quince años más tarde seguiría recordando esa imagen de ella, con la misma patética sonrisa en los labios.

La posibilidad de que Liza fuera a visitarlo mantuvo al personaje del subsuelo perturbado y lleno de miedo tres días seguidos. En ocasiones pensaba que sería mejor ir al prostíbulo, confesarle a ella la clase de hombre que era y suplicarle que no fuera a su casa. Sin embargo, luego de pensar eso sentía una rabia feroz.

Poco a poco, el “hombre del subsuelo” comenzó a tranquilizarse y a recobrar ánimos, pues pasaban los días y Liza no acudía a verlo. Por las noches se metía en la cama y pensaba que sería mejor dejar que ella lo visitara. Fantaseaba que le daría instrucción y desarrollaría su inteligencia, con el fin de salvarla. Liza lo amaría con locura, pero él fingiría no darse por enterado. Entonces ocurriría lo siguiente:

Luego, finalmente, muy conmovida y hermosa, temblando y lanzando sollozos, arrójase a mis plantas y me dice que soy su salvador y que me quiere más que a nadie en el mundo. [...]

---

<sup>275</sup> *Ibidem*, p. 154.

“Pero..., Liza —le digo—, ¿crees que no he reparado en tu amor? [...] no me atrevía a manifestar pretensiones a tu corazón, porque [...] temía [...] que por gratitud te hicieses violencia para corresponder a mi amor. [...] Eso es poco delicado (en fin, en una palabra, aquí me embrollaba en sutilezas europeas, a lo *George Sand*, infinitamente nobles)... Pero, en fin, en fin, he aquí que eres mía, que eres mi obra, que eres pura y hermosa y te hago mi mujer. ¡Y en mi casa, osada y libremente, como dueña y señora, entra!”<sup>276</sup>

Esta fantasía representa fielmente la manera en que escritores románticos franceses de los cuarenta (como Eugène Sue y Victor Hugo), al igual que sus imitadores rusos, concebían la redención de la prostituta por el intelectual heroico. Como ya se ha mencionado, Chernishevski revivió esa vieja temática en la década de los sesenta —que para entonces ya era un cliché en la literatura rusa— en *¿Qué hacer?* En dicha obra, narra la manera en que Kirsánov rescata de la prostitución a una mujer tuberculosa y alcohólica, convirtiéndola en su novia durante algún tiempo e integrándola después al primer taller de costura de Vera Pávlovna. En la novela, esa mujer muere de tuberculosis, pero antes conoce la felicidad de la redención moral, al desempeñar un trabajo honesto y ser aceptada en la cooperativa de costureras. En *¿Qué hacer?* su historia cumple la función de ilustrar la falta de prejuicios sociales y la grandeza de espíritu de los “hombres nuevos”.

Con el personaje del subsuelo, Dostoievski pone en evidencia que los intelectuales que redimen prostitutas en las obras literarias no son tan “desinteresados” como aparentan, sino personajes que expresan una concepción despectiva y arrogante de las prostitutas y el pueblo en general, unos egoístas que buscan glorificarse a sí mismos al salvar mujeres de las “garras del vicio”. Dostoievski no compartía la visión paternalista que los intelectuales románticos de los cuarenta y Chernishevski tenían sobre el pueblo, pues no creía que los intelectuales fueran capaces de mostrar a éste un “camino a seguir”. Por el contrario, estaba convencido de que el pueblo ruso tenía mucho que enseñar a esos intelectuales soberbios, pues sus valores comunitarios debían ser la base de la sociedad futura.

### **El criado Apollon**

De acuerdo con la descripción del “hombre del subsuelo”, su criado Apollon era un hombre maduro, serio y adusto, que ceceaba al hablar y trabajaba en su oficio de sastre en sus ratos libres. Era pedante en el más alto grado y nunca dudaba de sí mismo. Si bien miraba a todo

<sup>276</sup> *Ibidem*, pp. 154-155. La última frase: “¡Y en mi casa,...” corresponde a la misma poesía de Nekrásov que Dostoievski empleó como epígrafe de la segunda parte de *Memorias del subsuelo*.



el mundo por encima del hombro, el personaje del subsuelo resentía su actitud como si se tratara de algo personal en su contra. En su opinión:

Tratábame con despotismo rematado, me dirigía muy rara vez la palabra, y si por casualidad fijaba en mí la vista, hacíalo con un aire de superioridad e ironía constante que me sacaba de quicio. Desempeñaba sus funciones como si me hiciera una gran merced. [...] No había duda posible: considerábame como al imbécil más grande de la tierra, y si *me tenía con él* era tan sólo para cobrarme todos los meses la soldada.<sup>277</sup>

Apollon hablaba con un tono mesurado, juntando las manos en la espalda y bajando la vista. Sabía leer y enloquecía al personaje del subsuelo cuando leía algunos salmos durante las noches, con una voz dulce y monótona, como si estuviera en un velorio. El “hombre del subsuelo” le tenía un odio inmenso, pero no se atrevía a deshacerse de él. Le parecía que Apollon formaba parte del mobiliario de su departamento y que no perturbaba en lo absoluto su aislamiento.

En un artículo titulado “Introducción”, publicado en enero de 1861, en el primer número de la revista *El tiempo*, Dostoievski critica una idea sostenida por el intelectual de derecha V. I. Dal, según la cual instruir al pueblo podía resultar dañino, pues era bien sabido que una gran proporción de los delincuentes campesinos eran letrados. En opinión de Dostoievski, saber leer resultaba tan extraño en el pueblo ruso, que las pocas personas que podían hacerlo adquirirían preeminencia sobre sus semejantes. Los hombres del pueblo no consideraban superiores a sus miembros instruidos, pero sí les reconocían una mayor capacidad para enfrentar ciertas circunstancias de la vida cotidiana; es decir, respetaban la utilidad práctica de la instrucción. En consecuencia:

[...] la instrucción, a fuer de cosa rarísima entre el pueblo, estíbase como un privilegio, no siendo raro que el instruido mire con desprecio al ignorante. Siente ganas de lucirse. Vuélvese engreído, insufrible, conviértese en un déspota. A veces se le ocurre que a él no se le puede tratar como a los demás, que son incultos. Es insolente en el hablar; antójasele indecoroso sufrir lo que todos los demás sufren [...]; vuélvese altanero. La altanería engendra en él la ligereza, y la ligereza..., la arrogancia. Con frecuencia confía demasiado en sí mismo, se lanza a cosas que no están a su alcance, y de pronto... va y lo hecha a perder todo [...]. Se acreditó de hombre y... fue a parar al presidio.<sup>278</sup>

Dostoievski asegura que si bien la instrucción puede, por el hecho de ser un privilegio, engendrar la arrogancia y el desprecio hacia el propio ambiente y la propia posición social, no por eso debía concluirse que resultaba perjudicial para el pueblo. Considera que si la instrucción era una excepción y un privilegio, lo que debía hacerse era

<sup>277</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 155.

<sup>278</sup> F. Dostoyevski, “Introducción”, en *Diario de un escritor*, p. 32.

suprimir la excepción, hacer que la cultura fuera asequible a las mayorías, para que ya no infundiera desestimación hacia los ignorantes. Si todos fueran instruidos, ya no quedaría frente a quién presumir.

Las anteriores opiniones pueden explicar por qué el personaje Apollon era arrogante y soberbio, pero no por qué veía con desprecio al “hombre del subsuelo”. En el artículo antes mencionado, Dostoievski señala que los criados domésticos podían llegar a considerarse superiores al resto del pueblo, por el hecho de alternar con los señores, de quienes imitaban sus puntos de vista y modales. El personaje tiene razón al asegurar que su criado no se comporta como tal, ni lo respeta como a su señor. Al parecer, Apollon se había acostumbrado a juzgar a la gente desde la perspectiva de los señores, según la cual el empobrecido y excéntrico “hombre del subsuelo” no merecía ninguna consideración. De hecho, Apollon observa a su señor con los mismos ojos sarcásticos y despectivos con los que éste se juzga a sí mismo, y como también lo veían las personas socialmente más encumbradas (como Zviérkov y sus amigos). Es muy probable que Apollon se comportara con deferencia y respeto si fuera sirviente de alguien que gozara de fortuna y prestigio social.

Para desgracia del “hombre del subsuelo”, a lo anterior hay que agregar que su arrogante criado era más confiado y seguro de sí mismo que él. A pesar del riesgo de que Liza lo visitara, el personaje decide tomar medidas para castigar a Apollon. Aunque sabía que resultaba imposible dejar de pagarle su sueldo por más de dos o tres días, resolvió dejarlo sin paga cuando menos por quince días. Había planeado tomar esa medida dos años antes, sólo para mostrar a Apollon que no debía darse tanta importancia y que podía retener su paga si quería.

El personaje del subsuelo resolvió no hablar del asunto con Apollon, para que éste se viera obligado a iniciar la conversación. Entonces él sacaría del cajón los siete rublos y le mostraría que los tenía apartados, pero que sencillamente *no quería pagarle*. Al respecto, pensaba lo siguiente: “No quiero porque quiero otra cosa, porque mi voluntad de amo es ésta, porque él no es respetuoso y se da importancia; que si me lo pidiese con el debido respeto, acaso me ablandaría y se los diese; pero que, no siendo así, aún tendrá que aguardar dos o tres semanas, o quizá todo un mes”.<sup>279</sup>

---

<sup>279</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 156.

No era la primera vez que el personaje del subsuelo intentaba castigar a Apollon de esa manera y ya conocía las tácticas a las que él recurría. Empezaba dirigiéndole miradas excesivamente severas, que duraban algunos minutos. Si eso no funcionaba, entraba sin necesidad en el cuarto de su patrón, ponía una mano en la espalda y dedicaba a éste una mirada completamente despectiva. Pasado un momento, giraba sobre sus talones y se dirigía con lentitud a su cuarto. Si se le preguntaba qué era lo que quería, simplemente no respondía. Apollon repetía la misma operación cada dos horas. En caso de que el personaje del subsuelo persistiera en su empeño de no mencionar su paga, comenzaba a lanzar unos suspiros largos y profundos mientras lo miraba, como si estuviera sondeándolo. Invariablemente, Apollon conseguía su paga.

En aquella ocasión, el “hombre del subsuelo” perdió la paciencia tan pronto como Apollon inició con la rutina de irrumpir en su cuarto. Cuando éste se daba la vuelta para volver a su habitación, su enojado señor le preguntó cómo se atrevía a entrar sin su permiso y a mirarlo de ese modo. Apollon lo miró tranquilamente durante medio minuto y trató de irse. El enfurecido personaje del subsuelo le ordenó que se detuviera y le dijera qué había ido a buscar. Apollon le respondió con calma que había ido a ver si tenía algo que ordenarle. La respuesta que obtuvo fue la siguiente:

— ¡No es eso, no es eso lo que te pregunto, verdugo de mi tranquilidad! —grité, temblando de cólera—. ¡Yo te diré lo que vienes a hacer aquí, asesino! ¡Estás viendo que no te doy tu salario, y por orgullo no quieres rebajarte a pedírmelo, y por eso vienes con tus estúpidas miradas a castigarme, a torturarme, y no comprendes, bandido, qué tonto es todo eso, qué tonto, tonto y retonto!<sup>280</sup>

Apollon intentó retirarse de nuevo, pero el “hombre del subsuelo” lo sujetó por la ropa. Le mostró que tenía los siete rublos en su cajón y le dijo a gritos que no se los daría hasta que, con todo respeto y humildad, le pidiera perdón. Apollon le respondió con aplomo que eso no era posible y, después, agregó flemáticamente que no tenía por qué pedirle perdón, pues era él quien lo llamaba asesino, de lo cual podía dar parte en la comisaría. El personaje del subsuelo se encolerizó aún más y retó a Apollon a que lo hiciera. Éste no le hizo caso y se fue a su cuarto. Transcurridos unos minutos, el enardecido señor de la casa fue a buscar a su sirviente, quien había comenzado a coser algunas prendas. El personaje del subsuelo ordenó a Apollon que fuera por el comisario, pero éste comenzó a reír. Le dijo que seguramente había perdido el juicio, pues resultaba inaudito que alguien llamara a las

---

<sup>280</sup> *Ibidem*, p. 157.

autoridades en contra suya. El “hombre del subsuelo”, fuera de sí, tomó a Apollon por el hombro y le gritó que fuera a la comisaría. Presentía que sería capaz de pegarle.

En ese preciso instante, la puerta del departamento se abrió lentamente. Una figura humana entró en la casa y se quedó viéndolos con asombro. El “hombre del subsuelo” se fue corriendo a su cuarto. Dos minutos después, Apollon le anunció que alguien deseaba verlo. Era Liza. Según el personaje del subsuelo: “Estaba anonadado ante ella, vejado, corroído de vergüenza, y pareceme que sonreía desviviéndome por recoger los picos de mi bata harapienta... En una palabra: exactamente tal y como hacía poco me lo imaginara, en un instante de desaliento”.<sup>281</sup>

### **La visita de Liza y el “otro camino”**

Pese a su alteración nerviosa, el “hombre del subsuelo” trató de encargarse de la situación. Pidió a Liza que se sentara en una silla y le explicó que lo había encontrado en una situación extraña. Agregó que no se avergonzaba de su pobreza, porque era pobre, pero generoso. Fue a buscar a Apollon a su cuarto, le pagó sus siete rublos y le pidió que fuera a comprar un poco de té y unos bizcochos. Apollon dudó por un momento, pero finalmente se apiadó de él y salió a buscar el encargo.

El personaje del subsuelo volvió a la sala y se sentó frente a Liza. Ambos estuvieron callados por espacio de varios minutos. De repente, él exclamó: “¡Lo mataré!” y dio un fuerte puñetazo en la mesa. Liza se asustó y le preguntó que le pasaba. Él continuó golpeando la mesa, afirmó que Apollon era su verdugo y empezó a llorar. Estaba atravesando una severa crisis nerviosa y no podía contenerse. Liza lo atendió y le sirvió un vaso con agua. Poco después, el “verdugo” llegó con el té y los bizcochos, los puso sobre la mesa y se retiró sin voltear a mirarlos.

El “hombre del subsuelo” le preguntó a Liza si lo despreciaba. Ella se espantó y no supo qué responder. Su enfurecido anfitrión sintió un encono terrible. Pensó que ella tenía la culpa de todo y decidió no dirigirle la palabra. Los dos permanecieron callados durante cinco minutos, sin que ninguno extendiera la mano para tomar el té. Ella trató de romper el silencio y mencionó tímidamente que quería salirse de “allí”. Al personaje del subsuelo le

---

<sup>281</sup> *Ibidem*, p. 158.

conmovió su franqueza, pero algo en su interior acalló toda piedad y lo llevó a odiarla todavía más. Pasaron otros cinco minutos de mutismo, tras los cuales Liza preguntó si lo estaba molestando y comenzó a levantarse. Al observar ese indicio de dignidad ofendida, el “hombre del subsuelo” comenzó a temblar de cólera y, finalmente, estalló. Reveló de golpe toda su verdad ante Liza, de la siguiente manera:

— ¿A qué viniste? ¡Responde! ¡Responde! —gritaba, fuera de mí—: Pues te lo voy a decir, hija mía: yo te diré por qué has venido. Has venido porque te dije *palabras enternecedoras*. Te dejaste enternecer, y ahora quieres más frasecitas de esas. Pues ten entendido [...] que no hice otra cosa sino burlarme de ti. [...] Me habían insultado antes en la mesa los que llegaron antes que yo. Yo fui a aquella casa para tentarle el cuerpo a uno de ellos, al militar; pero no pude salirme con mi gusto, porque ya se había ido. Tenía que vengarme a costa de alguien, tomarme el desquite con quien fuese; me encontré contigo y descargue mi cólera sobre ti, y te tomé el pelo de lo lindo. Me habían humillado y yo también quise humillar a alguien; [...] quise hacer alarde de mi poder... ¡Ahí tienes todo lo ocurrido!<sup>282</sup>

Mientras escuchaba tales palabras, Liza se puso pálida, frunció los labios en una mueca dolorosa y se desplomó en una silla. Siguió oyendo al personaje del subsuelo temblando de pánico, con la boca abierta y los ojos desencajados. La vileza que se le mostraba de pronto la tenía aterrada.

Tal vez sería necesario cuestionar un poco lo que el “hombre del subsuelo” consideraba la “verdad”, dudar un poco de su versión de los hechos. Si bien es cierto que todo lo que le dijo a Liza en el prostíbulo tenía la intención de mostrarse ante sus ojos como un salvador y que le importaba más representar ese papel que ayudarla, también es cierto que en su interior coexistían sentimientos fraternales auténticos, que se esforzaba por reprimir. A pesar de toda su vanidad y egoísmo, en algunos momentos llegaba a sentir un interés genuino por Liza. Es probable que no le haya dejado su dirección sólo por el entusiasmo que le provocó que ella creyera su farsa de héroe romántico, sino también porque, en el fondo, deseaba ofrecerle su apoyo.

A pesar de lo anterior, el personaje del subsuelo era simplemente incapaz de relacionarse con otras personas de manera solidaria y amable, porque siempre las imaginaba inferiores a él. Su vanidad y soberbia no le permiten admitir que no es el héroe que imagina en sus fantasías, sino un hombre miserable y desgraciado, y que él también necesita ayuda para salir de su soledad. Sin duda, el arrepentimiento que siente luego de

---

<sup>282</sup> F. Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, p. 160.

maltratar a Liza se relaciona con el triste reconocimiento de que hubiera podido amarla, si no hubiera ahogado los sentimientos que surgían de su interior.

El “hombre del subsuelo” continuó su violento discurso, diciendo a Liza que no hubiera podido salvarla, porque tal vez él era mucho peor que ella. En medio de su crisis, hablaba con toda sinceridad. Explicó a Liza que, cuando la conoció, necesitaba representar una comedia, arrancarle lágrimas, humillarla. Sin embargo, se asustó y “Dios sabrá por qué” le dio su dirección. Asegura que él sabe que es vil y egoísta, y agrega: “Tengo necesidad de reposo. Todo lo de este mundo daría porque no me molestasen. ¿Qué se hunda el mundo o que yo me quede sin tomar té? ¡Pues que se hunda el mundo y que el té no me falte!”.<sup>283</sup>

Sin detenerse al hablar, el personaje del subsuelo confiesa a Liza que llevaba tres días temblando de miedo ante la expectativa de verla entrar en ese departamento. Lo que más le apuraba era que se había presentado como un héroe, pero que de pronto ella lo vería pobre y miserable, con su bata harapienta. Había mentido cuando le dijo que no se avergonzaba de ser pobre, porque eso le avergonzaba más que nada en el mundo.

Entonces el “hombre del subsuelo” se siente desarmado y se imagina que los papeles se han invertido, pues ahora él es el ser indefenso que necesita que lo rescaten. La herida que sufre en su vanidad le provoca una furia difícil de controlar. Lo último que dice a Liza, en medio de su crisis nerviosa, es lo siguiente:

¿Es que no has comprendido todavía que nunca podré perdonarte que me hayas cogido con esta bata cuando me abalancé sobre Apollon como un mastín? ¡Tu salvador, tu héroe, echándose sobre su criado, como un perro canijo, tiñoso, y sin conseguir asustarlo, para mayor irrisión! ¡Tampoco te perdonaré nunca mis lágrimas de hace un instante, que no pude contener en tu presencia, como una mujerzuela avergonzada! ¡Y todo esto que ahora te confieso, tampoco te lo perdonaré nunca! ¡Sí; tú y sólo tú, me has de responder de todo esto: de que yo sea el más vil, ridículo, quisquilloso y envidioso de todos los gusanos de este mundo, que, si no valen más que yo, [...] por lo menos no se azoran nunca, mientras que yo toda mi vida he de aguantar lapos y capones de todos, porque ese es mi destino!... ¿Qué más quieres? [...] ¿Por qué me atormentas? ¿Por qué no te vas?<sup>284</sup>

En ese momento ocurrió algo inédito en la experiencia del “hombre del subsuelo”. Él no podía entender las relaciones humanas más que como una lucha por el dominio, como un juego cruel en donde alguien termina siendo humillado. Como su egoísmo vanidoso le impide tomar en cuenta los sentimientos de los demás, para él resulta incomprensible e

<sup>283</sup> *Idem*. El fragmento anterior ha sido citado muchas veces fuera de contexto, para sostener que Dostoiévski defendía el egoísmo a ultranza.

<sup>284</sup> *Ibidem*, pp. 160-161.

inaudito que alguien pudiera preocuparse por la manera en que él se siente, que lo tomen en cuenta sin responder a su violencia.

Liza entendió el sentido de las palabras del personaje del subsuelo mejor de lo que él esperaba, ya que: “De toda aquella jeringonza comprendió lo que una mujer comprende, antes que nada, cuando ama sinceramente: que yo era desgraciado”.<sup>285</sup> Su expresión de susto y enojo cambió por una de asombro y dulzura. Mientras él aseguraba que era vil y cobarde, el semblante de ella se contrajo de preocupación y dolor. Cuando él terminó de hablar, Liza reaccionó de la siguiente forma: “Saltó de su asiento con irresistible ímpetu, y, echando hacia mí el cuerpo, aunque siempre tímida y azorada, me tendió las manos. Mi corazón se enterneció ante aquel rasgo. Ella entonces se reclinó en mi pecho, ciñóme el cuello con sus brazos y rompió a llorar. Yo tampoco pude contenerme, y lloré también, como nunca llorara...”<sup>286</sup>

El “hombre del subsuelo” se recostó con la cara pegada al sofá y siguió llorando. Liza le echó los brazos encima y se estrechó contra él. Mientras se desahogaba, el personaje del subsuelo comenzó a presentir poco a poco que luego de lo que había pasado ya no podría mirar a Liza a los ojos. Sin embargo, sabía que debía poner fin a su crisis nerviosa. Precisamente porque le daba vergüenza mirarla, se encendió en él un oscuro deseo de avasallar y dominar. Levantó la cabeza, miró a Liza con pasión y apretó sus manos. La cara de ella expresó perplejidad primero y temor después, pero sólo por un momento. Entonces Liza se arrojó en sus brazos...

Quince minutos después, el “hombre del subsuelo” se paseaba con impaciencia en el cuarto, acercándose a espiar a Liza por las rendijas del biombo que separaba la cama del resto de la habitación. Ella estaba sentada en el suelo, con la cara reclinada en el lecho y, tal vez, lloraba. Según él, no valía la pena contar con detalle lo que había pasado, pero la había ofendido definitivamente. El resultado fue que:

[Liza] Adivinó que mi arrebató de pasión había sido una pura venganza, una humillación más para ella, y que a mi inquina de antes, inmotivada, añadíase ahora una tirria personal, envidiosa... No me atrevería a afirmar que todo eso lo comprendiera distintamente; pero sí comprendió muy bien, en cambio, que yo era un hombre vil e incapaz de amarla”.<sup>287</sup>

<sup>285</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, en *Obras completas*, p. 161.

<sup>286</sup> *Idem*.

<sup>287</sup> *Ibidem*, p. 162.

Entonces, la narración del personaje del subsuelo comienza a dirigirse de nuevo a sus lectores imaginarios, afirmando que sabía que le dirían que era inverosímil que existiera alguien tan malo y necio como él y que es increíble que no hubiera amado a Liza o, cuando menos, apreciado su amor. Sin embargo, él ya no podía amar a nadie y se representaba el amor como el derecho, libremente reconocido por el objeto amado, a ser tiranizado. En sus meditaciones siempre se imaginaba el amor como una lucha, que empezaba con el odio y continuaba con el sometimiento moral, y después ya no podía imaginarse qué hacer con el objeto sometido.

Por su parte, Liza era capaz de amar sin egoísmo y podía preocuparse por él sin pensar en sí misma. Mientras el personaje del subsuelo le aseguraba a gritos que jamás podría perdonarle que lo hubiera encontrado con su bata raída, ella no se sintió ofendida, sino interesada en ayudarlo y procurarle consuelo. La respuesta solidaria y amorosa de ella fue algo tan distinto a las reacciones agresivas a las que él estaba acostumbrado, que le costó mucho trabajo a entenderla después. Sin embargo, cuando por fin logró comprender para qué Liza había ido a verlo, ya era tarde para él. Al narrar lo siguiente, quince años después, se percibe su remordimiento y tristeza:

¿Qué hay en todo esto de inverosímil, si yo estaba moralmente corrompido? Había perdido la costumbre de la vida viviente, hasta el punto de recriminar a aquella muchacha y afrentarla por haber venido a escuchar palabras enternecedoras, sin adivinar que ni por pienso había ido allí para escuchar palabras patéticas, sino para amarme, porque el amor es la resurrección de la mujer, la salvación de todas sus culpas y la renovación, que en otra forma no puede encontrar. [...] Deseaba que desapareciese. Ansiaba reposo, quería a todo trance estar solo en mi tabuco. La *vida viviente* me había echado a tierra por falta de costumbre, y se me hacía difícil respirar.<sup>288</sup>

Liza salió de atrás del biombo y lo miró con ojos melancólicos. Él rehuyó cobardemente su mirada y echo a reír con sarcasmo, pero de manera forzada. Ella dijo: “Adiós” y se encaminó a la puerta. El personaje del subsuelo se acercó a ella, le tomó la mano, le puso algo en ésta y se fue al otro extremo del cuarto. Según su narración: “he aquí lo que puedo decir con toda seguridad: que cometí aquella crueldad por mi propio impulso, sin duda, pero no por mala sangre; únicamente por mi mala cabeza. Era una crueldad fingida, intelectual, forjada adrede, según los libros, hasta el punto de que no pude mantenerla ni siquiera un minuto”.<sup>289</sup>

<sup>288</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 162.

<sup>289</sup> *Ibidem*, p. 163.



El “hombre del subsuelo” se refugió en un rincón para no ver a Liza. Después, lleno de vergüenza y desesperación, corrió tras ella. Abrió la puerta del departamento y gritó su nombre, pero no obtuvo respuesta. Escuchó la puerta de la calle abrirse escaleras abajo y después cerrarse de golpe. Al regresar al interior de su vivienda, el personaje vio sobre la mesa, muy arrugado, el mismo billete azul de cinco rublos que poco antes había colocado en la mano a Liza. Se vistió rápidamente y salió corriendo a buscarla. Avanzó unos doscientos pasos entre la nieve y se detuvo al llegar a una encrucijada. Entonces se preguntó para qué corría siguiendo las huellas de Liza. ¿Acaso lo hacía para arrojarle a sus plantas y besarle los pies, implorando perdón? Aunque hubiera querido hacerlo, pensó: “Pero ¿por qué? [...] ¿Es que mañana no habría de aborrecerla precisamente por haberla besado hoy los pies? ¿Podré ofrecerle la dicha? ¿No he tenido hoy ocasión, por centésima vez, de ver lo que soy? ¿Es que en adelante no había de hacerla sufrir?”<sup>290</sup> Con esas racionalizaciones se persuadió de que no debía buscar a Liza para pedirle perdón.

Al regresar a su casa, el “hombre del subsuelo” trató de apaciguar el vivo dolor y el sufrimiento moral de su corazón, con lo que tiempo después llegó a considerar “desvaríos”. Se le ocurrió que tal vez sería mejor para Liza conservar el recuerdo de las ofensas infames que había sufrido, ya que:

[“] la afrenta es una purificación: es la conciencia más dolorosa y escocida. Mañana habría yo mancillado su alma y fatigado su corazón. Pero la afrenta no se borrará nunca de su memoria, y por mucho que se envilezca y por bajo que caiga, la afrenta la elevará y la purificará... Gracias al odio... ¡Ejem..., ejem!... Y puede también que gracias al perdón... Pero, sin embargo, ¿es seguro que en algo ha de aliviarla?”

En efecto: he aquí que me planteo una cuestión ociosa: “¿Qué es lo que más vale: una dicha mediana o dolores sublimes? Vamos a ver; ¿qué es preferible?”<sup>291</sup>

La mencionada excusa del “hombre del subsuelo” es la culminación de la novela. Dostoievski consideraba que no existe nada más vil que justificar los abusos contra los débiles atribuyendo a éstos un supuesto beneficio para las víctimas, mediante una utilización oportunista de la idea de la purificación por el sufrimiento. Es cierto que Dostoievski concedía un valor redentor al sufrimiento, cuando éste brotaba de una lucha genuina contra la injusticia y la opresión, pero ello no justificaba que un egoísta asegure que los actos ruines cometidos en contra de otros son realizados para “procurarles un bien”. Sobre esto, Frank considera lo siguiente:

---

<sup>290</sup> *Ibidem*, pp. 163-164.

<sup>291</sup> *Ibidem*, p. 164.

Dostoievski permite que el hombre del subterráneo aproveche la idea misma de la purificación por el sufrimiento como excusa para su sadismo moral-espiritual. [...] Al hacerlo, Dostoievski retorna al tema principal de la primera parte, y lo coloca bajo una nueva luz. “La conciencia “ y el “sufrimiento” se habían afirmado como valores cuando el hombre del subterráneo, luchando por conservar su identidad humana, trataba de sufrir él mismo, antes que rendirse a las leyes de la naturaleza. Pero mientras esta lucha brota sólo de la revuelta negativa del egoísmo para afirmar su existencia, mientras no está orientada por algo positivo, inevitablemente corre el riesgo de una inversión diabólica: siempre existe el peligro de que el egoísta, preocupado por sí mismo, haga que *otros* sufran con la excusa de ayudarlos a purificar *sus* almas.<sup>292</sup>

Por otra parte, el personaje del subsuelo afirma con toda seguridad que no hubiera sido capaz de hacer feliz a Liza y que la hubiera hecho desgraciada, porque no confía en su capacidad para cambiar, pero también porque utiliza esa idea como otro pretexto para justificarse. Al decir eso, parecería afirmar que humilló a Liza con el fin de “salvarla” de un futuro de vejaciones y sometimiento moral en sus manos.

Sin embargo, el hiperconciente “hombre del subsuelo” no podía suponer con toda certeza que Liza se habría sometido a su tiranía dócilmente, ni podía negar la posibilidad de que el amor de ella pudiera haber tenido un efecto benéfico sobre su persona. Se niega a considerar la posibilidad redentora del amor, porque necesita volver a encerrarse en sus esquemas rígidos, según los cuales el amor se reduce a una lucha para obtener el sometimiento de otro. También existe la posibilidad de que el “otro camino” que Liza le estaba mostrando lo hubiera llevado a admitir que también él necesitaba ser rescatado y que la clave para salir del círculo cerrado de su egoísmo consistía en amarla.<sup>293</sup>

Liza demostró al “hombre del subsuelo” una y otra vez que no era tan estúpida como él imaginaba, pues siempre comprendió el sentido de sus elaborados discursos, que parecían copiados de un libro. El personaje del subsuelo es incapaz de aceptar algo que su experiencia con Liza hace evidente: que no lo sabe todo y su falta de experiencia en las cuestiones vitales no puede ser reemplazada con su inteligencia ni su obsesión por racionalizar. Él no sospechaba que pudieran existir otras maneras de relacionarse con otros, ni que su vida sería menos desgraciada si pudiera amarlos y concebirlos como sus semejantes. Liza podía haberle enseñado algo acerca de esto.

En mi opinión, cuando el “hombre del subsuelo” se encuentra con Liza se topa inesperadamente con la solución a sus problemas y con ese camino que (al final de la primera parte de la novela) afirma que “desesperadamente busca y no encuentra”. La

<sup>292</sup> Joseph Frank, *Dostoievski: la secuela...*, p. 432.

<sup>293</sup> Como ocurre con Raskólnikov, quien se salva gracias al amor de Sonia, en *Crimen y castigo*.

alternativa al encierro en sí mismo no proviene del análisis racional ni de los libros, sino de la vida concreta, de la sabiduría vital y los valores populares encarnados por la joven prostituta. Por desgracia, el personaje del subsuelo es incapaz de percatarse del tesoro que encuentra, por estar absorbido en su prisión de ideas y su cultura “libresca”.

El “hombre del subsuelo” rechaza a Liza por cobardía, pues tiene miedo a mirar afuera del encierro en que su egoísmo lo ha confinado y se niega a admitir que es un hombre enfermo, que necesita ayuda de los demás. Con sus actos, se condena a sí mismo a sufrir el resto de sus días y a terminar “confinado en su rincón”. El protagonista de *Memorias del subsuelo* escoge la alternativa de seguir relacionándose con el mundo a través de las ideas importadas de Occidente, en vez de voltear a ver a su pueblo. Al hacerlo, sella su propio destino.

### **Las consideraciones finales del “hombre del subsuelo”**

Con las siguientes palabras, parecería que Dostoievski intenta esclarecer a sus lectores qué es lo que deseaba expresar con la creación del “hombre del subsuelo”:

En toda novela hay que presentar a un héroe, y aquí hállanse expresamente reunidos todos los rasgos de un antihéroe; y, sobre todo, mi relato ha de producir una impresión desagradable, porque todos, más o menos, hemos perdido la costumbre de la vida; todos, quién más, quién menos, cojeamos. Hemos perdido la costumbre de la vida hasta tal punto, que a veces sentimos una suerte de asco por la vida verdadera, y por eso nos sienta mal el que nos la recuerden. Hemos llegado a considerar la *vida viva* como un trabajo, casi como un empleo, y todos somos en nuestro interior de parecer que es mejor vivir en los libros.<sup>294</sup>

En opinión de Dostoievski, la única manera de volver a vivir sin la intermediación de los libros e ideas occidentales consistía en dejar de lado las pretensiones intelectuales y rescatar los valores ancestrales del pueblo ruso, basados en el comunitarismo, la solidaridad y el amor al prójimo. Hacerlo haría posible emprender una fusión entre la *intelligentsia* y el pueblo, que podía conducir a un benéfico aprendizaje mutuo y sentaría las bases morales de la sociedad futura.

Para terminar, el “hombre del subsuelo” dice a sus interlocutores imaginarios que seguramente se indignarían porque aseguró que *todos* habían perdido la costumbre de vivir y que le pedirían que sólo hablara en su nombre, sin incluirlos a ellos. Sin embargo, el personaje duda que sólo deba hablar a título personal, puesto que: “Por lo que a mí

<sup>294</sup> F. Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, p. 164.

respecta, no he hecho sino llevar hasta el último límite en mi vida lo que vosotros, de puro cobardes, no osaríais llevar ni a la mitad; y todavía consideraríais vuestra cobardía como prudencia, y queréis consolaros engañándoos a vosotros mismos. Así que puede que yo esté más cerca de la vida que vosotros”.<sup>295</sup>

Tales observaciones del “hombre del subsuelo” resaltan la técnica empleada por Dostoievski a lo largo de la novela, casi de una forma tan clara como la nota a pie de página que aparece en el prólogo, pues hablan de la manera en que utilizó la ironía invertida. El personaje del subsuelo no hace sino llevar hasta sus últimas consecuencias las ideas del romanticismo social de los cuarenta y las ideas del determinismo mecanicista de los sesenta, para demostrar con su ejemplo las consecuencias indeseables que esas ideas podían originar, si se tomaban en serio.

Sólo resta mencionar que la idea de la prostituta que enseña algo sobre la vida y, finalmente, redime al intelectual ruso, es desarrollada con mayor amplitud en la novela *Crimen y castigo*, en la que Sonia enseña a Raskólnikov que la única manera de expiar los crímenes que cometió (bajo la influencia de ciertas ideas radicales)<sup>296</sup> era admitir que había pecado al matar a su prójimo y, después, entregarse a la policía.

---

<sup>295</sup> *Ibidem*, p. 165.

<sup>296</sup> Dimitri Pisárev afirmó en 1962 en *La palabra rusa* que los “individuos extraordinarios” no tenían por qué obedecer las normas morales destinadas a las masas. Al respecto, véase el apartado “La novela *Padres e hijos* y el ‘nihilismo’ ruso”, en el capítulo 1.4 del presente trabajo.

## Conclusiones.

### I

El análisis de *Memorias del subsuelo* que se ha realizado a lo largo del presente trabajo ha mostrado que Dostoievski publicó esta obra atendiendo a dos propósitos centrales: 1) criticar los postulados ideológicos de la doctrina del “egoísmo racional” y resaltar los riesgos implícitos en su visión mecánica y determinista de la sociedad,<sup>297</sup> y 2) realizar un diagnóstico de la intelectualidad rusa de su tiempo y proponer una alternativa para remediar su “ensimismamiento” egoísta.<sup>298</sup>

El tenor de las críticas recibidas por la novela, desde el decenio de 1880, atestigua que su autor no logró transmitir adecuadamente la parte positiva de la rebelión del “hombre del subsuelo” contra el determinismo. La mayor parte de las interpretaciones de *Memorias del subsuelo* no alcanzan a vislumbrar que el comportamiento autodestructivo y antisocial del personaje es presentado por Dostoievski como una *consecuencia directa* de haber aceptado, en el nivel racional, la idea de que todos los actos humanos están determinados por “leyes de la Naturaleza”.

En la primera parte de la obra, su protagonista explica los grandes esfuerzos que realiza para desafiar el determinismo y probar que aún es capaz de expresar su propia individualidad, aunque para hacerlo tenga que proceder contra sus propios intereses y actuar de manera irracional. El “hombre del subsuelo” considera que exhibir su propia inadaptación y sufrimiento es una vía (ciertamente patológica) para demostrar que las “leyes de la Naturaleza” no funcionan, en tanto que son incapaces de brindarle una vida feliz. En este sentido, él mismo procura ser ejemplar en un sentido negativo, es decir, trata de ser un caso de excepción que compruebe que las “leyes de la Naturaleza” carecen de validez universal.

El personaje en cuestión afirma que él mismo sabe que su “subsuelo” no es la mejor alternativa al determinismo y que necesita de un nuevo ideal, que busca desesperadamente, pero no encuentra. Ese ideal, que tiene que ver con el abandono del

---

<sup>297</sup> Lo cual se lleva a cabo en la primera parte de *Memorias del subsuelo*.

<sup>298</sup> El diagnóstico (y parodia) de la intelectualidad rusa se realiza en ambas secciones de la novela, pero la propuesta de una alternativa a su “ensimismamiento” conforma la conclusión de la segunda parte.

egoísmo mediante una unión fraterna con el pueblo, constituye la propuesta de Dostoievski para que la *intelligentsia* lograra salir de su arrogante aislamiento social.

En *Memorias del subsuelo*, Dostoievski defiende dos valores cristianos que considera indispensables para edificar una sociedad futura en la que se preserven y garanticen la dignidad y los derechos humanos: la libertad individual y el amor al prójimo. En mi opinión, los intentos del personaje del subsuelo por manifestar su individualidad expresan la preocupación de Dostoievski por el autoritarismo y el desprecio hacia la libertad personal implícitos en la doctrina del “egoísmo racional”. Por su parte, el proyecto de promover una unión solidaria entre la intelectualidad y el pueblo ilustra su anhelo por hacer posible una verdadera fraternidad, diametralmente opuesta a la pretensión de fundamentar la convivencia en el cálculo interesado y egoísta de las ventajas que pueden obtenerse si se colabora con el régimen social.

Considero que criticar la doctrina que pretendía colocar al egoísmo como la única motivación de los actos humanos y como el valor supremo, por medio de la creación de un personaje completamente atrapado en su egoísmo, constituye una propuesta ética muy interesante de Dostoievski. Es una lástima que esta iniciativa no fuera comprendida y apreciada en su justa dimensión, y que su propia ejecución no haya resultado clara. Sin embargo, el conocimiento y la experiencia de su autor sobre los laberintos internos a los que conduce la vanidad y el egoísmo son invaluableles.

Es un hecho que Dostoievski reflejó en *Memorias del subsuelo* las vivencias de su propio “subsuelo”, así como la solución personal que él mismo encontró para salir de éste, mientras estaba recluido en Siberia. A fines de la década de 1840, Dostoievski no podía expresar libremente sus ideas ni sus anhelos de transformación social —como toda la intelectualidad de Rusia— y se encontraba atrapado en su propio egoísmo y vanidad. Mientras estuvo preso en la *Katorga* consiguió superar su repugnancia hacia la inmoralidad de los reos campesinos, para llegar a conocer lo que él consideraba la sabiduría y los valores fundamentales del pueblo ruso. A partir de entonces, Dostoievski renunció a la visión superficial y paternalista que los intelectuales de su tiempo tenían sobre el pueblo y encontró un nuevo camino, que se dedicó a recorrer en sus escritos por el resto de su vida.

Lo más novedoso y enriquecedor del camino que Dostoievski siguió desde entonces consiste en que estuviera centrado en la crítica al egoísmo de los individuos y del

grupo social conformado por los intelectuales. Tal vez ningún otro escritor haya llegado a profundizar tanto como Dostoievski en el problema de las consecuencias nocivas del egoísmo, tanto en el nivel de la vida personal como en el funcionamiento de la sociedad.

Como ya se ha mencionado, Dostoievski critica la preponderancia del egoísmo a partir del punto de vista de los valores cristianos y considera que el amor al prójimo es el único medio posible para superar el aislamiento al que éste conduce. La búsqueda y el reconocimiento del otro como un semejante es el punto de partida del que debe partir el egoísta para salir del ensimismamiento en el que está inmerso.

Dostoievski describe muy claramente en *Memorias del subsuelo* la manera en que el individuo encerrado en su egoísmo: 1) no puede pensar en los otros más que como instrumentos para satisfacer sus propias necesidades; 2) tiende a calcular qué y cuánto podrá obtener, si se relaciona con determinadas personas o actúa de cierta manera, de tal forma que sus relaciones humanas siempre están mediadas por la conveniencia; 3) utiliza mecanismos fantasiosos para engrandecer artificialmente sus propios méritos y virtudes (en otras palabras: recurre a la vanidad), con el fin de justificar su convicción de que es superior a los demás y que éstos deberían de servirle; 4) reacciona agresivamente si los otros no actúan en concordancia con sus exigencias de reconocimiento, es decir, si éstos no lo respetan o alaban como él cree merecerlo, y 5) realiza constantemente actos que denigran y ofenden a los demás, lo cual provoca a su vez que éstos se alejen de su persona.

Dichas consideraciones psicológicas de Dostoievski, sobre las características del individuo egoísta, se vinculan con una genuina preocupación ética por el egoísmo en tanto que un obstáculo para alcanzar la felicidad personal y como un problema que afecta a toda la sociedad. Tales cuestiones se relacionan a su vez con la preocupación de Dostoievski por el futuro de la humanidad y con sus propuestas políticas orientadas a construir un mundo socialista, basado en el respeto a la individualidad y en la fraternidad cristianas.

A partir de todo lo anteriormente expuesto, considero que la presente investigación ha cumplido con el propósito de analizar y desarrollar los temas enunciados en su hipótesis principal, pues a lo largo de su desarrollo se ha revelado que Dostoievski expone una perspectiva ética bien argumentada y coherente en *Memorias del subsuelo*, que alerta sobre los riesgos de pretender sustentar la convivencia social en el egoísmo, reivindica la libertad

personal como un bien irrenunciable y propone la fraternidad cristiana como el camino a seguir para trascender el individualismo egoísta.

## II

Es posible, e incluso necesario, criticar la idealización del pueblo ruso en la que Dostoievski incurre. También se podrían cuestionar sus puntos de vista acerca de la religión cristiana y su anhelo de que los valores asociados con ésta rigieran el mundo hasta el advenimiento del “juicio final”. Sin embargo, tengo la convicción de que las reflexiones expuestas por Dostoievski en *Memorias el subsuelo* conforman una postura ética muy interesante y fecunda, que amerita ser estudiada y que podría ser tomada en cuenta en los debates contemporáneos sobre moral y política.

Para terminar, dedicaré unas breves palabras para reflexionar si resulta pertinente considerar el egoísmo un problema ético, como lo hace Dostoievski.

Es un hecho que la preponderancia del egoísmo en la sociedad moderna es un tema que suele pasarse por alto. No sin razón, se tiende a considerar el comportamiento egoísta como una manifestación o un resultado de las relaciones económicas capitalistas, y a juzgarlo a partir de la explotación, la marginación y el abuso de los grupos sociales más desfavorecidos.

En mi opinión, lo más enriquecedor de los puntos de vista de Dostoievski acerca del egoísmo radica en que él lo considera un problema ético y psicológico de gran relevancia, y que lo aborda de manera profunda, a partir de múltiples perspectivas. Por regla general se olvida lo que el personaje principal de *Memorias del subsuelo* ilustra tan bien: el egoísmo tiene un poder enajenante y corruptor, capaz de encerrar al individuo en un círculo vicioso del que no puede salir. Es capaz de producir gran sufrimiento y de obstaculizar la solidaridad humana más elemental, y puede motivar o favorecer la arrogancia, el aislamiento social y la violencia.

El egoísmo podría evaluarse desde una perspectiva ética más amplia que la cristiana, tratando de establecer su relación con el problema del mal. Después de todo, no son pocos los actos realizados para dañar o destruir a los demás que se realizan a partir del egoísmo y la falta de reconocimiento de su dignidad humana.



## Bibliografía

- Anderson, Perry, *El estado absolutista*, trad. de Julia Santos, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Bajtín, Mijaíl M., *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. de Tatiana Bubnova, FCE, México, col. Breviarios, núm. 417, 2003.
- Berdaiev, Nicolás, *El espíritu de Dostoievski*, trad. de Marcela Sola, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1978.
- Berlín, Isaiah, *Pensadores rusos*, trad. de Juan José Utrilla, comp. de Henry Hardy y Aileen Kelly, FCE, México, 1979.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, trad. de Andrea Morales Vidal, Siglo XXI, México, 1998.
- Buytendijk, J. J., *La psicología de la novela. Estudios sobre Dostoievski*, trad. de Felipe M. Lorda, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1961.
- Carr, Edward H., *Dostoievski 1821-1881. Lectura crítico-biográfica*, trad. de A. Licetti, Laia, Barcelona, 1973.
- Chernishevski, Nicolai Gavrilovich, *¿Qué hacer? Gente nueva*, trad. de Luis A. Vargas, Progreso, Moscú, 1978.
- Chestov, León, *La filosofía de la tragedia. Dostoievsky y Nietzsche*, trad. de D. J. Vogelmann, Emecé, Buenos Aires, 1949.
- Cornforth, Maurice. *Materialismo y método dialéctico*, trad. de Rodolfo Stavenhagen, Nuestro Tiempo, México, 1988.

Cowles, Virginia. *Los últimos zares*, trad. de Dolores Sánchez, Juventud, Barcelona, 1998.

Dostoievski, Fedor M., *Apuntes del subsuelo*, trad. de Lidia Kúper de Velasco, Bruguera, Madrid, 1980.

Dostoievski, Fiódor, *Cartas a Misha (1838-1864)*, trad., introd. y notas de Selma Ancira, Grijalbo Mondadori, Barcelona, col. El espejo de tinta, 1995.

Dostoyevski, Fiodor M., *Diario de un escritor en Obras completas*, t. IV, trad., introd. y notas de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, México, 1991.

\_\_\_, *Humillados y ofendidos en Obras completas*, t. I, trad., introd. y notas de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, México, 1991.

\_\_\_, *Memorias de la casa muerta en Obras completas*, t. I, trad., introd. y notas de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, México, 1991.

\_\_\_, *Memorias del subsuelo en Obras completas*, t. II, trad., introd. y notas de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, México, 1991.

\_\_\_, *Notas de invierno sobre impresiones de verano*, t. II, trad., introd. y notas de Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, México, 1991.

Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, 4 vols., Ariel, Barcelona, 2001.

Feuerbach, Ludwing, *La esencia del cristianismo*, trad. de Franz Huber, Juan Pablos, México, 1971.

Fourier, Charles, *Doctrina social: el falasterio*, trad. de José Menéndez Novella, Juca, Madrid, 1980.

Frank, Joseph. *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, v. I, trad. de Celia Haydée Paschero, FCE, México, 1984.

\_\_\_, *Dostoievski. Los años de prueba, 1850-1859*, v. II, trad. de Jaime Retif del Moral, FCE, México, 1986.

\_\_\_, *Dostoievski. La secuela de la liberación, 1860-1865*, v. III, trad. de Juan José Utrilla, FCE, México, 1993.

\_\_\_, *Dostoievski. Los años milagrosos, 1865-1871*, v. IV, trad. de Mónica Utrilla, FCE, México, 1997.

Freud, Sigmund, “Dostoievski y el parricidio” en *Obras completas*, v. XXI, trad. de José L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

Grave, Crescenciano, *Verdad y Belleza. Un ensayo sobre ontología y estética*, UNAM, México, 2002.

Goehrke, Carsten et al., *Rusia*, trad. de María Nolla, Siglo XXI, México, col. Historia universal Siglo XXI, vol. 23, 2003.

Gogol, Nicolai, *El capote y otros relatos*, trad. de Julio Travieso Serrano, pról. de Mauricio Molina, Lectorum, México, 2006.

Guide, André, *Dostoyevski. Artículos y charlas*. trad. de Nicole Vaisse y Octavio Torrija, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Tlaxcala, colección Interiores, 1987.

Herzen, Aleksandr, *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*, trad. de Martí Soler y Ana María Nethol, introd. de Franco Venturi, Siglo XXI, México, 1979.

Lenin, Vladimir, *Materialismo y empiriocriticismo*, trad. de Ed. Progreso, Progreso, Moscú, 1977.

Novikova, Olga (comp.) *Rusia y Occidente*, trad. de Olga Novikova y José Carlos Lechado, Técno, Madrid, 1997.

Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*. Óptima, Barcelona, 1993.

Poliakov, León, *De Gengis Kan a Lenin*, trad. de Elena Rotés, Muchnik, Barcelona, 1987.

Saborido, Jorge, *La revolución rusa*, Dastin, Madrid, col. Crónica del siglo XX, 2006.

Seduro, Vladimir, *Dostoyevski in russian literary criticism, 1846-1956*, Colombia University, New York, 1957.

Steiner, George, *Tolstói o Dostoievski*, trad. de Agustí Bartra, Siruela, Madrid, 2002.

Stepniak, *La Rusia subterránea*, Americalee, Buenos Aires, 1945.

Stirner, Max, *El único y su propiedad*, trad. de Pedro González Blanco, introd. de Roberto Calasso, Sexto Piso, México, 2003.

Troyat, Henri, *Dostoyevski*, trad. de Irene Andresco, pról. de Joaquín Marco, Salvat, Barcelona, col. Biblioteca Salvat de grandes biografías, núms. 29 y 30, 1985.

Turguénev, Iván, *Padres e hijos*, trad. y ed. de Bela Martinova, Cátedra, Madrid, col. Letras universales, núm. 360, 2004.

Venturi, Franco, *El populismo ruso*, v. I, trad. de Esther Benítez, Alianza Universidad, Madrid, 1981.